



SAGA  
AMANECER CONTIGO  
LIBRO 3

*Odio al profesor*  
*de*  
*matemáticas*

CHUS IGLESIAS



# ODIO AL PROFESOR DE MATEMÁTICAS

CHUS IGLESIAS

La mayoría de personajes de este libro son de ficción, cualquier coincidencia con la realidad es pura casualidad. Los que sí existen han dado su consentimiento para poder aparecer. Este manuscrito se encuentra inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual de Santiago de Compostela, con fecha 8 de Marzo de 2019. Queda totalmente prohibida cualquier copia del mismo.

*Vocabulario no apto para menores de edad.*

Portada: Alexia Jorques

Maquetación y diseño interior: María Jesús Iglesias Campos



Puedes seguirme en Facebook en Chus Iglesias Escritora



Instagram @ChusIglesiasescritora

Copyright © 2019 Chus Iglesias  
Con todos los derechos reservados.

## PROLOGO

Lo que puede cambiar una persona a lo largo de los años, para que no tengas ni idea, de quienes te rodean.

La vida de Paula era apacible y tranquila, hasta que su marido la dejó por una escultural modelo que al fin iba a darle ese hijo que ella no había sido capaz, es que, ella ya tenía a Icía, una adolescente de trece años que de ser una niña ejemplar, había pasado a desquiciar a su madre y profesores, incluido ese engreído que le da matemáticas.

Mateo odia a los niños, sobre todo si son pequeños, a sus alumnos intenta traerlos por el camino de la amargura siendo exigente, para que se pongan las pilas y estudien. Le gusta tocar el violín, cocinar, montar en moto y hacer surf, pasiones que comparte con su alumna Icía, aunque no siempre de forma amistosa.

Aunque la vida de Paula se ha vuelto un poco caótica, entre su hija, su ex marido y el trabajo. Inconscientemente, ella ansía enamorarse y vivir una historia romántica, como la de sus amigos Óscar y Sara.

La inseguridad que siente con respecto a la educación de su hija, que piensa que lo está haciendo muy mal, a veces cree que va a volverse loca, y cada vez se siente más sola.

La aparición de Mateo, como profesor de matemáticas, en el instituto de la Ciudad, no es precisamente amistosa. Su hija ha empezado a odiarlo, por lo controlador y exigente que es con esa asignatura que hasta hace poco era la favorita de la niña.

## DEDICATORIA

Ante todo este libro está dedicado a todos mis lectores, que con vuestras palabra de ánimo, habeis sido los artifices para que esta tercera novella vea la luz. Tanto a los que conozco personalmente y me paran por la calle, como con los que solo hablamos en las redes sociales. Es muy gratificante todo lo que me animais, preguntado el siguiente pa cuando, esperemos que la cosa no termine aquí. Al menos esa no es mi intención.

Una vez más a mis hijos y mi marido, parte fundamental de mi vida, pero a toda mi familia en general, mi hermana que siempre me ha animado a que cumpla mis sueños, cueste lo que cueste, y mi hermano y padre que se que me cuidan desde ahí arriba.

A todas mis amigas de cafés, cervezas, o lo que sea necesario para mantener viva la llama del “cotilleo”, que siempre es una cura de salud, aunque ya sabemos que en otras tertulias quizás nosotras seamos el tema de conversación.

Aunque hace mucho que no voy a clase de zumba, ellas siempre serán mis colegas que tanto me han animado a sacar los dos primeros libros, ellas y Priscilla Dance. Sus clases siempre han sido una cura de salud, porque ahí he conocido a un montón de gente y siempre es muy importante. Prometo retomar las clases.

Este año mi familia se ha ampliado con los colegas del Gym, este libro también va por ellos y por todos sus professor, gracias por las risas.

Una vez más no puedo olvidarme de toda la gente que lucha por ver amanecer, ellos han inspirado esta saga y para ellos van dedicados todos mis libros, que nunca tiren la toalla, que por suerte el Sol sale todos los días.

Amarse a uno mismo es el principio  
de un amor eterno

Oscar Wilde.

# CAPÍTULO 1

Aunque yo creía que mi mañana de mierda no podía ir a peor, cabe la posibilidad de que algo se complique, como no, y tu jornada termine siendo un auténtico desastre. Aún era mediodía, pero pintaba feo.

Camino del trabajo, porque iba tarde, claro, el radar me había pillado a setenta en el límite de cincuenta y el imbécil ese, Xurxo, creo que se llama, me paró y me dio la multa en el momento. Me entraron unas ganas de pisarle los pies con las ruedas del coche que no es para contarle a nadie, o sí. Y no me importa que sea amigo de mi sobrino Oscar. Este agente de la ley me tiene cruzada desde que rechacé su invitación a cenar, y va a por mí, pues en tres semanas me ha multado dos veces, creo que hasta me vigila para que caiga en la tentación de acelerar en los sitios que no debo.

Pues vamos bien, este mes nos veremos negras una vez más para llegar al final, o pago las multas, o comemos, y lo que menos quiero es tener que pedir ayuda a mis padres o un adelanto de la nómina a Andrés.

Tras maldecir una vez más a esta puñetera lavadora que ha desteñido de azul la camisa preferida de Icía, mi sujetador de ese color ha sido el culpable. Esta vez me mata. Con las prisas, mis bragas que lucen un pequeño agujero de tanto usarlas, se han caído al patio de la vecina, esa chismosa que tiene un marido que es un baboso, me moriré de vergüenza cuando vaya a buscarlas.

Y bueno, tras llegar a la cocina después de tender la ropa, un ligero olor a quemado llega hasta mis fosas nasales y creo que esta vez la comida se ha chamuscado de nuevo, he puesto demasiado fuego para calentarla y ese es el desastroso resultado.

—Juro que no vuelvo a clase— mi hija acaba de hacer acto de presencia tras propinar un portazo en la entrada, que ha hecho retumbar las paredes.

—A ver ¿qué ha pasado? —le pregunto intentando calmarla en vano.

—Que ha pasado, ese hijo de puta de matemáticas me ha sacado, un punto por utilizar *tipex* en el examen, cero con cinco por poner un signo al revés y dice, el muy jodido que he escrito unas cosas rarísimas que no sabe de dónde las he sacado para mi edad, que dónde demonios hago los deberes. Lo odio — me mira fijamente y se ha puesto a comer el pan.

—Vale, no será para tanto, siempre te quejas de las notas y los profesores —intento sacarle importancia.

—No es así, me quejo de este imbécil y de algún profesor. Los demás quieren que vayamos a pasantía, este no, si sabe que la abuela me ayuda en las matemáticas me deja para septiembre.

—No exageres, y no hables así que pareces una niña callejera.

—Sara habla así, y te cae muy bien. Mierda, otra vez lentejas.

—Cada palabrota que digas vas a meter un euro en un bote, verás la de ropa que te compras al final de cada trimestre. Sara es una mujer y tú una cría adolescente —que me vuelve loca, esto lo pienso para mí, por supuesto —las lentejas son muy sanas.

—Vale, pero las chamuscadas ya no tienen vitaminas. Cuando voy a casa de papá, Jenny me hace lo que me gusta. Y no tengo dinero para poner en un bote, decir estas cosas es de lo más normal.

—Pues te puedes ir a comer a su casa todos los días, para mí sola me tomaría un bocadillo —le respondo sentándome a la mesa y mirándola.

—Te comerías un bocadillo y dos donuts —me suelta así a bocajarro.

—Pues eso mismo, has dado en el clavo. Escucha una cosa señorita, lo del *tipex*, supongo que lo habrá dicho más de una vez en clase y si está prohibido, pues no pasa nada. Y si pones mal un signo en un ejercicio, lógicamente el resultado no es el mismo, y eso lo sabes de sobra, tu abuela está cansada de decirte que no te fijas.

—Me da igual, no voy a volver a ese maldito instituto hasta que él se marche a otro lugar. Se pasa la clase gritándonos y dejándonos en ridículo.

—Genial, tu abuelo estará muy contento de poder pagarte ese internado al que siempre quiso mandarme a mí, o a un colegio de monjas, y si se gasta el dinero contigo, creo que será un hombre feliz.

—Iros todos a la mierda —se levanta y tira la servilleta encima de la mesa.

—Que acabas de decir, vuelve a tu sitio ahora mismo. —Veo cómo se pierde por el pasillo hacia su habitación con otro portazo como resultado del berrinche.

He respirado profundamente y contado hasta tres como dicen todos los libros de psicología que no han tenido un adolescente en su casa nunca. Me vuelve loca, eso que dicen de que las parejas que sobreviven a la adolescencia de sus hijos sin divorciarse, ya no lo hacen nunca. En mi caso ya no hemos pasado la prueba, no ha sido la culpa de Icía, ha sido de mi marido Alberto y de los cuernos que yo lucía ya hacía tiempo, supongo que parecería

el reno de Papá Noel, pero ojos que no ven, corazón que no siente. Tras diez años de matrimonio me dejó por una escultural modelo con la que va a tener ese hijo que yo nunca le he dado, y después de decirme que no me cuido y que me he convertido en una foca, se ha ido de rositas como si nada. Al principio he llorado lo mío y sigo echándolo de menos, pero las cosas entre nosotros ya hacía un tiempo que no iban bien, por lo tanto, que se lo pase divinamente con su niña, porque también es mucho más joven que él, yo criaré a mi hija y no quiero saber nada de hombres por toda la eternidad.

—Deberías anotarte en una de esas páginas de contactos que hay por internet, si quieres les pregunto a las Divinas, esas amigas de mi madre que se ligaban a todo bicho viviente —Suelta Sara mientras nos tomamos un café en el bar que hay frente a la fábrica.

—Noooo, a mí no me convences tú para ninguna de esas mierdas, ya intentasteis tú y Oscar presentarme a ese amigo vuestro guardia civil, y lo único que he conseguido son dos multas de tráfico en un mes, olvídame, no quiero hombres por una larga temporada, aún no me desenganché del todo de mi ex. Ahora ya no lloro, solo tengo unas ganas enormes de matar a alguien.

—Xurxo es amigo de tu sobrino, yo no tengo nada que ver con él, y lo de multarte, pues no tengo ni idea de cómo funciona la DGT, vendrías pillada de tiempo y sabes lo que pasa.

—Pillada de tiempo siempre, pero ese tío me tiene cruzada desde que rechacé su invitación a cenar, y me cae muy mal. La próxima vez que vaya a algo que vosotros organicéis, avisáis y me quedo. O terminaré sacando el permiso de armas, ya que quizás necesite darle uso.

—Si es un tío genial —comenta Martiño recién llegado a junto de nosotras.

—Otro, porque es tu amigo, pero odio a los de verde, y su afán recaudatorio, se acabó.

—Paula, tengo muchos amigos a los que puedo presentarte, yo sin más estoy soltero y no tengo novia. Puedes utilizarme cuanto quieras, nuestra amistad puede cambiar de rumbo en cualquier momento —vuelve a comentar nuestro compañero de trabajo.

—Olvidaros de mí por favor, no quiero novios, ni amantes ni nada por el estilo. Mi hija me da suficientes quebraderos de cabeza como para complicarme la vida con una relación.

—A ver ¿qué os ha pasado ahora? —pregunta Sara desde su mesa ya en la oficina.

—No quieras saberlo, tú eres una mala influencia para ella, tú y su primo

Óscar. Vaya vocabulario de callejera está teniendo últimamente, y lo pasota que se ha vuelto. Ahora odia a ese profesor de matemáticas al que critica constantemente. —le respondo absorta en la pantalla de mi ordenador.

—Bien, asumo mi parte de culpa, yo sé que soy una verdulera hablando, pero no lo puedo remediar. Y ese señor, quizás tengas que ir a hablar con él y saber las dos versiones de la película.

—Se lo diré a Icía, a ver qué opina.

—Hola a todos. Hola cariño.

—Hola, ¿qué tal el juicio? —le pregunta ella.

—Bien, ha sido pan comido —Oscar se acerca a Sara y no se cortan un pelo comiéndose los morros delante de todos.

Él que acaba de entrar no es otro que mi sobrino. Estos dos se quieren que es una pasada, cada vez que veo lo enamorados que están, se me caen los ojos de envidia, de la sana claro, porque Sara ha tenido una paciencia con él, que se merece todo lo que él le haga y mucho más.

—El traje espero a que me lo saques tú esta noche, o si lo prefieres, puedes venir a mi despacho, la mesa ya la hemos probado unas cuantas veces. —le susurra él en tono meloso, pero yo estoy a su lado y me causan gracia.

—Cállate joder, que tú no tienes vergüenza, o no ves que estamos rodeados de gente a la que no le importa nuestra vida —Siguen besándose.

—Vosotros sin cortaros, cabrones de mierda, que poco considerados sois con los demás —el que habla ahora es Martiño.

—Soy el jefe y hago lo que quiero con mi chica —le responde con ella abrazada y una enorme sonrisa.

—No te tires de la moto, eres el hijo del jefe, él ha ido a Boiro a supervisar cómo marcha todo en la nueva fábrica y te ha dejado al mando, pero solo eso —responde Sara separándolo de mala gana.

—Gracias nena, lo tendré en cuenta esta noche. Contadme cómo ha ido la mañana —nos pregunta sentándose en la mesa de su novia y aflojando la corbata.

—Los Romano han recibido una partida de conservas en mal estado y están muy enfadados, pues un cliente los ha denunciado por una intoxicación y quieren una remesa nueva o que le devolvamos el dinero, aparte de la indemnización que les reclaman a ellos —le explico a Óscar.

—Vale miro el correo que imagino ha mandado la secretaría de Enzo y a ver qué podemos hacer, hablaré con mi padre para saber cómo respondemos en estos casos.

—Andrés volverá a última hora, tiene cosas que firmar —le informo.

—Bien, me pongo con ello. Sara, ven un momento que quiero comentarte algo.

Se pierden por el pasillo de la fábrica, irán a probar la mesa de nuevo, a ver si sigue teniendo la misma consistencia o se le ha roto una pata. Divino amor.

He recibido al menos quince *guasaps* de mi hija con todos los recados que debo hacer para su señoría, que si tengo que comprarle los yogures bio, desnatados, la leche de avena, el queso batido y la pechuga light, porque si engorda un solo gramo, podemos terminar con el coche de emergencias a la puerta de casa, con un ataque de ansiedad por su parte. Debo recogerla en el conservatorio, pues tenía clase de violín después de ir a casa de su abuela a estudiar y hacer los deberes. Uno de estos días terminaré loca y en un psiquiátrico, aunque al menos ahora no tengo que hacerle la cena a mi ex marido, su nueva pareja se encargará de ello. Era un suplicio hacer cena de plato todas las noches, porque él lo necesitaba. Llegaba a casa, se cogía una cerveza, después de las tres que se había tomado en el bar de la esquina y servidora lo esperaba con un buen plato de comida todas las noches. Sin un beso de recibimiento por su parte, ni nada por el estilo. Si lo nuestro estaba más que visto que se iba a la mierda, pero yo no quería aceptarlo.

Pensándolo bien, ahora casi es un alivio, sé que sólo discutiré con mi hija, sin añadirle la bronca diaria por su parte, cada vez por cosas distintas. Menos ropa que lavar, y que planchar, y he llegado a la conclusión de que para hacer el amor una vez por semana y de mala gana, porque a mí después de todo ya no me apetecía, pues no me compensaba tener marido. De todas formas, a mí el sexo no me importa lo más mínimo, bastante tengo con criar a mi hija, pensar mucho y hacer números para sacarla adelante.

—Hasta me lo he encontrado en el conservatorio y se ha quedado sorprendido de encontrarme en clase de violín —entra gruñendo en el coche, con un nuevo portazo.

—¿A quién cariño? —le pregunto mirando a la carretera.

—A quién va a ser mamá, a imbécil de mates. Oh no, he dejado el libro de lengua en casa de la abuela, tengo que ir a buscarlo que no he terminado con él y aun me quedan unas oraciones para analizar —comenta de mal humor rebuscando en la mochila.

—Bueno, no tienes cabeza, es tarde, lo sabes no —le digo protestando.

—Yo lo sé mejor que tú, aún tengo mucho que hacer, ya bajo yo del coche

mientras tú vas a dar la vuelta.

Genial, ya la acompaña mi madre de vuelta con una bolsa que puede traer de todo en su interior, parece el bolsillo de *Doraemon*.

—Hola Paula, ya que no vienes a verme, te traigo huevos de casa de Puri que me ha dado dos docenas, un *tupper* con fabada, porque la niña ha comentado que se te han quemado las lentejas, un día tendrás un disgusto con la cocina —mi madre habla de forma acusatoria.

—Bueno, esa hija mía es una chivata, y no nos morimos de hambre.

—Nena, te he dicho un montón de veces que vengáis a comer a casa, ahora que estoy jubilada tengo mucho tiempo y no me importa hacer un poquito más.

—Mamá venimos dos veces por semana con Oscar y Sara y el finde vamos siempre a casa de la abuela, así estoy que parezco un tonel —informo a mi madre, intentando escaquearme.

—Si comieses como yo, no estabas así, y si fueses con los primos a hacer footing tampoco. —mi hija mira los apuntes y me critica.

—Nos vamos mamá que es muy tarde. Gracias por todo.

Si decidí no vivir con mis padres, siempre y cuando ganase lo suficiente para poder sacar a mi hija adelante, fue por esto precisamente, para no dar explicaciones de mi vida a nadie, y menos a mis padres. Sé que los tengo ahí para lo que necesite, pero voy muy bien a mi rollo.

Cuando mi hermana Ana, la madre de Óscar enfermó, nos vinimos a vivir a Villagarcía para estar cerca de ellos y así poder ayudarlos, coincidió con otra etapa de mi vida, que lo que quería era poner tierra de por medio con mucha gente y empezar de cero. Después mi cuñado Andrés me ofreció trabajo con ellos en la fábrica de Conservas que tiene en esta localidad, y aquí sigo. No es que mis padres quieran controlarme ni mucho menos, él trabajaba en un banco, y acaba de jubilarse. Pidió el traslado cuando nos vinimos aquí, mi madre era profesora de primaria, como mi hermana, por eso ayuda a Icíá en todo lo que se refiere a estudiar.

—A ver, no me has terminado de contar, que te encontraste con el de mates en el conservatorio.

—Sí y con esa voz asquerosa que tiene, me dice “Qué alegría señorita Pazos, que usted toque el violín”.

—Bueno, y qué pasa con que te haya dicho eso —Intento sacarle importancia, porque tampoco la tiene.

—Pasa que es el tío más asqueroso y baboso que he conocido jamás —mira su libro de lengua leyendo algo y señalándolo con el dedo índice.

—Creo que haré una visita a ese señor, a ver lo que me cuenta de vuestra historia de pánico.

—Ni se te ocurra, vamos, hace nada que fuiste a hablar con la tutora y con él no es necesario, cuando vuelvas a la próxima tutoría con ella ya te dirá lo que crea oportuno —protesta girándose como una avestruz a la carrera.

—Pues precisamente cuando fui a hablar con Cristina, tu tutora, no sabíamos cómo era él, porque no se había incorporado de la excedencia que había pedido por ese viaje al quinto pino que había hecho.

—A Canadá mamá, se había ido a perfeccionar el inglés, y lo que más joroba aun, las matemáticas en inglés.

—Nena, tú lo has escogido, yo te di a elegir, te dije que tercero era un curso muy difícil para hacerlo en bilingüe, pero tú decidiste que dabas con todo.

—Déjame, no quiero hablar de él, me entra un sarpullido cada vez que escucho su nombre —continúa escabulléndose.

Ya está, cuando no quiere que vaya a hablar con el señor ese, es que esta niña me oculta cosas y eso ya hace que mañana revise en la página web del instituto para ver su hora de atención a padres.

Bueno, en serio creo que debería empezar a hacerle caso a mi hija y a Sara en cuanto a lo de comer decentemente, pero como ya todo me da igual, por no tirar con las lentejas chamuscadas, me las he tomado de cena. Cuando Icía me ha visto el plato se ha llevado las manos a la cabeza y me ha caído la gran bronca de que después me quejo de que estoy como el globo de Betanzos y me canso cuando subo las escaleras de casa.

Claro, tendré que contaros que vivimos en un segundo sin ascensor, y de alquiler, así en el momento que no demos con todo, pues toca hacer la maleta y arrancar a casa de mis padres. De momento nos vamos apañando, pero sin ninguna cosa extra, antes contaba con el sueldo de mi ex, aunque no sé si puede decirse que contaba con él, porque no se privaba de nada, casi todo lo que ganaba se lo gastaba en el bar, comiendo fuera de casa al mediodía aunque no fuese necesario y después también le gustaba vestir bien, con ropa de marca y demás, cuando yo me contentaba con ropa del mercadillo. Aunque últimamente ya tenía que hacer números, y muchos para que me sirviese. Por lo tanto su aporte económico, importa claro que sí. Sin dudarlo saldremos a flote.

Volviendo a mi ex, si con nosotras lo malgastaba todo, no me quiero imaginar cómo hará ahora con un bebé en camino, o más bien, cuando el niño

nazca, porque seguro que come, se caga y crece a la velocidad de la luz, pero al menos tendrá ese niño que siempre quiso, a mi esas cosas ya no me importan.

Desde que Sara me dejó para leer uno de esos libros perversos que a ella tanto le gustan, pues vaya, con lo enganchada que estoy, no le doy vueltas a la cabeza con mi vida y me dejo embriagar por las historias que escribe su amiga Chus, me he leído *Fuera de Juego* como si no hubiese un mañana, mi hija estaba encantada porque durante dos semanas casi no le presté atención y ahora estoy a vueltas con *El Imbécil de mi hermanastro*, aunque esta ya casi me la sabía de memoria por vivirla de cerca, pero me he enterado de muchas cosas morbosas que no tenía ni idea. Yo que había dejado de lado los libros, está visto que una buena forma de retomar viejos hábitos, es encontrar algo que te enganche.

Por mucho que quiera negar cosas, mi último pensamiento antes de cerrar los ojos, han sido para esas palabras que siempre me dice la abuela, y yo huyo de ellas porque no me interesan, pero sé que son verdad, y en el fondo me dan miedo, y es lo de que “voy a quedarme para vestir santos”, yo digo a todos que no quiero saber nada de ningún hombre, aunque en el fondo ansío vivir una bonita historia de amor, con final feliz, no como la que viví hace años y que simplemente yo la llevé por dónde creí más oportuno, que hice lo correcto o no, nunca se sabrá.

He revisado la página web del instituto y aun viene el nombre del antiguo profesor, de este no me sé ni cómo se llama, ahora que lo pienso, mi hija habla de tanta gente, que aún tardaré en saber quién es el de cada asignatura, pues muchos son nuevos. De todas formas, ya he llamado y pedido cita para hablar con él, Icía no lo sabrá hasta la víspera, así dejará de inventarse cosas.

—Tú no vas a ir con esa pinta a hablar con el profesor de tu hija.

Me dice Sara tomándonos un café en la cocina de la oficina que hemos habilitado para la gente que se trae la comida da casa o para tomarnos un tentempié.

—Qué pasa, tampoco voy tan mal —me hago la ofendida, aunque no me gusta que me haya dicho eso.

—Tú vas a empezar a cambiar muchas cosas, si te enfadas conmigo me da igual, y aunque no te guste, como sigas poniéndote esa ropa oscura que te suma diez años, y cambies otras cosas, no voy a dejarte en paz.

—No me da la gana, estoy cómoda con estas mallas.

—Me importa tres hostias que estés cómoda, no se trata de estar cómoda,

se trata de estar guapa, eres muy joven y aparentas una edad que no te corresponde —me grita indignada.

—No quiero escucharte —me tapo los oídos como una niña pequeña.

—Mírate esas mallas, que yo no me las pondría ni para estar por casa. Están todas flojas, ese jersey tiene más bolas que un árbol de Navidad, y esas zapatillas. Y no me vengas con el rollo del dinero, sé lo que ganas y te da para vivir y vestir decentemente.

—Tengo una hija a la que sacar adelante —protesto defendiéndome.

—Ya lo sé, pero Andrés se va a quemar y te va a decir algo como no cambies de actitud con tu aspecto. Yo te voy a llevar a junto mi hermana y vas a cambiar de look, y eso no te va a costar nada, ya me encargo yo. Y te voy a regalar ropa bonita, tu cumpleaños está a la puerta y eso te voy a comprar, y en vez de preocuparte tanto por Icíá, lo vas a hacer por ti, para verte bien y sentirte estupenda. Y dieta, eso también lo vas a hacer, se terminó la bollería, los bocadillos de beicon y las hamburguesas. Y voy a ir a buscarte para que vengas a hacer ejercicio con Óscar y conmigo.

—Déjame en paz, no me gusta hacer deporte, lo sabéis de sobra, todos.

—Eso no es verdad, tu sobrino ha comentado que antes sí hacías, pero hace unos años que te has dejado ir a la Bartola y ahora cuesta comenzar de nuevo, pues es lo que hay. Y vas a empezar a salir con tus amigas y dejarte de tanto sofá y Sálvame, estás siendo patética y me pones enferma.

—No me apetece salir, mis amigas están todas casadas y se quedan en casa con sus maridos y sus hijos.

—Una pena, hay mucha gente que está sola y ansía salir con alguien. Tú llevas catorce años viviendo aquí, has estudiado en este pueblo y conoces gente. Yo hace poco más de un año que he aterrizado en Villagarcía y tengo de sobras con quien tomarme un café —lo dice mirando su teléfono como si yo no estuviese delante.

—*Arre demo*, eres peor que un grano en el culo, te lo digo en serio, no me apetece nada de todo eso.

—Pues vas jodida, nos hemos aliado todos en contra tuya, y hasta que consigamos que cambies, no vamos a dejarte en paz. Lo siento —se acerca y me da un beso en los mofletes y un abrazo.

—Eres la sobrina más odiosa que tengo —le suelto con rabia.

—Soy tu única sobrina —me guiña un ojo y me hace sonreír. —Mejor, Óscar es tu sobrino, yo intento ser tu amiga.

—Pues lo estás haciendo de pena, a este paso, no creo que lo consigas.

—Te quiero tía Paula —y me da un achuchón.

Acabamos de tener la discusión del siglo, porque mi hija me ha dejado muy claro que no pise el instituto y menos para hablar con el impresentable ese que es su profesor de matemáticas. Hoy al parecer se ha quedado toda la clase sin recreo porque alguien ha osado comer chicle en su hora, ha hecho un globo, con explosión incluida y como nadie ha dado la cara, pues todos castigados. Bueno, al menos hay compañerismo y no son chivatos. Y no piensa pasar a saludarme cuando esté esperando en la sala de padres, no quiere hacer el ridículo delante de sus compañeros. Qué bien vamos con casi catorce años.

He escuchado un poco mi sentido común, y sin querer darle la razón a Paula, me he puesto un vestido que ya tiene unos años, pero al menos no he ido en mallas, verdaderamente no es que me guste mucho y quizás tenga que plantearme lo de la ropa, a pesar de ser un poco más joven que yo, siempre me hace reflexionar con las cosas que dice. Sé que tiene razón aunque no quiera dársela, ella siempre está divina de la muerte y por lo que cuenta, no se gasta mucho.

Acabo de aterrizar en el cole, un imbécil que va en moto y que me cruzo muchas veces cuando voy para trabajar, ha frenado en seco para dejarme pasar en el paso de peatones, la gente cada vez conduce peor. Ha aparcado dentro del recinto escolar, y vaya, la Xunta de Galicia, si es la encargada de seleccionar al personal, debería fijarse un poco más a quien contrata o se presenta a las oposiciones, porque se acaba de sacar el casco y es un chico joven, con el pelo marrón ondulado, digo eso porque tiene melenita, o melena, se lo ha sacado y se lo ha recogido en una coleta con moño incluido. No sé si lo de conserje dependerá del Concello, que está visto que meten a cualquiera. Me deja pasar en la puerta de la entrada, yo voy al mostrador de secretaría.

—Buenos días, venía a hablar con el profesor de matemáticas de tercero C —le comunico al mismo chico.

—¿Tienes cita con él? —me pregunta.

—Sí, claro.

—¿Quién es la alumna?

—Icía Pazos.

—Espere un momento en esa salita, por favor.

—Vale, si puedes dile que no se retrase, he pedido en el trabajo. —le comunico mirando a la pared.

—No creo que tarde —Me responde yendo a la fotocopidora.

Me siento en uno de esos sofás, tiene a un lado y dos a otro, hay una pareja

de padres esperando, saludo educadamente. Al poco rato viene una chica con aspecto de estirada y se mete con ellos en una habitación y cierran la puerta. Quien aparece también es el chico de antes, lleva al hombro una mochila de cuero, un paquete de folios fotocopiados, cuatro libros en sus brazos y un ordenador portátil.

—Pase por favor. —me dice mirando hacia una puerta, será para que la abra.

—Gracias —una mesa con dos sillas a un lado y otra enfrente.

—Hola soy Mateo, el profe de mates —lo deja todo encima de la mesa y me tiende la mano.

—Encantada —Mi hija hay cosas que debería explicar un poco mejor.

—Ícía comentó que vendría su madre —me habla colocando los papeles.

—Yo soy su madre —me mira de repente, como sorprendido.

—Es usted muy joven —habla a la vez que abre el ordenador portátil.

—Usted también es muy joven para ser el profe de mates— comento en tono bajito. Esto me recuerda que debería asesinar a alguien, yo creyendo que venía a visitar a un viejo cascarrabias y vaya sorpresa.

—Ícía Pazos —mira atentamente la pantalla del ordenador.

—Esa misma —respondo encogiéndome de hombros, los profesores siempre hablan maravillas de mi hija.

—Su hija es una delincuente.

—¿Qué? —casi le escupo.

—Lo que le cuento —ahora a quién mira fijamente es a mí.

—A Ver ilumíname, perdón, ilumíneme.

—No hace los deberes, y cuando los hace, plantea cosas que no corresponden a su edad. De hecho se lo comenté en el último examen. Y eso no es lo peor, sino que le gusta llamar la atención y es la cabecilla de la clase.

—Eso no es verdad, nunca he tenido quejas de ningún profesor.

—Alguna vez tenía que ser la primera. El otro día tuve que castigar a toda la clase sin recreo, por su culpa. Sabe que no pueden comer chicle en mi hora, al menos. Y ella hace lo que le da la gana, no solo eso, hizo un globo con su correspondiente explosión, sé de sobra que había sido ella, pues lo negó todo y se quedaron sin recreo, por su culpa.

—No creo que fuese ella —Protesto intentando defenderla.

—Bueno, pregúnteselo.

—Ya me lo ha contado, no ha dicho quien había sido. Y lo de ser la cabecilla, es la delegada.

—Lo sé, y tiene a media clase amenazada —me mira fijamente.

—¿Qué demonios está diciendo? —Pregunto asombrada.

—Pues eso, que tiene a media clase amenazada, no hace los deberes, porque no le da la gana, y cuando los hace los vende a sus compañeros, al igual que los trabajos de plástica, que los cambia por los ejercicios de inglés. Yo me fijo en muchas cosas y a ella la he vigilado desde el primer día.

—Mira lo que me cuentas, perdón, lo que me cuenta me suena a cuento chino.

—¿Quién le ayuda en los deberes? Usted ha dicho que trabaja, quizás su padre.

—No, estamos separados.

—Puede ser una forma de rebelarse y protestar contra la situación familiar.

—Mire, mi hija lo pasó mal al principio, pero ahora lo lleva muy bien, porque incluso va a tener un hermano y le hace ilusión.

—Yo creo que la “manipuladora” de su hija se ríe de mucha gente, usted entre ellos.

—Eso no es verdad —no quiero que me cuente más nada, esa no es mi niña.

—Ha desarrollado un ejercicio de matemáticas con cosas que se dan dentro de dos años, es muy inteligente, tanto como vaga y buscavidas.

—Mi madre la ayuda con los deberes, era maestra, tiene a otro alumno que está en bachiller y le da clases de apoyo a los dos juntos, quizás algo que le ha explicado.

—Puede ser —me mira fijamente, con una sonrisa chulesca.

Virgen Santa, ahora que lo tengo de frente, vaya espécimen, casi para huir corriendo. Tiene un piercing en una ceja, lleva barba, un tatuaje de una nota musical en el cuello, justo debajo de una oreja, en la que tiene un pendiente de Coco y fijándome en sus manos que tiene cruzadas encima de la mesa, lleva casi todos los dedos tatuados desde la mano a los nudillos, y un anillo en cada una de ellas, me he fijado en todo esto y he vuelto a su mirada que parece que hipnotiza y tiene algo familiar en sus ojos color avellana.

—Mira, perdón, mire, vengo a menudo a hablar con los profesores de mi hija y es la primera vez que escucho algo así, siempre ha sido una niña ejemplar, ¿cómo puede comprar los trabajos de plástica? No me lo creo.

—Intercambia los trabajos que le hace Breogán, que es muy bueno dibujando y ella le hace los deberes de inglés, no sé cuál de los dos sale ganando, pero Icía, fijo que no pierde, sino no lo negociaría. Estoy esperando

a que alguno de sus otros profesores diga algo, no van a tardar en enterarse. ¿Cómo hace para estudiar para los exámenes?

—Nunca la veo estudiar. De todas formas, mire, yo he venido a hablar de las matemáticas, lo que haga mi hija en las otras asignaturas no creo que sea de su incumbencia. —Veo que he metido la pata, pero ya está. Menudo prepotente.

—Bueno, yo solo intento abrirle los ojos, entonces, ¿por qué venía exactamente? —me pregunta con arrogancia.

—Pues ya no sé por qué venía, pues porque dice que usted le tiene manía —mutuamente.

—Eso suele pasar cuando no quieres que descubran tus secretos. Yo no le tengo manía a nadie —intenta justificarse.

—Mire una cosas, ¿sus hijos no hacen ninguna tontería? —lo miro fijamente.

—No tengo hijos, ni intención de tenerlos.

—Ya me parecía. Normalmente los profesores que no tienen hijos son demasiado exigentes con sus alumnos, porque intentan poner en práctica lo que les gustaría hacer con sus hijos. Usted se cree muy buen profesor, pero ya me contará cómo es que en clase de mi hija, en el primer examen, de veinte alumnos, sólo han aprobado dos, entre ellos mi hija y con un cinco, que creí que tendría que venir el 112, pues nunca había sacado esa nota en matemáticas —me he incorporado y lo estoy mirando fijamente.

—Me lo puedo imaginar, en la clase de al lado han aprobado tres y en segundo uno. No he estado con ellos en la primera evaluación, ha sido una pena, los veo muy flojos y tendrán que trabajar mucho si quieren aprobar —me responde con chulería.

—Lo que está claro es que no es normal que solo aprueben dos niños de toda la clase, algo falla, hasta ahora nunca habíamos tenido problemas con ningún profesor. Hay clases mejores y peores, pero con este resultado, no.

—Al final de curso hablaremos, quizás me dé las gracias, por abrirle los ojos con su hija y por obligarla a trabajar, porque con el cuento de que es inteligente, no la rasca. —teclea algo en su ordenador y ya casi no me mira.

—Pues yo no estoy de acuerdo en muchas de esas cosas, y como formo parte de la ANPA de este instituto, hablaremos de usted en la próxima reunión, y quizás tengamos que mandar aviso a la Consellería de Educación, para que a quien vigilen sea a usted —le acabo de decir un poco mosqueada.

—Señora, usted decidirá lo que desea hacer —me ha mirado fijamente, y

me ha llamado Señora, eso es para vomitarle encima.

Nada más llegar al coche reconozco que he sido patética, en vez de ponerme de su parte que es como debería, aunque no sé si tiene razón o no, me he puesto del lado de mi hija, cuando, aunque no quiera admitirlo posiblemente tenga razón en alguna cosa y vaya como he hecho el gilipollas.

Lo de que mi hija me mangonea, lo sé de sobras, también que es una niña ejemplar en los estudios, con unas notas de lo mejorcito, pero sobre todo haciendo el ganso, si lo de que es una vaga y vive de rentas eso ya me lo sé yo, lo que se explica en clase, se procesa al momento en su cabeza y apenas estudia. Vive de rentas, eso ha dicho su tutora y su abuela, pero que lo haya dicho este cretino, ya me fastidia, porque este además ha añadido unas cuantas cosas más que no me han gustado lo más mínimo, de mi hija sólo yo hablo mal.

— Lo de que vienes enfadada es evidente. —me dice Sara, mirándome, estamos las dos solas en la oficina.

—Un cretino es ese hombre, tiene un aspecto que cualquiera puede ser profesor de matemáticas, y yo que pensaba encontrarme un viejo cascarrabias y es poco mayor que yo.

—Para un momento, como has dicho que se llama —me mira con expectación.

—Eso aún no lo había dicho. Se llama Mateo y parece el cantante de Europe.

—Mateo, profe de matemáticas del Instituto y es de Ourense. —comenta Sara con emoción.

—No sé de dónde es ni me importa, como si es de Irlanda del Norte, que se llama Mateo sí lo sé.

—¿Un chico guapísimo que tiene melenita, barbita, algunos tatuajes y piercings? —pregunta con entusiasmo.

—Lo de guapo lo verás tú. Yo lo he visto gilipollas. No me digas que lo conoces, porque a ti ya te vale, conoces a la mitad de la humanidad —protesto abriendo mi libreta de notas.

—Claro, lo conocimos este verano Oscar y yo, a veces sale a correr con nosotros, y hace remo en la ría con tu sobrino. Es hermano de Samuel la pareja de mi tía Adela, que también es profesor de mates en Santiago y es el tío de Xael el novio de mi hermana Uxía —Comenta con entusiasmo.

—Estupendo, te conoces a toda su familia.

—No, a toda no, pero a parte, sí. Y qué dices, si es un encanto.

—Por favor, si te escucha Icía, dejás de ser su prima automáticamente,

aparte de la de cosas que ha dicho de ella. Ella lo odia, y yo también, y no se lo he escondido, creo que ha quedado de manifiesto.

—Y si verdaderamente tiene razón, y tú vives engañada, los adolescentes son la hostia, aunque ella es una monada de niña. Vale no he dicho nada, ya he visto tu mirada, no diré palabrotas en tu presencia, que sé que te molesta.

—Pues eso, que no estoy de humor.

## CAPÍTULO 2

Estoy deseando tenerla delante, a riesgo, de que no vamos a tener la comida en paz, pero voy a castigarla sin nada, es serio, estoy esperando escuchar la versión de *Madame*. Aunque en el fondo lo que quiero es que me diga que todo lo que este hombre me ha contado es mentira y se lo ha sacado de la manga.

Como viene siendo habitual últimamente, la puerta de la entrada ha sufrido de nuevo. Las paredes han retumbado y esa brujita que tenemos en el mueble, se ha echado a reír con el golpe de la puerta.

—Tú te callas imbécil, terminaré desconectándote las pilas como hago casi siempre, porque a la mínima saltas —Habla con la muñequita que está en su silla mirándola fijamente, pobre bruja.

—Se puede saber qué ha pasado hoy, porque a este paso la puerta no llega al verano, ni ella ni la casa y ninguna de las dos cosas es nuestra.

—Qué ha pasado, la estirada esa de lengua, Pilar, me ha sacado dos puntos, entiendes, cero con veinte por cada falta de ortografía y cero con diez por cada acento.

—Genial, y que pasa, que le debes nota. Ahora es una estirada, si era tu profesora preferida hace una semana, te encantaba su forma de vestir.

—Eso ya paso a la historia, no repite modelito en todo el mes, pero es patética, no he podido sacar el diez. Como *Influencer* se lleva la palma, pero como profesora, la caga a lo grande.

—Sí ya sé yo que no te fijas. Ahora eso casi es lo que menos me importa, tengo noticias de tu amigo Mateo, el de mates —le digo y casi escupe el agua que se acaba de beber.

—No harás caso a lo que te cuente, ya sabes que me tiene manía. —me cuenta comiéndose un trozo de pan.

—Manía, a ti cada día te cae mal uno de tus profesores, mira que eres complicada, vaya como sois los adolescentes. Cuéntame lo de los trabajos de plástica y los deberes de inglés.

— No quiero patatas fritas, tienen mucha grasa y demasiadas calorías, hoy no puedo hacer deporte por la tarde.

—No estamos hablando de comida, sino de ti, señorita.

—A ver, de qué hablabas mamá —pregunta, intentando cambiar de tema.

—Mira Icía, a mí no me toreas, en mi vida he pasado tanta vergüenza, espero que todas esas cosas que me ha comentado ese hombre no sean verdad, o estarás castigada eternamente —le digo llevándome a la boca un trozo de bistec con patatas y hablando con la boca llena.

—No sé exactamente lo que te ha contado. Si es por lo de plástica, el tío no se entera, llevamos haciéndolo dos cursos y aun no me ha cachado. Breogán hace los trabajos a casi toda la clase, bueno a Noelia y Sandra no, porque esas son las niñas ejemplares —yo la miro con los ojos muy abiertos como no creyéndolo.

—¡Pero tú te crees que así vas a aprender algo y ese amigo vuestro otro tanto de los mismo!

—Como si la escuela nos fuese a solucionar la vida, mira los políticos todos robando, hasta la Cifuentes las cremas para la cara y el Máster y muchos no tienen ni la ESO. Qué más da, si es plástica. Así Breogán no hace nada, cada uno le cambia las láminas por los deberes de una materia —al final por no liarla se está comiendo las patatas.

—Pero tú no ves que eso está muy mal, si al final El Mateo ese del diablo va a tener razón y sois todos unos terroristas, tú la que más.

—Todos hacemos cosas, yo también he vendido los deberes de matemáticas en más de una ocasión, o los he cambiado por los de otra asignatura.

—Bueno, esto ya es el colmo.

—Yo soy la delegada y tengo derecho a mandar más que los otros y él debería meterse en su vida y dejar de vigilar la mía, que no creo que sea de su incumbencia, ni ejemplar precisamente. Sí al final tengo toda la razón odiándolo.

—Me has mentido, en un montón de cosas. Te quedas sin móvil, ya puedes entregármelo.

—Lo necesito, tenemos el grupo de clase, y para comunicarme contigo, o si no, no sé cuándo vienes a buscarme o lo qué encargarte.

—Se acabó, he dicho que te quedas sin él y no quiero verte protestar, vaya bochorno he pasado. —me he levantado, y puesto a recoger la mesa.

—Cuánto lo odio, viene siempre en moto, pero al primero que traiga el coche, porque en invierno no va a querer mojarse. Juro que se lo voy a rascar. —comenta a la vez que pela una manzana para tomarse de postre, yo he cogido un flan y la mirada que acabo de recibir casi me fusila.

—Estaría bien que dejases de decir tonterías de niña inocente, que estás

siendo peor que el Muñeco de Chucky, y ya estamos en invierno hace tiempo.

Casi he sentido alivio de que Sara se vaya a Santiago hoy y mañana, como tiene que repartirse para trabajar en la asesoría de su padre y en la fábrica de Villagarcía, se van a la casa de su madre, ella trabaja en Santiago y Oscar viene a la fábrica si es necesario, sino lo hace desde casa, aprovecha para preparar juicios y otros negocios que hace por teléfono o vía internet, y Andrés se ocupa de llevarlo todo, aparte del viejo Fernando que no es capaz de quedarse en casa. Pero al menos si ella no está, no puede comerme la cabeza con cosas que no me interesa escuchar, como lo del gimnasio, comer sano, cuidarse físicamente, mi ropa y lo de un novio.

Ahora ya empiezo a arrepentirme de haberle sacado el teléfono a mi hija. La estoy esperando en casa y se retrasa. Como siempre, empiezo a impacientarme, he salido a la ventana al menos cuatro veces, sé que se ha marchado de casa de mi madre hace más de media hora, y a pié le lleva diez minutos. Esta niña va a matarme de un infarto, reconozco que lo mío no es tener paciencia precisamente. He intentado cotillear su teléfono pero con tanta clave, pin y contraseña, no entra ni un virus. Esta vez ya no he salido de la ventana, sino que aquí me he plantado a esperar, a pesar de que hace frío, y la veo aparecer por la esquina, viene con alguien, Oh no, un niño y por favor, se acaban de dar un beso en la boca.

—Oye, Icía, pero que haces —acabo de gritarle, como una verdulera, seguro que me ha escuchado todo el barrio.

Y el que viene detrás de ellos no es otro que mi cuñado Andrés que trae una sonrisa de oreja a oreja. Icía se ha girado para darle dos besos con sentimiento, y el chico se queda mirándolos y recibe el mismo trato que mi hija. Van a matarme, si es una cría de trece años.

—Tú eres peor que la madre de Sabela, que vende el pescado en la plaza, o las mariscadoras de Playa de Carril que hablan para todo el Océano Atlántico. Qué pasa, que le he dado un beso a mi novio —acaba de tirar la mochila al suelo de golpe.

—Novio, qué novio, ni que leches —pregunto asustada.

—Johnatan, ese es mi novio desde hace dos semanas y si no te pusieses como una víbora te lo hubiese contado, pero ya sé que para hacerlo hay que mirar qué ambulancia está de guardia para que venga a buscarte. —Se ha sentado en el sofá y yo enfrente.

—Oh no, por Dios, ¿ese no es el hijo del furtivo que vende el marisco?

—Yo que sé lo que vende mamá, muchos son furtivos para sacarse un

dinerito, cada uno se busca la vida como puede.

—Ese niño suspendió cinco en la primera evaluación, qué clase de vida puede esperarte con una persona así —la miro con los ojos muy abiertos.

—Pero por favor, aprobó cinco, no las suspendió, tendrán once o doce y qué pasa, porque nos hayamos enrollado, no quiere decir que mañana hagamos una boda de cien personas. —se ha puesto a comer un plátano.

—¿Y no tenía moto?

—Siiiiii, tiene una moto preciosa de color rojo, una Yamaha —me responde con entusiasmo.

—Y mucho mayor que tú, que los mayores saben Lepe, hasta que consiga acostarse contigo no va a parar —me llevo las manos a la cabeza con desesperación.

—Alguna de mis amigas ya no es virgen y no pasa nada— sigue comiendo y yo le acabo de escupir la coca cola.

—Estáis locas, si sois unas niñas.

—Mientras no te recicles y te pongas al día, no voy a contarte cosas. Necesitas echarte un novio y que sea moderno, no como era Alberto, que tú eres joven, no tienes cuarenta años, como casi tenía él y te contagió todo lo malo. No he dicho que las que no son vírgenes tengan mi edad.

—Vale, ya está —le respondo levantándome del sofá y limpiándome la bebida con el revés de la mano.

—Sí, déjame el teléfono, necesito mirar algo en el grupo de clase, a ver cómo nos distribuimos los trabajos de tecnología.

—Bueno, delante, mía.

—Joder, mira que eres pesada. En vez de darme la chapa en casa, por qué no te vas a caminar un rato, hasta el puerto, haces ejercicio y yo puedo hacer cosas tranquila sin que me comas la oreja.

—Un euro al bote, por la palabrota, no voy porque no me apetece, voy a leer un rato. Tienes media hora de teléfono.

Me he quedado dormida en el sofá, a pesar de que el pobre es muy viejo y los muelles se clavan en la espalda, pero como el dinero no da para otro, es lo que nos toca. Ya es de noche, normal, la anterior no dormí nada por culpa del dichoso profesor de matemáticas que me tiene atormentada, está todo oscuro, por lo tanto la niña ya se habrá acostado y yo decido taparme con una manta y seguir durmiendo, si me cambio de sitio tengo todas las papeletas para desvelarme.

Estoy en el trabajo y de una cosa me acabo de acordar, con el rollo de leer

esos libros que Sara me ha dejado que enganchan que es una pasada, ya podía encontrar yo un caballero andante de esos que aparecen por sus páginas, pero no, a seguir viviendo de ilusiones. Eso, pues que no le he sacado el teléfono a Icíá, y por voluntad ya dudo que lo dejase en casa, he comprobado el *guasap* y la muy lista ha sacado la última conexión, bueno, eso ya hacía que lo había hecho, no me extrañaría nada que se haya pasado media noche hablando con sus amigas, o lo que es peor con el niño ese que no me gusta nada. También he reflexionado en lo que me ha dicho, que vivo en la edad de piedra poco más. Pues esta es mi forma de ser, y no voy a cambiar, la que va a cambiar es ella, que es una cría y no pinta nada con un novio a sus años.

—¿Qué, estamos en los mundos de Yupi?

—Bueno, los Hombres de Paco, ¿qué haces tú por aquí? —le hablo un poco mal a Xurxo, este agente de la ley que me parece repelente.

—Vengo a informarte de que tienes la ITV del coche caducada, eres una inconsciente circular con esa mierda así, y con una niña dentro de él —alguien que no he visto acaba de entrar y se ha sentado en los sofás de espera, pero no lo veo.

—No circulo con una niña, sino con una adolescente. Se me habrá pasado.

—Cinco días, si tienes un accidente el seguro no se hace cargo, también te informo —Me mira con chulería sacándose la gorra y apoyándola en el antebrazo.

—Y qué vas a hacer tú, multarme de nuevo, porque eso es lo tuyo, parece que no sabes hacer otra cosa, ya te vale —le escupo de malas formas.

—Sé hacer muchísimas cosas y muy placenteras. Hoy he venido solo a informarte —continúa mirándome con arrogancia.

—Pues ya podrías ahorrarte el viaje, por tu culpa este mes no comeremos.

—No será para tanto, yo no tengo culpa de que te guste pisarle, ni de que aparques en dónde no debes. Mi invitación sigue en pié, cuando cambies de idea, ya sabes, no pensarás estar sola toda la vida— sigue hablando con chulería. Sola no, pero contigo tampoco.

—Muchas gracias, miraré la agenda.

Ha dado media vuelta, se ha ido y yo he comenzado a llorar como una magdalena, todo esto me supera, ahora el maldito coche, las cosas se acumulan y entonces me fijo en quién está sentado esperando.

—Hola —se levanta y viene hacia mí.

—Qué pasa, que la terrorista de mi hija ya te ha rayado el coche y vienes a reclamarme, pues el cabrón ese del Guardia Civil acaba de marcharse, aún

puedes alcanzarlo para poner la denuncia —acabo de limpiarme las lágrimas con el anverso de la mano.

—Vengo a buscar algo que me ha dejado Óscar —me dice, en tono bajo, como acojonado.

—A mí no me ha dejado nada —le respondo de mala forma.

—Pero se puede saber qué es lo que te pasa, ¿por qué lloras? —Andrés ha salido de su despacho y viene hacia mí, me abraza.

—El coche, sabes, la ITV. —y rompo a llorar como una loca.

—A ver Paula, el coche no va a pasar la ITV y lo sabes, cuesta arreglarlo más de lo que vale el coche en sí. Tendrás que deshacerte de él, o sino pedirle a tus padres esa ayuda que no quieres, eres una terca —me abrazo a él, le estoy empapando la camisa con mis lágrimas.

—No quiero depender de nadie —lo abrazo más fuerte y él me besa en la cabeza.

—Haremos una cosa, el coche de Ana, tu hermana, está parado desde que ella no está, era nuevo. Yo lo llevaré a que lo pongan a punto y será para ti. A ella le habría gustado eso. Y no protestes, yo me encargo de todo, y no quiero verte con el coche por ahí con la ITV sin pasar, puede suceder cualquier cosa y no me lo perdonaría —me ha separado y me mira fijamente.

—Lo pensaré —contesto sorbiendo los mocos de llorar.

—No vas a pensar nada. Hola Mateo, perdona, tengo algo para ti.

Qué bochorno, me había olvidado de que él estaba ahí, mirándonos fijamente, sin decir nada, me he separado de mi cuñado, limpiado las lágrimas de nuevo y me siento en mi lugar de trabajo, el profe me mira fijamente sin sacarme los ojos de encima. Parece que viene de correr. Sigue teniendo cara de gilipollas, va en camiseta de tirantes y pantalón corto, con el frío que hace. Sus brazos están cubiertos de tatuajes, en los cuales no puedo fijarme, y músculos, desde luego este no está sentado en el sofá de casa mirando Sálvame, como yo. Lleva su melena recogida en un moño.

—Pasaba por aquí haciendo footing y recordé que tu hijo tenía que dejarme un pen con unas cosas— acaba de coger una sudadera de capucha color gris y se la acaba de poner. De nuevo esa mirada hipnotizante que tiene algo que me resulta familiar.

—Ahora te lo traigo. —se pierde por el pasillo a su despacho.

—No sabía que trabajabas aquí. —me pregunta de forma tierna. Qué raro. Será que no quiere cabrearme más.

—Ya ves, el mundo es un pañuelo, la terrorista es prima de Oscar, ten

cuidado con quien te juntas, son de la familia de Bin Laden. —le hablo mirando la pantalla del ordenador.

—Lo tendré en cuenta. —Se le escapa una sonrisita y mis ojos van derechos a sus labios y a otros pensamientos que no debería tener, porque no proceden.

—Toma, dejó esto para ti. Ya veo que conoces a mi cuñada. —yo lo miro con los ojos muy abiertos.

—Le doy clases a su hija, un encanto de niña— no me lo creo, que pasa, que delante de los demás va a tener un comportamiento de “persona” normal. Imposible.

—Lo sé, es mi única sobrina y la quiero mucho. Bueno, ahora con mi nueva pareja sí tengo más, pero Icíá y Paula son muy importantes en nuestras vidas, tanto en la de Óscar como en la mía.

—Estupendo, sigo con la ruta, aun me quedan otros diez kilómetros para correr —le da la mano a Andrés y me mira.

—Me llevaría una semana— sigo mirando al ordenador y los dos se ríen.

—Voy con Mateo al bar de enfrente a tomarme algo, si quieres venir puedes, Martiño fue a Carril y no creo que tarde.

—Gracias, debo hacer cosas atrasadas.

Lo que me faltaba, que ahora venga por aquí, si mi hija lo sabe, y que conoce a su primo y a su tío, puede darle algo.

Saber que tengo un fin de semana por delante, antes me hacía ilusión, cuando Alberto y yo estábamos bien, al menos salíamos el domingo por la tarde a pasear, pero yo ahora me he acomodado en casa y todo me da pereza, también hay que decir que el tiempo no acompaña mucho, ha llovido y sigue haciéndolo prácticamente todos los días, asique mi uniforme del fin de semana es un pijama calentito que me he comprado en el Primark, y no pienso salir. Lógicamente mi hija pasa olímpicamente de mí, de ir a ningún sitio, ni hacer ninguna cosa juntas, bueno, sí, cuando quiere comprarse algo y necesita mi tarjeta, entonces, sí está interesada en mi presencia.

A veces Sara me rompe la cabeza para que vaya a su casa o a tomar algo, pero ya que no está, aprovecharé para hacer cosas por aquí, como dormir y ver la televisión. Podría ir al cine, pero tampoco me apetece, me he traído patatas fritas, Pelotazos y todas las porquerías que existen en el mercado y ya me valen. Mi hija ha amanecido calmada, y ha pedido ir a casa de su padre a pasar al menos el sábado y quizás el domingo, depende, que lista la tía, así se lleva el teléfono, que en el fondo creo que es lo que realmente le interesa y esa

Jeni que es la novia de él, pues le hará de comer todo lo que le gusta.

El cargo de conciencia está ahí, creo que debería salir a caminar, aunque solo fuese una hora, pero como hace frío y llueve, ya es la excusa perfecta. He mirado los capítulos atrasados de Fariña, para ponerme al día, ya que todos hablan de ella, siquiera saber de qué va la famosa serie, basada en el narcotráfico en Galicia en los años ochenta. Y lo mejor, he visto una vez más Cincuenta sombras de Grey, ya que a mí nunca me pasa algo así y no vivo mi historia de amor.

Recuerdo la mía, sólo que era muy joven, pero con lo loca que es mi vida, no creo que nadie quiera liarse con alguien que tiene una cría, mejor dicho, una adolescente, y eso echa patras.

Yo sé a lo que van los hombres a esta edad y no es a complicarse con una relación, los que no se han casado es por qué no quieren hacerlo, no es como cuando uno se separa con cuarenta años, que ya puedes encontrarte a otra gente de tu edad en tu misma situación. En fin. Yo nunca he tenido ocasión de probar rollos de una noche, como los llaman ahora y no sé si eso me gustaría o no, aunque lo veo un poco complicado y peligroso, con todas las cosas que pasan. Aunque yo pretenda pasar del tema, siempre termino dándole vueltas a lo mismo. Y es a lo que dice mi abuela “vas a quedarte para vestir Santos” sola y soltera.

Estaba echándome la siesta del siglo cuando ha sonado el telefonillo en esta plácida tarde de domingo, mi hija ya regresó después de comer, está en su habitación haciendo un trabajo y la que aparece para molestar, no es otra que Sara y viene cargada con una maleta.

—Pasa, ¿se puede saber qué demonios traes ahí a cuestras?

—Joder, ya podíais vivir en un piso con ascensor y no tener que subir con esto. La otra vienes a buscarla al coche.

—A ver ilumíname con esto —me cruzo de brazos delante de ella.

—Esto es para ti. —y abre la maleta repleta de ropa.

—Qué dices, anda —empiezo a mirar las cosas que hay.

—Mi hermana Catia ha renovado su vestuario, como hace siempre y esto no lo quiere, Ainoa no puede repetir modelo para ir a los tribunales, Saleta es de las que compra sin mirar siquiera la etiqueta y a veces ni lo estrena, y yo, pues he decidido hacer sitio en mi armario. En el coche tengo otra repleta y unas perchas con unos vestidos preciosos.

—Estupendo, esto no me lo puedo poner, son dos tallas menos de lo que me estoy metiendo. —Protesto mirando una bonita blusa de volantes en color

coral y unos pantalones de pitillo negros.

—Tú misma, antes del verano vas a ponerte todo esto como me llamo Sara.

—Oh qué vestido más bonito, y esta falda. —la que ha aparecido es Icíá que lo mira todo embelesada. —tu hermana tiene ropa preciosa, y tú también, teníais que hacer vídeos en Youtube como *Dulceida*.

—Es para tu madre, no creo, me pregunto, no te habrá importado que haya reclutado a mis amigas para que me cediesen lo que ya no ponen, a veces no saben qué hacer con las cosas y me he acordado. —Me mira apoyando la mano en el corazón.

—Claro que no, no tengo tanta soberbia para desperdiciar todo esto — Miro un bonito jersey marinero en el que no cogería ni lavándome a noventa.

—El próximo sábado te vienes todo el día conmigo a Santiago, tenemos cita en el salón de belleza de mi madre para hacerte un cambio radical.

—Bien, a ver si al fin entra en razón —ha dicho mi hija dando un salto de triunfo.

—Ni lo soñéis, ni una, ni la otra, me gusta mi pelo y no voy a escucharos.

—Cállate con tu pelo, parece la cola de una ardilla, lo tienes como un estropajo. Y aunque te enfades no me importa, me he permitido hacer más cosas.

Esta mujer va a volverme loca, le gusta manejarlo todo que es una pasada, valía para encargada de obra. Mi pelo tampoco está tan mal, que quizás cortándolo cambie mi aspecto, pero ir a la peluquería es caro y no hay vuelta que darle, a veces haciendo una coleta se esconden muchas cosas.

—No me da la gana, no voy a hacer nada.

—Sí lo vas a hacer, porque eres mi madre y muy joven, pero con esas pintas que te gastas, está mejor la abuela de Suevia que va a yoga y meditación y se pone esos vaqueros con cazadora de cuero y está divina. Tú aparentas quince años más de lo que tienes. Te quedaste estancada en cómo se vestía cuando me tuviste a mí y punto y final. ¿Has hablado con tu amiga la de la dieta? —pregunta mirando a Sara e ignorándome por completo.

—Ni me hables de hacer dieta, la hice una vez en mi vida y parecía la Vaca de los quesitos de La Lechera, comiendo verde todo el santo día. —protesto sin éxito, pues siguen hablando sin escucharme.

—Claro, tienes cita el martes a las nueve de la mañana con mi amiga Dolores, verás que bien te lo vas a pasar con alguien que te lea la cartilla todas las semanas, y vas a hacerle caso, se terminó lo de comer porquerías, eso sólo muy esporádicamente.

—Iros a paseo, no voy a hacer nada de eso que decís. Ir a esa señora cuesta un dinero que yo no puedo permitirme. —refunfuño mirando unos vaqueros de una marca que no podría comprarme ni a plazos, pero que son preciosos.

—Tú misma, está pagado, tres meses que no tienes que abonar un euro, así que desaprovéchalos. Que sepas que nos hemos aliado entre todos. Andrés, Oscar, tus padres, la abuela, tu hija, y yo, que voy a ser tu peor pesadilla, como Risto Mejide.

—Hijos de puta —protesto enfadada.

—Dos euros al bote, tú eres políticamente correcta y no dices nunca nada, toma el cacharrito y estrénalo. —dice Icía dándome el recipiente de las monedas.

—Tú qué pasa, no tienes que estudiar o qué. —Su sonrisa es enorme y yo tengo un cabreo que no sé qué más decir.

—Ahora mismo, no hace falta que la pagues con los demás.

—Y tú, sobrina del demonio, vete a tu casa de una vez, que seguro que tu amorcito te estará esperando.

—Gracias tía Paula, por tu acogimiento, tienes que venir al coche a buscar la otra maleta, me niego a subirla a costas. Tu sobrino iba a preparar el Jacuzzi, para tomarnos un baño juntos, cuando yo llegue, y no tiene mucha paciencia que se diga. Chao cielo —le da un beso con abrazo a mi hija que la mira embelesada. —Tú vente conmigo.

He maldecido a esta mujer como unas veinte veces, a ella y al puñetero piso sin ascensor. Cuando he abierto la maleta y he visto todas las cosas bonitas que lleva dentro, casi se me cae el alma al suelo, porque no podré ponerme todo esto en la vida. Y los vestidos tan bonitos que cuelgan en las perchas, abrigos, cazadoras de cuero y una blusa preciosa que mi hija dijo que sería para ella cuando tuviese más tetas. Vaya mierda. Las he dejado a los pies de la cama, y antes de acostarme me he comido “con miedo” un bocadillo de panceta, que sabía a gloria, pero que me ha hecho tener cargo de conciencia y pesadillas parte de la noche.

—¿A dónde vas así, si se puede saber?

—A clase mamá, a dónde te crees que puedo ir un lunes a las ocho de la mañana.

—De eso nada, con esa falda enseñas el culo. Tú debes de querer que la directora me llame a hablar con ella por vestimenta indecorosa y que te expulsen.

—Esto ya es lo que me faltaba, vamos, si llevo unas medias gordas por debajo de la falda. —Ícía protesta mirándose en el espejo del pasillo.

—Sí y ese top que enseña todo el ombligo, que estamos en pleno mes de enero.

—Pues el frío lo tendrás tú, o no.

—Lo que necesitamos es que cojas una pulmonía o un buen resfriado y no puedas ir a clase, así nos ahorraríamos las críticas a los profesores.

—No ves que sonrisa llevo, empezamos que es una maravilla. Matemáticas a primera hora, eso es para joder la semana entera ya.

—Un euro al bote, y ponte el jersey de lana.

Ha dado media vuelta montando en cólera y el jersey se lo ha puesto, pero seguro que el top lo lleva por debajo y terminará sacándose y enseñando toda la barriga.

Por suerte, nuestras coincidencias por horarios son mínimas, porque si no terminaríamos cogiéndonos de los pelos y con la policía en la puerta.

### CAPÍTULO 3

Al menos en el trabajo puedo relajarme, aunque Tomás es un tío de lo más raro, que se pasa la vida enfadado y casi nadie sabemos nada de él, sólo que es un amargado y con ganas de fastidiarle la existencia a los demás. Martiño es un encanto, siempre gastando bromas, tanto a Sara como a mí, y del jefe que es Andrés, que voy a decir, él ya es un buenazo por naturaleza. Su padre sí que era un hueso duro de roer, pero cuando Sara le puso las pilas por su comportamiento, las cosas cambiaron en la fábrica al cien por cien. Aunque esta chica a veces, muy a menudo, es un grano en el culo, sin ella nada sería igual, incluido mi sobrino Oscar, que andaba a la deriva hasta que ella se cruzó en su camino, y la de veces que también le cruzó la cara.

Con la gente que trabaja en la fábrica, la mayoría son mujeres, con quien más afinidad tengo es con Belén, la pobre lo pasa mal aunque no quiera decir nada, porque es normal. Su hija Aldara es la mejor amiga de Icía, y ella por lo que creo, una mujer maltratada, no lo cuenta abiertamente, pero yo un día que tomábamos café vi el moretón de un ojo que escondía debajo del maquillaje, y aunque no sé cómo sacar el tema a conversación, estoy segura de que necesita ayuda, malditos mal tratadores. Yo creo que ella podría vivir sin la carga de ese miserable, tiene otro hijo que está haciendo una Ingeniería en la Universidad de Vigo, y eso cuesta un pastón, de acuerdo que las cosas siempre se ven de otra forma desde afuera, un día intentaré sonsacarle a ver si se abre y me cuenta algo.

—Oye Paula, ¿y no echas de menos el sexo? —pregunta Sara mientras nos tomamos el café en el bar de enfrente a la fábrica.

—Pues no, para mí no es nada primordial y habla bajo— Respondo un poco mosqueada.

—Tú eres tonta tía, no sabes lo que es bueno, como puedes decir que no es nada primordial, si es de las mejores cosas que hay en la vida, y gratis, que ya es decir —ella da un enorme bocado a su pastelito, cabrona con suerte, que no engorda ni un gramo.

—Cállate anda, en lo que he podido probar hasta ahora, que ha sido la cosa escasa, pues no he visto cohetes, ni fuegos de colores, como lo describen en esos libros puercos que leemos. —respondo mirando el periódico sin ver nada

concreto.

—Deberías comprarte un juguete.

—No me digas, un Playmóvil o una Barbie.

—No te hagas la tonta, a tu edad es una pena que no aproveches lo de sacarle partido a tu cuerpo, en todos los sentidos, sabes, ya que dices que no quieres un hombre, puedes jugar a descubrirte a ti misma.

—Sara, no soy Indiana Jones para descubrir nada. Tú pareces un demonio, te enteras que tengo una hija de trece años. —le digo un poco alterada.

—Sí, que también estará descubriendo su cuerpo y hará lo que puede como todos los adolescentes.

—Cállate, que es solo una niña.

—Que inocente eres, todos los adolescentes se matan a pajas, recuerdas que hace años, se decía que tenían la cara llena de granos, por culpa de lo que se masturbaban, al menos mi tío Juan se lo decía a David y a Yago continuamente —y sigue comiendo como una guarra.

—Vale, punto y final, no hablamos más de este tema, cada día me caes peor, eres una *Marisabedilla* —Contesto apurando mi café.

—Prometo que voy a regalarte un vibrador, aun no es tu cumpleaños, pero cuando hayas adelgazado tu primer kilo te merecerás un premio.

—Eso fijo, y cuando lleve diez, me voy a un Balneario yo sola, para perderte de vista al menos un fin de semana. —le respondo con una falsa sonrisa.

—Te va a encantar y terminarás dándome las gracias por todo, también hay quien dice que la falta de sexo engorda, asique ya sabes tía Paula.— y le hago una peineta con el dedo corazón, a ver si se calla de una vez.

Me he levantado para volver a la fábrica y casi la dejo con la palabra en la boca, en serio, me estoy planteando sacar el permiso de armas para cometer un asesinato, si voy a la cárcel, quizás allí consiga que me deje en paz y pare de gobernar mi vida. Ya le he dicho que tendría que ser la encargada de la empresa y manejarlo todo como nadie. Si al final tendré que darle la razón a Andrés y a mi sobrino Oscar, que siempre han manifestado que Sara como negociadora no tiene competencia, te vende la moto que es una pasada.

Y claro, para que no se me pasase por alto lo de ir a la dietista, he recibido un mensaje en mi móvil recordándome que tengo una cita en su consulta mañana, será cabrona.

Una vez más he odiado a la manipuladora de Sara, pero a la hora concertada yo estaba contándole parte de mi vida a esta chica, que ha

resultado ser un encanto, me ha dado unos cuantos consejos, que yo sé de sobra, pero que no me interesan lo más mínimo y me he comprometido a hacer las cosas bien, cambiando hábitos alimenticios y hasta, vaya que no me lo creo ni yo. He dicho que haría ejercicio, esas palabras han salido solas de mi boca, sin apenas darme cuenta. Hasta me ha explicado cómo debo cocinar los alimentos para que la dieta no sea monótona y aburrida, y claro, también sabía que a mi hija le gusta comer sano, por lo tanto, no tengo a nadie en mí contra, sólo mi cabeza que va por libre. Estoy en la mierda.

Vuelvo dentro de una semana, con el lavado de cerebro que me ha hecho, hasta he ido por la plaza y he comprado un montón de verduras. Así le haré a Icí a esas cremas asquerosas que pide muchas veces para cenar y cómo yo nunca se las hago, termina trayéndoselas en un bote, de casa de su abuela. Pues quizás acabe teniendo suerte y todo, hasta que me canse, comeremos las dos como Dios manda, no creo que aguante ni una semana tomando todas esas cosas que odio, porque la mayoría ni las he probado. La de broncas que he aguantado de mi ex y de mi madre, que terminó tirando la toalla conmigo y me dejó por imposible.

De vuelta a la fábrica nadie me ha preguntado nada, aunque me he dado cuenta de la sonrisilla por lo bajo por parte de Sara y Martiño, sin contar con el beso de mi sobrino diciéndome “ánimo, que tú puedes” y el abrazo de Andrés, susurrándome que yo soy la mejor y se lo voy a demostrar a todos. Nadie ha preguntado abiertamente, pero no me extrañaría nada que tan pronto salí por la puerta de su consulta ya estaba hablando con mi sobrina - amiga, vaya falsos son todos.

Mi hija se ha quedado alucinada cuando ha visto un plato de crema de calabacín para cenar, ha dicho que estaba buenísimo y que mañana lo podríamos hacer de zanahoria o sino de varias verduras mezcladas, como hace la abuela, con un chorrito de aceite de oliva. Bueno, pues algo bueno tiene la adolescente, que va al revés de todos. Los demás odian las verduras y ésta odia las hamburguesas y todo lo que sea comida precocinada, la niña es toda una sibarita, ha dicho en varias ocasiones, que ya que yo soy un poco desastre en la cocina, si puede ir a clases con María José, la vecina que cocina de vicio y a veces hace catering en su casa para quien se lo encarga. De hecho en el rellano siempre huele de maravilla.

Otra sorpresita me he llevado al encontrarme encima de mi mesa un bono para el gimnasio que hay cerca de mi casa, tres meses gratis, así ha aparecido como si nada, es una pasada la de duendes que hay últimamente en mi vida. Ya

no sé si reírme o llorar, porque son todas, cosas que no quiero y que alguien se empeña en hacerme cambiar de parecer. Sara me ha mirado como si nada, pero no ha abierto la boca y yo me he comportado como si no me enterase, solo lo he guardado en mi bolso.

—En serio, estamos planeando su asesinato entre toda la clase. —suelta Icíá devorando una pechuga de pollo con ensalada, pues ha dicho que las patatas solo el finde.

—No me digas quien es el del boleto, casi puedo acertarlo.

—Ese, el que te imaginas, ha puesto hoy un examen para el lunes. Si lo que quiere es jodernos el fin de semana, que se cree que no tenemos vida, como él, puto solterón amargado.

—Dos palabrotas, dos euros al bote. ¿Y vosotros que sabéis de su vida?

—Tú te crees que puede haber una mujer capaz de aguantarlo, y la imbécil de biología le hace ojitos y él ni la ve siquiera. Otra mal follada que lleva unas gafas de esas de culo de vaso y no ve ni que pasa de ella, igual que nosotros, claro— y me hace abrir los ojos como platos.

—Te estás pasando con ese vocabulario de niña callejera. —le advierto señalándole con el dedo índice.

—Otra que ha puesto el examen para martes, se cree que no tenemos nada más que hacer, que estudiar sábado y domingo.

—Nena, tienes que entender que hay muchos padres que trabajan y ayudan a sus hijos solo el fin de semana, porque antes no pueden.

—Bueno, la mayoría pasa de sus hijos, no todos son unos plastas como tú. Cada uno se desenvuelve como puede. —sigue protestando.

—Tú deberías dar gracias a tu abuela que te explica las cosas que otros tienen que aprender en clases particulares— y ella se encoge de hombros.

—Mamá en vez de dar tantos consejos deberías buscarte un novio, verías que entretenida estabas, ves que guapa estás, se nota lo que has adelgazado un montón, verás cuantos pretendientes te salen ahora.

—Dios del Amor hermoso, me saldrán como los caracoles al sol, solo he adelgazado casi un kilo, de momento aún me cuesta abrochar el pantalón— y lo digo feliz, que es como me siento aunque no quiera admitirlo.

—No pretenderías adelgazar cinco kilos en cuatro días, y si quieres te lo demuestro matemáticamente, lo que es conveniente según las estadísticas. Los milagros en Fátima y Lourdes, en Villagarcía aún no hay ningún santo que haga esas cosas.

—No me interesan tus matemáticas. —protesto cogiendo las cosas para

marcharme a trabajar.

Ya que mi hija tiene que estudiar el fin de semana, a Sara no se le ha olvidado que tengo cita con su hermana y madre en la peluquería, por lo tanto, la niña se queda con mis padres y yo me marchó con ellos, quizás pasemos allí los dos días, a saber lo que esta mujer me tiene preparado, pues ha dicho, tráete algo bonito.

Había estado una vez en su salón de belleza, en el de la hermana y madre de Sara, pero han hecho reformas y vaya cosa más preciosa les ha quedado, dan ganas de meterte ahí y no salir en toda la semana, eso lo pensé antes de la tortura a la que me han sometido, pues todo su equipo se ha volcado conmigo y me han hecho de todo para convertirme en una señorita, como en las películas. Parecía que estaba en “Cámbiame” Y me ha quedado clarísimo lo de, “Por Presumir, sufrir” y de qué manera.

—Estás guapísima— dice mi sobrina cuando me ve salir por la puerta.

—Guapísima, tu puta madre —respondo enfadada sin que nadie nos escuche.

—Bueno, a ver, qué ha pasado, si tú nunca sueltas palabrotas.

—Tu hermana me ha dejado sin cejas, como la Gioconda, dice que las tengo preciosas y muy mal cuidadas. Lo que me ha quedado muy claro, es que sois tal para cual, hacéis lo que os da la gana, bueno eso como todas las peluqueras, que tú dices derecha y ellas van a la izquierda y a tajo, tijera en mano como los que trasquilan a las ovejas.

—Qué pasa, ¿tanto te ha dolido? —pregunta con miedo.

—Sí me ha dolido, eso es peor que las torturas en la época Medieval.

—No sería para tanto, y ¿por qué caminas así?

—Por qué camino así— vamos por la calle a reunirnos con mi sobrino Oscar para comer. —Porque tu hermana me ha depilado, con cera, sabes, ahí abajo, y creo que me lo ha sacado todo, hija de puta.

—Eso es genial, que higiene, por Dios, verás cuando un tío te coma el coño, que placer más grande— suelta Sara como si nada.

—Tú estás loca, tú y toda tu familia, yo me pasaba la cuchilla, para ir a la playa y así, sin “nada”, puede ocasionar infecciones, que lo he leído en la revista de Pronto que compra mi madre de toda la vida.

—Pues vaya selva tendrías. Y tengo razón, a los tíos no les gusta comer pelos.

—Eres una guarra, a mi ex ya no le gustaba.

—Porque tu ex, ya demostró de sobra que era gilipollas, el sexo oral es un

manjar de Estrella Michelin. —y vuelve, entornando los ojos. —Hola cariño.

Óscar nos está esperando en un restaurante y ahora que me fijo, la mesa es para cuatro, no sé, quizás venga Andrés.

—Hola tía Paula, estás guapísima. —mi sobrino acaba de darme dos besos con sentimiento. —qué te pasa, que pones cara de dolor al sentarte.

—Pasa, que voy a linchar a toda tu familia política. —le respondo intentando aguantar la molestia al poner el culo en la silla.

—Eso se pasará en nada, me encanta que vuelvas a tener tu color de pelo natural, era como el de mamá —comenta mi niño con melancolía.

—Gracias cariño, pero hay que reconocer que tu suegra y tu cuñada, a pesar de estar un poco locas, son unas grandes profesionales.

—Mi familia es la Hostia, y tú estás divina con ese pelo rubio y tus ojazos azules, he visto a tu hermana en fotos y también era muy guapa, a alguien ha salido el tonto este que me tiene pillada y tu hija tiene mucho contigo también.

Pues no, no era Andrés el que tenía reserva en nuestra mesa, sino Adrián, ese amigo de Sara y Óscar que es policía aquí en Santiago, este sí que está bueno, con él estaría dispuesta a aprender muchas cosas, ya lo he visto en otras ocasiones, incluso estuvo un poco liado con ella cuando lo dejó con mi sobrino, pero la cosa no cuajó y él no sé si tiene novia o está solo. Aunque por la conversación que mantenemos durante la comida, queda de manifiesto que le sobra con quien irse cada noche, pero sin nada fijo, y como quien no quiere la cosa terminamos hablando de las citas a ciegas, las páginas de contactos y las nuevas aplicaciones para móviles, como *Tínder*, que cada vez tienen más usuarios.

—Mira Paula, tú eres muy joven, simpática y resultona, pruébalo, mi experiencia es que si quieres follar, es una buena opción, aunque no sabes con quien te puedes encontrar, mucha gente miente en su perfil y me he llevado alguna que otra sorpresa, como por ejemplo, encontrarme con una compañera de trabajo, o con una vecina del edificio, en una de esas citas, con una sí me fui a la cama, con la otra ni se me ocurrió. Aparte de que habíamos discutido por culpa de su perro que hacía mucho ruido, y ella se murió de vergüenza cuando nos encontramos. A Ella creo que le pesó hasta tener perro, pero yo me inventé una gastroenteritis por no hacerle un feo y me fui a casa de mi madre sin acompañarla siquiera hasta el edificio. Y mi compañera de trabajo creo que se quedó encantada, pero yo elegí no repetir, la mujer no era nada atrayente, y peor, desde ese día procuraba mandarnos a los peores sitios a patrullar, vaya coincidencia.

—Uf, no, yo lo siento, lo veo un poco peligroso, he escuchado varios comentarios a gente que conozco, pero nada de primera mano.

—A ver, que yo fui por curiosidad, pero creo que la mayoría de gente miente en cuanto a su perfil, tanto en la foto como en los datos, la verdad, tengo otro compañero y nos pegamos unas risas a costa de todo esto. — comenta Adrián con gracia.

—Una amiga mía que también se separó, estaba tan deseosa de probar cosas nuevas y algo distinto a lo que estaba acostumbrada, después de acostarse durante tantos años con la misma persona, fue asidua durante una larga temporada. Tiene claro que se hartó de follar lo que le dio la gana y más, con hombres de distintas edades, incluso de la misma que su hijo, quedaban en un motel que hay en cerca de Santiago y en ocasiones incluso hizo un trío. De vez en cuando va alguna vez, aunque llegó a la conclusión de que si quieres buscar una pareja estable no es lo más indicado, pues la mayoría no van a enamorarse, y yo también lo considero peligroso, vas a ciegas y no sabes con quien puedes encontrarte. —ha comentado Sara y yo me quedo perpleja.

—Puf, todo esto se me viene grande —respondo un poco asustada.

—También puedes ir a la Luna —ahora es mi sobrino que había estado callado.

—Sí, o al sol, si eso es un desguace —le contesto.

—Olvidaros, si queréis sexo de calidad, sin compromiso y a escoger, ya sabéis que siempre nos queda El Dragón de Oro, follas con quien te da la gana y pruebas lo que te apetece, eso es como un restaurante de cinco estrellas, calidad al precio de socio— Dice Adrián y los tres se miran sonrientes.

—¿Y eso que es? —Pregunto ingenua.

—Olvídate de eso tía Paula, ese lugar no es para ti. —responde mi sobrino con una mirada de advertencia a su amigo.

—Joder, que es joven y por mucho que quieras protegerla tiene derecho a saber lo que hay. Escucha, es un local *swinger* que hay cerca de Coruña, sabes, vas te acuestas con quien ves que te pueda apetecer, chico, chica, tríos, intercambios de pareja, orgías, sado y todo lo que puedas imaginarte en sexo, eso es como Amazon, puedes encontrar de todo— eso lo ha comentado el policía.

—No me interesa —respondo con los ojos muy abiertos.

—Yo puedo enseñarte cómo es, hay que ser socios.— vuelve el hombre de la ley a la carga.

—Tú no haces nada, mi tía no es de esa clase de mujeres —protesta mi

sobrino, y veo como Sara sonríe por lo bajo y mueve la cabeza con negaci3n hacia Adrián.

—Bueno, mirar no hace daño a nadie, pero tienes que estar muy preparada.  
—dice Sara de nuevo.

— T  también has estado? —le pregunto a ella con asombro.

—Solo hemos mirado, el usuario era aquí tu sobrino, él sabe de sobra como va todo eso —y la sonrisilla de  scar es de lo más canalla.

—Creo que irá a *First Dates* —les comento en broma.

—Pues seguro que es una experiencia muy bonita. Mañana lo miramos.

Sara se ha quedado muy sorprendida cuando le he dicho que ya que estamos en Santiago podemos aprovechar para ir a comprarme algo de ropa en el *Decathlon*, si el lunes empiezo al gimnasio, pues las mallas que tengo están todas gastadas y necesitará camisetas nuevas o quizás unas zapatillas. Debo decir que hoy ha sido el único día de la semana que he pecado con la comida, aunque ha sido un pecado a medias, me he tomado una merluza a la cazuela que estaba buenísima, he mirado al pan con ojitos, pero he sabido resistirme. Y aunque lo he pasado mal comiendo todas esas cosas que no me gustan, pues me he sacrificado.

Esta noche he pensado en lo que hablamos durante la comida, las citas a ciegas, lo de empezar de cero y conocer a otra persona. Las cosas que ha contado Adrián, han sido muy esclarecedoras en cuanto a hombres, no entiendo que hace soltero un chico de su edad con lo guapo que es, según él no ha encontrado a esa persona especial, que no me importaría ser yo. Bueno, para que pensar en ello, si a mí no se acerca ningún t o decente a m s de dos metros, si no es para pedirme un favor, parezco el muñeco de Michelín y eso no es atrayente, lo sabe cualquiera, si volvemos a lo mismo. “*Vaste quedar pa vestir Santos*”.  Y si voy a ese programa de citas que hay en Cuatro, el que hablamos antes?

Hoy no ha llovido y he aprovechado un rato de este domingo para ir a estrenar las zapatillas que me compr  ayer, eso y las mallas. He caminado una hora por el paseo que hay al lado del mar, ha hecho un ratito de sol. Desde luego, todo va bien si voy en llano, las cuestas me matan, mi forma física deja mucho que desear. No pretendía que mi hija me acompañase, pues está en casa estudiando, por lo tanto he podido ir a mi ritmo.

Entre decepcionada y contenta me qued  el lunes en la consulta de la dietista.

—Genial Paula, has adelgazado un kilo doscientos gramos, y reducido algo

en la cintura y la cadera —me informa Dolo, que así se llama la chica.

—¿Sólo? —pregunto frustrada.

—Es lo normal, si haces ejercicio puede que esto aumente la próxima semana, no es bueno adelgazar muchos kilos de golpe, puedes provocar el efecto yoyo y engordarlos más fácil que los has perdido. Ir lento es señal de que haces las cosas bien, verás cómo te animas y sigues comiendo como debes.

—Claro, al menos ya no me revienta tanto el pantalón.

—Que sí mujer, Sara ha comentado que vais a ir juntas al gimnasio, eso es muy bueno, sobre todo ahora en invierno que si llueve no puedes salir a caminar, allí tendrán diversas clases para que puedas variar el tipo de ejercicio. Y esto es lo que toca esta semana. —me tiende la hoja con el menú diario. —Y recuerda beber los dos litros de agua, te ayudan a llenar el estómago, hidratan, depuran el cuerpo y tómate muchas infusiones, son agua camuflada y ahora que hace frío apetecen un poquito más.

—Si tú lo dices te haré caso. Muchas gracias por todo.

Esta ha sido una buena noticia, la mala vino después, cuando tuve que despedirme de mi viejo Seat León, ese que mi abuelo me había comprado cuando cumplí los dieciocho años, y con el que había compartido un montón de experiencias junto con mi hija. Cuando Alberto y yo nos casamos utilizábamos el suyo que era más grande, pero él se lo quedó al separarnos. Lo de tener que mandar al desguace a mi pequeña Carolina, porque el arreglo cuesta un dinero que no tengo y más con lo viejo que ya es el coche, pues doliéndome mucho, me he despedido de él. Andrés, como siempre, se ha encargado de tramitarlo todo y poner a punto el de mi hermana que ahora ya no usa nadie. Tiene razón cuando ha dicho que ella estaría contenta de que yo lo utilizase.

Mi cuñado siempre ha sido una parte fundamental en mi vida. Me ha apoyado en todas mis decisiones de una forma incondicional, y lo mal que lo pasamos los dos, y Oscar cuando mi hermana Ana enfermó de aquel maldito cáncer que terminaría llevándosela al cabo de unos años, después de mucho sufrimiento. Ellos fueron los primeros en darme esos ánimos que no tenía, cuando tomé la decisión más importante de mi vida, rompiendo con todo y dejando atrás a gente, el lugar que había sido mi hogar desde que nací y me vine a vivir a Villagarcía, empezando de cero. Aquí terminé mis estudios y después Andrés me dio un puesto de trabajo en su empresa para que pudiese ser independiente, él sabía lo que yo quería.

Ahora él ha rehecho su vida con Laura, la madre de Sara, esa pesadilla que también es mi sobrina, porque el amor ha podido y se ha enamorado de El Imbécil de su hermanastro, como ella ha dicho, y de qué manera se quieren. Cada vez que los veo darse mimos por las esquinas, mi cabeza se larga a pensar, si en algún momento de mi mediocre vida yo encontraré una persona así, que me haga feliz, y como dice ella, “que te haga temblar las piernas” y otras partes del cuerpo. Entre Sara y los libros, me hacen pensar unas cosas que a veces empiezan a asustarme.

He metido en una mochila lo que ella me ha dicho y nos hemos cambiado en el gimnasio, tengo en mi poder un horario con todas las clases que hay cada día y aunque esos nombres, todos me suenan a chino, ella me ha comentado que podemos ir probando y después, yo pueda decidir lo que más me gusta. La monitora me ha confeccionado una tabla de ejercicios para cada día de la semana. No sé, pero tengo la sensación de que si hago todo esto, me pasará mucho tiempo aquí.

Me han explicado el funcionamiento básico de las máquinas que voy a usar y no sé qué pensar, pero más bien parecen esos aparatos de tortura que había en la época medieval. Al menos, yo no le encuentro ningún placer a caminar sobre una cinta durante veinte minutos, cinco de bici, otros tantos de elíptica y después a hacer mi circuito.

Alucino con el chico que corre en la cinta a mi lado y está chorreando de sudor, yo terminaría con el ciento doce a la puerta del gimnasio. No tengo la más mínima resistencia. Las dos entendidas me han aconsejado que no haga mucho hoy, solo el circuito, y ya es bastante, porque como estoy bajísima de todo, casi no consigo estirarme las piernas como es debido, y las puñeteras sentadillas, con un balón que cuando fui a cogerlo, los brazos se me cayeron al suelo porque el puñetero pesa y bastante. Pero no me rendiré a la primera.

He recogido a Icí a casa de mi madre y aunque parezco un alma en pena, he conseguido preparar algo de comer para mañana y hacer lo que toca de cena ligera para hoy. Al final van a tener razón los que dicen que hacer ejercicio te carga las pilas porque te sube la adrenalina que es la hormona de la felicidad.

—¿Qué tal el examen de mates y el de biología?

—El de mates sin problema, aunque el problema siempre es él a la hora de corregir. Y el de biología es mañana.

—Y claro, habrás estudiado lo básico. —le pregunto tomándome un trozo de piña, la cual ya empiezo a odiar.

—No lo sé —se encoge de hombros como si nada, lo que significa que sí, poco la ha rascado.

La madre que parió al gimnasio, a Martina con su tabla de ejercicios, a Sara por incitarme a que vaya con ella y a las agujetas que se han manifestado en mi cuerpo nada más echar un pié fuera de cama. Desde las uñas de los pies hasta mis pestañas, las tengo en músculos que no sabía ni que existiesen.

—¿Qué te pasa madre? —Pregunta mi hija con una sonrisilla burlona, al verme caminar.

—Tú qué crees, la de años que hace que no practico ejercicio, este es el resultado.

—Pues yo estoy genial, sabes, esta noche he soñado que había un incendio en el instituto y Mateo pedía que le abrieran la puerta y yo lo dejaba trancado dentro. No te imaginas lo feliz que he sido en sueños. —comenta removiendo su tazón de leche.

—Estás empezando a preocuparme, pareces una esquizofrénica —le respondo asustada intentando sentarme.

—No pasa nada, prometo rascarle el coche el primer día que lo traiga, aunque no sé ni si tendrá siquiera, porque tal y como viste, que parece un indigente, cada día tiene el pantalón más roto.

—Deja de criticar el aspecto de nadie, cada uno tiene su personalidad y debe ser respetada.

—Lo único que me gusta de él es ese tatuaje en forma de clave de sol que lleva dibujada debajo de su oreja, yo me haría uno igual. —mira absorta a los azulejos.

—Bueno, pues cuando tengas veinte años, te haces lo que te dé la gana, incluso puedes marcharte a vivir sola.

—También podemos ponerle fuego a su casa, no creo que sea muy difícil descubrir en dónde vive y hacer que todo desaparezca con él dentro.

—No me hagas llevarte a la consulta de un psicólogo, porque a veces, me preocupas en serio.

## CAPÍTULO 4

Después de arreglar el problema que teníamos con los italianos por las conservas en mal estado, lo que nos había costado algo de bronca con ellos, y como a veces mi paciencia está al límite, terminé pasándoles con Sara, para que ella que es tan buena negociando termine de solucionarlo todo con la empresa de Enzo.

Entonces mi móvil suena encima de la mesa. Número sin identificar.

—Hola ¿es usted Paula, la madre de Icíá Pazos?

—Sí, ¿tú quién eres? —pregunto extrañada.

—Soy Mateo, el petardo del profe de su hija.

—Genial, y que ha hecho ahora, ¿ha suspendido el examen?

—Su hija está armando una buena, tiene un canal en Youtube que se llama *IcíanumbrrerOne de Villa* y “de momento”, solo tiene vídeos de su odiado profe de matemáticas dando clase, pero como se está convirtiendo en una crack, porque sus “obras” tienen un montón de visitas, he pasado a ser el tío bueno de matemáticas. Que sepa, que esto es un delito, ella es menor de edad y usted será la responsable de todo, ya he hablado con ella. Ha atentado contra los derechos de imagen, privacidad y la ley de protección de datos. Que es una inconsciente, la he amenazado con denunciar, y sabe, pues me ha mandado a la mierda, o casi.

—¿Y cuándo te, lo ha grabado? —le pregunto temblándome las piernas.

—Pues lógicamente en clase de matemáticas, hable con ella, porque o retira los videos o dejaré todo en manos de mi abogado, para que haga los trámites oportunos. Le dije que su hija era una delincuente, y una inconsciente. —y yo cagada de miedo voy y le cuelgo el teléfono.

—La madre que la parió, para que tendrá que haber hijos adolescentes.

—Qué te pasa, que estás blanca —me pregunta Martiño.

—Tú anda, entra en *Youtube*, ahora que no está el imbécil de Tomás. Mi hija, tiene un canal y sube videos de su profesor de matemáticas dando clase. —le comento asustada.

—Joder tía, eso es muy grave. Vamos a ver, ella es Icíá Pazos, pero por ese nombre no aparece nada, quizás tenga un pseudónimo.

—Él me dijo algo de Villagarcía, pero no me acuerdo del nombre.

—Jaja, la que está armando mi niña. —comenta Sara husmeando por detrás.

—Vaya broma, Mateo me ha dejado acojonada, entiendes, amenaza con denunciar. Yo la mato, en serio, para colmo, me he puesto tan nerviosa que le he colgado el teléfono sin dejarlo hablar casi.

—Es que la cosa aún no termina en Youtube, aparte tiene una cuenta en Instagram con el profesor buenorro de matemáticas.

—Que imaginación tienen los críos de hoy en día, nosotros jugábamos a Mario y al Tetris— comenta Martiño— tu hija es muy lista, una crack.

—Tengo un perfil falso en Instagram para vigilar, estos aceptan a todo Dios, con tal de tener seguidores, no les importa quién eres. Déjame buscarlo —les digo.

—Para, te lo busco yo, que ya lo he visto esta mañana, y que conste que de esto él no sabe nada. Toma míralo.

—Por Dios, pero esta niña de qué va, le ha sacado fotos en las mejores poses, incluso haciendo footing y sudando, y aquí también tiene un montón de seguidores, vaya marrón la mocosa esta, déjala que venga para casa. Cuando él se entere nos va a meter una denuncia que no salimos de esta en la vida, terminaremos en la cárcel de A Lama, y ella en un centro de menores. —les comento asustada.

—Joder con Mateo que bueno está, hay que admitir que la niña es buena haciendo fotos, ahora que Oscar no está por aquí puedo decirlo sin que se enfade —le escucho decir a Sara.

—Cállate anda, que eres una mujer comprometida.

—Bueno pero tengo una vista que es la hostia.

—Yo no estoy para bromas, esto es muy grave, este hombre no se anda con tonterías, ya me advirtió que va a denunciarnos, y por si no lo sabes, mi hija tiene trece años y quien responde por ella es la ignorante de su madre. Si va a matarme a disgustos.

Icia se ha presentado a mi lado con un beso de lo más cariñoso y de lo más extraño, yo estoy preparando una ensalada mixta, aunque lo que me apetece es un bocadillo grasiento para quemar la mala uva que me invade.

—Hola mamá ¿cómo vas de las agujetas? deberías tomar bebidas con azúcar, como el *Aquarius*. —yo me giro a mirarla muy cabreada.

—Empieza, ¿no tienes nada que contarme?

—El examen de biología me salió genial, estudié por descarte y cayó justo lo que yo creía.

—Tú sigue así y un día vas a llevarte una sorpresa, no va a caer lo que tú crees y suspenderás. Y qué más.

—Nada, la nota de mates hasta mañana nada, el tío es un vago de primera.

—Ya, y no vas a decirme lo de los videos, claro.

—Bueno, mira que es chivato, ya te ha llamado— deja caer, como si nada.

—Pero tú estás loca o qué pasa, es que quieres buscarnos la ruina o qué, yo soy tu responsable y no quiero pagar una multa o lo que sea que nos pueda pasar. Ahora mismo eliminas todo eso, o no haberlo hecho. Y lo de Instagram.

—¿Y tú como sabes lo de Instagram? Ahí no va a saber quién es la de las fotos, y el resto, porque las dos chivatas de clase se han ido de la lengua y él está a todo lo que no debe.

—Yo sé muchas cosas, elimina eso también, eres una inconsciente. El teléfono, vuelves a quedar sin él, tú no grabas más videos ni sacas más fotos a nadie.

Ha dado media vuelta, mientras yo termino la comida, y se ha quedado como si nada, encogiéndose de hombros. Si antes estaba cabreada, todo ha ido en aumento, pues su pasotismo empieza a superarme, vaya con la niña, esto de sobrevivir a la adolescencia de un hijo va a terminar dejándome en un psiquiátrico, todo lo pacífica que ha sido hasta ahora, empieza a preocuparme, y otra cosa que me fastidia mucho, es tener que darle la razón a ese hombre que empieza a descolocarme a mí también.

Como buena chica, he vuelto al gimnasio y esta vez lo he hecho yo sola, al salir del trabajo. Me he reencontrado con gente del día anterior y como soy también un poco inconsciente, pues me he metido en clase de ciclo, quién me habrá mandado a mí hacer semejante burrada al segundo día de gimnasio, porque a pesar de que el profe me ha dicho que vaya a mi ritmo, pues no he querido quedarme atrás y he intentado seguir sus indicaciones. De repente me vi montada en una bicicleta cuyo sillín empezó a clavarseme en el culo mientras pedaleábamos al ritmo de la música, y de ir llaneando, empezamos a subir a Los Lagos de Covadonga, para después bajarlos a una velocidad asombrosa. Por lo tanto decidí ir a mi bola y dejar de hacer el imbécil, si no abandoné la clase en la mitad, fue porque tenía miedo a caerme de la bici si me bajaba en ese momento, pero ver a la chica de delante mía pedaleando de pie y a dos jóvenes de al lado con los brazos arriba bailando la última canción de Gente de zona, me hizo parecer un poco ridícula y cuando al final me bajé creía que iba a desmayarme, y me prometí a mí misma que en esa clase no volvían a pillarme por mucho que la música que ponía el monitor me gustase

muchísimo. Mejor iría a zumba que lo más que podría pasarme sería torcerme un tobillo, e iría “Despacito”. Al conseguir salir por la puerta me dije eso de “una y no más Santo Tomás”, esta clase no es para mí, tengo que admitirlo.

—Qué pasa, te veo un poco floja.

—Bueno, lo que me faltaba —le digo mirándolo con mala cara —¿no tenéis gimnasio en el cuartel?

—Pues no, preciosa, de todas formas, me encanta ver vuestros culos desde la fila de atrás.

—Estas un poco pasado. —qué vergüenza, con lo gordo que está el mío.

Y dando media vuelta, me fui a buscar mi hoja del circuito y lo que procuré durante el tiempo que tardé en terminar, fue no coincidir a menos de cinco metros, con el estúpido este del Guardia Civil, me fui a la otra esquina a hacer mis deberes para poder irme pronto a casa. Aunque no es que me apeteciera mucho ver a mi hija, porque significaba discusión, pero es lo que me tocaba vivir.

Aunque al llegar ella estaba en su habitación, imagino que estudiando y ya solo vino a darme un beso antes de irse a cama, al menos seguíamos manteniendo viejas costumbres.

Y así como si nada, al día siguiente y después de mirar algo en el ordenador, Sara me comunicó que me habían escogido para ir a *First Dates*, en nada, ya no sé si me alegré o no, porque creo que me estaba arrepintiendo de dejar en manos de mi sobrina esto y hacer que me anotara a algo de lo que no estaba segura, porque para ser sinceros, yo con lo tímida que soy, tener que plantarme delante de toda España a contar parte de mi vida, en una cita a ciegas, pues la verdad no me molaba lo más mínimo y sabía a ciencia cierta que de ese programa no iba a traer nada bueno, fijo, vamos, de repente creo que hasta me volví un poco *Meiga*.

—Seguro que Óscar estará encantado de que te acompañemos.

—Cállate, ya bastante la has liado apuntándome a algo de lo que no estoy convencida, así que, claro qué vais a venir conmigo, aunque sea a rastras.

—Verás cómo te traes a un buenorro en la maleta.

—Fijísimo, claro, no me cabe la menor duda. Lo que voy es a pasar la vergüenza de mi vida, Sara, que voy a *First Dates*, no a *Mujeres Hombres y Viceversa*, que ahí todo Dios es de catálogo de Dior, pero en el otro no pasan un filtro solo para tíos buenos ¿tú estás segura de que no me puedes borrar?

—Pues lo siento, pero no sé cómo hacerlo.

—Eso ya me lo imaginaba yo.

Y la bomba del día llegó con mi hija y ese examen de matemáticas con un cinco raspado de nota.

—Esto es la puta mierda, me ha sacado décimas por todo, yo sabía que tenía para un ocho, o más.

—Si es que no te fijas lo más mínimo y tu abuela te lo dice constantemente, eres muy buena en una asignatura que no le sacas el más mínimo partido, no sé cuándo aprenderás, en una de esas traes un suspenso y después ya no habrá salvación ni excusas, tú misma.

—Debo devolverlo firmado. —me tiende la hoja de examen.

—¿Has sacado lo de Youtube? —le pregunto casi sin escucharla.

—Es que, aun no lo he conseguido, no sé si voy a ser capaz. Y necesitaría el teléfono.

—Mira, para subir esa mierda no pediste ayuda a nadie, así que búscate la vida, y del teléfono olvídate para siempre, puedes utilizar el ordenador.

—Volveré a mirarlo. —Responde de mala gana.

Y así sentada a la mesa para tomarme una infusión después de comer, empecé a repasar esa hoja de papel con más correcciones en rojo que lo que tenía escrito mi hija en azul, si ha fallado en cosas tontas de todo. Y entonces cuando iba a firmarlo me fijé en el nombre y apellidos del odiado profesor de matemáticas, el buenorro de Villagarcía. Mateo Núñez Castro y una sensación de alerta invadieron mi cuerpo, diciéndome que no podía ser posible, que tenía que haber un error en algún sitio, y no ese tío melenudo y con una barba como la de papá Noel, no podía ser. Imposible.

Después de dejar a Icía en casa de mi madre, y medio acojonada, hice una llamada de teléfono que me dejó helada con la respuesta obtenida y al llegar a la fábrica, me metí en el despacho de Andrés, cerré la puerta sin que nadie nos molestase, y tras contarle lo que había descubierto, lo que salió de su boca fue una enorme carcajada acompañada de esas palabras.

—Pues ya lo sabes Paula, más fácil imposibles, es lo que te queda.

—Y un huevo, no voy a hacer nada. —le respondo asustada.

—Tú misma, solo es retrasar tu sentencia de muerte, el tiempo se te echa encima.

—Olvídame, creí que eras mi amigo.

—Ya, y porque lo soy, te estoy diciendo esto.

Dando media vuelta, me imagino que más pálida que una sábana del Burrito Blanco, me senté en mi mesa a intentar hacer algo productivo, pero durante toda la tarde fui incapaz de centrarme en nada. Solo el miedo me invadió por

dentro, y más sabiendo que Andrés tenía toda la razón y que a partir de ahora mi vida posiblemente se convertiría en una bajada en picado al inframundo.

Desde hoy mi visita al gimnasio fue diaria, unas veces con Sara y Óscar, otras sola. La primera semana fue de lo peor, incluso tuve que abrazarme al colchón para poder girarme en la cama, de las puñeteras agujetas que se habían apoderado de mi cuerpo. Fui probando las distintas clases, con unos nombres tan raros como *Body fitness*, *Stretching*, tono. Todas estas, yo siempre en la última fila para no dar el cante, ni morirme de la vergüenza. Hasta empecé a conocer el nombre de músculos del cuerpo que no sabía ni qué existían pero que los monitores mencionaban en cada clase que daban. Y cuándo se me ocurrió ir a Pilates creyendo que iba a relajarme y estaría chupada la cosa, al día siguiente fue un suplicio caminar, eso por si a alguien como yo se les ocurre pensar que uno va a echarse una cabezadita en ese lugar. Qué pasó, que poco a poco fui entrando en la onda, empecé a conocer a un montón de gente que iba dándome pequeños consejos y truquillos para llevarlo mejor, y sin darme cuenta ya pedaleé de pié en la bici, como una auténtica profesional e incluso comenzó a gustarme un poco más, porque cada vez estaba más ligera. Ya sé que había dicho que no iba a volver a pisar la clase de Guille, pero siempre hay gente dispuesta a convencerte y decirte que no te vas a rajar por eso, y terminé deseando que hubiese clase de ciclo porque lo relajada que me quedaba era de lo mejor del día.

Entre la dieta y el gimnasio, mi ropa empezó a notar que mi cuerpo estaba cambiando y esto me animo a seguir cuidándome.

El día que mi madre me llamó para decirme que en su teléfono aparecían cosas rarísimas continuamente, que ella no sabía de qué iban y que ya la estaban empezando a preocupar, pero que no se atrevía a abrirlas. No le encargué a mi hija, que ella se lo mirase, porque señorita llevaba dos semanas sin el suyo y no lo había vuelto a pedir. Yo ya tenía mis sospechas cuando le dije a ella que se pasase por la fábrica y le echaría un vistazo. Esta chiquilla es de un listo que es una pasada. Yo cada vez que el móvil sonaba, el pánico se apoderaba de mí, por si era ese número desconocido que había descubierto algo nuevo de Icía, o quizás una denuncia en toda regla.

—Deberíamos comprarnos otros sofás nuevos, el muelle de este, cada vez se clava más en el culo —me dice mi hija con el libro de inglés abierto en sus piernas y ella sentada como los indios.

—Claro que deberíamos hacer muchas cosas, pero como no tenemos un euro, se quedarán cómo están. Y más con lo inconsciente que eres. Así Que,

has utilizado el teléfono de tu abuela para abrir esa puñetera cuenta de Instagram en donde subes las fotos de Mateo, o ya no sé cómo llamarlo. —Le grito cruzándome de brazos delante de ella.

—Bueno, y tú qué sabes de eso. —protesta mirando el libro como si nada.

—Le echas un morro que te lo pisas, tú quieres buscarnos la ruina y nada más.

—El tontolaba ese, no sabe nada de la cuenta, no puede rastrear el teléfono, ni sabe quién sube las fotos. Ya he retirado los videos y que no se queje, que me estaba convirtiendo en la número uno de Youtube con todas las visitas que tenía, tú no te imaginas lo que mola eso.

—Ni lo sé ni me importa, si quieres ser *Youtuber* y salir tú misma, pues muy bien, aunque como no tienes teléfono no puedes hacerlo.

—Joder mamá ya hace una temporada que estoy sin él. —protesta golpeando el sofá.

—Cuando te lo merezcas de nuevo, puede que te lo devuelva, no lo necesitas, y para hacer tonterías con él menos.

—Eres una madre odiosa.

—Eso ya hace tiempo que lo sé. Y ya puedes ir desinstalando el Instagram del teléfono de tu abuela, si no quieres que le dé un soponcio con tantas notificaciones que no sabe lo que son.

—Tampoco es mi culpa que todas las tías que me siguen opinen que el profe de mates está muy bueno y lo peten de piropos —me mira con una sonrisilla burlona.

—En serio, he creado un monstruo, eres patética. —y eso que no sabes la mitad.

—Y las mujeres están ciegas, si lo conocieran en persona no opinarían todos esos comentarios que están petando sus fotos. Solo escucharlo un día en clase, hace que lo aborrezcas.

Qué demonios le había pasado a esta cría para que de repente se estuviera comportando como una niña rebelde, cuando hace unos meses era un ángel que nunca me había dado un solo problema, y ahora de repente era el demonio en persona. Pasaba de todo en la escuela, sin sacarle el partido que debería a su inteligencia. Lo del profesor de matemáticas era un gran problema, y el supuesto novio, que era un quinqui.

A pesar de que ella no me contaba cosas, la madre de su amiga sí lo hacía porque su hija era más abierta y sí hablaba más que la mía, o es que su madre no era tan bruja o antigua como me decía a mí. En fin.

La aplicación de *Tinder* que tenía en el móvil ya estaba eliminada, estaba visto, que eso de ligar a ciegas no iba conmigo. Había tonteado con un par de chicos que me habían propuesto de todo, pero nada interesante, así que decidí que eso no me gustaba lo más mínimo, al menos de momento. Por mucho que quisiese negarlo, lo que buscaba era encontrar el amor, no un polvo de una noche con alguien que apenas conocía.

Últimamente había cosas que me preocupaban y no me dejaban dormir muy bien, por un lado estaba feliz porque había conseguido adelgazar cinco kilos y aunque, cada día estaba más nerviosa, porque se acercaba la fecha de ir de ir al puñetero programa de televisión, mi nueva imagen empezaba a gustarme y animarme a seguir haciendo esa vida sana que hasta empezaba a gustarme.

Asique, me vi haciendo la maleta para irme con Sara y Oscar a Madrid, no estaba muy convencida, pero ya no había vuelta atrás. No había estado muchas veces en la capital, la última cuando Icía y yo nos fuimos de vacaciones en verano, después de que mi ex me diese plantón y no se viniese con nosotras, incluso estando prevista una visita al Bernabéu, pues él se lo había perdido. Nosotras habíamos hecho el viaje las dos solas, e incluso nos lo pasamos bien. Aunque a la vuelta Alberto me comunicó que había conocido a alguien con quien iba a tener un bebé, yo sabía que algo estaba pasando, pero nunca imaginé que la cosa traía una barriga con sorpresa. Pero bueno, ya lo había asimilado, no me quedaba otra.

Mi hija me despidió con una sonrisa de oreja a oreja, a ver si encontraba a alguien que me dulcificase el carácter, ella y Sara estaban convencidas de que yo iba a encontrar el amor en ese programa de citas a ciegas que había en la televisión. Óscar no decía nada y yo no me creía que esto trajese nada bueno. Icía me pidió el teléfono solo para tenerlo los días que estuviese fuera, que eran solo dos, para qué quería yo estar en Madrid más de la cuenta, que lo disfrutase la parejita y yo me volvería sola.

Según ellos estaba guapísima, mi sobrina y mi hija me habían acompañado a comprar un vestido, que la verdad sea dicha, me gustaba, era negro y elegante, no quería llevar nada que fuese pidiendo guerra, como había visto en alguna ocasión. Lo había combinado unos zapatos de tacón, que hacía tiempo que no me ponía, porque desde joven, poco había vuelto yo a ponerme plataformas a pesar de lo mucho que me gustaban en mi época. Era una Paula distinta a la que veía todos los días en el espejo de mi casa y esta tía empezaba a gustarme.

De pronto me vi caminando al lado de *Carlos Sobera*, el presentador del

programa. Que no defraudaba nada a lo que se veía en la televisión todos los días. Derrochaba simpatía sin ningún esfuerzo, y a pesar de estar muy nerviosa, a su lado me sentí segura, y cuando vi a mi pareja de cena, sentado en aquella mesa para dos, tan bonita y rodeados de otras parejas, me senté sin saber que hacer o decir, pero todo vino rodado.

Fui a mi sitio, lo miré fijamente, era guapo, unos bonitos ojos verdes, pelo cortado con elegancia, un tono moreno en su piel y llevaba una camisa blanca, aunque no podía verle la parte de abajo, lo que tenía delante no estaba nada mal. Las camisas blancas, siempre tan elegantes.

—Hola soy Luis. —se levantó y me dio dos besos.

—Yo Paula —le correspondí con educación.

—¿Y de dónde eres tú y que haces de tu vida?

—Soy de Pontevedra, un lugar que se llama Villagarcía de Arosa, trabajo en una fábrica de conservas, llevo la parte de gestión.

—Jaja, yo soy de Marín, me sobra saber en dónde es tu pueblo, estamos a nada— su sonrisa y su mirada me encantaron.

—Qué maravilla —respondo con otra sonrisa —¿y a qué te dedicas Luis?

—Soy militar en la Escuela Naval.

—Uau, que profesión más bonita, lo peor que estarás mucho tiempo fuera de casa.— Por Dios, la de libros que había leído de militares, todos buenísimos y el aspecto de este la estaba clavando.

—Pues no, estoy casi siempre en las oficinas. Pidamos de comer.

Y mirando la carta nos decantamos por algo ligero, tipo ensalada, yo había empezado a cuidarme, y él tenía aspecto de hacerlo también. Creo que me pasé más tiempo mirándolo a él, que lo que íbamos a pedir en sí.

—Y dime Paula, ¿qué te ha traído hasta este programa? —me mira fijamente.

—Estoy separada, desde hace unos meses y no sé exactamente por qué he venido, más bien me ha anotado alguien de mi familia a mis espaldas ¿y tú?

—Algo parecido, también estoy separado y me ha anotado mi hija, sin decírmelo.

—Que bueno, nos han hecho una encerrona. ¿No has tenido más relaciones desde lo de tu ex mujer?

—Nada serio, tampoco he querido complicarme mucho la vida.

—¿Cuáles son tus aficiones?— pregunto mirándolo embaucada.

—Me gusta hacer deporte, sobre todo los de mar, teniéndolo delante de casa como quien dice, hago surf, monto en bicicleta y en invierno voy al

gimnasio. También me gusta hacer rutas de senderismo en primavera y otra cosa que me encanta es el cine, en general, el clásico, los estrenos. Me va todo, ahora te toca.

—Vaya, eres una caja de sorpresas (agradables, pensé) yo hace poco que empecé con el deporte y me está gustando, el cine también me apasiona y dirás que vaya tontería, voy a clases de palillar, en la asociación de mi barrio. Por lo tanto hago encajes de Camariñas, bueno de Villagarcía, pero solo el ruido que hacen los palitos cada vez que se cruzan, me relaja que no te puedes imaginar.

—Estupendo. Otra de mis pasiones es la lectura, todo lo que cae en mis manos. —Madre del amor hermoso, un hombre que lee, mi ex miraba el Marca, solo lo miraba, las fotos y los titulares.

—A mí me apasiona leer.

—¿Y qué lees? —pregunta con curiosidad.

—Mejor no te lo cuento— no voy a decirle que leo cochinas eróticas. —¿y cuántos años tienes? has dicho que tienes una hija. Yo también.

—Sí, qué maravilla, cuántos años tiene, bueno tú primero parece muy joven. No me gusta aventurarme con la edad de las mujeres.

—No sé si soy joven, mi hija tiene trece años y yo treinta y uno. —él me mira fijamente.

—Joder, has sido madre muy jovencita. Yo tengo treinta y ocho y ¿qué pasó con tu ex marido?

—Que me dejó por otra más joven, y tú, ¿cuántos años tiene tu hija?

—Estamos igual, mi mujer también me dejó por otro, un compañero de trabajo mío. Y me lo dejó todo, incluidos una hipoteca, un préstamo para el coche y los muebles de casa, al perro y al gato, a nuestros hijos, ella quería libertad y no agobiarse. —me mira fijamente con cara de pena.

—Vaya, que tienes más de uno.

—Claro, tengo tres en plena adolescencia, porque hoy en día se es adolescente desde los diez a los treinta, dependiendo de la madurez de cada niño - persona. Tienen trece, quince y diecisiete— y si no fuese por el maquillaje que llevaba encima, creo que me había puesto más pálida que un fantasma. —Míralo, tendríamos una bonita familia, me parece una tía encantadora.

—Tú también. —salió de mis labios sin pensar.

Pero cuatro hijos adolescentes sentados en el sofá de casa peleándose por el mando de la televisión, un tendal repleto de tangas y calzoncillos al sol, dos

habitaciones llenas de libros escolares, cuatro móviles cargándose a la vez, deberes, exámenes de matemáticas, una pila de ropa para planchar, una nevera sin un hueco en dónde meter nada, no como la nuestra que a veces estaba vacía. Esta es la imagen que de repente se ha instalado en mi cabeza junto con la palabra “adolescencia”, y maldita la gracia que me hacía todo esto. A parte, de que el tío estaba más bueno que un queso de Arzúa.

—A pesar de estar solo, soy muy estricto con mis hijos. También les gusta mucho leer y son anti redes sociales, al menos de momento, que aun puedo controlarlos.

—Claro, eres militar —la madre del cordero, lo que necesitaba mi Icí.

—Estos chicos de hoy en día, no se puede ser muy blando con ellos. — comenta llevándose un bocado a los labios y mirándome de una forma penetrante.

Durante el resto de la comida, creo que ni presté atención a lo que hablamos. Cuando trajeron la cuenta, Luis no me dejó bajo ningún pretexto que yo pagase, él se hizo cargo, porque yo lo haría la próxima vez que nos viésemos, genial. Entonces nos mandaron pasar a la otra salita para decidir qué hacer de nuestras vidas, si volvemos a vernos, o no.

—¿Luis, tendrías una segunda cita con Paula? —pregunta una voz oculta.

—Por supuesto que sí, estamos cerca, Paula me ha parecido una chica encantadora y muy guapa, lo que vengo buscando, inteligente, natural, parece que eres simpática y tenemos muchas cosas en común.

—Y tú Paula, ¿tendrías una segunda cita con Luis?

—Pues lo siento pero no, como amigos sin duda, pero como pareja no he sentido el *feeling* necesario.

—Encantado de conocerte, espero que podamos vernos de nuevo. —Y levantándose me da dos besos, pero su cara.....

—Dime una cosa, ¿qué cojones has hecho? —me dice Sara en cuanto nos encontramos.

—Tú qué crees que he hecho, te lo dije.

—Eres una embustera, ese tío te gustaba, os habéis pasado la cita comiándoos con los ojos, joder. —me señala con el dedo índice de forma acusatoria.

—Pues claro que me gustaba tontolaba. Pero tú te crees que con la guerra que da mi hija, me voy a liar con alguien que tiene tres A D O L E S C E N T E S. Precisamente un padre así, sería lo que mi hija necesita, pero no estoy por la labor, y un huevo voy a criar yo tres chiquillos de otro matrimonio. Eso es

buscarse muchos problemas, y yo no los necesito, sabes.

—Joder Paula, esos niños tienen a su madre, no están huérfanos.

—Pero tú entiendes que por mucho que tengan a su madre, él ha dicho que ella lo ha dejado con todo. A la mierda el amor.

—Tiene razón. —dice Oscar plantándose a mi lado. —No te preocupes, encontrarás a alguien especial, estoy seguro. —Me mira fijamente y me da dos besos.

—No sé si voy a encontrar a alguien especial, tú lo eres y formas parte de mi vida, y de la de esta petarda de aquí al lado. Claro que era lo que buscaba, pero no puede ser y ya está.

—Joder Paula, que complicada eres. —rosma Sara de mala gana.

—No me importa ser complicada, me preocupa el futuro de mi hija y el mío. Solo eso. Si estuvieses sin pareja te liarías con un tío que tiene tres hijos?

—Tampoco tiene tanta importancia.

—Para mí sí. Punto final.

—Te das cuenta, que esos niños crecerán, se irán a la Universidad y vosotros os quedaríais solos a disfrutaros mutuamente.

—No quiero hablar nada más de esto, vaya bochorno, he venido a la televisión a hacer el ridículo, delante de toda Galicia y España.

—Eso no es verdad, tú has estado correcta en todo momento. —comenta Oscar sacándole importancia a todo.

De repente me encontré yo sola en mi habitación del hotel, tampoco quería ser un estorbo para ellos, habíamos cenado juntos, pero ellos querían pasear por la noche madrileña y yo no estaba de ánimos para salir, ni siquiera tenía ganas de hablar, solo lo hice con mi hija para contarle algo de lo que había pasado, el resto ya lo vería en televisión cuando lo echasen y a mi madre otro tanto de lo mismo, solo Andrés sabía a dónde venía y a qué, pero ya se había encargado Oscar de contarle las novedades. Todos se enterarían a tiempo.

Cuando me acosté me entraron unas ganas de llorar que no pude contener, así como la duda de si había hecho bien en rechazar la segunda cita con Luis.

Empecé a replantearme si en serio tenía tanta importancia lo de los hijos, como decía Sara, pero yo creo que sí la tenía, que son para toda la vida, por mucho que el hombre era lo que yo buscaba precisamente, pero no venía solo, y estoy segura que Icíá, no cuajaría con él, bueno y si la disciplina era muy grande no encajaría con nadie. A pesar de que ella siempre quiso más hermanos que no vinieron, para encajar en una familia con más hijos hay que

armarse de paciencia, y a estas alturas de la vida, yo ya no tenía ninguna, con mi hija sacándome de quicio cada dos por tres, ni con cola íbamos a pegar.

Y una vez más las palabras de mi abuela me acecharon. “Pauliña, Vaste quedar pa vestir Santos”.

## CAPÍTULO 5

La fecha que nos habían dicho, el programa se emitió y pasó a ser de dominio público mi aparición en él, aunque al día siguiente solo fui a trabajar y ya recibí el vacile de mis compañeros, Martiño me dio la razón en lo de no liarme con alguien con hijos y mi otro compañero también.

—Paula, se os veía muy bien, pero no sé yo, ese tío y tu hija, como se llevarían.

—Al menos alguien me entiende, Icía también me ha dado la razón, aunque lo de que fuésemos familia numerosa en un principio le molaba, pero poco tiempo le ha durado la alegría cuando se dio cuenta de lo estricto que podía ser Luis, bueno, lo de tener perro y gato también la entusiasmaba.

Ya en la calle escuché de todo un poco, desde que había hecho muy bien, a que lo de los niños no tenía la más mínima importancia, pues ya vale, que cada uno arregle su vida. No me importó la opinión de la farmacéutica, la frutera, panadera, vecinos del barrio y gente conocida, empecé a pasar de todo o podría volverme loca con las opiniones más diversas. Y si no, Marín quedaba a unos pocos kilómetros, siempre podía ir a buscarlo, no creo que fuese muy difícil dar con él, quizás dentro de diez años, cuando nuestros hijos ya no diesen tanta guerra.

Mis compañeros de gimnasio también habían sido de lo más correcto, aunque al día siguiente no había ido porque me moría de vergüenza, me lo pensé mejor y le eché valor diciéndome que no me iba a encerrar en casa, pues era una tontería. Hasta el imbécil del guardia Civil había venido a felicitarme con esa sonrisita burlona que lo caracterizaba, y a recordarme que él siempre estaría ahí para “lo que necesitase”. Que servicial el chico.

Con lo de hacer ejercicio quería seguir, pues dos días sin ir, suponían casi empezar de cero, y lo que me había costado llegar hasta ahí, no estaba dispuesta a perderlo, o el próximo día en clase de ciclo sería un suplicio.

A pesar de que era viernes, había ido un rato, solo una hora, Sara había insistido en que fuese con ellos y su pandilla a tomarnos una cervezas, pero fui valiente y les dije que no. Acababa de llegar a casa y ni me había duchado cuando sonó el timbre, con las prisas de que estaba cocinando ni miré quien podía ser, quizás un vecino, pues no habían llamado al telefonillo del portal.

—Hola —saludo sin creerme lo que veo.

—Hola.

—Qué pasa, ¿qué ha hecho esta vez? No ha sacado los videos, la mato. O la cuenta de Instagram.

—Tranquila no vengo a hablar de tu hija. Ha sido muy esclarecedor verte por televisión Paula Pazos Varela. ¿Por qué cojones no me dijiste quien eras? —pregunta con una sonrisilla.

—Joder, como iba a decirte quien era si no te reconocí. ¿O tú lo hiciste? —le chillo de mala forma levantando las manos.

—Claro que no. Cuando te conocí eras rubia, como ahora. Cuando viniste a hablar conmigo estabas más.

—Lo sé gorda, y con el pelo como una ardilla. Ahora llevo mi pelo natural. Y desde que nos conocimos he engordado como veinte kilos, que te parece.

—Que tienes que cuidarte.

—Agradezco tu consejo. Te recuerdo que hace quince años ibas con pantalones de pinzas, pelo cortado como un chico decente y llevabas gafas, de chapón.

—Era chapón. He cambiado un poco.

—Virgen Santa, has cambiado un poco, pareces un *surfero* melenudo con esa pinta que llevas.

—Soy un *surfero* melenudo. —me dice con esa sonrisa de gilipollas.

—Ya veo. —lo repaso de arriba abajo sin disimular nada.

—No es por nada, pero huele a quemado. —me dice mirando con curiosidad al interior de la casa.

—Mierda, la parrilla con el pescado a la plancha.

Dando media vuelta, he salido corriendo hacia la cocina que está llena de humo y la plancha con el pescado chamuscado encima de la vitrocerámica.

—Ni se te ocurrirá comerte esta mierda tal y como está. Tiene razón tu hija, que un día vais a intoxicaros. —está detrás mía sacándome la sartén de las manos y metiéndola en el fregadero.

—Qué demonios haces, ¿quién te ha dado permiso para entrar?—me giro hacia él de malos modos.

—Veo que no eres nada agradecida. —Ha tirado el pescado a la basura, aun valía para comer. —Que querías, que viniesen los bomberos.

—Claro que no. Como aparezca mi hija y te encuentre aquí, puede darle un ataque de pánico.

—Tu hija es mucho más valiente de lo que tú crees, ya sé que hoy no va a

venir, escuché que contaba en clase que había nacido su hermano y se pasaría el fin de semana en casa de su padre.

—Me da igual, ¿cómo has sabido en dónde vivimos?

—Es lo que tiene ser el jefe de estudios. Sino, la secretaria, con tal de que no grite mucho, también hace lo que sea necesario.

—No sé cómo has podido cambiar tanto, y ahora lárgate.

—Prepárate una ensalada nutritiva, con huevo cocido y atún, que tenga proteínas. El atún te gusta— y me guiña un ojo.

—No me digas, por algo eras el chapón.

—Te la prepararé yo, encantado, con lo que me gusta cocinar, pero me imagino que esta visita no ha sido de tu agrado, pero te advierto que tengo mucho tiempo, y paciencia. Tenemos una conversación pendiente y no voy a perdonártela, vete pensando lo que vas a contarme, pero tienes explicaciones que darme, y las quiero.

—Vale, pues otro día lo haremos, o no, no sé si tengo ganas de hablar contigo —lo respondo empujándolo casi fuera de casa.

—Claro que hablaremos, ahora no somos unos críos y no pienso pasarte ni una.

—No es por nada pero la explicación eres tú quien tiene que dármela— y me acaba de mirar como diciendo que no me entiende.

—Cada vez me dejas más intrigado. Y qué es eso de lo de Instagram. — Pregunta levantando los hombros.

—Nada, no es nada. Adiós.

Al fin, he conseguido echarlo. El corazón me va a cien, ha tenido que presentarse aquí con esa melena suelta, lleva un jersey de lana, de cuello vuelto en color gris, con una cazadora de piel negra y unos vaqueros gastados con un roto en la rodilla. A pesar de la manía que le tengo me ha puesto cardíaca, joder para el Profe buenorro de Villagarcía, porque claro, era Mateo el que se había presentado en mi casa.

Desde que había descubierto quien era, sabía que mi vida iba a cambiar y también que él no iba a tardar en descubrirme a mí, pero que se presentase en mi casa, nunca creí que llegase a esto, imaginaba que si algún día volvíamos a encontrarnos, pasaría de mí y no le daría importancia, lo más probable era que ni se acordase de mi existencia. Por mucho que quiera aclarar cosas, no sé si estoy dispuesta a tener con él esa conversación, claro que no estoy, aunque debería y sin tardar demasiado o las cosas puede complicarse, muchísimo.

Icía me llama el sábado por la tarde para que vaya a recogerla a casa de su

padre, y me extraña, porque no tenía intención de regresar hasta el domingo por la noche. No me apetece mucho acercarme a casa de mi ex, pero ya le he dicho que la espero en la calle, que baje tan pronto llegue y no me haga esperar.

- ¿Qué ha pasado para que vengas antes?

- No ha pasado nada, tengo que hacer un trabajo de biología y no me apetece dejarlo para mañana.

Sé que miente, siempre lo deja todo para mañana, pero tampoco quiero presionarla o no me contará nada.

—¿Qué tal tu hermano?

—Bueno, un poco llorón, ha berreado toda la noche.

—Es normal, es un bebé.

—No sé, yo no entiendo de niños —no me mira y lo hace a la calle.

Al llegar a casa, no la he visto ponerse a hacer ningún trabajo, me ha enseñado una foto de Iker, que así se llama el pequeño, y no le he sacado ningún parecido, muy morenito, quizás sea como la madre, a la que no tengo el placer de conocer. Ni ganas.

Este invierno tan feo que estamos teniendo, que no sé si nos saldrán escamas como a las sirenas o musgo, pero lo que llueve todos los días me impide salir a caminar como tenía intención. El pijama se ha convertido en mi uniforme del fin de semana, hasta he rechazado la invitación a comer en casa de mi madre. La verdad es que no me apetece salir a nada.

Hoy he ido a pesarme y ya llevo casi ocho kilos, estoy “feliz”, al menos que algo salga como debe. Me encanta que mi sacrificio en el gimnasio y a la hora de comer, se vea reflejado en la báscula o en esa ropa de Sara y sus amigas, que con un empujoncito más, quizás pueda ponerme como ella me había dicho en su momento. Aunque la dieta es estricta y me privo de todo lo que me gusta, lo mejor, es que he cambiado de hábitos alimenticios y cada vez que pienso en lo que me zampaba por las noches, no doy crédito a las tonterías que hacía y todo por no estar motivada y negarme a probar siquiera muchas comidas que yo misma decía que no me gustaban sin saber nada de su sabor.

—No me lo puedo creer, Mateo debió de follar el fin de semana, pues me explicó un ejercicio sin gritarme.

Mi hija acaba de sentarse a la mesa y se ha puesto a comer unas lentejas vegetales que había dejado cocinadas de ayer.

—Como vuelva a oírte una sola palabrota, te castigo sin salir de casa.

—Bueno, madre, eres una mojigata, no he dicho nada malo, vale si, esa

palabra que mis primos Sara y Óscar dicen continuamente, será que también lo practican. Tienes que buscarte unas amigas y salir, que yo tenga que decirte estas cosas, no mola mucho.

—No me apetece.

—Cómo no va a apetecerte, eres muy joven y no puedes encerrarte en casa, alguna de tus amigas aún está soltera.

—Sí, pero van a otro ritmo que no me gusta, salen, van a bailar y hacen botellón, a mí no me gusta el alcohol. Vuelve a contarme lo de matemáticas —pregunto interesada en el tema.

—Pues eso, que me ha explicado un ejercicio y me ha hablado bien, es que no me lo puedo creer, porque después se ha desahogado con Antía, a ella sí le gritó, y a mí que me ha preguntado dos veces si lo había entendido, no me lo puedo creer. —lo decía mirando absorta a los azulejos de la cocina.

—En algún momento tendrá que cambiar, no pensará pasarse la vida gritándoos.

—Ah, y tengo otra buena noticia, antes de las vacaciones de Semana Santa va a haber un festival para recaudar dinero para la excursión de cuarto de la ESO y Susana Rivas, la profesora de música me ha preguntado si estoy dispuesta a tocar el violín delante de todo el instituto, ya que al parecer hay otra persona que también lo toca.

—Genial cariño, habrás contestado que sí.

—Le he dicho que me lo pensaría, no hay que decir que sí a la primera o creerá que lo estaba deseando. Nunca he visto a nadie de mi instituto en el conservatorio, ni idea de quién puede ser y también puedo morirme de vergüenza en el escenario, nunca he estado en ninguno.

—Claro, y ahora te vas a rajar por eso. —le digo yo desafiándola.

—Pues no, voy a decirle que cuente conmigo, ojalá sea un chico, lo peor si me toca un crio de segundo.

Vaya, al menos hay algo que le entusiasma, toca el violín desde los ocho años, que pudo elegir instrumento en el conservatorio y ella decidió lo que quería tocar, su abuelo se lo compró encantado, ya que a sus hijas, solo les gustaba la música para escuchar y su nieto Óscar tampoco quiso saber nada de todo esto, ha venido ella a darle una alegría a mi padre.

Que grata sorpresa me he llevado en el gimnasio, con quien me he encontrado.

—Hugo, cuánto tiempo sin verte.

—Joder Paula, ¿qué has hecho? Casi no te reconozco, estás guapísima,

dame dos besos. —me habla abriendo los brazos.

—Estoy toda sudada.

—No importa, también es más morbosos, te he visto dándolo todo encima de la bicicleta, pero no sabía que eras tú. Has adelgazado.

—A qué está guapa, y más que se va a poner, pues quiere seguir —le dice Martiño cogiéndome por la cintura.

—Cállate gamberro, que hace mucho que no veía a tu hermano.

—Puf, me mandaron seis meses para una sucursal en El Barco de Valdeorras y apenas he venido a casa, pero ahora coincidiremos a menudo.

—Claro que vengo. Voy a hacer mi circuito.- le cuento entusiasmada.

—Genial, ahora que estás en el bando de los solteros, podré invitarte un día a cenar— comenta Hugo con una bonita sonrisa.

—Jaja, por supuesto que sí— si no fuese porque ya estoy colorada por lo que acabo de hacer me pondría como un tomate.

—Joder tío, has visto que buenísima está, esta al menos tiene en dónde agarrar, ya siempre fue guapa, pero ahora como se está poniendo —escucho como le ha dicho a su hermano Martiño.

—Ya, pero sabes que no es lo que tú buscas, alguien que solo te caliente la cama.

—Y tú que sabrás lo que yo quiero y busco. —escucho que protesta Hugo.

—Tío, soy tu hermano y tú eres un picaflor.

—En este tiempo quizás he cambiado.

Hugo sí que es guapo, y ahora visto así en pantalones cortos y camiseta de tirantes, con esos brazos musculosos que estrujarían a cualquiera, vaya espécimen. Yo siempre lo había visto en ropa de calle o con traje, en su lugar de trabajo, ese banco con el que nuestra empresa trabaja y al que voy a menudo, allí lo había conocido y sabía de sobra lo que todas las mujeres opinan de él. Que está buenísimo, aunque un día Sara me hizo el comentario de que me quedaría muy sorprendida con él, porque no era lo que parecía, y cuando le pedí que se aclarase con eso, aunque me imaginé que sería algo de mujeres y faldas, ella me respondió que quizás no estuviese preparada para escuchar la respuesta, esta sobrina mía a veces tan enigmática.

—Tiene razón la bisabuela cuando dice que todos los hombres son iguales. —mi hija acaba de aparecer llorando.

—¿Se puede saber que ha pasado? —le pregunto mirándola fijamente.

—Qué ha pasado, vaya cabrón. Íbamos a ir el viernes al cine y lo veo paseando con Paulita en la moto— contesta sorbiendo los mocos de tanto

llorar.

—Bueno cariño, los chicos son así —le respondo como si nada, pero estoy rebosante de felicidad.

—El otro día me dijo que me quería, y hoy va y me hace esto.

—¿Pero cuánto tiempo hace que sois novios?— la abrazo y esbozo una sonrisa que ella no puede ver.

—Éramos mamá, éramos, dos meses mamá, él lo era todo para mí.

—Madre del amor hermoso, en nada te habrás olvidado de él, y otro pasará a ocupar su lugar.

—Claro y mientras me vas a decir que tengo que estudiar.

—Por supuesto, y ahora vamos a cenar, tus amigas son lo más importante en este momento. —intento consolarla.

—No quiero comer, no tengo hambre.

—De ninguna forma señorita, mientras termino con la cena vas, te das una ducha y verás cómo después piensas con más claridad.

A su regreso sigue pareciendo un alma en pena, se ha sentado a la mesa, ha intentado comer un yogur y una fruta, espero que el disgusto sea solo hoy. El amor, que tanto puede hacerte sentir de maravilla y al rato, estar hecha una mierda, y eso tengas la edad que sea, la rabia o la alegría siempre serán las mismas. Que voy a decir yo de este tema, si ya he pasado lo mío, y en más de una ocasión.

—Bueno Paula, te alegras por el disgusto que tiene tu hija, vaya madre — me dice Sara dando un sorbo a su café.

—No me alegro por lo mal que lo esté pasando, sino porque ese chico no le convenía, sabes.

—Todas nos hemos enamorado alguna vez del malote de la película o del instituto, y ella es una niña, no iba a ninguna parte.

—Mejor así, yo no me he enamorado del malote.

—O sí, yo creo que alguno muy bueno no era, no sé, porque tú y tus “Grandes Secretos”.

—Hemos tenido esta conversación más veces, no me interesa el tema y lo sabes de sobra.

—Ya, pues tu hija en nada cumple catorce años, y sabes lo que prometiste.

—Cállate, tengo tres meses para asimilarlo —me cojo la cabeza entre las manos, como no queriendo admitir cosas.

—Tú misma, la chica enigmática.

—Punto y final.

Hemos terminado nuestro café de media mañana, no hemos salido afuera, lo hemos tomado en nuestra mini cocina, la verdad es que cuando llueve, no apetece ir al bar de enfrente a la fábrica.

Me he puesto a contestar los correos que tengo pendientes, ahora debo ponerme con los pedidos que me han dejado los comerciales para que todo salga de forma correcta. Ha venido el biólogo a recoger muestras de los mejillones de las bateas.

—Toma hermosura, para que envíes al laboratorio, me he mojado que no veas. ¿Vienes conmigo a cambiarme?

—Creo que tienes una novia que no te mereces- le respondo.

—Bueno, ella ahora no está aquí, y a saber lo que hace ella por Noruega, en ese laboratorio en el que trabaja. —me contesta con una sonrisa.

—Estoy segura que se porta mejor que tú. —le doy con el índice en su pecho.

—Qué pasa tronco— saluda Óscar desde la entrada.

—¿Qué haces vestido así?

—He ido a un juicio a Pontevedra, a mi chica le gusto cuando voy en traje, hola cielo— va a junto la mesa de Sara y se dan un beso de esos que acostumbran, no tienen vergüenza. —Sabes a café.

—Gracias, y a más cosas, no solo a café.

—¿Habéis ido a las bateas con este tiempo? —pregunta al biólogo.

—Claro, hay que analizar los mejillones.

—Ya, pues buen trabajo.

—¿Qué tal tu chica por Noruega?

—Tiene morriña, como buena gallega, dice que es distinto, mucho, la forma de trabajar, vida, etc. Voy a visitarla en Semana Santa.

—Dale saludos cando habléis. —le digo yo desde atrás.

—Sí, todas las noches por *skype*.

—Así también la ves.

Al menos hoy hace buen día, ya estamos a sábado y vamos esa comida familiar a casa de mi sobrino Óscar, mis padres, la abuela, y nosotras dos, porque es su cumpleaños.

Después de darle vueltas, he conseguido ponerme uno de esos vestidos tan bonitos que Sara me trajo de sus amigas, me he puesto unas medias gordas negras y unas botas de media caña. El vestido es de color verde botella con florecitas en tonos marrón, por encima de la rodilla y lo he completado con una cazadora de polipiel negra.

Pues para hacer una fiesta con solo la familia y algunos amigos muy íntimos, vaya revuelo hay. Están todos en la salita de su casa, reunidos cerca de la chimenea.

— Pauliña cariño, pero que has hecho, si te estás quedando en los huesos. —dice mi abuela dándome un achuchón.

—Abuela, por favor, los huesos, con lo que me sobra, no estaría mal.

—Espero que la niña se alimente como es debido y no tome todas esas tonterías que tú comes para estar guapa, ya lo estabas antes, hasta parece que tienes mal color, se nota que pasas hambre.

—Por Dios abuela, claro que no paso hambre, no como las cosas que a mí me gustarían, pero de ahí a pasar hambre hay un abismo.

—Hola Leonor, tú sí que estás bien, tu nieta va a ser para mí, ahora que está en el mercado, no necesita ir a la televisión a buscar el amor, si lo tiene al lado de casa. —Hugo me abraza por los hombros con cariño.

—Mira muchacho, ella y Óscar son mis nietos favoritos y nadie les hace daño, pero esa mierda de máquina que habéis puesto en el banco para sacar número, os la podéis guardar porque no hay quién la entienda. Tu nombre era.

—Soy Hugo, ahora ya estoy de vuelta y verá que pronto se entienden usted y la máquina, o si no, yo estaré para ayudarla en lo que sea necesario.

—Déjala, que tiemble la máquina que hasta que se abrió una cuenta en Facebook no ha parado —le aclaro con alegría.

—Qué ilusión me ha hecho, ahora hablo con las primas de Brasil y los de Argentina, con los hijos, claro, que ellas no son tan modernas, y con gente de Ourense que eran nuestros vecinos, sé todo lo que hacen por las fotos que van poniendo. —responde entusiasmada la abuela.

—¿Abuela, no habrás traído el coche? —le pregunto.

—Claro que lo he traído, después me voy al bingo de los sábados por la tarde a Carril.

—Vaya contigo, no te pierdes una.

Se ha sentado en el sofá al lado de los otros abuelos de Óscar, esta mujer es una lianta. Saludo a mis padres, a los que veo durante la semana pero es igual.

—¿Mamá y este que hace aquí? —pregunta mi hija en un susurro.

—¿Quién, de qué hablas?— y miro hacia dónde me indica, con disimulo.— Bueno, lo que nos faltaba.

Junto a la ventana que da al jardín, están Óscar, Sara, Martiño, Andrés, Laura, Hugo, el gilipollas de Xurxo el guardia Civil y Mateo, creo que me he

puesto de mil colores, pues mi sobrino acaba de llamarnos para que nos acerquemos.

—Hola a todos, buenos días. Felicidades— saludo con la mano, le doy dos besos al chico del cumpleaños y mi hija se esconde detrás de mí.

—Me ha encantado verte en televisión, o no, ¿para qué vas a esa mierda de programas teniendo a todo este equipo en casa de tu familia? Recuerda lo que me dijiste el otro día en el gimnasio. Verdad Icía, ¿a qué te gusto como candidato a novio de tu madre? —Le pregunta Hugo cogiéndole la cara entre las manos.

—Claro que no estás mal, a ver si la sacas de casa —ella lo mira embelesada.

—Eso voy a hacer a partir de ahora. Me encanta tener tu autorización, está bien pedir permiso a los hijos para ligarse a las madres.

—Necesito que se busque un novio pronto. —le cuenta a él, no es la primera vez que hablan y hay confianza.

—Dejaros de organizarme la vida, primero Sara y ahora vosotros dos — protesto cogiendo una copa de vino de una bandeja que acaba de pasar por mi lado.

—Sabes cuánto te queremos todos— es mi sobrina la que habla. Pero mi mirada se ha cruzado con la de Mateo que lo hace sin disimular nada, me tiende la mano y titubeando me da dos besos, como huele, parece que hipnotiza. Lleva un pantalón de vestir, al fin como un hombre, una camisa blanca, con lo que me pirran y nada más, porque hace un calor del infierno en esta casa, o quizás sea yo quién lo tenga, ah y el pelo recogido en un moñito.

—Hola, a mi alumna favorita —le dice en tono bajo a mi hija que lo mira alucinada.

—Gracias Mateo, yo no puedo decir lo mismo —le ha respondido bajito, dándole un beso de Judas, será cabrona.

—Qué alegría que vayamos a tocar juntos el violín. Tenemos que hablar sobre lo que más te gusta para ese día. —comenta él con arrogancia.

—¡El violín, contigo! Creí que era un alumno. —comenta ella.

—No sé si alguien más lo toca en el Instituto, pero los que vamos a tocar en el festival somos nosotros dos, Susana lo tiene todo organizado, sólo nos queda decidir que canciones tocaremos y ensayarlas— y él la mira con chulería, porque sabe lo que piensa.

—Es que no sé si voy a poder, nunca he tocado en público, creo que tengo pánico escénico. —le dice ella mirándolo fijamente a ver si se escaquea.

—Pues no va a poder ser, ya están hechos los carteles, es para dentro de una semana, esto va a ser intenso.

Se están retando con la mirada, y yo los observo atónita sin decir nada, porque mi hija no es de las que se calla precisamente, y sabiendo lo que piensan el uno del otro, puede arder Troya.

—Me gusta tocar bandas sonoras de películas— comenta ella tanteando el terreno.

—Pues a mí no. —Responde Mateo con una sonrisa.

—Virgen Santa —comento yo por lo bajo y los dos me miran.

—Pues tú eliges una y yo otra. Si estamos en el cartel y no quieres hacer el ridículo es lo que toca —le acaba de lanzar ella con otra sonrisa más falsa que un billete de quince euros.

—Hablaemos con Susana, ella dará su opinión.

Yo me acabo de escabullir, o terminarán rodando cabezas, los que acaban de llegar son David y Alba con sus tres niños, a los que he ido a achuchar, Yago y Valeria con el suyo, y Catia con Lucas. Así de repente esto parece una guardería, a mí me encantan los niños, de pequeñitos, cuando son adolescentes ya no puedo opinar lo mismo, pero todo es aprovechar cada momento. Ahora que me fijo, Mateo está hablando con ellos, es que también se conocen, y con Xoel y Uxía que han llegado, él es su tío, es hermano de su padre Samuel, la de vueltas que da la vida, si hasta he tenido que encontrármelo aquí.

Me he ido librando de su grupito y por escaquearme, voy a sentarme con mis padres y la abuela, aunque lo que me apetece es estar junto a los chicos, por ejemplo Hugo y mi compañero de trabajo Martiño, sé que una comida con ellos, es garantía de pasárselo muy bien, Aunque he tenido tanta suerte como de costumbre en las últimas semanas y el profe está demasiado cerca. Mi hija ha echado las pestes oportunas por tener que tocar con él, pero también ha dicho que por sus narices no está dispuesta a hacer todo lo que él pretende, su opinión cuenta, y mucho porque uno sin el otro no va a hacer absolutamente nada, bueno, tocar en solitario.

La comida transcurre con tranquilidad, a un lado tengo a mi madre y al otro a mi abuela, sin peligro. Mateo se ha puesto del otro lado, pero no estamos enfrente, aunque lo controlamos todo, eso no me gusta.

Mi sobrino ha echado la casa por la ventana, hemos comido vieiras y carne, ha contratado el Catering con chicos que se llaman Valenciaga y son de A Estrada, nos han tratado genial. Si al final mañana tendré que salir a correr para quemar todo esto.

—¿Mira una cosa hija, esa que acaba de llegar no es la enfermera de nuestro médico? —pregunta mi abuela con disimulo.

—Sí abuela, es Olalla. —respondo comiéndome un trozo de carne.

—Pues vaya lagartona, se ha tomado tres copas de vino, así casi de golpe y no para de manosear a ese que tiene al lado, ¿será su novio;

—No, abuela, ese es el gilipollas que me da matemáticas, y no creo que tenga novia, quién va a querer a un amargado así.

—¿Quién has dicho que es? —pregunta mi madre a la expectativa.

—El de mates abuela. —así de repente, mi hija se acaba de dar cuenta de que ha metido la pata.

—Con ese hombre tenía yo ganas de hablar— comenta mi madre.

—Mamá, ni se te ocurra aquí, no se molesta a nadie fuera de su lugar de trabajo. —protesto yo.

—Como tenga ocasión no me importa lo que vosotras digáis —le lanzo una mirada de advertencia a Icía, que se da de cuenta al momento.

—Abuela, no creo que le guste que le hables de temas del instituto en una comida con sus amigos.

—Yo también lo opino.

Al final tendré que darle la razón a mi abuela en lo de que nuestra enfermera es una monoseadora, no sé el tipo de relación que tiene con el profe de mates, pero ella no se corta un pelo en pasear sus manos por su cuerpo, él sonrío, pero no se lo ve muy implicado, ya está ella por los dos.

He tomado solo una copa de vino con las vieiras, y después me he encharcado de agua, por lo tanto el deber me llama y me voy al baño. Esta casa parece la de la Preysler, con lo grande que es, pero cuando mi hermana estuvo enferma, por desgracia me pasé muchas horas aquí cuidándola y ayudando a mi sobrino y a Andrés, por lo tanto me la conozco casi tan bien como la mía, así que, iré al baño de la parte superior. Me he tomado mi tiempo para hacer un pis y me he quedado de lo más aliviada. Cuando salgo de nuevo por la puerta al terminar, alguien me coge de la mano y me mete en la habitación de al lado. Oh no, Mateo.

—Paulita que, ¿cuándo te vas a dignar a hablar conmigo?

—Nunca —lo miro con una sonrisita.

—Has intentado huir de mí durante toda la comida. Has preferido sentarte con los mayores, antes de venir y hacerlo al lado del guaperas ese que te ha tirado los tejos, no quiero pensar que yo sea el culpable de que te hayas alejado. —me susurra con arrogancia y puedo percibir lo bien que huele.

—Dime una cosa, ¿tú no ibas a estudiar física, qué demonios haces de profesor de matemáticas?

—Ya ves, cosas de genética, he seguido los pasos de mi familia, mi padre, hermano y ahora mi sobrino.

—¿Y tu sueño de trabajar en el Cern en Ginebra?

—¿Y el tuyo de ser enfermera?

—La vida, que quieres. Otra cosa, con lo grande que es Galicia y lo lejos que está Ourense, ¿cómo has venido a parar a Villagarcía.

—Nena, he trabajado en el Cern, dos años con una beca, el mundo de los números te abre muchas puertas. Ginebra es una ciudad que me encantó, pero lo mío es la enseñanza.

—Tus alumnos te preferirían trabajando en Suiza. A ti no te gustaban los niños.

—Ya lo sé. Y a la hora de elegir destino, tenía delante O Cebreiro o Villagarcía y cuando vi que podría hacer deportes acuáticos, casi decidí cambiar la tranquilidad de la alta montaña por algo con mar, no sé, algo extraño me hizo darle al botón del ordenador para este destino. Siguen sin gustarme los niños, pero tener tantas vacaciones es una tentación.

—Vaya vocación. Déjame salir, nos van a echar de menos, sabes, faltamos los dos.

—La única que sacaría conclusiones correctas sería Sara, y está muy entretenida. ¿Cuándo? Me debes una conversación de adultos, y ahora que te he encontrado no pienso perdonártela. No olvido tan fácil como tú crees, o sino ya no me acordaría de ti. Vámonos, pero quiero un día, lugar y una hora.

Yo he salido a husmear al pasillo, y casi he desaparecido corriendo, lo que ha provocado una carcajada por su parte, y yo le he mandado a paseo con una peineta, que me imagino no le ha gustado.

Tanto preocuparnos de disimular y nadie se ha enterado ni de que hemos desaparecido. Pero así de repente he sentido la necesidad de salir a tomar el aire y a quién me he encontrado sentado en el sofá de la entrada a la casa, es a Andrés.

—Si pudiese asesinarte con la mirada lo haría —me dice con una sonrisita.

—¿Quién? —pregunto haciéndome la inocente.

—Paula, te conozco desde que eras una niña y no se me escapa una. —Me dice con su bonita sonrisa.

—Me ha reconocido.

—Era de suponer, ahora estás tan guapa como hace unos años. El

matrimonio con Alberto no te sentó muy bien, vuelves a ser libre y has mejorado. ¿Qué te ha dicho?

—Quiere que hablemos, no estoy preparada, esto se ha precipitado —le cuento preocupada.

—Cariño, vete despacito y pasito a pasito, las cosas surgirán por sí solas. No va a pasar nada, verás cómo todo sale bien.

—Puf, llevo media vida huyendo y ahora esto, sin contar.

—Paula, nunca he conocido una mujer más valiente que tú, verás cómo saldrás airosa de esto también, quién te dice que no podéis funcionar.

—¿Qué? Tú te has vuelto loco, con el aprecio que le tiene mi hija, o yo, que no voy a olvidar así de fácil. Ya tiene a Olalla tirándole los tejos, yo voy a decantarme por Hugo.

—Bueno, ese hombre es una caja de sorpresas.

—Vaya, eres la segunda persona que me dice eso.

—Prueba, no pierdes nada, es un chaval estupendo, pero tú creo que no juegas en su liga.

—Vale, cállate cuñado o terminarás volviéndome loca. Vámonos adentro que hace un poco de frío, me apetece un café a ver si se han dignado a hacerlo.

—Mira tu hija lo que está haciendo. —señala a Icía en el jardín, jugando con un perro que no conozco.

—¿De quién es ese labrador? Qué bonito. —miro como corretean.

—Es mío, ¿te gusta? —escucho una voz familiar a mi lado.

—Os dejo que voy a congelarme —y Andrés desaparece.

—Es precioso, me recuerda a uno que tuve hace unos años.

—Claro, es su hijo.

—¿Qué?—los miro sorprendida.

—Tú se lo dejaste a tu tía, y cuando tuvo una camada, me puse en contacto con tu primo, yo quería un labrador y me lo regaló.

—Joba, es idéntico.

Entonces me acerco, el perro me mira como si nos conociéramos de toda la vida, me pone sus enormes patas en el pecho y abrazándolo me echo a llorar.

—!Qué haces mamá! Pero tú.

—Me he puesto melancólica. —el perro se ha bajado, yo no paro de acariciarlo y él de lamerme.

—Si tú casi nunca lloras.

—Se parece a uno que tuve de pequeña, no me hagas caso, estoy de bajón.

—Parece que le gustáis. —comenta Mateo a mi lado.

—No me digas que es tuyo, al menos tienes algo bueno. —Ícía lo mira con una sonrisa.

—Te sorprenderías con las cosas buenas que tengo. Cuando quieras pasearlo te lo cedo, sin problema, es muy bueno y cariñoso, pero no sabe hacer sus necesidades en el baño de casa, y en invierno, con lluvia, es un poco. —menea la cabeza.

—Siempre quise un perro, primero fue Alberto el que no quería ni hablar del tema, y ahora que estamos solas, dices que casi no ganas para comer, para tener a un individuo más en la familia.

—Olvídate de eso, casi no cogemos las dos en casa, para tener un bicho.

—¿Por qué lo has traído? —mi hija lo mira fijamente a los ojos.

—Porque es como un niño pequeño, le encanta corretear, y jugar con otros perros, aquí están los dos de tu primo y se llevan de maravilla. No me gusta dejarlo solo en casa, me siento culpable.

—Hoy que estás guapo, y decente ¿puedo sacarte una foto con él? —pregunta mi hija con miedo.

—Por supuesto señorita, pero ni se te ocurra subirla a ningún lado, acuérdate de mis derechos de imagen, que de ti, ya no me fio yo. —ella casi se ha puesto pálida.

—¿Cómo se llama?

—Orballo, que te parece, nombre gallego cien por cien.

—Os dejo con vuestra sesión de fotos, aquí hace un frío que pela, me marcho a dentro.

—Ah espera mamá, que voy a marcharme con la abuela Leonor, yo no me paso aquí de tostón toda la tarde. Escucha, David me ha preguntado si este año voy a ir a La Escuela de Surf a la Lanzada, empiezan en Semana Santa —pregunta poniendo ojitos.

—Pues lo siento, no va a poder ser.

—¿Por qué? Iba con Pablo el monitor, el año pasado, cuando pasaba de Santiago. Él ahora no está, no saben quién lo va a sustituir.

—Peor me lo pones, los sábados por la mañana voy a clases de bolillos, y no puedo llevarte, ni podemos pagarnos las clases, el año pasado estaba Alberto, este año estoy yo sola y no doy para más.

—Eso se lo he comentado a David, sabe nuestra situación y dice que si me busco con quien ir, no nos va a cobrar nada, es un regalo por su parte, si le hago publicidad en mi Instagram.

—Olvídate hija, no puede ser, eso no es nada de primera necesidad, el traje

de neopreno, con lo que has crecido y la delantera que tienes no te sirve.

—Se lo comentaré al abuelo, le daré pena y él me lo comprará, y si me empeño, posiblemente me lleve, seguro que al lado del mar se inspira para escribir.

—Ni se te ocurra pedirle dinero para nada de eso. Tengo que pagar el seguro del coche. —contesto un poco alterada.

—Perdonáis que me meta en vuestra conversación. Yo puedo llevarte, los sábados por la mañana siempre voy a La Lanzada a surfear, aquí la gente va a la Isla de Arosa a hacer kite surf, pero como las olas del otro lugar, nada.

—No —respondo yo.

—No —protesta mi hija, aunque no muy convencida.

—A veces me llevo al perro, en esta época del año nadie protesta porque haya un bicho en el agua, no es como en verano.

—Ahora sí me voy a interior, os dejo.

—Vale, dame algo de dinero, anda porfa. —me dice mi hija.

—Toma —le tiendo un billete de cinco euros.

—Joba, cada día eres más tacaña —protesta ella mirándolo.

—Estamos a fin de mes, lo siento. Me marchó al interior.

## CAPÍTULO 6

Oh Dios, hijos adolescentes, qué más quisiera yo, que darle más dinero, fijo que la abuela Leonor le dará también cuando la deje en el pueblo y que ya ha saqueado a mi madre e incluso a Andrés. Me largo al interior de la vivienda, no quiero que Mateo me vuelva a pillar a mi sola y comience ese interrogatorio que no me apetece. En la cocina de la casa me encuentro a Sara, Alba, Valeria y Catia.

—Te juro que un día voy a sacarle los ojos a esa tía. —comenta la primera de muy mal humor.

—Cálmate, solo se ha insinuado un poco. —le dice Alba.

—Claro, si le hubiese puesto las manos encima a tu marido, ya le habrías sacado los ojos. —protesta Sara.

—Ni lo dudes— responde esta.

—Viene vestida como si fuese un putón verbenero, le faltó traer el uniforme de Enfermera calentorra.

—¿De quién habla tu hermana? —pregunto a Catia disimuladamente.

—De Olalla, que se le ha insinuado a su chico, como regalo de cumpleaños. —responde esta con un susurro.

—Al final tenía razón tu abuela, que me vino a preguntar si su enfermera era la novia del melenas, ojalá. O sino que se vaya a follar con Hugo y Xurxo que son los que juegan en su liga, a ver si se la clavasen bien hasta el fondo y se queda satisfecha dejando en paz a los demás —lo ha dicho muy cabreada, y en alto.

—Y eso de que va. —Pregunto de forma inocente.

—Catia, explícaselo tú, que yo no estoy de humor, al menos Óscar le ha parado los pies, es que esta tía no tiene límites o que pasa. —protesta Sara levantado las manos.

—Cálmate que nuestros chicos creo que saben lo que quieren. —les cuenta Valeria. Yo miro a Catia de forma interrogante.

—Sabes que está aquí en el Centro de Saúde cubriendo la baja de alguien, pero ya lleva mucho tiempo, seguro que se ha acostado sabe Dios con quién para conseguirlo. La tía es una depredadora sexual, o ninfómana, no sé. Siempre acaba con Hugo, Xurxo e incluso tu compañero Martiño, pero no por

separado, sino en plan orgía, también es asidua al Dragón de Oro —me ha contado Catia de forma apresurada.

—Ah Y ¿eso qué es?

—Puf, eso es —mira a Alba y compañía —un local que hay a las afueras de Coruña, sabes, de intercambio de parejas y todo tipo de sexo. Tendrías que ir de visita. Ya que Hugo se te ha insinuado, quizás se ofrezca a llevarte.

—No, gracias, prefiero lo tradicional. De ese local hablamos el día que comimos con Ardían, el hermano de Alba. Esa Olalla es una lagartona, como le ponga un dedo encima a mi sobrino, le arranco los ojos.

—Así me gusta.

El guaperas de Hugo aparece en la cocina, vaya que está bueno este tío. Lleva una camisa azul clarito, unos vaqueros azul oscuro y unos zapatos deportivos, esa mirada penetrante. Se acerca a mi lado.

—A ver reina, hemos decidido salir juntos esta noche, dime que te apuntas. Saldremos todos, para celebrar el cumpleaños de Óscar.

—¿Quién ha decidido eso? Yo me quedo con mi novio en casa esta noche para celebrarlo en privado, os hemos aguantado todo el día, en una hora os quiero a todos fuera de aquí, nos espera una noche muy larga— acaba de amenazar Sara.

—Lo siento, pero he quedado con mi hija para ir al cine a ver Coco. Otro día, vale.

—Voy a seguir insistiendo hasta conseguirlo —me da un beso muy cerca de los labios y se larga.

—No me jodas que le das plantón al tío más bueno de Villagarcía, por irte al cine con tu hija, pudiendo hacerlo mañana, eso si te das levantado, claro— Catia me echa la bronca.

—Perdona, mi novio es el más guapo del pueblo. —protesta mi sobrina.

—Lo sabemos. Puf, es que me habéis acojonado con lo que habéis contado, yo no quiero nada de eso todo que habéis mencionado.

—Y eso que aún no sabes que también le van los tíos. —comenta Alba.

—¿Qué?— pregunto asombrada.

—La cara de gilipollas que puse yo cuando lo veo en un puf de Pontevedra morreando con otro tío buenísimo, fue de alucine. Después de encontrarlo en el café todos los días, pero me dejó claro que era bisexual, vaya morbo tiene. Nada Paula, es cuestión de asimilarlo. Será según le apetezca. Seguro que en la cama es una máquina de follar. —me aclara Alba.

—Yo lo vi en acción en El Dragón de Oro, y es como Nacho Vidal. —

cuenta Sara como si nada.

—Tú has estado en todas partes —comento con asombro y todas levantan la mano— madre del amor hermoso. Esta cocina es un centro de perversión. Creo que me voy a ir a casa, he quedado con mi hija para ir al cine.

—Paula, por favor, no nos malinterpretes. Solo hemos mirado, de momento, vive la vida, el amor llegará, en este mundo nada es fácil. Mira nuestros novios, maridos, los de todas eran unos folladores natos que lo tenían todo probado y desde que están con nosotras, las cosas han cambiado. O se van a la mierda, ellos saben lo que se pierden. —y Alba me da un beso.

Me despido de ellas, los chicos están en el salón, ahora la supuesta acosadora se está dedicando a Mateo, seguro que esta noche termina en su cama. Me dirijo hasta Oscar para despedirme de él.

—Te he dejado el regalo en tu habitación. Te quiero, lo sabes.

—Claro que lo sé, no tenías que traer nada, mi mejor regalo sois vosotras dos. —me mira y abraza muy fuerte.

—Nada es un bolígrafo, para que me subas el sueldo. —le digo con una sonrisita.

—El jefe aún es el viejo, se lo comentaré.

—Adiós chicos os veo por ahí —me despido con la mano en general.

—Si no te gusta la película llámame, he metido mi número de teléfono en el bolsillo de tu chaqueta. —dice Hugo.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

La sala parece la pasarela Cibeles, pero en masculino. David, Yago, mi sobrino Óscar. El imbécil del guardia civil, que no es feo, solo gilipollas, Hugo, Martiño y Mateo. Pues mentiría si dijese que no son de mi gusto.

Me despido con una sonrisa, sin querer mi mirada se cruza con la del profe de mi hija. Mis padres ya han desaparecido, les doy dos besos a Andrés y Laura.

La película ya la he visto el fin de semana pasado y hartado de llorar también, pero ha sido la disculpa perfecta para que me dejen en paz una noche de sábado. Aunque pensándolo bien tendré que buscarme a gente de mi edad y empezar a salir, hoy estoy cansada y mañana quiero salir a caminar si hace buen tiempo.

Icía ha sido puntual a la hora de regresar del paseo con sus amigas, al menos parece que se le ha pasado la pena que tenía por su amorcito, yo tampoco he vuelto a hablar del tema, todo se cura. Yo apenas me acuerdo de Alberto, en el fondo estoy aliviada.

Todos los descubrimientos que he hecho esta tarde, me han dejado un poco perpleja, yo soy una panoli que no sabe nada de los hombres ni de estas relaciones modernas, si tengo que visitar uno de esos sitios que las chicas han contado, creo que podría morirme de la vergüenza, pienso que no me ha gustado ver a Olalla sobando a Mateo y no sé a santo de qué.

Mi hija se ha levantado el domingo con ganas de hacer cosas y hemos salido las dos a caminar, aprovechando un momento que no ha llovido. Sara me ha insistido muchas veces en que salga a correr con ella, pero soy incapaz, mi resistencia no sé en dónde demonios se esconde, pero debe de ser que las clases de ciclo del gimnasio hacen algo de efecto y he sido capaz de correr durante quince minutos, animada por Icia, en un trayecto en dónde sabía que no haría el ridículo, he trotado un rato. El resto hemos caminado a paso acelerado y mi hija se ha dignado a hablarme y contarme alguna que otra cosa de sus amigas.

—¿Sabes que Roi se siente confuso porque no sabe si le gustan los chicos o las chicas?

—Joba hija, pues tendrá que averiguarlo, con vuestra edad imagino que será normal. ¿Qué le ha hecho creer eso?

—Pues le ha dado un beso a Natalia y no ha sentido nada.

—Será que la niña no es todo lo atrayente, para que él pueda sentir algo por ella.

—Mamá, hay cosas que se ven venir de lejos. Sabes que somos amigos desde la guardería, y él jugaba con las Barbies como nosotras. Bueno yo también jugaba al fútbol y los coches y sé que me gustan los niños.

—Pues para que veas que uno se puede confundir.

—El pobre está que no se aclara.

—Vamos a ver, no tiene prisa, ya se dará cuenta de lo que quiere. Las cosas vienen y surgen por sí solas, no es necesario precipitarse para nada.

—Eso se lo he dicho yo, ahora quiere probar a besar a un chico, pero no se atreve.

—Qué prisa tenéis para todo.

—Sabes, ayer Mateo me cayó un poco mejor que en clase.

—Jaja, y eso a qué es debido— pregunto con una sonrisa abrazándola por los hombros.

—No sé, quizás el perro, que se haya ofrecido a llevarme a hacer surf. Me lo he pensado de noche.

—¿Y?— pregunto con miedo.

—A ver qué pasa durante la semana, y los ensayos de violín, si conseguimos no matarnos, nada está perdido.

—Tienes razón.

Ese trayecto, si es que se decide a ir con él a surfear puede dar para mucha conversación, aunque pensándolo bien, quizás no, porque a mi hija no le gusta hablar y yo creo que a Mateo tampoco le entusiasma mucho. Quizás sea lo mejor.

Nuestro paseo ha durado dos horas y nos ha sentado de maravilla, después de comer ha llovido y yo me he dedicado a leer, y mi hija ha estado estudiando y haciendo cosas de clase, esta vida las dos solas, tampoco está tan mal, lo que pasa es que en unos años ella se escapará de casa y yo estaré más sola que la una.

Los lunes que toda la gente odia, a mí ya no me desagradan, al menos mientras estoy en el trabajo estoy entretenida y hablo con otra gente que no es una adolescente protestando por todo o mi madre contándome cosas de Sálvame o de la telenovela a la que está enganchada. Mi hija esta mañana casi entra en pánico al ver que le había salido un grano en la frente. El problema es cuando es doloroso, pero sino terminan por pasar y solo queda una marca horrible para recordarte lo que tuviste en ese lugar incordiando.

Y puesto que los lunes han terminado gustándome, también lo ha hecho el gimnasio, aunque al principio cuesta un poquito, acabas dándolo todo, porque sabes que tu cintura ha ido perdiendo algunos centímetros, o cuando te das cuenta, que cada vez hay más chicos guapos a los que mirar, y tan guapos como peligrosos. Primero he compartido clase de ciclo al lado de Hugo y de Xurxo, hablando con ellos solo lo imprescindible. También he visto pulular a Olalla, eso ya no me ha gustado tanto, sabiendo lo que sé, creo que es una mujer de la que quiero escapar. Un simple saludo por cortesía, ha sido suficiente, qué pasa, antes no venía nadie conocido y ahora de repente vienen todos. Ella he visto que se metía en la clase de Body Fitness, pero yo como ya he calentado, prefiero hacer mi circuito, que a pesar de empezar la semana con energía, tampoco voy a dejarme la piel en el gimnasio.

—Hola, la madre de Chuky— dice una voz a mi lado.

—¿Qué ha pasado Mateo, que ha hecho esta vez? —Me incorporo de la colchoneta en la que estaba haciendo abdominales.

—Tú que crees.

—Ha subido tu foto al Instagram y la has descubierto. —lo miro asustada.

—Que manía con lo de Instagram, ya me contarás de qué va, yo no tengo cuenta en esa plataforma. —responde un poco intrigado.

—Olvídate, no he dicho nada— tengo que matarla, a pesar de ser mi hija. —¿Qué ha hecho? —Me he incorporado y sentado como un indio.

—Se ha agenciado de todas las canciones, de cinco que vamos a tocar, me ha dejado escoger una —lo dice con una sonrisita burlona.

—Oh cuánto lo siento, tú mismo has dicho en más de una ocasión que la niña es lista, pues una vez más te lo ha demostrado.

—Pues vaya mierda, ella con las bandas sonoras, y Susana la ha apoyado, ha dicho que yo soy un clásico.

—Y, quizás tenga razón, a ti te pegaría una balada de Scorpions o algo de Bon Jovi. Lo clavaría.

—No te falla la memoria, eso mismo voy a tocar, tu hija ha rosmado por lo bajo, que vaya carroza— y se me escapa una sonrisita.

—Pega con tu aspecto de rockero melonado.

—Cállate, que te encantaba esa canción —me mira fijamente y hace que me sonroje.

—Vaya, pareces un coche de rallies con tantos tatuajes. ¿Te queda alguna parte del cuerpo en dónde no tengas?— pregunto de forma inocente, mirando sus brazos repletos de dibujos.

—Puedes averiguarlo cuando quieras. —responde con arrogancia en un susurro.

—Gracias, voy a continuar con esto. —Me recuesto de nuevo en la colchoneta.

—Hola Mateo, no sabía que venías a esta hora al gimnasio. —Se ha acercado la buscona y se ha colgado de su cuello.

—Hola, no te acerques mucho que estoy todo sudado, he comprobado que las clases que me gustan son a partir de las ocho, venía por la tarde, pero tendré que estudiarme los horarios.

—Qué bien, quizás coincidamos. —le responde ella pegándose.

—Paula, ¿en dónde has metido a tus admiradores?— Se ha despegado de Olalla y se ha puesto mi altura para hablarme.

—¿De qué admiradores hablas concretamente?— pregunto de forma inocente.

—Pues tus amigos, el banquero y el guardia civil.

—Eso seguro, aún tengo que pagar una multa, para que veas lo amigos que somos, es un gilipollas.

—Pues te observa constantemente.

—Tío, creo que las lentillas te fallan, es mejor que vuelvas a las gafas de chapón que tenías hace años, creo que te iban mejor.

—Las tengo en casa, para descansar los ojos cuando me saco las lentillas.

—Tu amiga, creo que te espera para ir a la sauna, o no sé, quizás a la ducha. Me da que hoy no pasas la noche solo.

—Habrá que tentar a la suerte.

—Ya, eso es lo tuyo.

—Sabes que tenemos cosas que hablar.

—Creo que sí, pero mi hija me espera para cenar y me marcho, quizás otro día.

Me despido como alma que lleva el diablo, ni siquiera he terminado de hacer mi tabla de ejercicios. Lo que me faltaba, que ahora este también viniese a la misma hora.

Justamente Icía ya está en casa y con lo que le gusta cocinar, ha hecho un revuelto de gambitas y setas que huele ya en la entrada del edificio. Una maravilla, hoy no la he visto al mediodía porque se iba directamente a casa de mi madre para preparar el examen de matemáticas del trimestre, asique tendrá cosas que contarme.

—Hola mami, lo he chinchado. —se acerca a darme un beso haciendo un

gesto de triunfo.

—A ver, ¿de qué me hablas?

—A Mateo, me he salido con la mía, bueno, verdaderamente yo hablé antes con Susana y le dije que si quería que tocara, no iba a ser cualquier cosa.

—Miedo me das, ¿qué ha pasado con él? —pregunto como si nada.

—Vamos a tocar lo que yo he decidido, la banda sonora de “Indiana Jones”, “Misión Imposible” y “Memorias de África”, al final he transigido en tocar “Viva la Vida” de Cold Play, y él ha escogido una balada de Bon Jovi, le pega ¿No? Al tío melenas.

—Jaja, estará contento.

—Bueno, se ha puesto como una fiera, pero si en el fondo las bandas sonoras son de películas de su época, que más quiere, a ver si se tira de una vez a la enfermera esa y se le alegra un poco la cara, vaya tío más amargado.

—Habla bien por favor, qué sabrás tú de esas cosas.

—Claro que no sé, pero es lo que escucho, leo y te veo a ti, que necesitas un novio con urgencia.

—Vale, venía muy relajada del gimnasio, por lo tanto, no la cagues, mi vida ya es bastante complicada sin buscarme más problemas con una relación.

—Ah, tenemos otra cosa, a la vuelta de Semana Santa, vamos a hacer la excursión esa que habíamos hablado a principio de curso, sabes, la de Asturias a Los Picos de Europa. Ya teníamos pagado casi todo, creo que quedaban cincuenta euros.

—Ya lo sé, esa era de biología, con el bicho ese que te cae tan mal.

—Claro, con Eva, que es la de biología, imagino que viene el profe de Tecnología, y no sé quién más, nos dan el papel mañana para llevar firmado y el último dinero. Cinco días, en una cabaña— y se ha puesto a dar saltitos de alegría.

—Qué bien, y yo, cinco días sola, sin tener que aguantarte. Eres una ruina, el dinero que fui a sacar al cajero, me dejas la cartera vacía.

—Lo sé, cuando sea mayor prometo que irás a una residencia de cinco estrellas, que va, sabes que te quiero mucho, la abuela siempre dice que las excursiones son experiencias que nunca se olvidan.

—Lo sé, en eso estoy de acuerdo con mi madre, es una de las pocas cosas en las que coincidimos

Nos hemos acostado y mis últimos pensamientos, después de leer y ya con la luz apagada, se han ido para ese chico que se ha plantado a mi lado en el gimnasio, para que voy a negar lo de que es guapo y está muy bueno, esa

melenita rubia, ondulada, sus ojos marrones como el chocolate, y sus músculos cubiertos de tatuajes, tanto en los brazos como en las piernas, incluso creo que ha crecido, o será que ahora es un hombre, y me da a mí que es un hombre muy peligroso, como un tanque de combustible. Que pasa, que soñar es gratis y si das con el sueño adecuado es muy gratificante mientras dura, lo mío solo han sido pensamientos, los sueños, ni idea de lo que se ha pasado por mi mente esta noche.

Para celebrar que en breve abriremos nuestra nueva fábrica en Boiro, también vamos lanzar al mercado una nueva línea de conservas más tipo Gourmet, para paladares exquisitos, como sardinillas de Rianxo con pimientos de Padrón, o bonito de Burela con pimientos de Arnoia, Lubina do Grove con salsa de erizo y nuestro plato estrella, Fabas de Lourenzá con almejas de Carril. Esto ha supuesto la contratación de nuevo personal con experiencia en cocina, para que confeccionen todos estos platos antes de proceder a su conservación. Andrés se ha fiado de los gustos de Sara y míos para seleccionar a esta gente, que lo hemos hecho más que nada dando un voto de confianza a gente poco experimentada que está empezando, pero con muy buenas ideas. Será algo nuevo para todos, pero así lo hemos decidido las dos, cuando se lo hemos comentado al jefe y a mi sobrino nos han felicitado y creen que es una muy buena idea.

Por lo tanto hemos contratado a Marcos como cocinero y a Cristina como ayudante, a ver si esto se convierte en la cocina de Master Chef. De momento van a elaborar estas conservas, pero escuchándolos hablar, creo que la cosa no va a parar ahí y las algas van a terminar formando parte de alguna de esas ideas que ellos también tienen en su cabeza.

Enterados de nuestros nuevos proyectos y aprovechando un viaje a Galicia, hemos recibido la visita de nuestros clientes italianos, los Romano, Enzo y sus padres. Les ha parecido genial la idea de que en nuestra nueva fábrica hagamos este tipo de conservas, de las cuales ellos quieren ser los primeros en hacer un gran pedido.

Madre del amor hermoso, este hombre es para mirarlo y no cansarse de hacerlo, un moreno de ojos verdes, que solo con mirar su cara, hace que me ruborice hasta las pestañas.

—Joder Paula, este tío está para perder el Norte, y el Sur si es necesario, creo que también.

—Sara, ¿tú estás segura de que no quieres tener problemas con el celoso de tu novio?

—Es que me contento solo con mirarlo, no sé si tiene novia en Italia, tampoco es cuestión de preguntárselo, ¿no crees?

—Chica, tú tienes novio en España, o lo has olvidado, y muy celoso, o quieres que te recuerde todos los problemas que tuviste por culpa del otro italiano, Piero Mancini, al menos que él no te escuche, que a ti te pierde esa boquita.

—Lo recuerdo, vaya sufrimiento. Pero quizás para ti. Podrías aprovechar para un revolcón.

—Tú debes de ser tonta. En serio crees que un hombre como él se fijaría en una chica como yo, despierta Sara, que estamos en Villagarcía, no en Hollywood. Yo también lo aprovecharía para un revolcón, o dos. Un tío con clase, elegante, con dinero y seguro que muchas otras cosas que no se ven a simple vista. —le cuento por lo bajito.

—No me lo creo, tú acabas de decir esto.

—Sí, lo acabo de decir, que la vista la tengo estupendamente.

La visita de los Romano termina con una comida a la que Andrés como buen anfitrión me ha invitado junto con Martiño, Sara, Oscar y ellos. Durante esta hablamos de negocios, pero también me entero de a lo que han venido verdaderamente, es a comprar un hotel en Santiago, estos italianos, primero Piero con su restaurante y ahora este con un hotel, pues ojalá haya negociación, no estaría nada mal tenerlos por aquí más a menudo.

Hoy he ido a pesarme y casi salgo de la consulta dando saltitos de alegría, doce kilos, no me lo creo ni yo. Mi ropa es la que más lo nota, y lo mejor que me siento físicamente también. He conseguido ponerme algunas de las cosas que Sara me había traído y vaya cuanta ropa bonita he empezado a usar. Y no tengo intención de parar, hasta que consiga ponérmelo todo.

Mi dietista Dolo, me ha felicitado enormemente, tiene un blog, en el que va poniendo fotos de la evolución de sus pacientes y con mi permiso me está utilizando para hacer publicidad, y yo encantada. Ya no es que yo me vea más guapa, eso sí, pero lo bien que me encuentro, es todo un orgullo.

Hoy me he puesto unos vaqueros claritos de pitillo, como aun hace frío, unas botas planas y un jersey de cuello de cisne en color rojo, así si me ruborizo por alguna cosa, no se nota.

—Esta es la recompensa por todo lo que has conseguido. —Sara ha dejado un paquete encima de mi mesa.

—Gracias, ¿qué me has comprado?— la abrazo con entusiasmo.

—Ábrelo, y ya descubres lo que es. Algo que te prometí. —Comenta en

tono risueño.

—Haces que me ponga nerviosa. —rasgo el papel y cuando veo el contenido —Hija de puta.

—Yo quiero ver lo que es— Martiño se ha levantado y venido a husmear.

—No— pero he cerrado tarde, porque me lo ha sacado de las manos.

—Joder tía como te vas a poner. —ha sacado el enorme vibrador de su bonita caja.

—Guarda eso en su sitio, ahora mismo, antes de que venga nadie de la fábrica por ahí— intento en vano sacárselo de las manos.

—Sara, eres una guarra.

—Que poco agradecida eres, llevas meses en el dique seco, tendrás tus necesidades, te lo prometí cuando empezaste la dieta, y vistos los resultados, te mereces uno de tamaño grande.

—Paula, cariño, claro que te mereces lo mejor, aunque yo supero a este utensilio con creces, y aparte te daría calorcito. Toma, si necesitas alguien que te ayude o te instruya, seré tu profesor, encantado, lo bien que se podría pasar con algo así y una mujer como tú. —me lo ha devuelto y me ha dado un beso de gran amigo.

—Muchas gracias, eres muy buen compañero, al menos Tomás no anda por aquí, o no sé lo que pensaría.

—Puf, mi hermano Hugo tiene razón, y yo sin fijarme en lo que tengo a mi lado en la oficina, quizás me plantee hacerle la competencia y vaya yo también a la conquista.

—Jaja, contigo al fin del mundo —respondo en el mismo tono de broma.

—Precioso, deseo que lo disfrutes.

Andrés se ha pasado por mi lado y me lo ha susurrado al oído, yo me he puesto de mil colores y he guardado el envase en mi bolso de mala manera, pues casi no coge. Ha desaparecido otra vez por el pasillo con una sonrisita en los labios.

—Yo te mato, Sara, un día va a darme un infarto con tus cosas, a ver en dónde guardo yo esto, con lo cotilla que es mi hija.

—Bueno, Paula, tu hija no es tonta, y ya lo habíamos hablado, es una adolescente que está descubriendo su cuerpo, se las apañará como pueda.

—Vale, punto final, vamos con los pedidos, o no entrarán a tiempo.

Esta semana, mi hija no ha venido a comer ningún día, como está con la segunda evaluación se ha ido a casa de mi madre ya al mediodía, pues entre el conservatorio, lo que tiene que ensayar con Mateo y estudiar para los

exámenes, está que se sube por las paredes y no hay quien la aguante.

El regalo que me ha hecho mi sobrina ha ido a parar al fondo de un cajón de mi cómoda, no pienso utilizarlo, esta mujer es todo pecado, a saber en dónde lo ha comprado o con quién ha ido. Me muero de vergüenza.

—¿Qué tal los exámenes? Como te ha salido el de lengua.

—No sé, creo que bien, pero casi no me da tiempo a terminarlo, a repasarlo, ya de ninguna forma, y después como saca por cada falta de ortografía, pues no sé qué pensar.

—Tú no te fijas y después pasa lo de siempre.

—Pues que no se queje, que para subir nota me he leído dos libros en vez de uno, y ya sabes que son un tostón, pues El Lazarillo de Tormes lo entenderá ella con ese castellano antiguo que me ha vuelto loca, y he hecho un trabajo a mayores de otro.

—Me gusta eso, nunca está de más leer.

—Mañana tengo matemáticas, eso es pan comido.

—Tú fíate, y más de Mateo.

—Ah, se me olvidaba, como sábado ya hemos terminado los exámenes, me ha dicho si quiero ir con él a La Lanzada, vamos a surfear.

—Tú misma, es tu profesor, no creo que os matéis.

—Esta semana se ha comportado como corresponde, en los ensayos, pero no sé, voy a probar un día, a ver qué pasa, no sé yo lo bien que surfeará este, viviendo en el interior de Galicia y trabajando en Ginebra, como nos ha contado.

—Tiene pinta de surfero tatuado.

—Y que pretenderá, que vayamos a la playa en moto, pues yo nunca le he visto coche, bueno sí, un día trajo uno todo viejo.

—Como vais a ir en moto.

—Pues yo me lo imagino con una furgoneta de estas como la de los hippies, con cortinas en las ventanas y recorriendo las playas, seguro que es algo así. Me da a mí que no tiene un euro, cuando no tiene ni un coche decente, seguro que ha probado las oposiciones hace nada, eso si no está contratado y no tiene plaza.

—Muchas vueltas le has dado.

—Es que no sé, me tiene intrigada, ¿crees que se ha tirado a la enfermera?

—Bueno, pero te has convertido en una doña Cotilla, a ti que más te da si se ha ligado a esa lagarta.

—Pues por eso, que esa mujer no me gusta, ya no me gusta cuando voy a la

consulta. Y verla revoloteando a su alrededor, es un poco pendonete.

—Eso sí, pero a él quizás le guste ella.

—Bueno, también la de biología le pone ojitos y la de música se hace la interesante y él solo piensa en el violín, lo toca con una pasión que me hace alucinar. ¿Has visto que tiene los brazos tatuados con frases en hebreo?

—He visto que tiene tatuajes, pero no me he fijado, ¿tú como sabes tanto?

—Porque se lo he preguntado, hemos hecho una apuesta en clase para saber lo que tiene tatuado, a mí me lo ha contado, no me ha dicho exactamente lo qué. Y en el otro brazo tiene una espada, me encantan.

—Vaya con la niña, cuantas confianzas. —y se encoge de hombros.

Mi hija me ha dejado pensando en todo esto que me ha contado. No me inspira mucha confianza que de llevarse a muerte, así de repente, se lleven bien. Que nos estará deparando todo esto. Casi creo que no me gusta.

A veces Sara y Óscar coinciden conmigo en alguna clase del gimnasio, aunque él viene a muy pocas cosas, solo si hace mal tiempo, sino va a hacer remo en la ría de Arosa, sale a correr o juega al fútbol. Él nos ha dado plantón, pero nosotras hemos llegado juntas, ella me ha llevado en su coche. Como nos hemos liado un poco en la fábrica, llegamos justo a la clase de Pilates, ella se queda a *Stretching*, pero yo como no tengo ganas de estirarme como un chicle prefiero hacer algo en la sala de máquinas.

—Qué haces bruta, vas a matarte— alguien me coge las manos que sujetan la barra con las pesas que estoy intentando levantar.

—No voy a matarme, he ido aumentando de peso paulatinamente, tengo fuerza o que te crees —lo miro sonriendo, pero no me ha soltado, me las quiere sacar de las manos. Las tuyas abrasan.

—No me inspiras confianza —me aprieta las manos contra la barra.

—Tú tampoco, Mateo, que quieres que te diga.

—Perdón —me ha soltado levantando los brazos.

—¿Qué tal los ensayos con Chuky? —le pregunto con una sonrisa.

—Parece que nos vamos entendiendo, nuestra relación ha mejorado, te habrá contado que el sábado vamos a surfear.

—Claro que me lo ha contado, está entusiasmada. Espero que no os ahoguéis.

—No sé ella, pero yo soy un experto nadador.

—Ella es como la Sirenita, sabe nadar y bucear a la perfección.

—¿Qué vas a hacer cuando salgas? —pregunta en tono bajo.

—Irme corriendo a casa porque mi hija está absorta con los exámenes y

apenas la veo.

—Imagino, es solo esta semana, la próxima ya estarán más libres. Y ten cuidado como haces los ejercicios, puedes lesionarte.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Él se ha marchado con su mochila a cuestas, hoy estaba en pantalón de chándal y una camiseta de tirantes y me he fijado un poco más en tus tatuajes, son raros, pero bonitos, y el tío sigue siendo atrayente, distinto, pero cada vez que se pone a mi lado hace que el corazón me vaya como una locomotora.

Como siempre, la semana se ha pasado volando, Icía, se ha relajado un poco con todo terminado, aunque venía algo confundida con el examen de matemáticas, que ha dicho que Mateo había puesto un examen difícilísimo, a cada uno le daban de una forma distinta los ejercicios y no se han aclarado, a mi madre casi prefiero no preguntarle, porque puede caerme la bronca a mí también, como si yo hubiese hecho el examen.

A pesar de todo, ha preparado sus cosas para ir a hacer surf, y está de un entusiasmado que no me lo puedo creer. Me ha pedido que vaya con ella al portal, que no sabe qué decirle, así de entrada y le ha entrado un poco de vergüenza.

—Te apuesto lo que quieras a que tiene un coche viejo cayéndose a los lados, o una Volkswagen como la de los hippies, con el símbolo de paz y amor.

—Nena, no tengo ni idea de lo que puede tener, pero si lleva al perro no sé dónde piensa meterlo.

Vaya suerte van a tener, pues no hace tanto frío como durante la semana. Al rato de bajar al portal, y esperando ver aparecer algo siniestro, lo que se para delante de nuestra puerta es un coche negro, con los cristales tintados, no le prestamos atención.

—Hola chicas, buenos días, puntual como un reloj suizo. —Mateo se ha acercado a nosotras, y la cara de mi hija no tiene precio.

—Mima, tío, ¡a quien le has robado el coche! Uno parecido lo tienen los del chalé de la esquina pero todos sabemos a lo que se dedican. Tú no estarás metido en nada ilegal. —le ha soltado ella con los brazos puestos en las caderas.

—Cállate canija, el perro se va a llevar una alegría al verte, vamos a meter tus cosas en el maletero, sin molestar a su señoría, que no quiere ir en su sitio y he tenido que dejarlo al lado de una ventanilla para que mire el paisaje.

—Hola bicho, que bien que has venido —el perro se ha bajado del coche y se ha subido por mi hija, como si la conociese de toda la vida. —a ver qué

voy a meter mis cosas por aquí, Joba, que grande es esto —dice asomándose al maletero.

—Paula que, no quieres acompañarnos, en vez de ir a la clase de bolillos. —ha soltado Mateo a mi lado.

—Gracias, yo no sé surfear, lo dejo para vosotros.

—Tranquila, prometo devolvértela entera, sino se perdería el incordio más grande de todo el Instituto y algunos profesores respirarían aliviados, pero, quizás no valga la pena.

—Vega vámonos, que tengo unas ganas que no os podéis imaginar.- protesta ella subiéndose en el auto.

Los dos se han metido dentro del coche y han desaparecido, vaya con el coche viejo de Mateo, un *Range Rover Discovery*, nada, un todo terreno, que yo no tengo ni idea de coches, pero ese fijo que ha costado lo suyo, y él ha aparecido con una gorra, ocultando su pelo, una sudadera color verde y un pantalón de chándal, y esas gafas de sol, que no dejan ver sus ojos. Chico deportivo al cien por cien.

Después de la sorpresa inicial, me he ido a tomar un café con las chicas que vamos juntas al curso, eso no se puede perdonar, vamos media hora antes de la clase y nos ponemos al día de lo que ha pasado durante toda la semana.

Hablando con Catuxa, una chica de mi edad, recibo una llamada de teléfono.

—Hola buenos días, ¿quién eres?

—Hola preciosa, soy Hugo, he reservado una mesa para esta noche, tu hija me ha dado permiso para invitarte a cenar, por lo tanto paso a recogerte a las diez, y no admito réplicas de ningún tipo.

—Es que —intento poner una disculpa.

—Nada, princesa, ponte guapa y relájate. Paso a recogerte.

Y sin más me ha cortado el teléfono, claro que le iba a dar largas, pero vaya manera de liarse.

Cuando se lo he contado a mi compañera ha alucinado porque todas las mujeres babeaban por él.

—Joder Paula, ese tío es como caviar, y el resto son chirilas.

—Jaja, tampoco será para tanto, que vayamos a cenar no quiere decir nada.

—Ya, eso porque lo dices tú. Es amigo de mi hermano, y por lo que les he oído a veces, comentando con otra gente, yo te digo que a lo que hoy llegues depende de ti. Si te quieres parar en el postre, o si quieres toda la confitería.

—No quiero algo más.

—No seas estrecha, un hombre así es lo que cualquier mujer desea en su cama. Que la haga estremecer cuando la folle, y te deje las marcas en las caderas cuando te amarre bien fuerte. Ojalá me lo propusiera a mí, no lo dejaba marchar en toda la semana, te lo juro por la Virgen del Carmen, patrona de los marineros. —suelta con un suspiro profundo.

—No metas a la pobre santa en esto.

—Piénsatelo, no pierdas la ocasión de tener una noche de pasión. Puedes darle envidia a mucha gente.

—Yo no voy presumiendo por ahí de mis conquistas, la verdad es que nunca las he tenido tampoco.

—Mañana te llamo, si es que te das levantado de cama, pero dame detalles, quiero vidilla.

—Vaya cotilla, no puedo pasar la noche fuera de casa, tengo una hija adolescente.

Otra pesada más que me ha dicho cosas que a mí no me gustan, o si, es que me ha dejado pensando, y qué pasa si surge y me acuesto con él. Es que no sé hasta qué punto soy capaz de llegar, con mi pobre experiencia, creo que a partir de hoy he tomado la decisión de que voy a dejar de ser una mojigata, y Hugo es la persona adecuada para hacerlo. Con él ya sé que no voy a ninguna parte, él no es un hombre de compromisos ni de relaciones, por lo tanto, un revolcón, que ya dice Sara que mi cuerpo lo necesita, y si se lo cuenta a su hermano Martiño, pues otro que se ponga a la cola.

Yo misma me he asustado con las cosas que me estoy planteando.

Mi hija no ha venido ni a comer, qué demonios harán tanto tiempo, pero a las seis de la tarde me dice que le baje su mochila con la ropa que me ha indicado y que vaya a buscar las cosas que ha llevado y la tabla de surf.

—Creí que os habíais perdido —le digo saliendo a su encuentro en la puerta de casa.

—Nos lo hemos pasado en grande, a que sí Mateo, al menos yo sí.

—Bueno, sigues siendo un incordio y una Marisabedilla, pero haces más caso en clases de surf que en las de matemáticas, eres una estupenda nadadora y surfista. —él se ha sacado las gafas de sol y se las ha puesto en la cabeza sujetándose su melenita.

—Gracias, tío, en clase ya te volveré a tratar como te toca, pero fuera somos colegas. —han chocado la mano y me dejan alucinada.

—Por supuesto. —Mateo le revolotea el pelo.

—Ya sé que vas a cenar con Hugo, el me lo ha pedido, por lo tanto, voy a ir

a dormir a casa de Alberto y a ver a mi hermano. Te dejo la noche libre y la casa —me guiña un ojo.

—Yo no he dicho nada. —protesto.

—Pues aprovecha. —Mateo me mira mientras ella recoge lo suyo.

—RAJADA —me ha dicho sin que ella se entere. Y yo poniéndole morritos, niego con la cabeza.

—Vale madre, voy con Mateo, él pasa por cerca y me lleva. Mándame una foto de lo guapa que te vas a poner, para ir con el chico guapo del pueblo, y compórtate, pero no demasiado bien.

—Icía, eres mi hija.

—Ya y por eso te lo digo, porque te conozco y sé cómo vas a hacer.

—Gracias por todo Mateo, nos vemos. —le doy la mano de forma cordial y a mi hija dos besos, no quiero escucharla más.

—No te preocupes, pásatelo bien.

Han desaparecido de nuevo, y yo me he quedado sola otra vez, estoy asustada por lo que pueda pasar y tan nerviosa como una adolescente en su primera cita o en su fiesta de graduación. Lo he pensado mucho y voy a ir preparada para lo que caiga.

## CAPÍTULO 7

He hecho la limpieza del año en mi cuerpo, he sacado todos los pelos que según Sara pueden estorbar y molestar. Me he dado un baño relajante de espuma, aplicado todas las cremas que habitan mi cuarto de baño, y el pelo no me apetece alisarlo, por lo tanto voy a lucir mi melena medio rubia con su ondulado natural.

Y lo peor, ahora ¿qué me pongo? De entrada voy a optar por un bonito conjunto de lencería que mi sobrina Sara me regaló hace unos meses, para que un día le diese alegría al cuerpo, porque los hombres se conquistan por la vista. Un sujetador y braguita color verde botella, con muchas transparencias. Eso no se ve, recuerdo que entre las cosas que ella me había traído había un bonito vestido de color burdeos, por la rodilla, es sencillo y muy bonito. Con la faldita plisada y la parte de arriba con un cuello de bebé, repleto de diminutas perlas. Creo que es muy elegante. Me calzo los únicos zapatos decentes que tengo, me los había comprado para ir a la tele. Tienen un tacón medio alto, cosa que siempre me ha gustado. Mirándome en el espejo, me gusto hasta yo. El maquillaje es muy suave, nunca me ha gustado echar demasiados potingues en mi piel, una simple crema con color, algo en los ojos y los labios con un poco de brillo. De mis orejas cuelgan unos pendientes de aro que mi madre me había regalado en una ocasión, tengo que decir que los había escogido mi hija por si algún día se los dejaba.

Tras meditarlo me saco una foto y se la envío a mi hija y a la pesada de mi sobrina, aunque sin especificarle con quien voy a salir, ella se creerá que voy a hacerlo yo sola.

Sus respuestas no se hacen esperar.

—Eres la madre más guapa del mundo, en nada podremos salir juntas, aunque eso solo de casa, después cada una a lo suyo. Un beso, te quiero, y por favor desmádrate un poco. No seas una madre recatada. —se me escapa una sonrisita.

Ella me manda una con su hermano en brazos, no es por nada, pero que niño más feo, pero mi ex marido por quien me ha dejado, por el Yeti. Pobre niño, en un futuro igual cambia, o yo soy muy mala.

—Paula tía, solo espero que mañana no des andado, no te hagas la

remolona y disfruta del tronista, para mí ya es tarde, pero hazlo tú.

Se me escapa una sonrisita, esta Sara, siempre pensando en lo mismo.

—Ah, tu sobrino dice que te lo pases muy bien, y que tengas Sentidiño.

Esta vez se me escapa una carcajada.

Al rato recibo otro mensaje de un número desconocido.

—Adelante y no te cortes, diviértete con tu banquero.

—Gracias.

Puedo hacerme una idea de quien lo ha mandado, nunca había hablado conmigo por whatsapp, pero nada más ver la foto del perro, me sobra saber de quién se trata. No sé si de verdad lo desea o lo hace por bacilar. No tengo ganas de hablarle, por lo tanto le corto.

A la hora acordada recibo un mensaje en mi móvil con un “Baja preciosa, te espero”, me gusta lo que me encuentro en la puerta de casa nada más salir. Un Hugo guapísimo está apoyado en la parte delantera de su BMW deportivo. Pantalón negro de vestir, camisa blanca y una cazadora de piel de color gris oscuro, todo un caballero con aspecto de galán, viene a recibirme, me coge de la mano, me besa el pulso y un dulce beso en el cuello y en la mejilla.

—Hola Paula, estás preciosa —me mira alejándome, pero sin soltarme de la mano.

—Hola Hugo, buenas noches, tú tampoco estás mal. —Respondo con otro beso en su mejilla, como huele y qué piel más suave recién afeitada.

Me abre la puerta para que me meta en el interior del coche, en mi vida ningún hombre había hecho nada semejante, abrirme la puerta del automóvil, que educación. Tengo que decir que su hermano Martiño es un chico de lo más cortés siempre, de los hombres más adúladores que conozco.

Con los nervios que llevo, casi no sé cómo ponerme, en el interior del mismo suena música de Melendi, me imagino que es la radio, huele a algo muy intenso y a la vez masculino, quizás una mezcla de su colonia y el ambientador.

Nada más arrancar el coche, es una gozada verlo conducir concentrado en lo que tiene delante de sus ojos. Mirándolo así de perfil, es el hombre perfecto.

—Me encanta tu hija, se ve una niña tan madura para su edad, que es una pasada, me ha dicho “Por favor, haz que mi madre se desmadre un poco, confío en ti.”

—Esta niña, será posible con ella.

—Tiene razón, no puedes encerrarte en casa, ni darle largas a todo el mundo como haces, que eres una chica muy joven y bonita para no disfrutar un

poco de lo que Dios te ha dado, te lo digo en serio.

—Vaya, procuraré hacerlo, a partir de hoy quizás me entre el gusanillo y quiera repetir, me refiero a lo de salir.

—Yo estaré encantado, haré que te lo pases genial.

Me coge la mano que llevo apoyada en mi rodilla y me la besa como un auténtico caballero. Se ha sacado la cazadora para conducir y cuanto me gusta así con esa camisa blanca, ni que me hubiese adivinado el pensamiento.

—A mí me apetecía comer algo de pescado o marisco, por lo tanto he hablado con un cliente nuestro que tiene una marisquería y he reservado allí. Icía me dijo que no eras alérgica, porque mi madre sí lo es, y aparte que preferías el pescado a la carne.

—No, no lo soy.

—Estupendo. Vamos a aparcar por aquí y ya que hace buena noche vamos a ir andando. ¿Van a dolerte los pies? Si no lo dejo más cerca.

—No te preocupes por eso. Creo que sobreviviré.

—Genial, vamos entonces.

Hugo se ha plantado a mi lado tan pronto he bajado del coche, al pasar rozándome ha inundado mis fosas nasales con su exquisito olor a hombre y a colonia cara, me ha recordado a uno de esos chicos de anuncio.

Yo he hundido mis manos en los bolsillos de mi abrigo, él en los bolsillos de su pantalón, es un problema no saber lo qué hacer con ellas. Caminamos calle arriba a pesar de que yo conozco bien el pueblo, no tengo ni idea de a dónde me lleva este hombre, nos detenemos delante de un local nuevo, al verlo desde fuera tiene un aspecto impresionante.

Me abre la puerta y me hace pasar, un camarero viene a recibirnos, él le da su nombre para saber de quién está.

—Señor Oubiña, puede pasar, esta es su reserva.

Una bonita mesa nos espera en una esquina, apartada y con una luz muy tenue. La cubre un bonito mantel de color blanco a juego con las dos sillas, un florero con tulipanes amarillos en medio de los dos cubiertos que nos tienen preparados.

—No voy a preguntarte si con ese apellido eres de la familia de ya sabes quién, pero tu hermano ya me ha dejado muy claro que ese apellido es muy común en Villagarcía, de hecho en la fábrica hay unos cuantos, asique no voy a vacilarte con eso.

—No, no somos de la familia de traficantes, a día de hoy estamos limpios, bueno, alguien lejano por parte de mi madre creo que en los ochenta se dedicó

al tráfico de tabaco. Ha sido muy esclarecedor ver la serie de Fariña. Pero nosotros estamos fuera de todo eso. Aquí imagino que se lo han ofrecido a todo Dios, pero mi padre siempre dijo que quería dormir tranquilo y que sobreviviríamos con el sueldo de un pescador y una costurera, y así ha sido.

—Sí, tu madre es genial. Le he encargado un vestido para Icía que va a tocar el violín con Mateo esta semana en un festival. Ella no quería, pero al final ha aceptado lo de ir como una señorita.

—Parece un hueso duro de roer el tío ese, digo como profesor.

—Puf, a mi hija la traía por el camino de la amargura, y eso que le gustan las matemáticas, pero ahora creo que se van entendiendo, a veces me parece sospechoso.

Comento empezado a mirar la carta que nos ha dejado el camarero, tras revisarlo al menos dos veces, ya me he dado cuenta de que, de barato no tiene nada, pero se ve un sitio bastante exclusivo, nada que esto no es lo que yo estoy acostumbrada a ir con mi hija de platos combinados, hamburguesas y pizza.

Hugo me ha pedido si lo deajo escoger, que quiere sorprenderme, ya me ha sorprendido con el sitio, que es acogedor y muy bonito. De sus paredes cuelgan unos bonitos cuadros con motivos marineros pintados por una chica de la localidad, que según me ha explicado mi acompañante, tiene aquí su exposición permanente, estando estos a la venta.

Decidido, de primero vamos a tomar almejas de Carril a la marinera y después arroz con bogavante y berberechos. Solo pensarlo se me hace la boca agua.

—Llevo tanto tiempo privándome de todo, que me comería cualquier cosa de todo lo que hay en la carta.

—Lo imagino, pero has visto qué guapa te has puesto.

—Ya, pero me sigue gustando comer, y yo prefiero esto que no todo cocidito y a la plancha.

Para empezar a abrir boca nos han traído unas tostas de paté de centollo, si no fuese por educación, me comería las de él también, la próxima vez no se puede venir con hambre.

—Y dime, ¿cómo llevas lo de tu ex? —me pregunta mirándome fijamente.

—Tú que crees, estoy superándolo, aunque a veces creo que en el fondo estoy aliviada.

—Fue un poco cerdo contigo.

—Mira Hugo, lo que no está para uno, que se lo lleve quien se lo merezca,

yo he llegado a la conclusión de que me ha hecho un favor. En principio lloré y me sentó muy mal, porque no me lo esperaba, pero a día de hoy ya no me importa, tengo una hija a la que sacar adelante y eso es por lo que tengo que luchar.

—Eres una gran madre, y lo has sido muy joven.

—Yo no he tenido juventud, no me arrepiento. Tener a mi hija es la mejor decisión que he tomado, pero lo de casarme con Alberto creo que fue un error, la vida está para aprender de ello, no.

—Por supuesto que sí, yo te admiro, en mi casa siempre has sido una heroína, lo que lleva mi madre rompiéndole la cabeza a mi hermano para que salga contigo.

—En serio, no sabía yo todas estas cosas. Tu hermano no es de enamorarse, y tú tampoco, me parece a mí que no. A penas te conozco, pero sé la fama que tienes.

Nos han traído las almejas y hemos comenzado a comer, esto está exquisito, es de mala educación mojar el pan en la salsa, pero está tan buena que no me puedo resistir.

—Me encanta ver esa cara de éxtasis que pones— comenta Hugo en un susurro.

—Está de rechupete, no me he podido resistir.

—Vaya, quien acaba de llegar —me giro hacia la puerta a ver de quien habla, pero ya vienen ellos a nuestra mesa.

—Chicos que alegría veros por aquí— ha dicho Olalla con una sonrisa y cara de alegría, más falsa que un billete de quince euros.

—Hola Mateo, hola, venís a probar el sitio nuevo también. —le comenta Hugo.

—Sí, un paciente me lo comentó en la consulta y a Mateo le ha gustado la idea de venir aquí.

—Os invitaría a sentaros con nosotros, pero hemos venido a estar solos, y vosotros imagino que también, ¿qué tal se ha portado mi amiga Icia? estaba de un entusiasmo por ir a hacer Surf, yo le dije que iría con ella en otra ocasión. —pregunta mi compañero.

—La niña genial, creo que se lo ha pasado muy bien, bueno vamos a cenar, pasároslo bien, quizás nos veamos después.

Ha respondido Mateo, pero creo que no somos de su agrado y del de ella tampoco, ¿y eso? Yo no tengo ganas de encontrarlos en ningún lado.

—Qué le pasa a tu amiguita, parece que no le ha gustado verme contigo. —

le susurro a mi acompañante.

—Jaja, es ella así, debería estar acostumbrada a verme con compañía de todo tipo, pues como me imagino que sabrás, porque a Sara le gusta mucho contar cosas ¿o no?

—Sí, ella ha comentado algo, pero tranquilo, que aunque en un momento me he sorprendido, que sepas que lo acepto, me refiero a lo que haces con tus amigos, amigas, perdón, no quiero que me malinterpretes —me tapo los ojos como si me diese vergüenza.

—Hey, vale, si no me aceptases no estarías aquí ahora conmigo —me saca los dedos de los ojos con sus manos, y es tan dulce. Vaya.

—Pues por eso, quiero que me cuentes cosas, sabes que yo soy una clásica, pero quiero dejar de serlo.

—No te imaginas lo que me alegra oír eso. —he mirado furtivamente a los otros, pero están alejados lo suficiente para no escuchar nada de nuestra conversación. —Para mí esa tía no significa nada. Sé que ella siempre está dispuesta a la hora de echar un polvo o dos, o una semana, le va de todo y me imagino que no quiere nada ni nadie que la ate. La hemos compartido Xurxo y bueno, para qué voy a ocultarte cosas, mi hermano, etc. ella es muy liberal, y ahora le habrá tocado al señor de los números que como no sea de mente abierta la lleva clara, porque ella no es monógama.

—Joder, pues vaya— He empezado a comer el arroz con bogavante y mi cara de éxtasis es alucinante, de nuevo. —Exquisito.

—Me encanta verte comer y cuanto disfrutas.

—Ya que puedo preguntar con confianza.

—Por supuesto, cielo.

—Joba tío, tú sí que tratas bien a una mujer. ¿Y cómo sabes lo que quieres en cada momento?— pregunto con miedo.

—Te refieres a mi bisexualidad —dice con una sonrisa.

—A eso mismo— comento casi con vergüenza.

—Jaja, no sé qué decirte, pero mi mente a día de hoy me aconseja, que llevo demasiados años haciendo el gilipollas, estoy hasta los huevos de dormir con una tía o con un tío distinto cada noche y que quizás sea el momento de cambiar.

—No te lo crees ni tú. —le suelto en medio de una carcajada, lo que hace que los de la mesa de Mateo se giren a mirarnos.

—Pues es verdad, cuando te vi, me dije, y si Paula es lo que estaba buscando, toda la vida delante de mí y sin que haya caído en ello.

—Cállate, tú eres demasiado guapo para mí —creo que he bebido dos copas de vino y hablo lo que no debo.

—No quiero que pienses eso y te infravalores, tú vales más que nadie, piénsatelo —me ha dicho mirándome fijamente, ha apartado un mechón de pelo y me lo ha colocado detrás de la oreja y yo me he mordido el labio inferior inconscientemente. —Me encanta cuando haces eso. Como me pones, joder.

—Mima —yo trago saliva como no creyéndome lo que me está pasando.

—Paula, tú te sales fuera de todos los estereotipos de la mujer ideal, y lo eres, tienes una hija, un cuerpo y una cara muy bonitos y eres una gran profesional en tu trabajo, mi hermano lo dice constantemente, y todo eso lo has conseguido tú sola, aunque no lo creas, puedes ser el sueño de cualquier hombre. —me está mirando fijamente a los ojos.

—Tú lo que quieres es llevarme a la cama —respondo acobardada.

—Eso no lo dudes —me dice con una sonrisa canalla, que derretiría todo el Polo Norte.

—Hoy me has subido la autoestima ochenta puntos.

—Es lo que quería. Te dejo escoger el postre.

Miro atentamente la carta que me ha ofrecido el camarero, y no sé por qué decantarme.

—Me gusta todo.

—Pedimos varias cosas y las compartimos, no va a ser lo único que compartamos esta noche —esto me lo ha susurrado.

Esto es Gloria Bendita, en mi vida me había sentido tan bien. Esto es un hombre y lo demás son historias, vaya con Hugo. Hemos pedido Filloas con miel, coulant de chocolate con helado de vainilla y tarta de la abuela.

—No tengas cargo de conciencia, el lunes vamos al gimnasio y lo quemamos todo. Si consigues caminar.

—Vaya —me he quedado sin palabras.

Eso hemos hecho, compartir estos pecados mortales, incluid la cuchara, me ha encantado. Por veces he comprobado que los de la otra mesa nos miran furtivamente, pues yo al menos estoy en el limbo. Para terminar nos tomamos un café, yo prefiero una infusión, renuncio a un chupito, pues sé el efecto que puede causar en mi cuerpo y en mi mente y no quiero, no estoy acostumbrada a beber y no quiero cagarla, con lo que promete la noche.

He decidido ir al baño antes de marcharnos, ya bastante he aguantado toda la noche, y vaya con lo que me he encontrado. Me acaba de bajar la regla,

vaya decepción, me había olvidado completamente de que tenía que venirme, vaya fastidio. Para una vez que iba a perder la cabeza, y ahora ¿qué? A mi regreso decidimos marcharnos. Hugo ha pagado la cuenta en mi ausencia, cuando pasamos al lado de nuestros amigos, nos despedimos.

—Bueno chicos, que tengáis una buena noche, nos vamos a tomar una copa, quizás nos encontremos por ahí. —les dice mi compañero de forma educada.

—Claro, si vais al sitio de siempre— ha respondido la lagarta y Mateo me ha mirado de forma descarada.

—No sé a dónde vamos, Paula decide, yo he buscado en dónde cenar, ahora le toca a ella. Adiós.

Algo han susurrado ellos, ni los he escuchado, solo quiero marcharme de aquí, siento que ella me observa más de la cuenta, como si me estuviera juzgando, porque me marchó con el bombón de la tarta, ella lo ha tenido en otras ocasiones y el suyo también está muy bueno.

—¿Qué te apetece? Vamos a bailar, nos tomamos una copa o pasamos y nos vamos. Lo que tú desees. —Me ha rodeado los hombros con sus enormes brazos y depositado un beso en mi pelo.

—Hugo, yo hace siglos que no salgo y estoy fuera de onda, en serio, vamos a dónde tú me lleves.

—Vale, el próximo día, tú tienes que escoger. Vamos a un pub, que hay cerca del puerto, podemos bailar y tomarnos algo. Llevamos el coche.

—Bien, mis pies quizás te lo agradezcan.

Una vez más, verlo conducir es todo un éxtasis, ver sus fuertes manos agarrar el volante, no me imagino lo que pueden hacer en otras partes del cuerpo, y pensar que me voy a quedar con las ganas. Aparca el mismo con elegancia.

—Tengo que decirte algo— comento casi con vergüenza una vez que lo ha parado.

—A ver cuéntame chica tímida, no voy a comerte por nada que digas. Cariño sé cómo eres —me ha apartado un mechón y dado una caricia tierna en la cara, a la vez que lo ha hecho.

—No vamos a poder hacer nada hoy, acaba de venirme la regla —le digo con fastidio mirando a mis manos.

—Eso es lo que menos me importa, aunque no voy a negar que llevo pensando toda la noche en fundirme entre tus piernas.

—Oh Dios— murmuro por lo bajito.

—Por mí no sería un impedimento, si tú te sientes bien. Podríamos follar en

la ducha, o no ser tan clásicos y probar otras cosas, el sexo anal está de puta madre. Pero no quiero asustarte en la primera cita. Vamos a pasárnoslo bien, y otro día te subiré al Séptimo Cielo. Ven.

A pesar de estar en el coche nuestros labios se han fundido en un beso que me sabe a miel o a lo mejor que pueda haber. Nuestras lenguas se han entrelazado, y creo que es el mejor beso que me han dado nunca.

—Nena, sabes exquisita, no tengo ganas de parar, pero voy a hacerlo antes de que sea demasiado tarde— una de sus manos se había subido por una de mis piernas y la retira de mala gana.

—Será lo más apropiado —respondo de mala gana.

—Vamos.

Ha bajado del coche y ha venido a recibirme por mi puerta. Me ha cogido de la mano y entrelazado nuestros dedos. Creo que hacía muchísimos años que no pasaba esto.

Se nota que no estoy acostumbrada a salir, pues de entrada hasta casi me molesta el sonido alto de la música, nos recibe una canción de Sia y David Guetta, que me gusta “Flames”. Nos dirigimos a la barra y no sé qué tomarme, no acostumbro a beber alcohol.

—¿Qué tomabas en tu época de juventud?

—Hugo, yo me he quedado desfasada, no me tomaba nada, si no tuve juventud, Coca Cola, por ejemplo. —Él me calla con un beso en los labios.

—He metido la pata ¿puedo pedir algo para ti? Si no te gusta o crees que te hace daño, yo me lo tomo. ¿De acuerdo princesa?

—Vale, sí.

Esto se lo he visto tomar a mi sobrino y a Sara, es Ginebra con limón, pues la tónica no me gusta. Al primer sorbo compruebo que está muy bueno, pues iré a tragos pequeños, a ver si consigo mantenerme en pie.

Bailamos una bachata de *Chayanne* y otra de *Carlos Vives*, Hugo sabe moverse, al igual que muchas otras cosas que fijo, sabe hacer muy bien. Yo he ido espaciando esa copa, que él ya se ha pedido la segunda. Nos encontramos con gente del gimnasio que se sorprenden de vernos juntos, incluso yo me sorprendo también.

Cuando creemos oportuno decidimos marcharnos, y nos encontramos con Mateo y Olalla, vaya coincidencia de nuevo, la música está tan elevada que nos impide escucharnos lo que nos decimos, por lo tanto ella susurra algo al oído de mi compañero y Mateo se acerca a mí sin cortarse, otro que huele divinamente.

—A ver hasta dónde eres capaz de llegar. —me mira fijamente a los ojos.

No he podido contestarle lo que tenía en mente porque Hugo me ha arrancado de su lado y estamos fuera del local, me suelta la mano y rodea mis hombros depositando un beso en mis labios, cosa que yo correspondo, y lo abrazo a él por la cintura que es lo que tengo al alcance.

Hace una noche estupenda, aunque un poco de frío, caminamos hasta el coche riéndonos de cosas que él va diciendo. La verdad, no me apetece separarme de él, pero mi falta de costumbre hace que tenga el sueño del siglo. Nos metemos en su interior y me lleva hasta mi casa. Para delante del portal y se baja a abrirme la puerta, sigue en su línea de caballero como ha hecho toda la noche.

—Me ha encantado tu compañía, te llamo durante la semana, de todas formas el lunes nos vemos en clase de ciclo, o en lo que salga. —me dice cogiéndome las manos delante de la entrada de mi casa.

—Lo mismo digo, el tiempo se me ha pasado volando. Una noche genial. Claro que nos vemos el lunes en la clase que toque.

—¿Quieres que te acompañe hasta tu puerta? —pregunta mientras abro el portal.

—Muchísimas gracias, hay que subir a pie, yo estoy acostumbrada, no es necesario. Hablamos.

De nuevo nuestras lenguas se funden en un beso dulce y tierno, nos miramos a los ojos al separarnos y de mala gana comienzo a subir las escaleras. Tan pronto entro en casa y tiro los zapatos a un lado en la salita, sobre la alfombra, es como si fuese en el limbo. Voy hasta la habitación y me pongo el pijama. Creo que desde que Hugo se ha marchado, en mi cara se ha instalado una sonrisa de tonta que hasta me causa gracia a mí misma. Al acostarme he dejado de lado las palabras de mi abuela diciéndome lo de “vas quedar pa vestir Santos”, y más con ese banquero al que ella adora. No he resistido la tentación de mandarle un mensaje.

—“Gracias por esta velada tan especial.” —le doy a enviar.

—“Gracias a ti por ser esa chica tan especial” —recibo como respuesta.

Y como la tonta del bote que soy, con la emoción por las nubes, me quedo dormida, abrazada al teléfono.

Mi hija ha aparecido el domingo después de comer, una vez más viene con una cara que no sé cómo descifrar, pero creo que no la invade el entusiasmo.

—A ver, ¿qué te pasa?

—Nada —responde un poco enfadada.

—No, tú no me engañas, soy tu madre y te conozco a la perfección.

—Joba, pasan de mí, y hasta me han echado la bronca por cogerlo en brazos, y estaba llorando, pobre niño —me habla mirando a la pared.

—¿Quién te ha echado la bronca?

—Jenni, él me ha defendido, pero ella ya empieza a caerme mal.

—Bueno, tú eres una exagerada —le digo abrazándola y sacándole importancia.

—No soy exagerada, no, voy a menudo a su casa y sé lo que hay. Creo que Alberto es tonto, sólo eso.

—Que va, venga, verás que eso es quizás porque tú estás allí, pero entre ellos seguro que tienen buen rollo.

—Lo único que me importa es Iker, yo lo quiero, pero ella no me da buena espina, es una repipi de primera, será modelo, pero un poco gilipollas creo que también.

—Nena, con lo que has estado con ellos no creo que la conozcas, ni la puedas juzgar —intento sacarle importancia.

—Vale, olvídate de ellos, ¿Qué tal tú con Hugo? —me pregunta golpeándome el hombro.

—Yo bien —respondo con una sonrisita.

—Cómo de bien, al menos tienes buen aspecto. Y ha conseguido que sonrías.

—Muy bien, es un encanto de chico, y yo no sé qué hago contándole estas cosas a una adolescente —mi cara creo que no engaña a nadie.

—Pues me gusta que me lo cuentes, o tendría que preguntárselo a él. —me dice con alegría.

—Y ¿qué tal con Mateo? que tampoco me has contado.

—Genial, como persona no es el mismo que como profesor, que es insoportable.

—Bueno, ya estás con tus cosas en su contra —la miro entornando lo ojos.

—Es verdad, el perro, sabe hacer surf cuando las olas son pequeñas, va con Mateo en la tabla, es una pasada. Ha llevado comida para los dos y nos hemos tomado unos bocadillos en la arena, otro día tendré que ser yo quién los lleve.

—Por supuesto.

—Y no te imaginas en dónde vive, yo no sé de dónde saca el dinero para tantas cosas, debe de ser rico, porque en su corta trayectoria como profesor, y con ese coche y tiene un ático cerca de la casa de tío Andrés, en el edificio de

al lado.

—Vaya con Mateo. Será alquilado, para tener al perro.

—No mamá, algo ha comentado de que paga una hipoteca.

Tampoco he querido ahondar más, no quiero recordar ciertos temas un poco espinosos. Lo que más me ha sorprendido es la Jenny, que es falsa lo sé, sino no se hubiese liado con un hombre casado como ha hecho con mi ex. Otra lagartona pal bote, esta me duele más porque mi hija pasa días con ella y si es una mala mujer no la quiero en mi familia. Icía tendrá que ver las cosas que hay, y si va para sufrir y pasarlo mal, pues tendrá que quedarse en casa, sé que está encariñada con ese niño y el pobre no tiene culpa de nada. No vamos a adelantarnos a los acontecimientos, quizás han tenido un mal día, está visto que un bebé da mucho trabajo y su madre que será joven, quizás no tenga la paciencia necesaria. Pero más joven que yo cuando la tuve a ella, no creo que lo sea.

Solo quedan unos días para Semana Santa, al menos mi hija podrá descansar de los exámenes que ha tenido y yo los festivos que me tocan. No vamos a ir a ningún sitio, con qué dinero, pero la desconexión del trabajo es necesaria y se agradece. Sara y Óscar se van a Francia, concretamente a París, aunque visitarán otras ciudades.

Como el lunes no he podido ir al gimnasio, no he visto a Hugo, he tenido que ayudar a Icia a hacer un trabajo sobre Economía, un tostón, pero la profesora lo ha puesto a última hora para subir nota. Él ha preguntado por mi ausencia, ya se lo he aclarado. No me gusta faltar, ha sido solo hoy.

También ha llegado el gran día, Icía va a tocar con Mateo el violín y vamos todos al festival, Hugo había insinuado que quería venir, pero yo me he encargado de darle largas, él se va de vacaciones al país de los tulipanes, a Ámsterdam, imagino que se va a hartar de ciertas cosas. Aunque me he acordado de él durante la semana, he estado entretenida en el trabajo, y no me he obsesionado. Los que sí vienen a ver tocar a mi hija son mis padres, la abuela, Andrés, Óscar y Sara. Esta tarde hemos ido a casa de la madre de mi compañero a buscar el vestido de Icía, casi ni la reconozco yo, después de verla siempre en vaqueros y mallas, ahora que la tengo delante, parece toda una dama. Me he armado de paciencia para hacerle unas trenzas pegadas a la cabeza y el resultado es alucinante.

—Yo tan guapa, y Mateo, ni idea de cómo va a ir vestido, aunque si sigue su línea vamos a desentonar un poco.

—En breve lo vas a ver, lárgate, ensayad lo último y relájate, todo va a

salir bien, recuerda que estoy en la primera fila. —le doy un beso de la suerte.

—Espero que no te importe, le he dicho a Alberto si quería venir, pero él sólo, no sé lo que hará.

—Bien, yo no tengo ganas de verlo, pero no creo que se acerque.

Así ha sido, me he sentado al lado de Andrés, y al otro lado mi madre. Hemos visto una obra de teatro, han bailado un grupo de chicos y chicas y en medio de todo les ha tocado a ellos. Vaya par, Mateo no ha desentonado como mi hija creía, ha aparecido con unos vaqueros gastados, de color azul, una camisa de cuadritos de ese color y blanco, la cual lleva arremangada dejando ver sus tatuajes, unas *Vans* negras en sus pies y el pelo suelto. Cuando coloca el violín miro sus anillos de diversas formas y escucho lo que dice mi abuela.

—¡Y eso es un maestro de matemáticas! —le ha susurrado a mi madre.

—Cállate Leonor, es un hombre muy válido, el aspecto a día de hoy no tiene ninguna importancia, la niña necesita un hombre con su carácter— mi madre lo ha defendido, yo la he mirado con los ojos muy abiertos.

—¡En serio has dicho eso! y protestabas cuando yo me hice los agujeros en las orejas para poner más pendientes —le pregunto.

—Cállate que van a empezar —me da un codazo.

Vaya pasada verlos tocar juntos, es una gozada, mueven el arco al unísono y no desafinan ni una sola nota de las cinco canciones que han tocado. Se miran fijamente a los ojos y una sonrisa inunda los labios de los dos. Susana, la profesora de música los mira embelesada, porque creo que está tan orgullosa como yo, del trabajo que están haciendo.

Cuando han tocado las bandas sonoras de las tres películas "*Indiana Jones*", "*Memorias de África*" y "*Misión Imposible*", en una pantalla colocada detrás de ellos se han proyectado fragmentos de las películas, una gran idea. Y de *Cold Play* y *Bon Jovi*, también, videos mudos de las canciones originales.

Al terminar, chocan las cinco y se dan un beso, cosa que me ha encantado ver. Mi cuñado Andrés me propina un codazo.

—Cállate, no digas nada —protesto sin sacar la vista del escenario y aplaudiendo porque se lo merecen.

Al rato aparecen los dos a nuestro lado, cada uno portando su instrumento, mi madre le ha hecho a Mateo un sitio a su lado y al mío, y mi hija se ha ido a junto Sara y Oscar que son su debilidad. También ha saludado Alberto que ni se ha acercado a nosotros, pero Icia ha ido a darle un beso y él ya se ha marchado.

—Lo habéis hecho genial —le digo a ella con un beso.

—¿A mí no vas a decirme nada? —me ha susurrado mientras vemos una exhibición de gimnasia artística en el escenario.

—He hablado en plural. Me imagino que mi madre ya te habrá regalado los oídos, y la abuela también, a pesar de que esa melena y los tatuajes, no le molan— yo sigo mirando al escenario y a él se le escapa una carcajada.

—No es mi intención gustarle a todo el mundo. ¿No has traído a tu novio? —me pregunta mirando al frente.

—Novio, ¿qué novio? —lo miro sorprendida girándome.

—Tu novio el banquero —sigue hablando como si nada.

—Ya, y tú a la doctora *Pupitas*. —seguimos hablando sin mirarnos, pero veo que se le escapa una sonrisita burlona.

—Cuando quieras te lo cuento. —me dice en un susurro.

—Creo que no me importa.

—Me lo imagino, pero quiero contártelo igualmente.

Claro, pero a mí no me interesa nada de todo eso y ni le contesto. Esto se termina, he visto que ha charlado muy animadamente con mi madre, imagino que hablan de la alumna de matemáticas. A la salida nos despedimos dándonos la mano, aunque la intención de mi sobrino es que vayamos a tomar algo, a mi hija parece que no le apetece mucho y nos marchamos a casa.

A la hora de cenar la veo entusiasmada, con lo bien que lo han hecho los dos, está contenta de que todos hayamos ido a verla y ya he dejado de manifiesto lo orgullosa que estoy de ella, y ella ha dicho que también lo está de mí, que si Hugo no me llama, que lo haga yo, creo que no le agrada la idea de que él se vaya de viaje, pero es que no tenemos nada y quizás no lo tengamos nunca.

Una vez más, las paredes de casa acaban de retumbar, gracias al portazo que mi hija acaba de dar, mal asunto. Yo estoy en la cocina terminando la salsa de tomate para comerla con espaguetis, hoy haré una excepción, no me apetece hacer otra cosa distinta para mí.

Ella se asoma con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —pregunto alarmada a la vez que limpio mis manos mojadas en mi bata de casa.

—Toma, las notas, ese cabrón y esa hija de puta —me tiende una hoja doblada, que le arrebato de las manos.

—!Pero, se puede saber en qué estás pensando, para traer dos suspensas; Matemáticas y lengua, ni más ni menos. Pero te has vuelto loca o que. A este

paso te veo repitiendo curso.

—¿Qué? No digas tonterías, esto ha sido un fallo, sólo han aprobado dos personas matemáticas, tú sabes cuánto me gustan.

—A saber lo que has hecho Icía, es que ya no sé qué pensar, nunca has suspendido nada, bueno aquel control de sociales el año pasado, pero las matemáticas, con lo que te gustan, no me fastidies.

—En serio, no sé qué mosca lo ha picado. —responde como si nada, sorbiendo los mocos de llorar.

—Ves, el problema de confiarte y no fijarte en lo que haces. Mateo no es la del año pasado que no se enteraba de nada, este hombre es capaz de saber lo que vas a pensar o comer dentro de una semana. Te he dicho un montón de veces que hay que repasar los exámenes, y estoy segura de que no lo has hecho.

—Sí que he repasado, y a veces es mejor no hacerlo. Vaya cabrón, y después tan amigos. —protesta alucinada.

—Te lo advertí. ¿Y lengua que ha pasado?

—Otra loca de la colina, me ha sacado nota por todo, lo que más, las faltas de ortografía y los acentos.

—Tu abuela está cansada de decírtelo, te sabes las normas, pero no aplicarlas, es como si no las supieses.

—Esa mujer es una bruja y joven, parece mentira.

—Ya sabes, dile adiós al teléfono primero, estás castigada hasta nueva orden, está bien de reírse de todos.— ha dado media vuelta llorando por el pasillo, dirección a su habitación.

Pero, qué demonios ha pasado, tampoco me voy a quedar con las ganas de saberlo.

Ella llora, pero yo me muero de vergüenza si alguien me pregunta, pero será posible con la niña que nunca haya dado un problema y ahora viene todo junto en el lote. Suspender, yo no estoy acostumbrada a estas cosas, si sigue así ya la estoy viendo repetir tercero de la ESO.

La mala uva se ha apoderado de mí ser, y por la tarde, aunque Sara ha intentado calmarme, no lo consigue, ha defendido a mi hija diciendo que posiblemente sea un escarmiento, pero me da igual, tengo decidido lo que voy a hacer, y aunque no se lo he dicho a nadie voy a obrar por mi cuenta.

## CAPÍTULO 8

He pasado una noche de perros, dándole vueltas a la cabeza con lo mal que lo estoy haciendo con mi hija, pero yo no lo sé hacer mejor, si se convierte en una quinqui será su problema, y el mío, aunque no quiera pensarlo. Es viernes, Sara y David se han marchado hoy de vacaciones, que envidia me dan, se van los dos solos sin otra preocupación, enamorados perdidos. Andrés ha decidido a última hora que no vamos a trabajar en toda la semana Santa y me parece estupendo. Aunque pensar que tendré que pasarlos en casa con mi hija, me pone enferma, casi prefería trabajar, el jefe me llama a su despacho.

—A ver que esto que voy a decirte es rápido. Ya que mi nuera y tú habéis hecho un estupendo trabajo con la selección de personal para la fábrica de Boiro, y otra, sabiendo tu situación personal que estás tú sola y todo eso, hemos decidido subirte el sueldo, así que tendrás en el banco la diferencia por el mes pasado y lárgate por favor, no te quedes aquí torturándote con tu vida. Disfruta un poco con tu hija.

—No sé qué decirte, en principio muchas gracias. Veré lo que hago.

Una gran noticia en medio de un día de mierda, aunque en el fondo tampoco es tan grave suspender, aún queda la tercera evaluación.

Tras pedirle a Andrés si podía salir un momento para hacer un recado, cosa que ha aceptado casi sin mirarme, me he dirigido al Instituto a saber verdades, por supuesto que mi hija no sabe qué voy a venir, pero si hablo con Mateo, ya me quedo satisfecha. He mirado en los horarios y no tengo cita, pero sé que tiene hora libre, por lo tanto estará por ahí. Me mandan esperar en la salita, y al rato aparece él con su aspecto desaliñado, vaqueros rotos, una camiseta de manga larga de color negro con un muñeco en la parte delantera y una cazadora vaquera, unas viejas zapatillas, el pelo delante de los ojos, y esa barba *hipster*.

—Hola señora Pazos, puede pasar.

—Gracias, muy cortés —le digo con brusquedad y ni lo miro.

—No tenía cita, pero cuénteme qué la trae por aquí —habla con educación, sentándose en su sitio y abriendo su portátil.

—Usted, qué cree, que puede traerme por aquí, ¿se puede saber qué ha

pasado con mi hija?— pregunto de malas formas.

—No sé qué ha pasado con su hija, cuéntemelo usted.

—Mira, te dejas de cortesías que no me importan. A qué viene ese suspenso en tu asignatura —lo miro fijamente levantándome de mi sitio.

—Si hace el favor de no levantar la voz, hay otros profesores y alumnos por los pasillos —me ha dicho muy dulcemente y me he quedado a cuadros.

—No me importa. —respondo en tono bajo.

—Pasa lo que hablamos en la otra ocasión. Su hija pasa olímpicamente de todo, y no se fija lo más mínimo, es la más inteligente de la clase, con diferencia, pero no se lo ha merecido.

—Pero tú no ves que se va a desmoralizar de todo. —repongo en todo lastimero.

—Mire señora Pazos, en la segunda evaluación—mira su ordenador.

—Como me vuelvas a llamar señora te abro la cabeza. —le respondo más enfadada.

—Tienes suerte de que no tenemos guardia de seguridad, Paula. —Ha recalcado mi nombre.

—Sabes defenderte muy bien, no necesitas a nadie. Siga don Mateo.

—Todos los alumnos que han sacado unas notas decentes en la primera evaluación, se acomodan, como tu hija y en la segunda bajan. Ella tenía el examen, ese tan raro que he puesto, que yo sé lo que hablan, lo tenía para un ocho, pero no me ha dado la gana de dárselo, hasta el último trimestre, a partir de hoy verás cómo trabaja sin tener un solo despiste.

—Eso no es verdad y puedo denunciarte al *Consello escolar*, que todos los padres están hartos de ti.

—Haz lo que te dé la gana, este suspenso ha sido de acuerdo con su abuela y profesora particular para que se ponga las pilas.

—Estupendo, no me ha dicho nada, esto hará que se desmoralice, sois todos iguales —me he puesto en pie y levantado los brazos.

—Estás equivocada.

—Pues me da igual, yo soy su madre y sé que no se lo merece.

—Genial, tú misma, tu hija ha conseguido lo que quería, que en vez de estar de parte de su profesor y lo apoyes, que estés a favor de ella, que te siga manipulando y haciendo lo que le dé la gana, te dice cuatro cosas bonitas y te tiene en el bote. —Mateo también se ha levantado y apoyado sus manos en la mesa.

—Se nota que no tienes hijos y no te duelen.

—No, y visto esto, ni ganas, tú lo estás haciendo de pena, conseguirás criar a una delincuente como no le pares los pies. Los adolescentes son complicados, pero a veces los padres tienen parte de la culpa, y vosotros, como sigáis así, vais de culo. Ah y cuando quieras, puedes denunciarme al *Consello Escolar*, a la *Consellería de Educación*, o dónde creas oportuno. Es lo que menos me preocupa, sin problema. Te dejo, que en nada cojo un avión a Cracovia y debo hacer la maleta. Ah y ya que estás aquí, deberías hablar con la profe de lengua, que creo que también la ha suspendido. De tu hija han hablado largo y tendido todos los profesores en la evaluación y tienen la misma opinión, pero no me corresponde a mí decirte esas cosas, cuando vengas a hablar con la tutora, ella te informará. —ha cerrado su ordenador con calma.

—Por supuesto que vendré a hablar con la tutora, a la vuelta de vacaciones. —respondo cogiendo mi bolso para salir.

—Qué tengáis una feliz Semana Santa.

—Igualmente, en tu viaje. —Ojalá te quedes allá, pienso..

Salgo a la sala de espera de nuevo, estoy tan nerviosa que no sé lo que hago, claro, debo comunicar al conserje que quiero hablar con la de lengua. Tras hacerlo, al rato aparece una chica jovencita, que debe de ser la profesora y me manda pasar al mismo sitio en dónde acabo de estar.

—Hola, soy Carmen, la profesora de lengua, voy a tutearte, porque tenemos más o menos la misma edad.

—Claro, sin problema. —respondo sentándome.

—Eres la madre de Icíá Pazos, tu hija, estoy segura que no te ha contado todo—me mira fijamente cruzando las manos encima de la mesa.

—Pues no sé exactamente qué tenía que contarme, sólo que le has sacado nota por los acentos, faltas de ortografía, y nada más.

—Bueno, pero de ahí a suspender, aun no es tan fácil. Hizo un examen bastante bueno, porque está visto que la niña es muy inteligente. Redacta muy acorde con su edad, tiene buena comprensión lectora, que eso es muy importante, y faltas de ortografía tampoco es que tenga muchas. Leyó el libro del Lazarillo de Tormes, hizo un trabajo de lo más correcto, bien redactado, no sé si alguien la ha ayudado.

—A veces la ayuda mi madre, que fue maestra.

—Estupendo, el problema viene con el otro libro de lectura. El Fantasma de Canterville, ella lo ha escogido voluntaria para subir nota. Pero qué ha pasado, que lo ha copiado íntegramente, sin ni siquiera cambiar una coma o un

punto, de la página de *El Rincón del Vago* en internet.

—¡Será posible! —susurro asombrada.

—Paula, todos hemos sido estudiantes, yo no hace mucho también lo era y he hecho de las mías, que pasa, que si no le doy un escarmiento, a la siguiente vuelve a hacérmelo y detrás de ella, toda la clase.

—Eso es verdad.

—Tranquila que no es la única que se ha llevado un suspenso, he cazado a otros tres más, yo lo siento, pero esta evaluación es de transición, la importante es la última, verás cómo se pone las pilas como es debido y en matemáticas que ha sido algo parecido, otro tanto. No le des más importancia.

—Puf, vaya con la niña, me saca de quicio.

—Tampoco es tan grave, ya ves que no es la única que lo ha hecho, que la he cazado, no ha perdido nada por intentarlo. Es tonta, si ese libro se lee en dos horas, pero es más fácil recurrir a San Google. Es complicado ser padres de un hijo adolescente.

—Mucho.

—En nada se hará toda una mujer y dará las gracias por todas estas cosas que se hacen por ellos, mientras, somos los malos de la película, las brujas, pero bueno, paciencia.

—No tengo ni idea de dónde se compra más paciencia, se me acaba. voy a matarla por mentirme.

—Bueno mujer, solo ha obviado alguna cosa, no te lo ha contado todo y ya está. Si son tontos, saben que tú vienes a hablar con la tutora y se lo voy a decir todo. Pero que pasa, mientras, van ganando tiempo, para que no la castigues sin salir, teléfono y todas esas cosas. Tampoco es que sea tan grave, todos hemos copiado, es un riesgo que se corre. Ánimo, que lo haces bien.

—No sé, a veces tengo tantas dudas, es muy complicado. Gracias por todo, he de volver al trabajo.

—Gracias a ti por venir, al menos eres de las que se preocupa por lo que hace su hija, ojalá todos fuesen así. Que tengáis una feliz semana.

Nada más sentarme dentro del coche al abandonar el instituto, sé que la he cagado a lo grande, he hecho el ridículo de mi vida enfrentándome a Mateo, que tiene toda la razón, pero por cabezonería no he querido dársela y me muero de vergüenza. Por suerte tardaré en verlo y cuando lo haga ya no se acordará de lo pésima e soy. Y a ella la voy a matar, la próxima evaluación, no se va a leer dos, va a leer cuatro y ya vamos a empezar esta semana de vacaciones.

Cuando Icíá ha vuelto del colegio hemos tenido lío gordo en casa, nos han escuchado gritar en todo el edificio y creo que en parte del pueblo. Se me sacan las ganas de todo con ella, de entrada está castigada sin nada, y me da lo mismo que la profe de lengua haya suavizado el tema, ahora que sé todo lo culpable que es, va a tener que hacer muchos méritos para que la perdone.

Otra cuestión, ha sido tener que aguantar la bronca de mi madre, que parece mentira que sea la abuela y esté en su contra, al revés de todos los abuelos, y que sea yo la que la defienda, o la defendía. Ahora ya soy consciente de lo que hay y solo le he recriminado que no me hubiese dicho lo del suspenso de matemáticas de acuerdo con el profesor, que según ella es un gran profesional. Ale, más flores pal chico, a mi madre está visto que la tiene encandilada, y a mi abuela, que lo único que no le gusta es ese pendiente que según ella tiene en la ceja y lo de los tatuajes, que al menos cuando va de manga larga no los ve. Después le parece que es todo un caballero muy amable y cree que buena persona, también ha llevado a la niña a lo de la tabla esa que hacen en el mar, nada que a la abuela Leonor también la tiene en el bote.

En vez de estar ilusionada con esta semana de descanso que tengo por delante, estoy tan enfadada y avergonzada de mí misma, que creo que lo de quedarme en casa torturándome, es una forma de castigarme, aparte de hacerlo con mi hija, pero verdaderamente, no me apetece salir ni ver gente. Esto me recuerda a cuando Icíá nació, que no me apetecía darle explicaciones sobre mi vida a nadie. Por suerte estábamos en una ciudad nueva y hasta que nos conocieron un poco, no empezaron las preguntas, aunque el boca a boca te ahorra muchas aclaraciones, pero de ahí a que todo lo que se cotillea sea cierto, hay un abismo. De hecho, si no fuese porque muchos conocían a mi hermana Ana, que ya llevaba años viviendo aquí, hubo quien se creyó que Icíá era mi hermana pequeña, ya veis, que de todo un poco.

Puestos a estar tirados en el sofá, sin nada mejor que hacer, aunque también he ido al gimnasio, que está medio vacío y he dado largos paseos por la playa, en soledad para poder pensar con claridad y seguir torturándome. He limpiado la casa, leído, he hecho una bonita puntilla de Camariñas para un mantel de no sé aún qué mesa, y hasta se me ha ocurrido mirar esa página de Instagram que mi hija tiene sobre el profe buenorro. La muy cabrona ha subido su foto con el perro, a pesar de la advertencia y le ha sacado toda una sesión del día que se fueron a surfear, las ha ido subiendo paulatinamente, y vaya éxito. La verdad es que el chico no tiene nada que envidiarle a Christian Grey, por ejemplo, con el físico que tiene, es guapo y está muy bueno, eso es evidente. La de piropos

que tienen sus fotos, así mojado saliendo del agua, en bañador o con ropa, y también tengo que reconocer que la niña es buena fotógrafa aunque yo no se lo diga. No quiero ni imaginarme la que se puede armar si Mateo descubre estas cosas, no salimos de Carabanchel.

A mediados de semana y ya cansada de todo, decidimos ir a la Playa de La Lanzada, yo no tengo ni idea de hacer surf, pero la llevo a ella, aunque no se lo merezca. La verdad es que como se siente culpable no hemos vuelto a discutir, y en varias ocasiones me ha ayudado a limpiar las ventanas de casa.

Ya que estamos al lado, vamos a entrar en la Capilla, tenemos todo el tiempo del mundo, hasta se me ha ocurrido ponerme a rezar, creo que nada está de más, todo lo que se haga. A pesar de que hay poca gente, veo que hay unas señoras con una escoba barriendo alrededor del altar, lo comento con mi hija y ella ha escuchado en algún sitio que eso es para eliminar el mal de ojo.

—¡Qué dices, te has vuelto loca!

—No mamá, pregúntale a esa chica, creo que se echan unas monedas en el suelo y hay que dar no sé cuantas vueltas alrededor del altar barriéndolas con esas escobas. Alguien de clase hizo un trabajo y habló de esto.

Pues efectivamente, se lo he preguntado a una chica que lo está haciendo y es para sacar el mal de ojo, allá vamos, no sé si por creencia o por chiste, pero nos hemos agenciado cada una con una escoba y hemos hecho lo que ella nos ha indicado, y gente que aparece más tarde también nos imita.

Ya que Andrés me ha subido el sueldo, incluso nos permitimos comer en un restaurante cercano a la playa y después la he dejado a su rollo que haga el surf que le dé la gana, yo me he dedicado a pasear por la orilla, no sé si ha sido lo que he caminado o qué, pero parece que me ha sentado bien y me he relajado un poco, lo que necesitaba. Vemos una bonita puesta de sol, las dos sentada mirando al mar, si hasta parece que nos llevamos bien y todo. Y nos llevaríamos bien, si no fuese por lo que me saca de quicio. Regresamos a casa, Icía me ha pedido dormir conmigo en mi cama, se lo he concedido y la verdad, he dormido como hacía tiempo que no me pasaba. Toda una gozada.

Hoy ha pedido ir a casa de Alberto, al parecer quieren ir a Santiago y que los acompañe, yo más que nada para que esté con el niño porque sé que lo adora y se lo he permitido, no voy a castigarla sin estar con quien ella aprecia.

Y que voy a hacer yo sola todo el día, pues el vago, como se suele decir, dormir hasta hartarme, tomar comida basura y ver todas las series que se me pasen por la cabeza, estamos a sábado y esto se ha pasado muy rápido. A la hora de echarme la siesta suena el teléfono, un número muy raro que no

identifico.

—¿Hola es usted la madre de Icía Pazos?

—Sí, soy yo, ¿qué ha pasado?

—La llamamos de la comisaría de policía de Santiago, su hija ha robado una sudadera en el *Primark* y el guardia de seguridad la ha cazado, a ella y a su amiga.

—¿Qué? pero si ella ha ido con su padre. Y qué amiga —respondo con asombro.

—Se lo explicaremos cuando usted venga a recogerla a nuestras dependencias, y traiga el DNI de la niña para hacer los trámites con la denuncia.

—De qué demonios me habla de que denuncia, es una niña.

—Una niña, pues ha robado una sudadera, venga a buscarla y se lo explicaremos.

Al colgar, creo que me va a dar algo, el corazón me bombea a doscientos, y ahora sí que la cosa es grave, y que puedo hacer, por supuesto ir a buscarla y matarla de camino a casa, otra cosa no se me ocurre, lo que sí se me pasa por la cabeza son las palabras de Mateo “estás criando una delincuente” y me echo a llorar como una tonta, ni idea de dónde está la comisaría en Santiago, de repente me acuerdo de que Adrián es policía en esa localidad, tendré que llamar a Alba para pedirle el teléfono, si es que me lo da. Por lo tanto muriéndome de vergüenza a quien primero llamo es a Andrés, que por suerte está allí, va a conseguir hablar con él y me llama de nuevo.

—A ver cariño soy Adrián, estoy en la comisaría, no he reconocido a la niña, pero visto lo que me ha dicho Andrés ya he hablado con ellas, están llorando ¿vas a venir sola?

—Ella fue con mi ex, ¿en dónde está?

—No lo hemos podido avisar porque ninguna de las dos sabe su número y le hemos requisado los teléfonos. Antes de que se saquen fotos aquí dentro y las suban a dónde no deben.

—Me parece muy bien.

—Por favor, te mando la ubicación, y vente despacio, yo estoy con ellas, ya las he calmado, todo lo que les han dicho es solo para acojonarlas y meterles miedo. —me comenta el policía.

—Por mí como si las matas, ¿quién es la otra niña?

—No es de aquí, no habla gallego, es valenciana, creo.

De dónde demonios ha sacado mi hija a una amiga valenciana, si es verdad

que me consume en vida. Ahora en la comisaría, tierra trágame y escúpeme en el Océano Índico.

Lo primero que hago es llamar a mi ex a ver qué ha pasado.

—Estoy harto de tu hija, hemos venido a comer al *Burger King* a Las Cancelas, ella y la hermana de Jenny se han ido de compras, hace una hora que tenían que haber aparecido y ninguna da señales de vida, ni aparecen ni contestan al teléfono. Te juro que las mato.

Tras relatarle en donde están, entre sollozos, quedamos de encontrarnos en la comisaría, porque alguien se tendrá que hacer cargo del otro elemento.

He hecho todo el trayecto llorando, me he cabreado por la autopista y por perderme en Santiago, pero al fin he conseguido aparcar el coche, vaya quien me espera delante de la comisaría Andrés y Adrián vienen a recibirme con un beso.

—Tranquilízate vale, es una chiquillada— el policía me consuela intentando calmarme.

—Que me tranquilice. Estás loco.

—He llamado a mi cuñado David, esto es solo para que ellas vean que un abogado impone más, les he dicho que sólo podrían hablar en su presencia, y él no ha tenido inconveniente.

—Yo no creo que pueda pagarte, como si se la llevan a la cárcel y se queda allí de por vida. —Contesto dirigiéndome a David que me ha saludado con dos besos.

—Paula por dios, no vas a tener que pagarme nada, tienes a mi mejor amigo de abogado en la familia, no me necesitas a mí.

—Gracias por todo.

—He traído conmigo a Mateo, espero que no te importe, estábamos en comida familiar en casa de mi madre y tan pronto lo he comentado se ha ofrecido. —me cuenta David señalándole.

—¡Tú no estabas en el Quinto Infierno! —le recrimino sorbiendo los mocos.

—Qué más quisieras tú, anda cálmate, cuando me vea tu hija se va a querer morir, es la segunda vez que te veo llorar en poco tiempo, y no me gusta —me ha susurrado esto último al oído, y le respondo como no entendiendo cuando me ha abrazado y me separo de él. —no recuerdas, por el coche y la ITV.

—Ah claro, ahora es distinto. —lo miro a los ojos.

— Tu hija, es un auténtico demonio, mira en dónde estamos por su culpa— Se ha acercado Alberto gritándome.

—Cálmese y no se adelante a los acontecimientos, antes de acusar a nadie quizás tendría que escuchar la versión de las dos niñas y después opinar. — Adrián le ha puesto la mano en el pecho apartándolo a un lado.

—Esa niña, estoy segura de que es una mala influencia para mi hermana, yo no quería que viniese con nosotros, pero Alberto no ha parado hasta conseguir convencerme. —la que grita como una loca en este momento es Jenni.

Esto sí que no lo tolero, que esta impresentable hable mal de mi hija, no lo voy a consentir.

—Si hacéis el favor, entráis a recoger lo vuestro y nos dejáis en paz a nosotros, no haberlas traído juntas y así asunto solucionado —protesto yo.

—Icía es una niña ejemplar y no voy a consentir que nadie hable mal de ella —se ha precipitado Mateo a decir eso, increíble.

—Y tú, ¿quién demonios eres?, su nuevo novio. Porque esa niña lo que necesita es un padre que la eduque.- protesta Alberto.

—Yo soy su profesor, y estoy muy orgulloso de ella, porque es muy inteligente, trabajadora, responsable y educada, y lo que necesite, lo decidirá su madre. —se ha enfrentado a mi ex, y le lleva dos cabezas.

—Vamos, acompañadme— la que aparece es Valeria, la chica policía, que lo ha escuchado todo, al menos también la conozco.

—Paula, tú y David veniros conmigo. —Adrián nos indica.

—Voy a darle una bofetada —le digo al policía.

—Ni se te ocurra, o a quien sancionarán será a ti, cálmate por Dios —me advierte, —en casa haz lo que te dé la gana, pero no delante de todos.

—Entiendo que estás enfadada, pero solo castígala —comenta mi abogado —Yo tengo tres y a saber lo que me depara el futuro.

—Disgustos no creo que te falten —le aclaro yo.

Entramos en una habitación, Jenny se marcha con Valeria y una joven mayor que Icía y nosotros nos encontramos a mi hija que está sentada en una pequeña butaca y tan pronto me ve aparecer comienza a llorar con desesperación. Pero por miedo a mi reacción, no ha venido ni a abrazarme, aunque por su mirada sé que lo está deseando.

—Hola, soy David, tu abogado —le tiende la mano.

—Hola, lo siento— es lo primero que sale de sus labios y le da la mano con recelo.

—Venga, vamos a aclararlo todo. Cuéntame qué ha pasado. Siéntate y habla con claridad, a Adrián y Rubén también los conoces, igual que a mí y vamos a tomarte declaración, como en las películas. —él le habla con una sonrisa.

Nos sentamos todos como nos ha indicado el policía, veo que le tiemblan las manos, pero ella se lo ha buscado.

—Jenni quería venir a pasar el día en el Centro Comercial para no aguantar al niño en casa y así comprarse ropa nueva. Fuimos a comer al *Burger King* y su hermana Yaiza, que vive en Valencia, quería mirar otras cosas y no tener que estar con ellos todo el tiempo, así que nos fuimos. Entramos en todas las que nos gustan a nosotras, *Bershka*, *Stradivarius*, bueno que nos las pateamos todas, ella ya había comprado algunas cosas, dijo que le había cogido cincuenta euros a su madre sin que se enterase, eso no me gusto— la niña mira al suelo, me mira a mí y me parte el alma.

—Vale, sigue.

—Entonces dijo que quería ir al Primark, yo tenía veinte euros que me había dado Alberto y aún no había gastado nada, por eso cogí una sudadera que costaba dieciocho euros, pero cuando llegó el momento de pagarla, en la cola de la caja, ella dijo que ella no pensaba pagar las dos camisetas que llevaba, que se lo había gastado todo, que ella y sus amigas lo hacían en Valencia a menudo, que era fácil escaquearse sin pagar. Yo le dije que no estaba de acuerdo, que quería pagar lo que me iba a comprar, y ella volvió con que era una rajada por no atreverme a marchar sin pagarlo. Así que aunque no estaba a favor, me puse la sudadera en el brazo y le eché la cazadora por encima para que no se viese y el guardia de seguridad nos cogió a la salida. Yo juro que no quería robar nada, nunca se me había pasado por la cabeza.

—Luego nos llamaron a nosotros y dos compañeros fueron a buscarlas en el coche patrulla. Esto pasa a menudo, no es un caso aislado— comenta Adrián mirándonos a ella y a mi alternativamente.

—Yo no lo quería hacer, casi me muero de vergüenza.

—Ya, pero lo que has hecho está muy mal, tendrás que ir a un juicio a Pontevedra, llevar un abogado, un informe del instituto hecho por la orientadora en donde conste como es tu comportamiento a diario, por si fueses un proyecto de futura delincuente y quizás te queden antecedentes penales. — le ha aclarado David.

—Y ¿eso qué es? —pregunta echándose a llorar de nuevo.

—Eso es el historial delictivo de cada persona, si no vuelves a hacerlo, quizás con el tiempo te los saquen. —le aclara el policía.

—Claro que no voy a volver a hacer nada parecido.

—De eso se trata, de que ni se te pase por la cabeza hacer algo similar, ya ves en la que te has metido por una sudadera de dieciocho euros. —vuelve a la

carga Adrián.

—Yo después quería pagarla, pero el de seguridad no me dejó.

—El hombre ha actuado según le exigen a él— comenta el abogado.

—Pues vaya mierda.

—Tenéis que firmar tú y tu madre estos papeles que os da Rubén y después ya podéis marcharos.

Firmamos en dónde nos indica, yo no he abierto la boca en ningún momento, y creo que eso es lo que más le duele a mi hija, pero que voy a decir, con el cabreo que tengo. Nos levantamos para marcharnos, David y ella salen delante y yo me quedo hablando con los dos policías.

—Paula, tampoco ha sido para tanto, ves que es una chiquillada, se ha dejado llevar por la otra, que vaya elemento, tiene antecedentes por robar en El Corte Inglés, un perfume de noventa euros y unos pantalones de Adidas en otra tienda de su localidad, por lo tanto no te fíes de su hermana tampoco, que a tu ex marido ya le vale con quien se ha liado. —me explica Adrián.

—Por qué dices eso. —le pregunto.

—Ya lo sabrás, no podemos hablar más de la cuenta, ya lo hemos hecho con la canija de su hermana pequeña, pero ella puedo decirte que no es trigo limpio.

—Eso no me preocupa, solo que mi hija va a menudo para su casa, pero después de ver el trato que nos ha dado hoy, no creo que vuelva a hacerlo, lo siento por su hermano pequeño, que ella lo quiere mucho pero a no podrá verlo. El trato de Alberto también ha sido denigrante, no solo el de ella. —le aclaro de nuevo al policía.

—Mi hermana Alba me comentó que habías adelgazado y estabas muy guapa, no se ha equivocado en nada. Espero verte en Santiago, pero no en la comisaría.

—Gracias por todo, has sido de gran ayuda.

—No te preocupes, es mi trabajo, creo que las hemos asustado en condiciones, espero que tu hija no me coja manía. Ni se te ocurra darle una bofetada, ella es una buena niña. No seas muy estricta con ella.

—Eso lo dices tú. Es desesperante, ha traído dos suspensos, y ahora esto, me vuelve loca. —le comento saliendo de la comisaría.

—Tranquila Paula, mi sobrina tiene su edad y ha traído cinco suspensos, eso no es nada —me comenta Rubén, pasándome el brazo por el hombro.

—Eso es un consuelo —le devuelvo una sonrisa.

—Es una adolescente. Iros despacio, sino quedaros en casa de Andrés y os

marcháis maña. —nos dice Adrián.

—No es necesario. Una vez más, gracias por todo.

Valeria también ha salido con nosotros, y me anima sacándole importancia. Afuera está Andrés con Icíá y David, al que le doy las gracias también por todo lo que ha hecho por nosotras hoy, al menos no veo a Mateo y ya es un alivio, que tampoco me apetece verlo para seguir martirizándome, o no, porque me ha reconfortado antes de entrar. Mi cuñado insiste en que nos quedemos en casa de Laura y él aquí en Santiago pero a mí me apetece marcharme a la mía. Nos despedimos de todos, hacemos el trayecto al coche en silencio. Y tampoco nos dirigimos la palabra durante el viaje de regreso a Villagarcía. Casi lo agradezco, o quizás terminemos gritando y no tengo ganas, ella sabe de sobra lo que se pasa por mi cabeza, ya nos conocemos.

No sé hasta cuándo podremos seguir así, no nos hemos hablado ayer, ni hoy en casa tampoco. Si antes era un infierno, esto ya no tiene nombre. Icíá se ha encerrado en su habitación y ya no sé qué es peor, porque quería salir a caminar pero no puedo hacerlo sin decirle a dónde voy, tampoco quiero ser yo la que dé el primer paso y ceder. A ver cuál es más cría de las dos, he dejado una nota amarilla pegada a la pared y que se dé por enterada, como teléfono no tiene, si me quiere algo no sé cómo hará. Si al final lo de castigarla sin móvil, la más perjudicada soy yo, porque si quiero localizarla no tengo forma de hacerlo, para qué habrán inventado tantas cosas modernas.

—Está bien que no me hables, pero ya me he disculpado ayer en la comisaría, cuántas veces tengo que hacerlo— es lo que escucho al cerrar la puerta de casa.

—A mí no me has dicho nada —me saco la ropa mojada, pues está lloviendo a cántaros.

—Vale, te lo digo ahora, ya has escuchado lo que ha pasado, sé que he hecho algo muy malo, que no vas a perdonármelo en la vida, me he dejado llevar por quién no debía, pero estoy arrepentida.— ha empezado a sollozar y me parte el corazón.

—Claro que has hecho algo muy grave, ¡sabes el susto que me has dado!, no puedes ser tan inconsciente, ni dejarte llevar por lo que te digan los demás. Creí que tenías tu personalidad y no te dejarías influenciar por nadie —me he plantado con los brazos en jarras delante de ella que está en el sofá.

—Esa niña, chica es un bicho, como su hermana. Alberto no sabe en dónde se ha metido. Pobre Iker, que familia va a tener.

—Puedo hacerme una idea, con lo que ha soltado estando vosotras dentro,

vaya perlita.

—¿Qué ha dicho?—me pregunta arrodillándose en el sofá.

—Mejor no quieras saberlo. Creo que vas a tardar en volver a su casa, que él también se ha lucido —le digo con algo de pena.

—Ya, eso no me lo esperaba. Yaiza, no te imaginas la de cosas que ha hecho y tiene diecisiete años.

—No sé si quiero saberlo —respondo yendo a la nevera a por un vaso de agua.

—Pues yo quiero contártelas porque me han asustado más que lo que ha pasado con la policía. —me dice con cara de pánico casi.

—A ver, vamos a sentarnos —me pongo a su lado.

—A su edad, no tiene ni la ESO, imagínate, ha tenido a saber cuántos novios, se ha quedado embarazada y ha abortado, y me lo ha contado como si nada, siendo una cosa tan personal. Yo no quiero volver a su casa estando esa persona allí. —Ya no puedo resistir la tentación de abrazarla.

—Ni yo quiero que lo hagas.

—Es que mamá, ni en el peor episodio de Callejeros, yo lo siento, me he asustado un montón, más aún por estar con ella. Ah, y por la noche, se ha fumado un porro y me ha ofrecido, por supuesto que he dicho que no, una loca. Ya sé que estoy castigada. —dice sorbiendo los mocos.

—Eso ni lo dudes.

—Y por favor, no se lo cuentes a nadie. No quiero que piensen de mi lo que no es, ni a mis amigos.

—Tranquila, yo tampoco quiero que la gente saque conclusiones equivocadas. —la miro fijamente, vaya pena me da verla llorar así.

Sabemos de sobra que lo que ha hecho es algo muy malo, pero no he sido capaz de darle la espalda. No sé si soy muy mala madre, posiblemente, pero debo hacer lo que me manda el corazón, y es reconfortarla porque sé que para ella no es una situación agradable, y si lo estoy haciendo mal, pues como diría Sara, a joderse.

## CAPÍTULO 9

No sé si tengo ganas o no de volver a la rutina. Necesito borrar esta semana de mi mente como sea, volver a contactar con gente de a pie, no solo con una adolescente que me vuelve loca.

Oscar y Sara me han traído un bonito pañuelo de París, que podré combinar con cualquier cosa. Esta mierda también ha traído algo bueno y es que con todo lo que ha pasado, he adelgazado casi dos kilos, y eso que no me he cuidado, pero tampoco he comido. Me cuenta lo bien que se lo han pasado y todas las maravillas que han visto, poniéndome los dientes largos. Andrés le ha comentado nuestro percance, pero ellos son de casa y sé que no van a airear nuestra vida por ahí, yo le he contado a ella lo que Icia me dijo en casa ayer y se ha quedado alucinada con la chiquilla.

—Paula, has hecho bien en reconfortarla, se ha tenido que ver muy acorralada para lo que hizo. Yo conozco a tu hija y ese no es su estilo. Una advertencia ante la vida, mejor con esta tontería, que no en un futuro con algo más grave.

—Y tú qué, el conquistador de mi sobrino, no te ha pedido matrimonio delante de la Torre Eiffel.

—No, pero me ha regalado un bonito anillo que ha comprado en Tiffanys, casi nada para el señor abogado, ves —me muestra un bonito anillo de oro blanco.

—Yo sabía que mi chico era todo un galante. Es precioso, ¡Yo tendré alguna vez, quién me regale algo así! —le miro la mano ahogando un gran suspiro.

—Ay Paula, por Dios, ¿Qué ha pasado con Hugo y Mateo?

—Hugo se ha ido a Ámsterdam, imagino que habrá hecho de todo, sabiendo como es el elemento y el sitio que iba a visitar, podemos hacernos una idea, y Mateo, he discutido con él, el día que fui a recriminarle lo del suspenso de mi hija. —Comento mirando al techo.

—¡Qué has hecho que!

—Nada, ahora ya está, he hecho el gilipollas, pero como tardaré en verlo, me haré la tonta como que no ha pasado nada.

—Recuerda que viene al gimnasio a veces y coincidimos.

—Puf, cállate, no hablaré del tema, o mejor, no le hablaré a él.

La verdad es que la vuelta al gimnasio tras esta semana, ha sido un poco agotadora, sobre todo hacer el circuito, creo que terminaré con agujetas hasta en las uñas de los pies, cuando yo llegué, Hugo ya se marchaba y casi lo agradezco, nos hemos cruzado por el pasillo y he hecho que no lo veía, pero me ha cogido por la cintura y preguntado cuando reanudamos lo nuestro, le he respondido que hablamos durante la semana y le he dado largas. No estoy al cien por cien y no tengo ganas de complicarme.

—Hola mamá guapa —me recibe mi hija con un beso, nada más entrar.

—Me gusta este recibimiento, sabes. —respondo yendo hacia la cocina.

—Te he preparado la cena, sé que vienes cansada y te mereces lo mejor.

—Madre del amor hermoso, cómo está el patio. —respondo con asombro.

—Pavo a la plancha y crema de calabacín, nutritivo y muy sano, eso para las dos. Ahora que vas por el buen camino.

—Muchísimas gracias cariño, la verdad, si tengo que ponerme a cocinar, reniego.

—Lo sé, por eso te cuido, además sabes que me encanta cocinar y lo hago encantada. Yo cocino y tú friegas —me dice echándome el pavo en mi plato, con una ensalada de tomates.

—Trato aceptado.

—Ah, ya he hecho el trabajo del libro que me leí en Semana Santa.

—Si al final, tampoco era tanto trabajo.

Se encoge de hombros y nos lo hemos comido todo, me he duchado con calma e ido a la cama a leer un rato. Podría acostumbrarme a esta vida, así sin más. Si tuviese un marido cumplidor, quizás haría la cena y esas cosas, no como cuando estaba con mi ex, que yo hacía la cena, lavaba los platos y todo lo que viniese a mayores.

Hoy me ha tocado ir con Breixo el biólogo a recoger las muestras en las bateas, para mandar al laboratorio. Hace algo de frío, pero siempre nos abrigamos como es debido. Él sigue en su línea de bromista, hemos surcado la Ría de Arosa, llegado a nuestras bateas y hecho el trabajo oportuno cogiendo muestras de mejillones, que es a lo que vamos. Cumplimos nuestra misión y regresamos. Creo que me ha sentado bien el aire del mar.

Esta vez la puerta de casa se ha cerrado dulcemente y mi hija se ha plantado a mi lado en la cocina con los brazos cruzados.

—Tenemos un problema —me mira de forma seria.

—Bueno, ¿y eso?— pregunto sacando las lentejas del fuego.

—La de plástica tiene neumonía.

—¿Y qué?, que se mejore, pero no creo que se libre del hospital, o al menos la recuperación será larga, me acuerdo de cuando la tuvo mi madre.

—Pues, que ella venía a Asturias, y no hay quién la sustituya. Porque también se van a Madrid los de la ESO y no podemos dejar sin profesores el instituto.

—Entonces, ¿os quedáis sin excursión, o que pasa?— pregunto poniendo los platos en la mesa, ella ni se ha movido.

—No, hemos buscado una alternativa— suelta con una sonrisa.

—Que ingeniosos, sabía que os las arreglaríais. ¿Y qué?

—Pues que venga un padre, lo han decidido los profesores y en la reunión que ha habido hoy, todos estuvimos de acuerdo.

—Que bien, me parece estupendo que los padres se involucren. Y quién es el afortunado. —la miro con una sonrisa.

—Tú. —su sonrisa es más grande que la mía.

—¡Qué!, te has vuelto loca, primero, no tengo dinero para ir de excursión, segundo, trabajo y no tengo vacaciones, y tercero no, es una responsabilidad muy grande hacerse cargo de todos vosotros. —contesto alarmada.

—No, madre. Primero no pagas nada, está pagado, no se quien lo ha hecho, pero tú vas gratis. Segundo, tienes vacaciones, porque hemos hablado con Andrés y nos ha dicho que sin problema que te puedes coger los días que te hagan falta y tercero, la responsabilidad es del colegio, tú vas porque necesitamos un adulto que nos acompañe, pero no te van a responsabilizar de nada, no tienes excusa.

—Vosotros, ¿quiénes habéis hablado con mi jefe?

—Los profesores, Mateo y yo.

—No me lo puedo creer, ¿no estabais enfadados?

—Qué va, eso es de niños pequeños, para esto nos hemos arreglado porque los dos queremos ir.

—No puedo acompañaros, como voy a ir con lo que hay en la oficina, Andrés no tiene ni idea. —empiezo a comer llevándome una cucharada a la boca.

—Andrés es el jefe y él ha dado el visto bueno, Mateo ha hablado con mi primo y este con su padre, tienes los días que sean necesarios, él mismo se lo ha dicho.

—Virgen santa, vaya panda de manipuladores. No tengo ropa, ni estoy en forma para hacer senderismo.

—Eso no es verdad, la ropa toda que utilizas para el gym te vale y en las cosas que te dio Sara, de sus amigas, hay un montón de cosas deportivas que ya te puedes poner, y Mateo ha dicho que te sobra estar en forma, cuando le pregunté si tú podrías ser una candidata a ir. Ve lo que haces en el gimnasio.

—Oh no —me tapo la cara con las manos.

—Qué pasa, es un hombre, y un hombre guapo. Insoportable y arrogante. Pero nunca se sabe. No te pongas así, tú pegas con todo, no querías que viniese la madre de Roi, que también él la ha ofrecido. Pero esa tía solo sabe andar en tacones y ropa cara.

—Vale, lo he entendido, me lo pensaré y hablaré con mi jefe.

—Bien, bien —se ha levantado de su silla y dado un salto de alegría.

—No cantes victoria antes de tiempo, que no he aceptado.

—Te quiero —ha venido, me ha abrazado y dado un beso.

Tan pronto entro en la fábrica por la tarde, recibo un abrazo de mi sobrino Oscar diciéndome que me lo voy a pasar de miedo en Los Picos de Europa rodeada de adolescentes y osos.

—Te quieres callar, no. Lo que me faltaba después del follón de la semana pasada.

—Andrés ha preguntado quién iba, y con una sonrisa en la boca, le ha respondido que sin problema. —comenta este con alegría.

—Pues no es por nada, pero no me apetece aguantar niños. —le digo sentándome en mi sitio.

—Ni profesores, imagino— comenta con una sonrisita.

—Como lo has adivinado.

—Tía Paula, yo no he dado el visto bueno, ha sido mi padre. Aunque yo también lo daría.

—Sois todos unos cabrones manipuladores que os habéis dejado convencer por una niña de trece años.

—Casi catorce, no lo olvides, que ella lo recuerda constantemente.

Si me descuido, creo que me ha llevado menos tiempo a mí preparar la mochila, que a mi hija, todo me parece importante para llevar, por si las moscas. Aún hace frío, por lo tanto, polares y sudaderas, camisetas, leggings y vaqueros. Sara me ha dejado unos zapatos de montaña y yo llevo mis deportivos de caminar, que son muy cómodos. El generoso de mi cuñado me ha hecho un adelanto de la nómina, para que no nos privemos de comprar nada. Yo sé que los abuelos también le han dado dinero a la niña. No sé qué se creen que vamos a gastar en una cabaña en medio de la montaña, que es a

dónde vamos, a los Picos de Europa a hacer La Ruta del Cares y otras cuantas más, durante cinco días. Asturias es preciosa, y al menos creo que va a hacer buen tiempo que ya es una alegría. No tengo porque decir lo contrario, estoy contenta de hacer este viaje, a quién le amarga un dulce, iré con mi hija, que me imagino que ni me conocerá delante de sus amigos, y con cuatro profesores, el único “problema” que yo he visto en este viaje es Mateo, que quizás busque un momento para su interrogatorio, aunque como estamos un poco enfadados, prefiero no pensar en ello.

Casi no hemos ni dormido esta noche, de la emoción, y por supuesto que mi hija me ha leído la cartilla antes de salir de casa.

—No es por nada, pero casi mejor, no te sientes conmigo en el autobús — me dice mirando al suelo.

—Bueno, no tenía intención, Al menos se podrá saber que soy tu madre.

—Que tampoco es eso, todos saben que eres mi madre, pero me gustaría sentarme con Artai.

—Tranquila, sin problema, haré que no os veo. ¿Ese no es el guaperas, hijo del concejal?

—Sí mamá, ese mismo.

—Pues es una pena que no vaya su padre a la excursión, que tampoco está nada mal.

—Qué alegría descubrir que tienes ojos en la cara, y ves bien.

Sara y Óscar han venido a buscarnos para llevarnos al instituto a nosotras y a nuestras mochilas, cuando llegamos, un autobús nos está esperando y un montón de adolescentes ya están a la cola para poder subir al mismo. También hay los padres de estos, que los han llevado.

—Gracias Paula, que alegría que puedan ir gracias a que tú los acompañas —me dice un señor al que conozco de vista.

—Es una responsabilidad, pero voy encantada, gracias por elegirme a mí.

—Muchas gracias, mamá de Icía. —se acerca una madre dándome otro beso.

—Espero que se porten bien, a ver que hacemos por la montaña, al menos que no se hagan daño ni se pierdan.

—No son niños pequeños y van en buenas manos— ha dicho a mi lado un chico que desconozco— Soy Iván, el profesor de educación física, entiendo que eres la madre de Icía que vas con nosotros.

—Sí, esa misma, encantada, Paula. Mi hija me ha comentado quienes van pero no os conozco, solo al de mates.

—La chica del pelo azul es la de biología, Irene y el de rizos con canas es el de tecnología, Tito. —me indica el tal Iván.

—Ya, mi hija habla de todos, pero por suerte no he tenido que visitar a ninguno de ellos.

—Viéndoos ahí a todos, hasta me dais ganas de ir a mí. —murmura Sara a mi lado.

—Pues tú también has conspirado para que me dejasen ir, por lo tanto te toca cubrirme en la fábrica, esto no pienso descontarlo de mis vacaciones. —protesto mirando a los niños que empiezan a subir al autobús.

—Tú eres la enchufada de la empresa, el jefe te adora. —rosma mirando como suben.

—Quien fue a hablar, tú eres la enchufada del abuelo, el padre y el hijo, te adoran los tres. —respondo con una sonrisa.

—¿Llevas algo de lencería bonita?

—Claro, para enseñársela a un oso cuando salga a hacer pis fuera de la cabaña. Sara que vamos a la montaña rodeados de niños, no a un hotel de cinco estrellas, y a quien tendría que enseñársela.

—Joder tía, al buenorro del Instagram, los otros, uno es viejo, el otro está casado y no creo que te guste doña Pitufó. Pero Mateo, como pone. —murmura mordiéndose el labio.

—Pone, sí, a mí de mala uva, precisamente.

—Ojalá se meta contigo en cama a calentarte los pies y lo que haga falta. —suelta como si nada. —Mateo ven porfa.

—Qué pasa, pesadilla, —le dice abrazándola ante la atenta mirada de mi sobrino.

—Vas a cargo de mi tía y mi prima, espero que no les pase nada. —le advierte levantado el dedo.

—Ay Sara, estas dos se cuidan de maravilla ellas solas, ya me las conozco.

—Estás avisado— y quién se lo ha dicho es mi sobrino y han chocado las cinco.

—Subamos, que somos casi los últimos, vamos a pasar lista que no nos falten niños ni profes. Cuidaremos de toda la manada.

Hemos depositado las mochilas en el fondo del autobús, y lógicamente los más de treinta niños que llevamos, se han acomodado todos en la parte de atrás de este, y visto que mi hija me quiere lejos, nada mejor que sentarme yo sola delante de todo. La Pitufó de biología, le tenía el sitio guardado a Mateo y yo iré en primera plana para disfrutar del paisaje.

En su momento teníamos una cámara de vídeo y otra de fotos, en condiciones, pero ahora con los nuevos teléfonos que hacen de todo, con tal de tener batería ya es suficiente para hacer películas y bonitas fotos. Por cierto, que he tenido que devolverle el de mi hija para poder traerlo. Me lo ha pedido casi de rodillas. Madre blanda.

Los niños han comenzado a cantar, como hace años, solo que de esas canciones pocas se saben, Icía iba sentada con una compañera, pero creo que han hecho revuelo y se ha cambiado para ir con quien ella quería, como no puedo mirar al descarado, iré disimulando para enterarme.

Está visto que nuestro paisaje gallego es precioso, nos hemos parado en un área de servicio para que los niños vayan al baño, por suerte ninguno se marea. Yo como madre que soy, he ido a preguntarles, pasando de largo al lado de mi hija, los profes charlan animadamente y al rato tomamos carretera de nuevo, y esta vez Iván se sienta a mi lado y comenzamos a hablar, es de Santiago, y en breve va a ser padre, se le nota lo entusiasmado que está, ya tiene otro niño de dos años y su mujer trabaja en la Xunta de Galicia, me cuenta lo enamorado que está de ella, y puestos a sincerarse, yo también le he dicho cosas de mi vida, como lo de ser madre soltera, ahora separada y lo difícil que es criar a un adolescente.

Qué bonito cuando empezamos a ver el mar en Ribadeo, que nos acompaña hasta que entramos en el Principado de Asturias, y después ya empiezan a cambiar la forma de las iglesias, que es lo que más me llama la atención cuando viajo en coche, lo distintas que son en cada sitio. Como ya me he cansado de hablar, me quedo dormida con la cabeza pegada a la ventanilla.

—Hola bella durmiente, hasta pareces un angelito cuando duermes —me han despertado soplándome en los ojos.

—Qué pasa, en dónde estoy. —lo miro alrededor y veo a mi hija y a Mateo sonriendo enfrente.

—Má, vamos a comernos el bocadillo, estoy hambrienta, y tú deberías también, bajamos. —me dice ella mirándome.

—Claro que sí, ya ibais a dejarme en el autobús, vaya gentuza.

—Iván ha dicho que llevabas un rato durmiendo y nos dabas pena, vamos a merendar. —ha dicho el profe.

Él controla a todos los niños, la verdad es que no les saca la vista de encima, que se coman el bocadillo, les gasta bromas, algo he escuchado, que ya podía ser así en clase, le han dicho unas niñas y él le ha echado la lengua, que majo. No sé qué hago mirándolo y pensando que esos pantalones de

chándal color gris, le hacen un culo que está para pellizcárselo, Aquí estoy babeando, la camiseta le marca los músculos de su pecho y al ser de manga corta, puedo ver sus tatuajes de nuevo. Como hace corriente acaba de ponerse una sudadera de capucha en color negro y se ha descolocado toda la melena, pero con una maña increíble acaba de hacerse un moño y le ha puesto una goma que llevaba en la muñeca. Tendré que disimular, porque Doña Pitufo que está a mi lado devorando una napolitana de chocolate no ha pestañeado y hace que me ría yo sola.

—Bueno, ¿no?

—Mucho, como me pone ese hombre. —responde.

—¿Quién? Yo te preguntaba por el pastel —le digo haciéndome la digna.

—Ah claro, también.

Ya me queda claro que va a por él, eso es evidente. Tomamos ruta de nuevo, ahora es Tito el que decide sentarse conmigo, así iré conociéndolos a todos un poco. Un madurito con el pelo empezando a cubrirse de canas, pero al que se le nota que hace un montón de ejercicio y está en plena forma. Vaya, que creo que la peor parada voy a ser yo, porque Mateo, está como un cañón, y el Iván otro tanto de lo mismo, tendré que ir al paso de alguna de las alumnas a las que no les guste hacer ejercicio, que seguro hay varias. Mi compañero me ha contado con todo el entusiasmo del mundo sus planes para cuando se jubile y se compre una auto caravana, una idea estupenda. Hemos debatido sobre si sale rentable o no y el viaje se ha hecho más ameno, que también he conversado con el conductor del autobús.

Al fin llegamos a nuestro destino, unas bonitas cabañas con un lago al frente, en la ladera de una montaña nos están esperando. Hemos repartido las habitaciones, lógicamente las niñas en una y los niños en otra. Ellas ya traían sus preferencias de con quién querían compartir, y los profesores las han respetado casi todas, y nosotros como se entiende que somos mayores vamos los cinco en la misma, nos cambiaremos en el baño. Y las camas son literas, no tengo ganas de dormir en el segundo piso, son Mateo e Iván los voluntarios, una vez repartidos los sitios para dormir.

Hemos dejado nuestras pertenencias en la habitación y salimos al exterior a explorarlo todo, yo creí que mi hija me ignoraría por completo, por eso ni se me ha ocurrido ir a hablarle, pero viene a buscarme para enseñarme su cabaña, con quién la comparte, que son cinco niñas, ya han explorado las duchas y una tienda que hay cerca.

—Y tú qué rollo, tienes que compartirla con los otros profes, bueno Mateo

es gilipollas, pero a lo mejor le gusta jugar a las cartas, Irene es imbécil y anda como un corderito detrás de él se le nota a lo lejos, pero también que él pasa.

—Si veo que tengo problemas de convivencia siempre puedo ir a la vuestra, me llevo el saco de dormir y ya está.

—Bueno, tampoco te tires, intenta solucionarte con ellos. Que Tito e Iván son muy majos, Chao. —me da un beso y se marcha corriendo con los demás.

Nos hemos duchado, yo he ido sola, porque con Doña Pitufo no tengo confianza, por eso cuando las niñas se han marchado, he aprovechado, y después hemos ido a cenar al bar que está en las instalaciones, será en donde comamos todos los días.

Nosotros hemos vuelto a sentarnos juntos, pero Mateo no les ha sacado la vista de encima a sus alumnos en todo el momento, se ha preocupado de sí comían o porque no les gustaba la tortilla a quien no la ha comido o la pizza, vaya con él, no deja de sorprenderme.

Les ha advertido que no los quiere paseando durante la noche de cabaña en cabaña y a las once todos durmiendo. Lo cual ha ocasionado la primera protesta del viaje, y la negociación de las doce y media, lo cual se ha quedado en las doce, ni pa ti, ni pa mí.

—Sé que no van a dormir en toda la noche— comenta en alto a los otros profes.

—Pues mañana estarán muertos y no darán caminado, si no duermen lo necesario— ha sentenciado Pitufo consejos.

—Son jóvenes y si esta noche no duermen, lo harán a la siguiente. —dice Iván.

—Ya me gustaría a mí tener su aguante. Venga va una partida ¿o queréis ir a dormir? —pregunta Tito.

—Por mí hay partida —respondo animada.

—Yo me voy a hacer fotos, hace una noche espectacular, no me gusta jugar a las cartas. —Comenta Pitufo ridículo, creo yo.

—Encantado, yo sí, dice Mateo sentándose enfrente de mí.

—Voy a llamar a mi mujer y a mi hijo, después vuelvo. —nos dice Iván.

—Yo pierdo siempre —les advierto con cara de pena.

—Eso no es verdad— comenta él, mientras Tito va a buscar la baraja.

—Tú ganabas siempre al tute —protesto empujándolo en el brazo, vaya músculo. —Qué duros tienes los brazos. —suelto sin pensar.

—No es lo único, cuando quieras te lo demuestro, Tú ganabas a la escoba,

estamos empatados— nuestros dedos se han rozado dando las cartas, nos hemos mirado, y vaya como quema.

Hacia que no me reía tanto echando una partida, vaya sorpresa, les he ganado a los dos y me he emocionado, Iván y doña Pitufó aventurera, no han regresado y nosotros decidimos que quizás sean horas de acostarnos. Hace tan buena noche que voy a sentarme en uno de los banquitos que miran al lago, están un poco apartados de las cabañas.

—Va a cogerte el frío, te he traído tu cazadora— Mateo me la ha puesto en los hombros.

—Gracias —lo miro con agradecimiento. —Te has puesto las gafas.

—Sí, mis ojos tienen que descansar de las lentillas. ¿Sigues enfadada conmigo? —me pregunta abrochándose su plumífero mientras se sienta.

—Porqué iba a estarlo —respondo mirando al lago.

—Pues porque fui un cerdo contigo cuando viniste a hablar conmigo. —me mira, pero yo no me giro.

—No importa —me encojo de hombros.

—Sí que importa. Puf, me arrepiento de lo que te dije, quería pedirte perdón, pero no fui capaz, había cosas que yo no sabía, pero hablar con David, me dejó claras muchas de ellas.

—¿Cómo qué? —Pregunto con curiosidad y me giro poniéndome a caballito en el banco, apoyando mis manos en las rodillas.

—Joder Paula, yo creía que el imbécil ese era el padre de Icía, no que lo tuvieses que hacer todo tú sola, cuando te increpó en la Comisaría, me dio ganas de partirle los dientes. —comenta enfadado.

—Qué más da —me encojo de hombros y lo miro.

—No es que más da, yo te dije que lo hacías de pena, y que eras una mala madre, eso no es verdad, en casa de David te pusieron como una heroína porque Óscar se lo había contado. Yo también he hablado con él y con Andrés.

—Joder— parece que empiezo a sudar y ponerme de mil colores.

—¿Por qué te fuiste?

—¿Cuando?— pregunto casi temblando.

—Sabes de sobra cuando, cuando desapareciste sin decir nada, ni dejar una pista y no dar noticias de ti.

—Puf, y tú ¿por qué me pusiste los cuernos? —me giro mirando al lago, sé que estoy más roja que la luna llena que hay.

—Mierda. ¿Quién te lo dijo?— ahora es él quien se ha puesto a caballito del banco.

—Olvidas que Miriam era mi mejor amiga.

—Ya y una hija de puta.

—Pues eso y una hija de puta, que creo que te dejó a ti en su cama para venir a contármelo a mi casa, con todo lujo de detalles, y que ahora estaríais juntos. Lógicamente entendí que estorbaba.

—Mierda, hija de la gran puta, eso no fue así. Ella me emborrachó, echó algo en mi bebida pues ella casi no bebió y cuando apareció desnuda delante de mí, caí como un gilipollas.

—Ya, presumió de lo bien que te la había chupado. —le digo casi con vergüenza.

—No recuerdo nada de eso, de hecho, casi no recuerdo lo que pasó, por eso sé que me echó algo en la bebida.

—Pues ella sabía todo, con detalles incluidos, y vino corriendo a contármelos, con una foto vuestra y diciendo que ahora su abuela y la tuya podrían juntar los bajos esos que tenían en el centro de Ourense.

—¡Qué! Esa mujer es una esquizofrénica, por suerte no he sabido más de ella, pretendía ser mi novia, si ni siquiera me gustaba en nada.

—Mira Mateo, a mí valió para dejarme claro que no eras de fiar y que no querías ni complicaciones ni a nadie en tu vida.

—Eso no me vale, yo te busqué, y me quedé muy jodido.

—Hola, he hecho unas fotos preciosas a la luna y a las estrellas— la que faltaba se ha plantado delante de nosotros. —¿no tenéis sueño?

—Vete tú, nosotros iremos ahora mismo. —le dice Mateo.

—Ya vamos todos juntos mejor, no. Diciéndole a los niños que tienen que dormir y vosotros aun de parloteo. —se planta delante de nosotros.

Vaya pesadilla de mujer, he estado medio día con ella y me cae mal sin motivo aparente, bueno el motivo sí lo hay. De mala gana nos levantamos del banco y Mateo se dirige a las cabañas a escuchar y a darle un toque en la puerta, será para que se duerman de una vez. Y nosotras nos dirigimos a la nuestra en silencio, me pongo el pijama y cuando él regresa ya estoy en cama. Que grandes recuerdos Mateo con sus gafas de chapón, ahora son distintas, de pasta negra, pero le dan un aire intelectual, lo cambia la barba, se me hace raro verlo con ella.

—¡Qué has descubierto? —le pregunto en voz baja para no molestar a nuestros compañeros.

—Tu hija está con un chico en una de las literas —me suelta a bocajarro.

—¿Qué? En cuál cabaña —me incorporo en la cama intentando levantarme.

—Era una broma —me para con la mano para no me levante, se acerca, qué bien huele, a recién duchado, colonia, a muy hombre.

—Pues no me des estos sustos —me acuesto y él me echa la lengua provocándome una sonrisa.

—Iba a decir una cosa, pero me la callo —me hace una seña como diciéndome que estamos rodeados.

Nuestras camas tan bien están que lo tengo de frente, y nuestras miradas se cruzan antes de que doña Pitufó se levante a apagar la luz, porque los otros dos ya están roncando, y vaya nochecita hemos pasado pues al final roncan los tres, y creo que Irene es la que más, como un camionero, su visita para fotografiar las estrellas parece que no la ha relajado lo suficiente.

El profe que todo lo dirige nos ha despertado a las siete de la mañana, casi le mando un zapato a la cabeza, hay que madrugar porque estos críos a saber lo que tardan en arreglarse, y su razón tenía porque yo he escuchado ruido toda la noche y ahora no hay quien quiera salir de cama. Nos reencontramos en el desayuno en la cafetería, mi hija luce una cara de sueño que casi me da pena.

—Buenos días, ¿qué ha pasado? —le pregunto mientras lleno mi plato de tostadas, croissant y una napolitana.

—Me muero, madre, no hemos dormido en toda la noche, nos hemos juntado todos y hemos jugado a la botella.

—Seréis crápulas, si se enteran los profes os crujen.

—Seguro, Mateo ha hecho acto de presencia a las tres de la mañana y ha jugado un rato con nosotros.

—Si yo no me he enterado.

—Pues le hemos preguntado muchas cosas, ha dado muy buen resultado su visita.

—¿De qué habláis vosotras dos? —pregunta a mi lado.

—Nada, mi madre dice que ha dormido de maravilla y nosotros también, a que sí —le guiña un ojo a él.

—A ti, a la vuelta, te voy a ahogar en la playa por lo que me has hecho esta noche.

—Yo a la vuelta voy a seguir enfadada contigo y te haré la puñeta en las clases. —mi hija lo desafía.

—Tú misma, yo tengo la sartén por el mango, tu nota depende de mí, recuerda que tienes un suspenso en la segunda evaluación.

—Eres el peor profesor que he tenido en mi vida —le suelta un poco enfadada.

—Ya me he dado cuenta. —le saca una de las gomas de las coletas para que se deshagan.

—Y además eres tonto —lo golpea sacándole la goma de las manos y haciéndola de nuevo.

—No quiero saber nada de vosotros dos. —sigo camino a por mí café y voy a mi sitio.

Volvemos a compartir mesa todos los profes, esta vez es Iván el que se dedica a vigilar que desayunen, Mateo ya ha anunciado que el que no lo haga como es debido se queda en la cabaña sin salir a la ruta que nos toca. Una vez más me encanta el trato que tiene con los niños, hasta parece que le gustan.

Arrancamos a nuestra primera caminata. Llevamos una pequeña mochila con agua, algo de tentempié y el bocadillo para la comida. Él va en cabeza, aunque como caminamos todos juntos, los niños pronto le pasan porque el camino está bien señalizado y si se fijan saben por dónde debemos ir. La verdad acojona un poco, porque al principio llaneamos, pero pronto empezamos a subir. El paisaje a nuestro alrededor es precioso y ya casi hace que se te olvide todo lo que tenemos por delante, que al ir a nuestro ritmo tampoco es que sea tanto, una ruta de casi once kilómetros. Caminamos al lado de un pequeño río y un bosque nos acompaña parte del trayecto, los chicos van por pandillas o en fila, depende, pero no es mucha la distancia entre todos nosotros, eso sí, yo siempre al final de la cola. He charlado con Iván, con Tito y la Pitufo, la que menos, casi mejor.

—¿Te cansas?— Me pregunta Mateo a mi lado.

—No, estoy bien ¿qué ha pasado esta noche, no me he enterado?

—Puf, tu hija es muy persuasiva y tiene ansias por saber.

—Uau, que interesante, tendré que preguntarle entonces.

—No es necesario. —me mira con una bonita sonrisa.

—Me dejas intrigada.

—Quizás no les haya dicho la verdad. Aunque a ella en concreto me gusta chingarla.

—Tú no sabes en dónde te estás metiendo.

## CAPÍTULO 10

No sé cómo haré yo ahora para preguntarle a mi hija, sin levantar sospechas de mi curiosidad. Nos paramos a tomar el bocadillo que sienta de maravilla, descansamos un rato, no mucho, para que no se enfríen los músculos o será peor para las agujetas. Hemos ido bordeando una montaña y hemos llegado a las cabañas, aún es temprano, así los chicos se pueden duchar con calma. Y es que parece que no se cansan ni de estar juntos, ni de contarse cosas, por eso ahora que mi hija y sus amigas están sentadas en el banco que hay frente al lago voy a hablar con ellas.

—¿Qué tal, estáis cansadas? —les pregunto.

—Bueno, mira Suevia, se ha hecho una ampolla, hemos ido al encargado, que sabe de primeros auxilios y le ha puesto una tirita contra los roces, y Pablo se ha ido de bruceas y se ha hecho sangre en una rodilla, pero como Tito llevaba el botiquín, ya le ha echado *Betadine* y está solucionado.

—Lo he visto, espero que no os hayáis reído de él —advierto.

—Bueno, solo un poco.

—Esta noche tendréis sueño para dormir.

—Quizás Mateo venga de nuevo a jugar, o mejor no, que nos deje a nuestro rollo, ahora que ha confesado que está enamorado. —ha dicho mi hija de forma inocente.

—A mí no me ha convencido, yo no lo veo enamorado de nadie —comenta Marta.

Interesante aclaración que no sé por qué no me ha gustado descubrir, me imagino que la afortunada será doña Curitas, por algo han salido juntos.

Después de cenar yo estoy tan cansada de la caminata, que me acuesto a dormir y no me entero de nada en toda la noche, ni a qué hora se acuestan todos, ni si alguien va a vigilar a los chicos, porque mañana va a ser el peor día, vamos a hacer la Ruta del Cares, y por las fotos que he visto vaya la que nos espera.

Otra vez el energías de Mateo nos ha levantado a todos sin contemplaciones y a las agujetas que tengo de ayer le sumaré lo de hoy. Al parecer los chicos se han dormido a una hora prudente, Mateo dice que ha pasado de ellos, si se han juntado, tampoco es tan grave, aunque mi mirada,

creo que la entiende. Hemos salido al pelotón a descubrir la montaña, los chicos circulan juntos en grupitos en este tramo que el camino lo permite, yo me quedo atrás y Mateo me espera.

—¿Recuerdas nuestra excursión a Mallorca?—me pregunta mirándome.

—No —respondo con una sonrisa.

—Ya sé a quién ha salido tu hija en mentirosa. Fue la primera vez que dormimos juntos.

—Como para olvidarlo— camino mirando al frente.

—Y ahora tan preocupada estás por tu hija, que compartas litera con el hijo del concejal.

—Mateo, nosotros teníamos yo diecisiete años y tú dieciocho, hay una pequeña diferencia, no crees, ella es una niña de trece años.

—Casi catorce, lo recuerda constantemente. Qué bien nos lo pasamos, joder —me mira con una enorme sonrisa.

—¿Tú crees? —le pregunto haciéndome la inocente.

—Joder Paula, tuvimos que sobornar a media clase, pero no éramos los únicos en querer dormir juntos, después estaban las monjitas de Elena y Sandra, que casi se lo meten en el culo al de filosofía y a la de Latín.

—Porque tenían envidia, igual que Miriam. Creo que aun serán vírgenes, tampoco he sabido más de ellas.

—Y si repetimos —me comenta parándose en medio del camino.

—¿Lo que?— pregunto sin entender.

—Un viaje así, vaya coincidencia, es nuestra segunda excursión juntos, aunque esta vez yo he hecho lo posible para que vinieses tú.

—Qué cabrón.

—No soy cabrón, me apetecía, aunque es una putada estar rodeados de niños.

—Oye, y tú cómo sabes que a mi hija le gusta el hijo del concejal.

—Yo sé lo que hablan ellas en todo momento, no soy tonto y Artai me ha pedido consejo de cómo ligar con Icíá.

—Vaya con el niño, me dejas un poco preocupada —le comento mirando a la nada.

—Cállate por Dios, preferirías que anduviese o le gustase el de la moto.

—No, este al menos parece buen niño. —le respondo un poco aliviada.

—Es buen niño. Ya está, déjalos, tienen que experimentar, son unos adolescentes descubriendo el mundo.

—Yaya con el profe.

Y en esto que no sé qué ha pasado, pero me ha plantado un beso, con lengua, yo intento escaquearme, pero no me deja, me ha besado con fuerza y ha sido delicioso, mis ojos lo observan y se separa con una sonrisa traviesa en su boca.

—¡Te has vuelto loco! —le increpo empujándolo.

—No seas rajada, no tenemos nada que ocultar, el camino hace curva y ellos van delante, no se han enterado. Aunque tu hija es peor que la lechuza de Harry Potter que todo lo observa.

—Y tú sigues siendo un mujeriego ligón.

—Me estás ofendiendo con lo que me estás diciendo. ¿Por qué?

—¿No estás con doña Curitas?

—¿Estás tú con el banquero?

—Camina que esas niñas que van delante van a escucharnos y mi hija es mucho de sacar conclusiones precipitadas —le increpo.

—Vaya problema. Podemos ir juntos, hasta ahora lo hemos hecho con los demás compañeros y si voy contigo no pasa nada.

Claro que no pasa nada, a mí me encanta ir con él, para que voy a negarlo, cuando no es un capullo, es el mismo chico del que estuve enamorada, hasta las trancas, hace unos años, ahora que empezamos a subir y se nota el cansancio, ha empezado a adelantar a algunos niños y vaya culo de nuevo, hoy lleva unos pantalones de chándal azul, camiseta blanca y una chaqueta de capucha azul también, se ha puesto las gafas de sol y casi me da un mini infarto.

Las niñas me comentan que están cansadas, porque tela con la ruta, si no te gusta caminar o no estás en forma este no es el sitio indicado para venir, aunque las vistas lo valen todo.

Vamos por un pequeño sendero todos en fila india, al fondo se ve un pequeño riachuelo que atravesamos por un puente de metal, tampoco aconsejable si tienes vértigo.

En estos casos lo mejor es no mirar abajo si no quieres llevarte sustos innecesarios. Mirar al frente, que en mi caso es de nuevo el culazo de Mateo y entre eso y el camino que me espera, ya es suficiente para acaparar mi atención, se ha rezagado y me ha esperado porque sabe que no estoy tan en forma como él. Me tiene calada.

Se nota la altura a la que estamos, porque mis oídos se han taponado y los niños se quejan de eso también, aunque doña biología les había explicado en clase que esto les sucedería por el cambio de presión, ellos es algo a lo que

no están acostumbrados y alguno se ha asustado incluso, porque les resulta molesto.

Mirándolo bien, por suerte no se les ha dado por hacer bromitas de que por aquí te tiro y te caes por el precipicio, porque esta ruta con niños adolescentes es un poco arriesgada, por lo estrechito que se hace el sendero por veces. Hasta mi hija ha venido a preocuparse por saber si estoy bien.

Lo que estoy es agotada, y todos los críos también, han sido muchos kilómetros entre la ida y la vuelta y eso es una burrada para quien no está acostumbrado a caminar. Hemos descansado un rato durante la hora de la comida, estos niños son de ciudad y la mayoría no están acostumbrados a caminar tanto. Cuando llegamos a la cabaña ya nadie tiene ganas de bromas, la mayoría tienen ampollas en los pies, otros se han caído y hecho alguna herida y los profes y el encargado se tienen que ocupar de hacerle las curas. Yo me he dado una ducha después de todas las niñas, he cenado poco, porque no tengo ni hambre. Mateo se ríe, porque dice que soy de mantequilla y mi hija que está en mejor forma que yo, me da ánimos porque al menos mañana vamos a montar a caballo y nos lleva el autobús.

Ni siquiera me he enterado de cuando se han acostado mis compañeros, Irene no está mucho mejor que yo, aunque ella presume de lo mucho que ha viajado por diversos países y las numerosas rutas que ha hecho, yo no la veo tan desenvuelta.

A pesar de estar muerta, no he dormido muy bien, suele pasar, que cuando más cansada estás, peor descansas. Me he recreado en la cara de Mateo, que sí ha dormido como un bebé, la luna se ha colado por las rendijas de la ventana y le da en todo su rostro, y he comprobado que sigue siendo igual de guapo que hace unos años, con barba, pero muy guapo.

Vaya pereza levantarse, e ir a montar a caballo, estos animales me dan miedo. Los chicos están entusiasmados porque es algo nuevo. Para mí también y no tengo intención de subirme a uno de ellos, aunque ya han venido Icía y Mateo a tocar la moral diciéndome que soy una rajada y que no me voy a perder una oportunidad que tengo en mi vida.

—Verás mamá después te vas a arrepentir, aquí hay monitores que saben lo que hacen, y no te van a dejar sola.

—No quiero, me dan miedo —protesto sin mucha convicción.

—Eres una rajada, te creía más valiente— dice Mateo para picarme.

—Cállate, que tampoco es para tanto, lo intentaré. Cuando vuelvan los primeros niños, yo voy al final, es mejor que los que quieran repetir lo hagan.

—Venga mami, suerte, yo voy ahora.

—A ti siempre hay que ponerte al límite. Igual que el día de la cena con tu banquero, ¿terminaste la noche como se merecía?

—Vete a la mierda, eso no es de tu incumbencia.

—Lo sé, es una pena que no aproveches el momento.

—La tuya estoy segura que fue colosal —le digo golpeándolo en el hombro.

—No estés tan segura de ello. Tu caballo ha llegado. —me indica.

El animal me mira con ojitos, le doy una caricia, observo al monitor que lo está sujetando, en este caso es una chica, que ya se ha dado cuenta de que es mi primera vez, al igual que todas estas criaturas, está visto que Mateo sabe hacer de todo, pero yo no alcanzo a tanto. Ella me indica como tengo que hacer para poner los pies, y las agujetas que ya forman parte de mi cuerpo, casi no me dejan subir al animalito, pero al final lo consigo, y siguiendo las indicaciones, aunque estoy segura de que el caballo se ha dado cuenta de lo nerviosa que estoy. Me han dejado sola y ahora que estoy encima del caballo, siento más miedo todavía, creo que voy a caerme y si por casualidad se le da por salir corriendo, pero no, comienza a caminar suavemente y eso ya me inspira más confianza, damos un pequeño paseo y he comprobado que me gusta, al menos mi hija y el profe han dejado de vigilarme y eso ya hace que me relaje un poco, asique consumo todo mi tiempo, el animal y yo parece que al final hemos conectado. El trayecto se ha terminado y toca bajarse, que esto ya creo que es más fácil, la monitora viene a indicarme como debo de hacer y ayudarme, pero al final creo que me he hecho un lío con los pies, o quizás no llevo el calzado más indicado para hacerlo, yo sé que me he liado con el estribo y la consecuencia es que me he caído y no sé qué ha pasado exactamente con mi pie, que se ha quedado debajo de mi culo y un dolor atroz lo invade todo, desde el pié hasta casi la rodilla, lo que hace que pegue un grito.

—Mierda, maldita sea. —chillo a la chica que está a mi lado.

—Lo siento, has puesto mal los pies y te has caído, no eres la primera. —se disculpa intentando levantarme.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Iván a mi lado.

—Me he caído bajando del caballo— intento incorporarme mientras él me ayuda y el dolor es insoportable.

—¿Qué te ha pasado mamá? —mi hija ha aparecido a mi lado como un rayo.

—Ha colocado mal los pies y se ha caído. Pasa a menudo, no soy médico,

pero creo que puede tener un esguince, ahora no consigue apoyarse y tiene todos los síntomas, roto no creo que esté. —le ha explicado la monitora a mi hija.

—Joder— unos brazos fuertes me han levantado— apóyate en mí, por favor — y Mateo me ha pegado a su costado.

—No puedo apoyar. Si pongo el pie en el suelo veo las estrellas.

—No importa, yo te llevo.

He pasado de estar en el suelo a estar en los brazos fuertes de Mateo, Iván se ha ido a vigilar a los niños, la monitora se ha disculpado como sintiéndose culpable y se ha marchado con el caballo para que otro chico pueda montarlo y mi salvador me ha sentado en una piedra mientras mi hija nos observa.

—¿Te duele mucho? —pregunta ella preocupada.

—Solo un poco— miento porque veo las estrellas si me tocan.

—A ver, si aguantas vamos al médico después, si no, podemos pedir una ambulancia e ir desde aquí, te has caído de un caballo, también pueden llamar a alguien, ellos saben de primeros auxilios, pero deberán hacerte una placa para saber cómo tienes el tobillo y descartar una rotura.

—Aguanto, llévame hasta el autobús, y tú vuelve con los niños.

—Yo me quedo con ella— dice mi hija con cara de culpabilidad.

—Tú vete con los demás, ya no sois niños pequeños, hay tres profesores que os vigilan y todos los monitores, yo me ocupo de tu madre. —la ha mirado con ojitos.

—Gracias —le da un beso a Mateo, si no lo veo, no lo creo —¿te importa si voy o quieres que te acompañe?

—Vete por favor, diviértete, si estoy sentada no pasa nada.

—Vamos al autobús, estarás más cómoda —me dice mientras mi hija se aleja.

Me ha cogido en brazos y me siento, no sé, muy bien, protegida, así de entrada, me encanta como huele, me perdería en su cuello, porque claro, he tenido que agarrarme a él para no caerme.

—Lo siento si peso mucho.

—Qué va, no eres la chiquilla de hace unos años, pero eres la mujer de ahora —me da un beso en la cabeza, y por instinto me pego más a él.

Ni rastro del conductor del autobús, aunque creo que estaba mirando a los niños como montaban a caballo, la puerta está abierta y es lo que cuenta.

—Así, ponte cómoda —me deja en el asiento delantero poniéndome la pierna estirada en del acompañante.— ¿te duele?

—Si no me apoyo, sólo un poco.

—Te has dejado la mochila, toma de mi agua y un ibuprofeno —me tiende una pastilla en su mano y su botella.

—Está de tu boca, no sé si beber —lo miro con una sonrisa.

—Tú misma, como si fuese la primera vez —me observa. Y yo me tomo la medicina.

Cuando termino de tragarla, lo miro y sus labios se pegan a los míos, me coge la cara entre sus manos, las mías vuelan a su melena, es la primera vez que la toco, y me parece muy suave, porque, como he sido mala, he tirado de la gomita de su moño y su pelo se ha deslizado entre mis dedos que se han fundido hasta acariciar su nuca y me mira con deleite. Nuestra saliva se ha fundido en solo una y nuestras lenguas se entrelazan con ansia. Nos separamos de mala gana.

—Pueden vernos, sabes— murmuro mirándolo.

—He pasado la cortina para que no te dé el sol, ni nos vean. Sabes cómo hace años y eres deliciosa.

—Tú tampoco estás mal. —mis manos no se han movido de donde estaban.

—Lo siento, ha sido culpa mía, si no te hubiese incitado.

—Cómo lo sabes, claro que eres el culpable, de todo, incluido la noche que fui con Hugo. —lo pincho, con una sonrisita burlona.

—Mierda. ¿Estás con él?

—¿Estás tú con Olalla?— esa pregunta me hace daño.

—Eso qué más da.

—Yo soy monógama, a pesar de que en una ocasión me pusiste los cuernos, no es mi rollo jugar a dos bandas y lo sabes.

—Eso pasó hace mucho, y tú ya veo cuánto tardaste en olvidarme, que tienes una hija —me mira con cara de duda.

—Es lo que hay, algo tenía que hacer.

—Olvidémonos del pasado y centrémonos en el presente.

Me mira de nuevo y vuelve a besarme, aunque el ruido de los niños hace que nos separemos de mala gana porque sabemos que se acercan y van a subir al autobús. Todos me miran con pena, y me preguntan si me duele mucho, aunque desde que he tomado el ibuprofeno el dolor ha disminuido considerablemente, cosa que agradezco. Hacemos el viaje de regreso a las cabañas y de nuevo Mateo tiene que bajarme en brazos, y el encargado de las instalaciones nos lleva al Centro de Salud a revisar mi pie, le ofrece a Mateo que se lleve el coche, pero este lo rechaza porque no tenemos ni idea de por

dónde se va. Una vez más tiene que llevarme en brazos, yo estoy en la gloria, él soportando mi peso, ya lo dudo.

Un médico me ha revisado, a primera vista cree que no hay rotura, pero hay que hacer una radiografía, sin eso no hay nada. El encargado ha estado con nosotros en todo momento, lo que parece que incomoda a mi compañero, pues le ha mandado un par de veces que se vaya a tomar un café, pero el otro lo rechaza todo. Y al fin tenemos el diagnóstico, tengo un esguince, y mi pie luce un bonito vendaje que me impide calzarme. Al menos una semana de reposo y que me controle mi médico. Por suerte mi caballero andante me lleva de nuevo en brazos, pues no tengo muletas, hasta que llegue a casa que tenemos unas de mi abuela.

Mateo me ha sentado en un banquito mientras nuestro acompañante va a buscar el coche, y de nuevo aprovecha para besarme, uno de esos besos que sabe a Gloria Bendita.

—Después no puedo hacerlo, los niños nos vigilan constantemente, y los profesores. —nos separamos de mala gana.

—Eres un aprovechado.

—A la mierda, con todo, ya viene nuestra escolta.

Efectivamente, volvemos al campamento base. Por suerte el ibuprofeno también ha calmado mis agujetas, y en mi situación no podré hacer la ruta de mañana, siento perdérmela, me quedaré aquí yo sola, claro que mi acompañante también se ha preguntado cómo haría hoy para ducharme y ni lo había pensado, ya le ha quedado claro que él no entra en la ecuación de la ducha, me lavaré como los gatos. Por suerte alguien ha tenido la amabilidad de dejarme unas muletas de un familiar, aquí en las cabañas y ya me ha dado más independencia. Mi hija me ha controlado en todo momento, todos me han cuidado. Ha sido un infierno conciliar el sueño por la noche, pero ya solo queda una y nos volvemos a casa, a mí ya me apetece y no estar aquí en mi situación. Al día siguiente también se quedan unas niñas, a una le ha venido la regla y está fatal y la otra no tiene ganas de hacer más caminatas porque tiene una ampolla enorme y se queda. Yo aprovecho para descansar, aunque a la vuelta mi cuñado me ha dicho que ni se me ocurra ir a trabajar con el pie así, ha sido mala suerte, a todas estas ya ha hablado con Mateo y mi hija para cerciorarse de que verdaderamente estoy bien, que no se fía de mis palabras.

Cuando ellos regresan de su caminata, estoy sentada en el banquito que mira al lago, hablando por *guasap* con Sara, Hugo y Oscar, aunque yo no les he dicho nada a ninguno de ellos, las noticias han corrido.

—¿Qué tal estás, te duele? —pregunta Mateo después de todos los que se han pasado, sentándose a mi lado.

—Bueno te mentiría si te dijese que estoy en la gloria.

—¿Hablas con tu amorcito? —pregunta señalando mi teléfono.

—No seas cínico. Yo tendré que ir a mi médico y la imbécil de Olalla me vendará el pie aunque no quiera, y Hugo simplemente me está preguntando cómo estoy —respondo enfadada.

—Lo siento —se ha incorporado de mi lado con las manos arriba en son de paz.

—Ya está, no quiero discutir el último día, vale.

—No sé qué pensar— y se aleja, pero qué mosca lo ha picado ahora, hombres.

Se ha marchado, y casi lo agradezco, como he tenido tiempo de sobra, he preparado mi mochila para el viaje de vuelta. A los jóvenes se les nota el cansancio, porque están mucho más calmados, aunque a muchos les he escuchado que no dormirían en toda la noche para celebrarlo, es la última juntos, y yo casi prefiero no saber qué pasa, me he acostado temprano, no me ha gustado discutir con Mateo, no me siento bien. Con mi medicación he dormido durante toda la noche sin enterarme de nada, ni me he preocupado de mi hija, aunque ella de mí sí.

Por desgracia sigo dependiendo de Mateo para que me lleve al autobús, me ha gustado su olor de nuevo, su cercanía, y su mirada, creo que dice muchas cosas, una de ellas vete al infierno y déjame en paz. Me ha depositado en mi sitio sin más palabras y me siento mal, es como si me faltase algo. Lo mío no es discutir con nadie.

En todas las paradas del autobús él me ha ayudado a bajar y subir de nuevo, pero parece que la magia que se había instalado entre nosotros durante estos días, se ha esfumado y esto no me está gustando, porque como una tonta me he hecho ilusiones y quizás no fuese el momento de pensar en nada bonito, claro que no, pero en el fondo sigo siendo aquella niña enamorada de Mateo, creo que aunque los años han pasado, hay cosas que no han cambiado, simplemente han hecho un paréntesis que se ha abierto de nuevo, pero solo para mí, creo yo, tan pronto esté bien, pienso que lo mejor es que acepte esa invitación de Hugo a salir de nuevo, porque estos días han sido solo un espejismo, aunque él se ha preocupado de traerme mi bocadillo, será porque mi hija se lo ha recordado, ella tiene más confianza con él que con cualquier otro, de eso me he dado de cuenta. Él ha continuado vigilando a los niños, que se les nota a

todos lo cansados que están, pues muchos duermen parte del trayecto en el autobús. He visto a Icia recostada en el hombro del hijo del concejal, me provocan ternura, porque son unos críos. Sé que Mateo les ha sacado una foto, pero la sonrisa permanente en su cara ha desaparecido de repente, parece que él también está muy cansado, como para no estarlo. Por un lado tengo ganas de llegar a casa, pero por otro, digo claramente que no, a saber cuándo volveremos a vernos.

—Qué te pasa, tienes cara rara, tanto te duele el pie. Mateo nos lleva a casa, porque Sara y Oscar no están, y él se ha ofrecido— mi hija ha venido a visitarme y él la escucha de pie.

—No cariño, no me duele, y no me pasa nada.

—Vuelvo con ellos, te espero para bajar. —me dice mi hija volviendo a su sitio.

—Eres una mentirosa, esa no es tu cara, a mí no me engañas. —pregunta a mi lado mirándome.

—Solo estoy cansada, vale.

—Bien, será eso entonces.

Todos bajan del autobús, sus padres los están esperando, con sus coches para llevar las maletas, tenemos ofrecimientos para acercarnos a nuestra casa, pero Mateo aparece con el suyo que lo había dejado en el instituto.

—Oye Mateo, y ¿dónde has dejado a tu perro estos días? —pregunta mi hija con entusiasmo.

—En la perrera —él responde mirando al frente.

—Estás loco, cómo lo has dejado ahí solo, pobre perro, se habrá creído que lo has abandonado.

—Eso no es verdad, no lo he abandonado. No hace mucho que estuve de vacaciones y se lo deje a mi sobrino Xoel, pero ahora creí que sería abusar y no lo he hecho.

—¿Por qué no vamos a buscarlo antes de que nos lleves a casa, así puedo verlo? Te importa. —Se ha girado implorándole.

—Si a tu madre no le importa, por mí no hay problema.

—Adelante. —les respondo siendo imparcial.

Para el coche delante de la perrera, los dos se bajan de este, y al rato mi hija viene con el perro sujeto, dándole caricias y abrazándolo, este animal la quiere como.

Se suben los dos en el asiento de atrás. —El tonto de Mateo, solo a él se le ocurre dejarte solo en medio de todos esos animales, para que pienses que te

han abandonado.

— No ha sido así y él lo sabe. —se disculpa su dueño.

— La próxima vez que te vayas a algún sitio yo me quedo cuidándolo, en tu casa o en la mía, me da igual, pero el perro no vuelve a la perrera, eres un inconsciente.

— Me encanta tu actitud, pero no va a hacer que te ponga una buena nota en matemáticas.

— No me digas, si en el fondo pareces tonto, a mí me importa Orballo, no la nota de tu asignatura, eso solo un poco, eres un cretino.

— Bien, cuerpo a tierra, hemos llegado —se para delante de nuestro portal.

— Vamos, al fin en casa. —busco las llaves en mi mochila.

— Espero verte pronto, recuerda que ante el inconsciente de tu dueño, yo te quiero— mi hija ha abrazado al perro y dado un beso.

— No seas cerda, está sucio, hoy tengo que bañarlo al llegar a casa, si quieres vente conmigo y lo haces tú. —parece que se siente culpable y quiere enmendarlo.

— Tengo que cuidar de mi madre, sino claro que lo haría.

— Yo puedo hacerlo sola, una vez en casa, ya tengo las muletas de la abuela y me moveré lo que pueda, sino, no hago nada.

— ¿Puedo entonces, tú quieres que vaya Mateo? —le pregunta toda ilusionada.

— Claro, mientras tú lo bañas, yo guardo las cosas, que son muchas, pongo la lavadora, etc.

— Vuelvo en nada, perrito, ayudo a llevar las cosas a casa y bajo contigo. —le da un beso en la cabecita y él la mira.

— Venga vamos—

Mateo me pone los brazos para qué suba, cosa que agradezco, aprovecho a aspirar su olor, como me gusta, porque quizás nunca más vuelva a estar en este mismo sitio. Mi hija sube nuestras mochilas sin ningún esfuerzo y como va delante abre la puerta de casa, al menos mi madre ha venido a dejarlo todo en orden, y él me deposita en el sofá, y me revuelve el pelo.

— Gracias —susurro como agradecimiento,

— Un placer, pasaré a visitarte durante la semana, toma el mando de la tele, si necesitas algo, no dudes en llamarme y pedirlo —se da media vuelta como si nada.

— Lo tendré en cuenta. No vengas sola, vale —le digo a mi hija.

— No va a venir sola, yo la traeré de vuelta.

— Aparte, tengo que venir a hacerte la cena, a mí me encanta cocinar, ¿y a ti? —ella le pregunta con una enorme sonrisa.

— Bueno, seguro que no sabes freír un huevo, no vayas de guay, a mí me apasiona la cocina. —responde él, golpeándola dulcemente.

— Si quieres te lo demuestro, te invito a cenar, seguro que la nevera está vacía, pero a la vuelta paramos en el súper y te demuestro lo que vale Master Chef. —le ha dicho ella poniéndose de pie frente a él e intimidándolo.

— La acabas de hacer buena. —le digo yo.

— Trato hecho. —él ha chocado las cinco con mi hija.

— Tú vas a saber lo que es una cocinera de primera.

— Con dos condiciones— suelta él de nuevo mirándola de forma desafiante.

— Cuales, a ver si las acepto primero.

— Joder con la niña —protesta.

— El bote de los tacos, has dicho joder, metes dos euros —le tiende el bote y suelta una enorme carcajada, le ha subido el precio.

— Nadie en clase va a saber lo nuestro, que hemos cocinado juntos y segundo, yo compro las cosas para la cena y vas a hacer lo que yo decida. — se mete la mano en el bolsillo y cogiendo unas monedas, ha metido tres euros.

— Hecho. A nadie, lo juro.

— ¿Quién ha llenado el bote?— la mira a ella más que a mí.

— Yo, y la mayoría por tu culpa porque en clase no hay quien te aguante.

— Gracias pequeña, vámonos que Orballo se impacienta. Paula, volvemos en una hora, no hagas nada, por favor.

— A vuestras órdenes, aquí os espero.

Me imagino que tardarán, como para ir a comprar un sábado a última hora de la tarde, el súper está vacío en cuanto a productos para comprar, pero debo dejarlos. Voy a darme una ducha con calma, ya que estoy sola y al fin puedo hacerlo con tranquilidad.

Como hago últimamente, he metido el pie dentro de una bolsa, para no mojarlo, y me lo he tomado con tiempo. He decidido vestirme un poco más decente, ya que tenemos un invitado, este pie así, me impide ponerme muchas cosas, asique no me puedo poner el vestido que tenía en mente, porque lo de las medias ya es misión imposible. Un pantalón negro un poco ancho en la pierna y una camiseta ajustada de color blanco. Y como creo que estoy sola en casa, salgo del baño con el pelo mojado secándome con una toalla. Pero

alguien me está esperando en la sala mirándome con ojitos.

—A ver, precioso, en dónde te han dejado —le digo a Orballo que se ha sentado, en una manta que me imagino ha traído su dueño.

—Nos lo hemos traído, a ti no te importa verdad mamá, el pobre ha estado solo una semana y ahora necesita cariño. Después yo lo saco a pasear. Qué guapa te has puesto. —me mira mi hija.

—Esta chica de casi catorce, es la hostia, vale, toma los dos euros, ¿en qué vais a invertir ese dinero?

—En comprar un sofá nuevo, que no se claven los muelles en el culo— ha sentenciado Icia.

—A ver, qué ha pasado para que de repente pienses eso Mateo, y yo no tenía ni idea de que íbamos a comprar un sofá con el dinero del bote, creo que aún falta.

—Bueno, si Mateo viene a menudo no creo, que tardemos, porque este en clase es una persona muy distinta a la que hay afuera— mi hija ha comenzado sacando la compra de la bolsa.

—Te queda bien el pelo así mojado— y viniendo me ha colocado un mechón detrás de la oreja, mirándome a los ojos.

—Gracias, así mojado tengo el pelo rizo, tal y como es.

—Ah mamá, Hugo ha dicho que le contestes a los *guasaps* que te ha mandado estos días, al parecer has pasado de él. Le he dicho que puede venir a verte.

—Gilipollas —murmura Mateo por lo bajo.

—Toma, verás que pronto compramos el sofá —le tiende el bote con una sonrisa.

—¿Qué habéis comprado? —pregunto, evadiendo lo que mi hija ha comentado.

—Esta niña no para de sorprenderme, ha dicho que ya que pago yo vamos a cocinar rodaballo con almejas.

—Pues no voy a pasar por una pizza de mala muerte, eso es lo clásico, a mí me gusta innovar y probar a cocinar cosas buenas. —lo mira moviendo las manos, como una auténtica experta.

—Esta es mi chica ¿de dónde has salido? —chocan las manos en el aire.

—Y en dónde habéis comprado eso a estas horas de la tarde.

—Fácil, en el mercado negro. Sabes que la madre de Sabela tiene una pescadería en la plaza, ella se cansa de comer el pescado que no venden, pues la he llamado y esto es lo que tenía de hoy, le dije que teníamos una cena

sorpresa en casa del abuelo y que necesitábamos mercancía, y justo tenía un rodaballo, almejas, una lubina, berberechos y Mateo ha dicho que nos lo quedábamos todo, que el cocinaría el resto en su casa.

## CAPÍTULO 11

Él también se ha duchado y no parece el mismo de hace unas horas. Se ha puesto un pantalón vaquero viejo y roto en la rodilla, una camiseta ajustada negra y traía una cazadora de piel que ha dejado en el sofá cerca de dónde yo estaba y que huele que parece que enciende los motores, a hombre muy hombre y a un perfume muy sensual y caro.

Se han puesto un delantal cada uno y es una pasada ver lo sincronizados que están, con precisión matemática han calculado los gramos que necesitan de cada ingrediente para tres personas, y han troceado la cebolla al milímetro, no sé cuál de los dos es más puntilloso, porque en estos temas de exactitud hemos tenido Icia y yo muchas de nuestras discusiones a la hora de cocinar, porque a mí no me gusta y como a ella la apasiona, hemos discrepado a menudo.

El Perro y yo nos hacemos compañía en la sala, él en su mantita y yo en el sofá, por veces me mira con ojitos, aunque se ha quedado dormido mirando la televisión.

—Toma, una copa de vino, de la bodega del abogado de tu hija. —me tiende una copa con el cristal empañado.

—¿Qué? De qué hablas. —Pregunto con una sonrisa.

—El vino es un Albariño de la bodega de David —me aclara rozando nuestros dedos cuando me la da.

—No sé con las medicinas si podré tomarlo.

—Solo una copa, no va a hacerte daño. En nada estará la cena, tu hija tiene el fuego bajo vigilancia, está allí con un tenedor de madera por lo que pueda pasar, haciendo guardia. —Se ríe de ella.

—Vale, yo no bebo, y en nada se me sube.

—Bueno, pues por tu pie, que en nada ya estarás bien —levanta su copa enfrente a la mía.

—Si tú lo dices, por mi pie.

—Y porque tu hija apruebe las matemáticas— esto último lo ha dicho en alto para que ella lo escuche.

—Te juro, que como me dejes para septiembre le pongo fuego a tu casa— ella se ha girado con la espátula en la mano.

—Tú misma, eres menor e irás a un centro especial, a ver si dejas de

incordiar, y la casa no es mía, que es del banco.

—Pues para ser del banco vaya casa tienes. Mamá, Mateo tiene una de esas casas de revista, todo a juego, sabes cuando tú y yo entramos en *Zara Home* y empezamos a suspirar, pues entrar en la de él es algo parecido, incluso tiene flores, estaban secas pero hemos comprado nuevas para llevar, flores, en casa de un hombre. —Mi hija habla alucinada.

—Mucho has cambiado, si tú eras un desastre desordenado —le he dicho susurrando.

—No hagas caso, Icíá se ha imaginado cosas, tendrás que comprobarlo tú misma. —Me guiña un ojo y me hace sonreír.

Como he podido, he ido a la pata coja para poner la mesa, he recibido la bronca de los dos, pero me siento una inútil. Como no tenemos mesa de comedor en nuestro mini piso, comeremos en la cocina, por lo tanto pondré los platos. Teníamos una vajilla decente, pero como había sido un regalo de la boda con mi ex, al que no me gustaba recordar, se la regalé a mi abuela, ella la recibió con agradecimiento, yo a cambio le pedí unos platos del *Carrefour* y ya fuimos felices con ellos. Por lo tanto esos platos son lo que tenemos para comer.

A pesar de la bronca que recibo por hacer algo para lo que no estoy al cien por cien, paso de ellos, que dicen que ya no se fían de dejarme sola durante la próxima semana que estaré convaleciente.

—Tú misma, cómo no te comportes le digo a la abuela Leonor que venga a hacerte compañía, verás que pronto te pones las pilas.

—Ni se te ocurra hacer algo así —me dirijo a mi hija.

—La abuela lo revoluciona toda cada vez que viene, se pondrá a limpiar ventanas, pasar la aspiradora y esas cosas que a una le encantan y la otra odia. —Le ha contado ella a Mateo que la mira con devoción.

—Mejor déjala que descanse a su bola.

—No pienso abrirle la puerta a nadie, asique tranquilos.

Nos sentamos a la mesa, esto huele divinamente, han colocado el pescado en una bandeja que han depositado en el medio para que cada uno se sirva.

—A ver di algo, que me tienes desconcertada, no has dado ni tu opinión de la salsa. —Icíá mira a Mateo con expectación ante lo que pueda decirle.

—Um, divino, ¡De dónde cojones has salido! Toma los dos euros, a este paso podéis compraros el sofá esta semana. Está exquisito. Eres la primera niña que me encuentro a la que le guste la cocina con esta pasión. ¿Dónde has aprendido? Porque de tu madre me da a mí que no.

—Gilipollas —le doy en un brazo protestando. —Anótame un euro.

—Como que un euro, que a mí me obligáis a dos, y vosotras ponéis uno. — protesta mirando a Icia que sonrío.

—Siempre ponemos dos, eso se le ha escapado a Paula. —Se disculpa ella intentando enmendarlo.

—Vaya dos, cariño, estoy seguro de que hay muchísimas cosas que sabes hacer de maravilla, pero cocinar me da a mí que no —me ha cogido de la mano encima de la mesa. Me ha llamado cariño, se ha tomado media botella de vino él solo.

—No precisamente, has acertado. —Saco mi mano, ella nos mira alternativamente, como intuyendo algo.

—¿Dónde has aprendido a hacer todo esto?— la mira a ella.

—Pues mira, los sábados mientras mamá va a clase de bolillos, yo acompaño a las abuelas a la plaza, la abuela Pili me enseña siempre lo bueno del mercado, que debemos comprar cosas de la tierra, a las señoras que vienen de la aldea, a diferenciarlos cuando están frescos o no, y así con los pescados, mariscos, la carne. La abuela Leonor es una apasionada de la cocina tradicional, es la que mejor lo hace de toda la familia. También he acompañado al abuelo Pepe de pesca al mar en numerosas ocasiones. Como tengo que ganar dinero para pagar la minuta de mi abogado por lo que pasó en el Primark.

—¿Ah, sí?— pregunto alucinada, es la primera noticia que tengo.

—Pues no puedo hacértelo pagar a ti con ese sueldo tan pequeño que tienes y necesitamos para comer, pagar alquiler, calefacción, etc.

—Me parece genial— digo llevándome una almeja a la boca.

—Me he ofrecido a ayudarle a María José a hacer de ayudante cuando lo necesite. Ella es nuestra vecina, cocina en casa por encargo, cuando tiene que hacer cordero, Xarrete o cosas así que yo desconozco, le digo que me llame para ayudarle y aprender, y me va a pagar por lavar la ensalada, pelar las patatas, las zanahorias, ayudarle a llevar las cosas en la furgoneta, etc.

—Joder— Mateo la mira con adoración y deja diez euros encima de la mesa. —quedan en fondos.

—Gracias, —ella se ha apresurado a guardarlos en el bote, sabe que lo está desplumando.

—Dime una cosa, haciendo todo eso, cuando vas a estudiar, estamos en el último trimestre. —le advierte él.

—Es organizarse, sabes, hay tiempo para hacer todo. Si tengo examen no

voy a ir a hacer nada de esto, pero en vez de estar tirada en el sofá o callejeando como muchas de mis amigas, que parece que viven en la calle con lo que les gusta pasear, yo hago algo útil y ayudo a mamá.— Mateo me mira de una forma, ha resoplado.

—No dejas de sorprenderme. En la excursión ha quedado claro que sabes de Biología más que Irene.

—Tampoco es para tanto, de eso tiene la culpa Óscar. Sabes, como mamá siempre ha trabajado, al igual que el abuelo Pepe en el banco y la abuela Pili como profe, me he pasado muchas tardes con la abuelita Leonor, hemos jugado a las cartas, me ha aprendido a bordar, me ha obligado a leer a Julio Verne y otros clásicos, y como primo Óscar venía a comer a veces con nosotras, cuando su mamá se puso enferma, pues me sentaba con él a ver los documentales de la dos y del *National Geographic*, me lo he visto todo y lo he discutido con él. También he ido a hacer remo o correr con él alguna vez. —Le ha contado orgullosa y él se ha quedado perplejo.

—Las niñas de tu edad, la mayoría no tienen tu cultura, eres alucinante — La mira embelesado.

—Y sé cocinar, te ha quedado claro que lo de saber freír un huevo, lo hacía con cinco años.

—No te tires, que con cinco años eras casi un bebé— Protesto yo.

—¿Y lo del fútbol?

—Andrés y el abuelo, por cierto tengo que preguntarle cómo ha quedado el Celta, a ver qué han hecho con la quiniela.

—No me jodas que eres del Celta, ha ganado, como no.

—Pues claro, me imagino que eres del Deportivo, pues vaya mierda, vosotros descendéis, puedes estar contento de tu equipo. ¿Por qué eres del Depor si tú eres de Ourense y ellos son de Coruña?

—Porque también lo es mi padre y casi toda la familia.

—Pues vaya, así puedo chicharte. —Le da en el brazo.

Nos lo hemos comido casi todo, esta noche ha sido de ellos dos que han cotorreado a lo grande, han hablado de tablas de surf, de fútbol, uno del Barcelona y el otro del Madrid, no coinciden ni en la Fórmula Uno, uno de *Sebastián Vettel* y el otro de *Kimi Raikkonen* y en las motos ya han parado porque a ella no le gustan demasiado, y a él solo para montarlas.

—Puf, he bebido demasiado, —Deja caer Mateo con los ojos vidriosos.

—Eso parece, ese vino estaba muy bueno —lo miro con una sonrisa.

—Es una pena dejarlo, mañana, no estará bueno—mira la copa.

—Tú no vas a coger el coche ahora e irte a tu casa. Te quedas aquí, te dejas mi cama. —Ella nos mira a los dos con picardía.

—Será pequeña— la mira a ella con una sonrisa enorme.

—No, tú no vas a ningún lado tal y como estás, no estás acostumbrado a beber fijo. Yo duermo en el sofá, y tú te vas a la mía.

—Como quieras, eres muy buena chica. —Habla arrastrando la lengua.

—Vaya con el vino. Vosotros recogéis y yo salgo a pasear al perrito. Verdad, tú también vas a comer, en la nevera seguro que hay algo para ti, yo te lo busco, sino te hago una tortilla o huevos. —Se ha levantado de la mesa y ha ido a junto de él a acariciarlo.

—Genial, te lo cedo, no me apetece salir al frío. Me traes las gafas de coche cuando subas porfa, en la guantera, mis ojos necesitan descansar —le tiende las llaves.

Yo me he levantado llevar las cosas al fregadero, Icia ha rebuscado en la nevera unas salchichas que ha preguntado si las podía comer crudas, sino se las hará con unas patatas o pasta, él le ha aclarado que se comía cualquier cosa, que no es caprichoso. Ella coge la correa y salen por la puerta a dar su paseo.

—Joder, al fin puedo tenerte para mí solo. —Yo estoy en el fregadero y él ha llegado por detrás abrazándome.

—Qué haces, has bebido —susurro pegándome a él inconscientemente.

—Sí, pero no tanto como tu hija cree, estoy bien. —me separa el pelo del cuello y comienza a lamerlo desde el hombro hasta el lóbulo de mi oreja.

—Vaya mentiroso eres. —se me escapa un gemido porque sus manos se han colado debajo de mi camiseta agarrándome de la barriga y pegándome a él.

—Qué bien hueles, que ganas de besarte y ni te imaginas las que tengo de enterrarme entre tus piernas. —Susurra de forma morbosa.

Me gira y comienza a besarme, mis manos vuelan a enredarse en su barba que es suave y nunca la había tocado. Nuestras lenguas bailan al mismo compás dentro de nuestras bocas, que se han fundido siendo sola una. Sus fuertes manos ahora se han depositado en mis nalgas las cuales soban sin compasión, y se pega, cada vez más, puedo apreciar lo excitado que está, tanto como yo. Me levanta a pulso y me sienta encima de la mesa, que ya hemos limpiado y se cuela entre mis piernas, puedo sentirlo frotándose, nuestro beso es cada vez más apasionado, aunque de repente recuerdo que no estamos solos y e intento separarlo.

—Mateo, la niña, aparecerá en cualquier momento. —Susurro de muy mala gana.

—Ya, no será cuestión de que me cuele esta noche en tu cama, porque tu hija seguro que duerme con un ojo abierto, aún quiere al banquero para su madre.

—Cállate y tú con la enfermera que.

—Paula, yo no estoy con nadie, esa tía me la he follado una vez y punto y final, no es de mi rollo, te lo juro, sé cómo eres. —me mira fijamente.

—Genial— y ahora soy yo la que se abalanza como una loca sobre su boca y él lo agradece, se le nota— mis dedos se enredan en su pelo masajeadando su nuca.

—Cariño, no es por nada, a mí no me importa nada que tu hija nos pille así, y a ella no creo que le importe tampoco —Me separa de mala gana.

—Pero a mi si, compórtate, vale. —Le digo chupando sus labios una última vez.

—Joder, vaya calentón, si al menos estuviese en mi casa me haría una paja en tu honor, pensando en los viejos tiempos, pero para que me pille tu hija, vaya mierda. Quiero verte, a ti sola. Estoy hasta los huevos de adolescentes, de la caravana de Tito, el ajuar del bebé de Iván y los viajes de Irene. Quiero tenerte desnuda en mi cama y follarte, arréglatelas.

—Mateo, como voy a liarme con el profesor de mi hija —protesto colocándome la ropa por si ella aparece.

—No me importa eso, quedan dos meses de curso y nos las apañaremos para vernos, no quiero renunciar a ello. No ahora que te he encontrado.

—Puf, no va a ser fácil— sentencio de mala gana.

—Quizás me cuele en tu cama. —Me hace un guiño mordiéndose el labio inferior, y colocándose el paquete, que descarado eso me suena de hace años.

—Ven aquí— tiro de su brazo y lo muerdo en los labios, están tan jugosos que no puedo reprimirme, pero la puerta se abre.

—Toma, tus gafas, cuando te las pones pareces un tío inteligente e interesante, sabes. —Le dice tendiendo las.

—Vaya con la mocosa.

—Bueno, no te lo creas al cien por cien, es mi punto de vista que también soy un poco miope, de momento me arreglo, pero en nada tendré que ponerme lentes, después de que apruebe las matemáticas quizás. Te dejo dormir en mi cama, pero ni se te ocurra husmear en mis cosas vale, sé de sobra como está todo colocado, cada vez que mi madre hace de espía, ya lo sé antes de que abra un cajón.— Le advierte con el dedo levantado.

—Tampoco te hagas la interesante, que no creo que tu vida sea tan importante. —le saca hierro, como si nada.

—Por eso, céntrate en buscar una mujer que te aguante y ahora, yo me voy a acostar en el sofá, que estoy sobada de todos estos días sin dormir, y vosotros cada uno a su habitación.

—Yo estoy deseando dormir en mi cama, he quedado harta de la litera, los ronquidos de los compañeros de cuarto, etc.

—Lléveme a sus aposentos por favor, que aguantar a mocosos adolescentes durante una semana termina con la paciencia de cualquiera. —Mi hija lo empuja enfadada. —Ven aquí princesa, tú no eres mocosa ni una adolescente

impertinente, aunque a veces te luces ¿Me das un beso de buenas noches? — Tira de ella y se enrosca en su cintura, él le besa el pelo.

—Que duermas bien, capullo. Y a ver si te afeitas que pareces un indigente.

—Lárgate antes de que me enfades más de la cuenta. —se da media vuelta.

—Buenas noches Mateo. —le digo desde mi puerta.

—Te juro que me lo pensaré antes de ir a tu cama— susurra para que solo yo lo pueda escuchar.

—Mejor otro día vale, que duermas bien.

—De puta madre voy a dormir con el calentón que tengo— Se coge el paquete con la mano y me encanta lo que asoma ahí debajo de ese vaquero.

Tan pronto cierro la puerta de mi habitación es como si estuviese flotando en una nube. Mateo duerme al lado y mi hija en la sala, mi mente se lanza a fantasear y a creer que somos una bonita familia con perro incluido. Espejismos, como no, esto no dura, porque ni ha empezado, que nos hayamos dado unos besos no significa nada, yo conozco a Mateo y sé que no está preparado para determinadas cosas y por mucho que lo disimule, sigue siendo ese crío de hace años, creo que los hombres no maduran en la vida, y algunas mujeres tampoco, yo he tenido que hacerlo a base de bien, un hijo te obliga a hacer muchas cosas y si no estás preparado te preparas y no te queda otra, no hay fantasía que valga.

He dormido toda la noche de un tirón, el pie me duele cada vez menos y si no me pongo encima de él, ni me entero. Con el Ibuprofeno que me he tomado tampoco tengo agujetas, por eso cuando me despierto y recuerdo en donde estoy y quién está en casa, me invade la felicidad de nuevo. Me pongo un pijama y una chaqueta gordita que utilizo para estar en casa y salgo casi de puntillas para no despertar a nadie que aún esté durmiendo, son las nueve y media de un domingo, está bien. Aparezco en la sala y lo que hay en el sofá es lo más tierno que he visto en mi vida. Mi hija duerme a pierna suelta con los pelos delante de los ojos y el perro se ha acostado con ella y están los dos tapados con la misma manta. Escucho como se abre la puerta de la entrada con nuestras llaves y Mateo entra casi a hurtadillas indicándome que no haga ruido y vaya a la cocina. Los mira embelesado a Icíá y al perro.

—He ido a comprar cruasanes, ¿has visto qué imagen más tierna? ¿Tú crees que después de esto el perro se va a querer venir conmigo a casa? Esta niña lo tiene engatusado.

—¿A dónde has ido?— pregunto en un susurro.

—A comprar el desayuno a la panadería de la esquina, la panadera me ha

mirado como haciéndome un examen final, su hija pequeña le ha susurrado medio asustada que soy el profe de mates. Ni que hubiese entrado Hitler en el establecimiento.

—Más o menos— indico con una sonrisa.

—No me digas. —tira de mi mano hacia la cocina y cierra la puerta.

—Buenos días, bruja, te iba a llamar princesa pero lo dejaremos para cuando te lo merezcas. —me da un beso con lengua, lo agradezco.

—¿Qué tal has dormido? —pregunto con picardía.

—Bien, pero muy caliente, no querrás que te cuente lo que he soñado.

—No, vamos a dejarlo para otro día. Te invito a desayunar, ya que has traído parte, yo hago café y leche, ¿qué te parece?

—Genial, debo marcharme, mi casa me necesita, tengo trabajos que corregir que los niños me han mandado por correo electrónico. No puedo dejar de ser un capullo. —lo dice con una sonrisa canalla que hace que me derrita.

La verdad yo parece que estoy hambrienta, él me mira con malicia, y aparecen por la cocina los dos en punto, ella frotándose los ojos, con ese pijama rosa de Minions y su amigo al lado.

—Qué bien que hay un hombre en casa, que ha ido a buscar el desayuno, a veces tío Andrés o primo Óscar también nos los traen, este siempre dice que quiere envenenarme y quedarse con la herencia de los abuelos. —se sienta a la mesa abriendo la boca.

—Claro, he querido que su señoría desayune como una princesa y se levante de buen humor.

—Gracias Mateo, no soy una niña pequeña y no me va el rollo de princesas, llegas seis años tarde. —protesta golpeándolo.

—Perdone su señoría. —se disculpa haciéndole una reverencia.

—Habrás traído uno para él— señala al perro.

—Entendida en Biología, sabrás que los perros no deben comer azúcar o pueden quedarse ciegos.

—Solo una vez, anda— y le da la mitad de su cruasan, mirando a Mateo con ojitos, pero ignorando lo que le ha dicho.

—Icía, que haces —le recrimino.

—Has visto cómo nos miraba.

—Bueno chicas, mi casa me llama, Zeus y Ulises se creerán que los he abandonado en serio a ellos también.

—¿Qué? esos quienes son. —pregunto con entusiasmo.

—Zeus es el gato y Ulises es un camaleón que está en un terrario, pero sabe si yo estoy en casa o no, porque no hay quien ponga música, y si te fijas en él parece que baila. —mira a mi hija.

—El otro día me dio miedo cogerlo, pero me gustaría.

—Cuando quieras, no lo cuentes en clase y serás bienvenida.

—Vale. Tengo que hacer los deberes de matemáticas, porque al profesor no le ha importado lo más mínimo que nos hayamos ido de excursión ni nada. —chocan las cinco.

—Es un capullo no —la abraza ignorando lo que ha dicho.

—Bastante.

—Gracias por todo a las dos, recupérate pronto. —me da dos besos mirándome a los ojos y una caricia, muy tierno.

De repente siento como si me faltase algo, han sido cinco días y el fin de semana viéndolo y aguantando sus tonterías, y me gustan, no voy a negar lo que es evidente.

—¡Ay! —se le escapa a mi hija.

—¿Qué te pasa?

—No te parece guapo, si tuvieses que escoger entre él y Hugo, qué harías —pregunta así como si nada mirando a los azulejos sin ver nada.

—Pues no lo sé, ni me lo había planteado.

—Quizás vayas mejor con Mateo que con Hugo, es más un hombre de verdad. Hugo es un pijito de traje impecable, rodeado de chicas guapas estilo Mujeres Hombres Viceversa.

—Vaya que critica te has vuelto así de repente.

—No sé, es mi opinión. Fuera de clase me gusta, dentro volverá a ser un insoportable. Voy a ponerme al día, que mañana hay clase y he vegetado durante una semana, pero los profes no lo han hecho, estoy a tope.

Así ha sido, ha desaparecido en su habitación, solo nos hemos visto para comer. Yo he recibido la visita de mis padres, la abuela, Sara me ha llamado y Andrés que se ha presentado con una sonrisa de oreja a oreja, como si supiese de sobra que me he besado con Mateo, me conoce tan bien, que sabe que estoy feliz, se compromete a llevarme a mi médico al día siguiente, que ni se me ocurra echar un pie fuera de casa yo sola, aparte de que va a llover y me voy a mojar. Casi agradezco cuando se van todos y puedo sentarme en mi sofá a leer, porque de repente ha comenzado a llover y en casa se está de vicio, mi madre me ha traído libros, pero tengo algunos que he comprado en internet para leer en el *ebook*, también Sara me ha mandado, que no me aburra, ante todo. Hemos

cenado y mi hija se ha ido a dormir agotada de todo lo que ha trabajado todo el día. Y yo que soy una loca, mientras ella se ha duchado he ido a su habitación a oler las sábanas en las que ha dormido él, ella me ha dicho que no las quería cambiar, total él es una persona limpia y sólo olían a hombre, total, peor ha sido que ha dormido con el perro, asique la he escuchado a ella.

Hasta última hora Andrés no va a venir para ir al médico, por lo tanto estoy sola en casa, ella se ha ido al instituto, de repente he recordado con una sonrisa cuando decía que los lunes a primera hora tenía matemáticas para joder la semana, y me he reído por lo bajo.

Me he dado una ducha con calma y mientras no me visto me he puesto un mini vestido que tengo a veces para estar por casa. Han llamado al timbre, imagino que será el cartero, por lo tanto abro sin mirar por la mirilla.

—Hola, ¿puedo pasar?

—Tú, aquí a esta hora, ¿qué haces?

Me aparto y dejo pasar a Mateo que viene con una sonrisa de oreja a oreja, lleva un jersey de lana color gris, con unos vaqueros desgastados y una Converse negras, el pelo alborotado, verlo hace que todo mi cuerpo se tense.

—Yo tengo dos hora libres sabes, mis alumnos se han ido de excursión, y el recreo, he dicho que salía a un recado —me coge de la cintura y con el pie cierra la puerta. —Adivina a qué vengo —me pega a la pared.

—No sé, cuéntamelo tú.

—Vengo a terminar lo del otro día, ¿qué tal estás? ya sé que tu cuñado no vendrá hasta dentro de dos horas, se lo he preguntado.

—Conspiradores, de ahí su sonrisita de ayer.

—A qué sí.

Se apodera de mi boca sin piedad como siempre, nos besamos con ansia, mu sube por la pared levantándose a pulso, se mete entre mis piernas, las cuales enrosco en torno a su cintura. Deja mi boca y baja por mi cuello, intentando llegar hasta mis pechos. Me encanta, y a él también, es evidente, cada vez se pega más a mi entrepierna y se frota tanto que parece que voy a correrme así sin más.

—Para, o me correré solo con que te frotes un poco más. —le digo tirándole del pelo que tengo enredado entre mis dedos.

—Genial, y cuando te folle, volverás a correrte, no sería la primera vez, ni será la última. Vamos mejor al sofá, lo haremos de pie cuando toque la ducha. Voy a dejar que tú lleves las riendas.

—Qué raro, con lo que te gusta mandar. —protesto mirándolo.

—Solo una vez.

Me deposita en el sofá, él se sienta y me pone a horcajadas, me levanta el vestido y mira alucinado.

—Joder, no llevas bragas, vaya si has cambiado, estás justo como me gusta.

—Aunque te parezca mentira fue lo primero que pensé cuando me lo hizo la hermana de Sara. Y no sabía que tú eras tú.

—Le daré las gracias.

—Ni se te ocurra. Qué vergüenza, no llevo bragas porque acabo de salir de la ducha.

Me observa y como no se puede resistir a tocar, sus dedos han empezado a hacer un trabajo majestuoso, si antes era bueno, ha mejorado con creces. Como no voy a estar me quieta, intento desabrochar el botón de su vaquero, por suerte no lleva cinturón, y la cremallera se baja sin problema, lo acaricio por encima de su bóxer, él me está mirando fijamente, viendo como disfruto, se muerde el labio inferior y eso me pone más cachonda todavía. Mi caricia hace que lo apriete con fuerza y mi dedo se cuele por dentro tocándolo en el capullo, de su boca se escapa una palabrota, que de la manera que la ha dicho podría llenar el bote de los tacos, no me resisto a besarlo, no me vale con solo mirar.

— Para, nena para, o me correré en tus manos. Déjame coger un condón del bolsillo, ya venía preparado.

— ¿Puedo yo?

— Joder, claro que sí.

Mi mano va a su bolsillo que para ser traviesa se extiende por dentro acariciando su miembro en toda su extensión, a la vuelta traigo dos condones. Que mirándolos me causan gracia.

— Qué bien que los hayas traído o no habríamos follado, no tengo condones en casa.

— Que poco previsora, pues como puedes ver, no me voy a contentar con solo una vez, sabes.

— No lo sé no, pero corres mucho tú.

Abro el envoltorio con los dientes y mientras él se baja el pantalón y el bóxer todo junto, sin perder tiempo, cuando veo lo que oculta, lo miro un poco asustada.

— Mateo, tú también has cambiado. Te has hecho más.

— Sí joder, me ha crecido la polla, lo sé, ahora soy un hombre. — comenta, orgulloso de sí mismo.

— Pues prométeme que tendrás cuidado, porque yo hace mucho que no tengo sexo.

— De Puta madre, que no te has follado al banquero, me gusta eso, y mucho, tanto como tú— susurra observando como mis manos se deslizan con el condón por su pene, duro y tieso, como ni me habría imaginado. —Cariño, mejor cambiamos, porque en esta postura no estoy seguro de no hacerte daño, ven, yo iré encima, otro día dejo que me montes lo que te dé la gana. Esto fuera, quiero tus tetas —me saca el vestido por la cabeza, voy sin sujetador también, me mira con unos ojos de deseo— Joder, vaya tetazas tienes, tú sí que eres el sueño de cualquier hombre, como me voy a poner. —se abalanza sobre mis pezones, primero uno y después el otro, los lame y chupa, creo que no sabe exactamente a lo que va a prestar más atención.

Me tumba en el sofá con cuidado, vuelve a tantearme con sus dedos, que ha hundido en mi interior, los ha sacado y se los ha llevado a sus labios chupándolos es señal de placer.

— Dios, que ganas de tenerte un día en mi cama y hacerte un montón de cosas que me apetecen.

— Veo que sigues siendo un perverso.

Lo miro con una sonrisa en mis labios y ha empezado a penetrarme, lentamente, con deleite, se le nota en la cara, como si fuese saboreando cada centímetro que va avanzando, me pregunta con la mirada, si me hace daño o puede avanzar, le doy mi permiso, qué maravilla, nunca me había sentido tan llena, esa es la palabra exacta, plena y satisfecha, sobre todo cuando ha empezado a moverse. Yo sé que se está conteniendo por si me hace daño, porque Mateo no era dulce precisamente, cuando lo hacíamos hace años parecíamos dos animales desatados, no nos importaba si alguien nos oía gritar, ni ninguna otra cosa si nos lo pasábamos bien. Cuando con mi pié en su culo tiro de él hacia mi interior, su sonrisa traviesa me mira como entendiendo que quiero más y es cuando empieza a moverse, despacio al principio pero cuando se incendia, se termina la dulzura y empiezan las fuertes estocadas saliendo de todo y volviendo a penetrarme con fuerza.

— Era esto nena, no hemos cambiado, qué bueno joder, me encanta, dime que vas a correrte, no me falta nada.

— Así, otra vez, por favor. —susurro y casi no me salen las palabras.

Me ha entendido a la perfección, ha salido casi de todo y como un loco se ha enterrado de nuevo hasta el fondo, tocando el botón mágico que lo ha desatado todo, un éxtasis nos ha invadido a los dos, burbujeando mi sangre

hasta todas las esquinas de mi cuerpo. Hacía años que no me corría de esta forma.

—Gracias, ha sido colossal —le digo con la respiración entrecortada sin saber muy bien lo que sale de mi boca.

—Estoy seguro de que necesitabas algo así. —me habla y me besa a la vez.

—Pues sí, el sexo con mi ex, era una mierda. —digo casi sin pensar, pero era la verdad.

—Volvemos a ser los mismos locos de hace unos años.

Mateo sale de mi interior, se saca el preservativo y envolviéndolo en una servilleta lo deja en la basura de la cocina. Yo me levanto y voy a mi habitación a ponerme al menos unas bragas. Cuando me doy cuenta, él está detrás, cotilleando. Se coloca bien los pantalones, y se está poniendo el jersey.

—No es que no me apetezca gastarme el otro condón, pero guárdalo para otro día, sólo lo vas a gastar conmigo. Dúchate o tu cuñado se olerá que has follado, por cierto, ya que vas al médico, mejor no te duches y si hueles a sexo cuando vayas a junto de Olalla, dile a quien te has tirado.

—No me apetece ver a esa tía, es una cerda.

—Olvídate de ella, piensa que tenemos un problema, yo quiero repetir esto, y hacerlo más a menudo, no me vale el desahogo de un polvo. Tenemos que ingeniárnoslas para vernos y que no se entere nadie.

—Puf, vaya rollo —protesto sentándome en la cama.

—Lo siento, yo no me puedo liar con la madre e mi alumna, al menos, no hasta que termine el curso, y no voy a esperar dos meses para volver a acostarme contigo.— Mateo se tumba en mi cama y hace que yo lo haga a su lado.

—Pues vaya mierda, en mi casa está mi hija, no podemos ir a cenar a ningún sitio porque seremos la comidilla del pueblo, y yo que cuento para ir a tu casa. Trabajo durante el día, y no puedo salir de noche así como así, sin dar explicaciones de a dónde voy. —lo miro con preocupación.

—Vaya mierda, lo nuestro es ocultarnos media vida, primero de tus padres y ahora de tu hija —me mira a los ojos y me besa.

—Lo siento —me abrazo muy fuerte a él.

—Tranquila, mañana vuelvo, en el recreo.

—Escucha, a ver lo que me dice el médico, si me manda a trabajar, le digo que me duele mucho el pie aun. Mañana Icia no está en toda la tarde, va a casa de mi madre y al conservatorio, ¿será un riesgo si nos pilla aquí?

—Lo peor va a ser esa vecina tuya que le gusta salir a la puerta cada vez

que alguien viene a tu casa. —me dice con una sonrisa burlona.

—Lo que faltaba, vamos. Que en nada estaré en boca de toda la escalera. —sentencio con fastidio.

—Tengo que marcharme, he dejado a Irene a cargo del recreo y esta tía no me inspira mucha confianza, desconfío de unos niños que hacen *bulling* a un compañero y quiero vigilarlos. Si vas a la farmacia compra condones, y lubricante —me mira con una sonrisa picarona.

—¿Qué?

—Tranquila, de momento no lo necesitamos, pero cuando probemos otras cosas nos será muy útil.

—No te lances.

—Paula, somos adultos, no los soplapollas de dieciocho años, ya en aquella época nos gustaba experimentar, y ya que tu matrimonio ha sido una mierda, he llegado yo para ponerle la nota de color a tu vida, y a tu sexualidad. Ven, dame un beso en condiciones.

Nos fundimos en un beso de esos que nos gustan, con mucha lengua, saliva, mordiscos y chupetones. De mala gana voy con él hasta la puerta y nos despedimos antes de abrirla para marcharse.

—Piensa en cómo me vas a recibir mañana, vale cielo, tienes tiempo.

Andrés me ha preguntado si todo iba bien con una sonrisita picarona en sus labios, yo creo que no soy capaz de ocultarle nada, si estoy segura que él sabe que me he acostado con Mateo, no sé si son imaginaciones mías. Mi médico ha dicho que esto está genial, que en dos días puedo empezar a apoyar y cuando quiera comenzar a trabajar, mi cuñado, que ha entrado conmigo, me ha dicho que ni lo sueñe, así no soy capaz de conducir, por lo tanto no voy a salir de casa.

—Lo que hagas en tu vivienda no me importa, hasta dentro de una semana no te va a dar el alta, y no te quiero así en la fábrica, búscate a alguien que venga a hacerte compañía y no pierdas el tiempo —lo ha dejado caer con una sonrisita.

—Qué fácil lo ves tú —protesto como si nada.

—Paula, no te martirices, vive el momento que te toca, y lo que sea ya será. Tienes mi apoyo, las cosas caerán por sí solas y todo irá rodado.

—¿De dónde demonios sacas tanto optimismo después de lo que te ha tocado vivir?

—De la vida, pasa solo una vez y disfrútala.

—Joder con el cuñado, a ti no se te puede ocultar nada.

—Te quiero, sabes de sobra que tú y esa niña sois de lo mejor que tengo en mi bonita familia. Has luchado con uñas y dientes por ella, y de una puta vez te mereces ser feliz, deja de lado todos los perjuicios, las cosas han pasado por que sí, así sin más, sabes lo que le prometiste a tu hija cuando cumpliese los catorce, pues qué más quieres.

—Eso va a precipitarlo todo y va a ser volver a empezar —me miro las manos sentada en el asiento del coche.

—O no, pase lo que pase, tu disfruta del ahora y no pienses en dos meses. Mateo es un gran tío, en serio, disfruta de él.

—Gracias, tus palabras siempre me aportan serenidad —me abrazo a él con un enorme suspiro saliendo de mi boca.

—Intenta subir las escaleras apoyando lo mínimo, ¿quieres que te ayude?

—Voy a intentarlo, nunca podré agradecerte todo lo que haces por nosotras.

—Lárgate, si necesitas que te cubra, no lo dudes, te quiero. —me muerdo el labio inferior muerta de vergüenza.

Subo las escaleras con una sonrisa en mis labios. Si Andrés siempre ha sido como ese hermano que no he tenido, bueno ha sido el marido de mi hermana. Lo mucho que ha sufrido parte de su vida con la enfermedad de Ana, entre los dos y Óscar viendo como ella se apagaba día a día, es verdad que Icíá era la alegría de la casa, un bebé curioso y travieso que a pesar de la situación, siempre les arrancaba una sonrisa en medio de la tormenta que reinaba en sus vidas, a ellos, a mis padres, a la abuela, y a mí. Sin duda tenerla ha sido la mejor decisión que podría haber tomado nunca.

A la media hora de estar sentada en el sofá recibo un mensaje de Mateo preguntándome qué me ha dicho el médico y me manda un beso de regreso. Si aún están en clase, predicando con el ejemplo de los teléfonos móviles.

Así de repente creo que voy a ponerle una clave al mío, o mi hija me descubrirá a la vuelta de la esquina, aunque también puede desconfiar de que se la haya puesto después de no tenerla nunca. Pero prefiero no llevarme sustos innecesarios.

Llaman al timbre, será el cartero, esta vez sé que a Mateo no creo que se le ocurra volver, pues no, una chica que se identifica de una confitería del centro, pone en mis manos una cesta cargada de bombones y chocolate. La miro con cara de tan alucinada que casi no le doy ni las gracias, y quien se habrá tomado la molestia de enviarme semejante regalo, cuando cierro la puerta, doy media vuelta para dejarla sobre la mesa y miro la tarjeta de quien es, casi me da un vuelco el corazón, aunque me siento un poco desilusionada porque creí

que sería de otra persona.

“Que tengas una dulce recuperación”

Hugo.

Vaya con el chico detallista, y claro, como buena persona que soy, tendré que darle las gracias por lo que me ha mandado. Este regalo solo va a hacer que él recuerde lo que tenemos pendiente, y espero que no se le ocurra venir a verme o no sabré cómo reaccionar. Le mando un mensaje agradeciéndole el detalle y vuelven a llamar al timbre, ¿quién ahora? Voy a abrir y es una chica con un bonito ramo de flores, es precioso, lo cojo para abrazarlo casi sin pensar, lo miro alucinada y de nuevo casi no le doy ni las gracias. Y de tonta, como nunca me manda flores nadie, no sé si debo darle una propina o algo. Voy a la cesta de chocolate y pongo unos bombones en su mano, que en principio rechaza pero después los acepta con agradecimiento, y ahora sí que las flores son de Mateo, un mensaje un poco soso, una tarjetita con un simple.

“Gracias por todo, mejórate”

Mateo.

No importa, me llena de ilusión igualmente, recibo un mensaje en mi teléfono, al cual voy como una loca nada más sonar.

“Como sé que tu hija va a husmear la tarjeta de las flores, este es el verdadero mensaje, bueno el otro también. Gracias por aparecer, gracias por lo de esta mañana, por lo del sábado noche, y por lo que venga.”

Y un corazón, si es que no puedo estar más ilusionada. Ahora sí se abre la puerta con la llave, es Icíá que al verme con las flores en la mano y la cesta de chocolate al lado no sabe cuál va a mirar primero, y yo que he guardado el móvil en el bolsillo del pantalón, sin dejarlo tirado en cualquier sitio como suelo hacer.

—En serio, no me lo puedo creer, cuando todo, cuando nada. Que Hugo te mande chocolate, demuestra lo galante y caballero que es, sin duda, pero de Mateo sí que no me lo esperaba, con lo Toxiño que es y que te mande flores, no me lo puedo creer. —las ha olido, y ha ido a la cocina a buscar un florero.

—Ya ves, es de agradecer lo que han hecho los dos.

—¿Y cuál de los dos regalos te gusta más? —pregunta mirando los bombones.

—Los dos, no tengo preferencia por ninguno.

—Pues Mateo ya se ha lucido hoy, así a primera hora, aunque conmigo se ha portado bien, le ha echado la bronca a los que no hicieron los ejercicios y cuando le explicó uno complicado a César, ya volvió a ser el profe

insoponible, en serio, tanto se tiene que involucrar en hacer ese papel a la perfección, o ha hecho un papel con nosotras.

—Qué va, yo aquí lo he visto muy natural, será un capullo solo en clase.

—Fijo, pues vaya manera de cagarla, casi lo ha hecho llorar.

## CAPÍTULO 12

Esto de estar todo el día en casa sin hacer nada, va a terminar pasándome factura, y si le hago caso al chocolate que me ha enviado Hugo también. Hace dos semanas que no he ido a pesarme, la pasada por la excursión y esta porque estoy convaleciente, se lo he dicho y quedamos la próxima, pero ya casi he conseguido ponerme la mayor parte de la ropa que Sara me había traído, que maravilla de cosas bonitas. Hoy me he puesto ropa cómoda total solo para ir al médico y por la tarde en casa me he metido dentro del pijama, mi uniforme favorito para estar cómoda, aunque a veces parezca una indigente entre pelos desmadejados y el pijama de turno.

He soñado con Mateo, como no, lo que ha ocurrido hoy ha sido colosal, y eso lo he recordado antes de dormirme, él me ha enviado un mensaje deseándome muy buenas noches, yo también, con un beso. De ahí a que mi mente volase a tener sueños eróticos a su lado, no ha hecho falta gran cosa. Me agrada saber que piensa en mí sino no me mandaría el guasap, que guay. Aunque ha dicho que vendría al día siguiente, no creo que lo haga.

Hoy no llueve y creo que va a hacer un bonito día de primavera, una pena no poder salir a pasear un rato, pero quizás no sea muy aconsejable, mi pie no está bien del todo. Abro la ventana y se escuchan los pajaritos cantando en el pequeño parque que hay al lado de nuestra casa, desde aquí no se ve el mar, pero sí que se huele, no está lejos. Echo de menos salir y dar un pequeño paseo por cerca de la playa, aunque mañana si hace como hoy, quizás me decida a hacerlo un ratito, si me molesta me vuelvo y asunto arreglado.

Se me hace tan extraño estar en casa, que a veces no sé lo que hacer con tanto tiempo libre, porque como nunca lo he tenido. He ordenado el mueble del salón, bueno los cajones, que tenían un montón de cosas inútiles, que debí haber tirado cuando nos mudamos mi hija y yo, después de la separación de mi ex. Pero no, como fue todo un poco precipitado, buscamos un pisito para las dos, cuyo alquiler nos pudiéramos permitir y vinieron todas las cosas que había sin hacer ningún tipo de selección porque yo tenía que trabajar y no podía perder el tiempo en ordenarlo todo como era debido, pues esta semana sí lo tenía, aún quedaba mi habitación, pero se me han terminado las ganas y más después de la visita de Mateo a media mañana.

—Hola, ¿cómo va tu pie? —pregunta desde el umbral de la puerta de la entrada. —Pensabas que no iba a venir y me recibes en pijama, pero no me importa.

—Pasa, que la vecina es un poco cotilla y se creará cosas —protesto tirando de su sudadera y metiéndolo en el interior de mi casa.

—Qué cosas, el profe viene en el recreo a visitar a la madre de su alumna —me susurra agarrándome por la cintura.

—Por ejemplo. ¿No te van a echar la bronca por salir del instituto todos los días en el recreo?

—Me la suda, mi expediente es impecable, hasta el momento, ayer tenía hora libre porque mis alumnos van de excursión, y los que se quedan no han venido, y hoy otro tanto de lo mismo. A ti que más te da. —Me acorrala contra la pared acercándose a mis labios.

—Me siento mal haciendo esto a escondidas. —Se pega.

—Venga, no te hagas la estrecha hora, si lo prefieres cuéntaselo a tu hija, si crees que es buena idea, porque es de la única que nos escondemos. Vamos, tengo poco tiempo y muchas ganas.

Una vez más me sube por la pared metiendo su mano por debajo de la parte posterior de mi pijama y tocando mi piel que lo recibe con ansia, nuestras bocas ya están pegadas comiéndose como si fuesen dos depredadores, las lenguas engarzadas la una en la otra, chupándose y sin ningunas ganas de separarse. Esta vez me lleva enroscada a su cintura hasta mi habitación, la cual no ha sido necesario mostrarle, ya se sabe el camino.

Me deposita encima de la cama, subiéndome la parte de arriba hasta llegar al objetivo de mis pechos, que sin perder ni un segundo se ha dedicado a chupar, lamer y morder arrancándome un gemido de placer que no puedo reprimir.

— Me encanta escuchar eso de tu boca, y no lo de que te sientes mal porque vayamos a follar, yo me siento genial y con unas ganas que no te puedes imaginar.

Doy media vuelta con él pegado a mis piernas, a lo cual no se resiste en ningún momento, soy yo la que se pone a horcajadas encima de él, le levanto su sudadera y la camiseta que lleva debajo, por una vez me fijo en los tatuajes que luce en el pecho, los miro a ellos y a Mateo alternativamente de forma interrogante. Él termina por sacarse estas dos prendas.

— Un día te lo cuento, ahora no tengo tiempo.

Yo también voy a sus tetillas y me hago la traviesa mordiendo sus pezones,

su reacción es pegarme más a ellos con un alarido de placer escapándose de sus labios, y mientras mi mano se ha colado dentro de la cinturilla de su pantalón de chándal, una maravilla, tiene goma y eso facilita mucho las cosas, después su bóxer, y al fin he llegado a mi objetivo, Mateo me mira tan perplejo por la velocidad que llevo que se ha quedado observándome, ni se ha movido. Eso hace que me sienta más traviesa y perversa, y bajando desde sus tetillas con un reguero de saliva que va dejando mi lengua por los músculos de su vientre, mi cuerpo sigue reptando hacia el sur, observándolo con su cara de perplejidad porque tengo su pene en mi mano que se mueve por inercia de arriba abajo mientras lo miro a esos ojos de pupilas dilatadas, y llegado a mi objetivo lo que hago es metérmelo en la boca.

— Joder, Paula no por favor, que he venido a follarte a ti, solo con verte como la chupas, me corro solo de pensarlo, déjalo para otro día. Me encanta — y el bufido que ha salido de su boca lo pone de manifiesto.

— Y si te estás calladito —lo miro a los ojos mientras mi mano continúa con lo que estaba haciendo sobre su polla, ahora impregnada de saliva facilitando mi movimiento y recreándome en el capullo.

— De eso nada, me encanta, nena, para por favor, no quiero correrme en tu mano.

Habla suplicando, vuelve a darme la vuelta, arrastra mi pantalón de franela y mis bragas, que al menos son decentes, que me he duchado, así sin pensarlo. Ahora es él el que se cuele entre mis piernas, no me lo esperaba, pero me encanta, porque no tiene piedad, su boca es magistral, me hace cosquillas con la barba, es la primera vez que alguien con barba se cuele entre mis piernas, lo digo como si tuviese un currículum ejemplar, y una mierda, porque mi currículum está casi en blanco.

— Me haces cosquillas. —le digo mirándolo con una sonrisa traviesa.

Ni caso, eso ya me lo sé. Me devuelve la sonrisa, utilizando los dedos con maestría, estos han pasado a sustituir a su lengua y su boca y me vuelve loca, sé que están empapados, porque yo me noto muy excitada, tras su mirada vuelve a su trabajo, pasa a utilizar solo una mano, y con la otra saca un condón del bolsillo posterior de su chándal, como remate final chupa con fuerza mi botón mágico arrancándome un orgasmo colosal, con el cual gritaría como una loca si no tuviese miedo de que la vecina del al lado está con la oreja pegada a la pared.

— Así me gusta nena, sin esfuerzo, me encanta verte esa carita de felicidad que lo dice todo, esos ojos brillantes, y más, saber que todo eso lo haya

desencadenado yo. —se coloca el condón mientras me mira. —Ahora voy a fundirme en tu interior y conseguiré que te corras de nuevo y que con ello me estrujes la polla, toda para ti, cariño.

Lo miro perpleja, se ha pasado la mano por la barba y su boca que tan pronto viene a la mía compruebo el sabor de en donde ha estado. Hace unos meses todo esto que acabo de hacer, creo que me daría asco, y hoy lo estoy disfrutando de una forma asombrosa.

Siento como con su mano guía su pene hasta mi entrada, mientras me mira y me besa dulcemente chupando y tirando de mis labios, me lame con su lengua provocándome una sonrisa, y una vez más entra con suavidad, es como si quisiera saborear cada centímetro que va avanzando, cierra los ojos, se ve lo mucho que lo está disfrutando, no es el único, pues a pesar de haber recibido mi ración, tengo la necesidad de que quiero más, lo quiero a él más adentro, y se lo demuestro empujándolo con el talón en una nalga y envolviendo mis piernas alrededor de su cintura. Cuando Mateo ha alcanzado su objetivo que era llegar hasta el fondo, se para, me mira de nuevo.

— Es la hostia, después pongo dos euros. —se escapa un bufido y a mí una sonrisa. Me pide calma con la mirada.

Y esto empieza a calentarse, mucho, comienza a entrar y salir primero de forma pausada, pero eso dura poco, cada vez un poco más rápido, se nota cuánto lo está disfrutando, me incorpora poniéndose de rodillas y colocándose de nuevo a mí, que lo abrazo para no caerme. Los movimientos son más lentos y más cortos, pero igual de torturadores, metiendo una de sus manos entre mis piernas se dedica a frotar en donde sabe que va a ser el boom que lo desencadene todo.

— Lo siento, si no te corres prometo compensarte en otra ocasión, pero no aguanto más, te has pasado tanto antes y lo he disfrutado de una forma que no puedo resistirme.

Me mira fijamente, me frota, se mueve pegándose, de una forma indescriptible y casi sin contar, mi segundo orgasmo nos invade a los dos, sé que estoy haciendo lo que a él le gusta, succionando con mi musculatura todo su miembro, siento como se ha tensado, sus músculos y sus facciones, me causa gracia, es un placer tan grande verlo disfrutar que casi no doy crédito.

Nos quedamos abrazados, jadeando, intentando recuperar el aliento, pegamos nuestras frentes, nos miramos con una sonrisa en los labios.

—Colosal Paula, ha sido colosal.

—Lo mismo te digo, me ha encantado.

—No sabes lo que me jode tener que marcharme, tengo clase con tu hija, sé que si llego tarde se van a alegrar, pero no puedo darles ese gusto. —me saca de dónde estoy, y me deposita encima de la cama, él mientras se saca el condón mirándome a mí. —¿puedo volver esta tarde? ayer dijiste que estabas sola.

—Lo siento, creo que Icia quiere aprovechar que estoy en casa y no ir a la de su abuela, tiene que estudiar para Tecnología, y si tiene alguna duda sabe que yo la puede ayudar, por lo tanto solo se va al conservatorio. —lo miro con pena.

—Vale, vaya mierda, hablamos —me mira empezando a vestirse.

Que deleite mirarlo, músculos, tatuajes, como ha cambiado este chico que hace años estaba bien físicamente, pero no tenía nada de todo esto que le da un toque de muy hombre. Se pone la camiseta negra y la sudadera gris, el bóxer y su pantalón con unas zapatillas deportivas de color negro. Nunca había tocado su *piercing*, ese que lleva en la ceja, creo que me dará un poco de grima. Pero tirando de él para que me dé un beso, lo hago.

—Lo siento, no he podido resistirme —lo toco y lo muevo, él se deja hacer.

—Eres una curiosa. Cómo me gustaría quedarme a por un segundo asalto.

—Nos veremos pronto, conseguiremos un rato para nosotros —le digo sin estar muy convencida de que esto vaya a pasar.

—Eso espero.

—Pórtate bien con los chicos, que acaba de follar y se supone que tienes que estar relajado —me levanto para acompañarlo a la salida.

—No puedo bajar la guardia, ni dejar de ser ese hijo de puta que ellos odian, pero impone mucho respeto. Y esto que es— mira señalando la cesta de bombones que está en la mesa del salón, junto con sus flores.

—Alguien que me lo ha mandado —respondo de forma evasiva.

—El soplapollas este— rosma cotilleando la tarjeta.

—Hablabas de que mi hija cotillearía tu tarjeta, pues tú —se la arrebato un poco cabreada.

—No me digas —coge un bombón, se lo lleva a la boca. —no me has invitado, pero voy a hacerte un favor, tú no puedes ir al gimnasio, aunque lo que yo te propongo es más entretenido e igual de quema grasa. Me llevo otros dos, le daré las gracias cuando lo vea, para que sepa quién va en cabeza.

—Empiezas a cabrearme —le digo un poco enfadada por lo que pretende.

—Sabes nene, que tu hija no pueda saber lo nuestro, no quiere decir que se lo ocultemos a todos. —protesta con chulería.

—Se te hace tarde, y nosotros de momento no tenemos nada, solo dos polvos.

—Sí, dos polvazos, enuméralo bien, y tú no eres de las que folla con cualquiera, yo no creo que hayas cambiado tanto en estos años. Ese tío no tiene ninguna baza en este juego. —me mira comiéndose el segundo bombón.

—Llegas tarde a clase, tus alumnos terminarán adorándote.

—No sé si eso me interesa. Hablamos. Piensa en mí y pasa de los bombones.

Me pega a su cuerpo, nos despedimos en la puerta con un beso de sabor a chocolate. Muerdo su labio superior, lo que ocasiona una protesta mínima. Su mano se ha colado debajo de la camiseta que me he puesto para salir con él, me amarra una nalga, y de mala gana, abre la puerta para marcharse.

—Hablamos pequeña. —me acerca con un susurro.

Se larga escaleras abajo corriendo, desde mi casa escucho como arranca su moto, no es por nada, pero creo que llegará tarde, como siga así, su expediente impecable, pronto dejará de estarlo. Esto es como cuando tienes los quince puntos en el carnet de conducir y en una semana te quedas solo con la mitad, y por tonterías.

Lo de que piense en él no era necesario recordármelo, lo hago a todas horas, en poco tiempo se ha colado en mi cerebro casi sin quererlo, llevamos viéndonos una semana, si no es nada, pero esto solo ha avivado ese fuego que hubo hace unos años y que con solo vernos y tocarnos en la punta de los dedos, ha sido el detonante suficiente para que todo regresara. Me asusta lo que pueda pasar, mejor no pensarlo o esto se terminará antes de empezar.

Falta muy poco para terminar las clases y ahora todo se vuelve un agobio, que si trabajos, libros para leer, exámenes, incluso una recuperación de matemáticas de la segunda evaluación que tiene suspensa y como de costumbre eso lo vamos a notar, y mucho, mi hija en época de exámenes está insoportable, ya me hago a la idea de lo que nos depararán estas próximas semanas.

Hemos comido en calma, ni ha mencionado a Mateo, buena señal, lo que hicimos fijo que lo dejó fuera de combate en clase, y parece que me río yo sola. Cuando terminamos de comer, ella se va a su cuarto a hacer los deberes, y me recuerdo que ya hace unos días que no miro Instagram, así como el Facebook es de visita obligatoria todas las mañanas, el otro por veces se me olvida que lo tengo, y me encuentro con una foto de Mateo recién subida, para que le habré devuelto el teléfono a mi hija, soy una madre blandengue, él tenía

razón, pero tampoco voy a castigarla de por vida si la chiquilla va cumpliendo. Foto en la excursión, sentado en el banquito que estaba frente al lago, pensativo, me gustaría saber lo que se le estaba pasando por su mente, porque por la ropa que lleva puesta, es del día que discutimos, con un poco de suerte quizás sea yo la dueña de sus pensamientos, que inocente y soñadora soy. Otra parado en medio de un sendero y con una sonrisa que derretiría todo el Polo Norte, no puedo negarlo, las fotos son muy buenas, y una última durmiendo en el autobús, con una cara de angelito que está para comérselo. Solo espero que no descubra lo que mi hija hace con su personaje, o sino el buen rollo y el filin que han conseguido, puede irse al garete.

Hemos intercambiado algunos mensajes durante el resto de la semana, pero no hemos vuelto a vernos y como estoy cansada de estar en casa, el viernes vuelvo al trabajo, ya puedo conducir, y lo hago sin avisar para que Andrés no me eche la bronca, cuando todos llegan yo estoy en mi sitio, recibo un beso de mi compañero Martiño, un saludo seco por parte de Tomás, pero él es así, creo que aunque se incendie la fábrica, no se va a inmutar. Mis sobrinos me miran con picardía, sobre todo Sara, que me pregunta si no tengo nada que contarle, pues no, que voy a decirle, no creo que lo que me ha pasado con Mateo tenga tanta importancia, para mí sí la tiene, pero de momento no quiero precipitarme. La mirada que recibo de mi cuñado me dice muchas cosas, es como si me estuviera echando la bronca en silencio.

—Hola chicos, Paula, tú no has estado y no sabrás que en tres semanas abrimos la fábrica de Boiro, necesito que revises los currículos que hemos recibido de la gente, ya lo han hecho tus compañeros, pero quiero el criterio de todos a la hora de hacer una selección. De los que escojáis haremos una entrevista con esa gente, a mí lo de seleccionar no se me da bien, prefiero que la caguéis vosotros, para mí ya es mucho ser el jefe.

—Pues vaya marrón no, habrá que decírselo a Cholo también él controla del funcionamiento de la fábrica. —replico mirando el tocho que han colocado encima de mi mesa.

—A ver, de entrada nos quedamos con la gente que ya estaba en la fábrica antes, pero ampliamos puestos de trabajo. También quiero entrevistarme con todos mis empleados, los que ya están, me interesa su vida, su situación familiar, etc. No quiero que sean un número. Aceptaremos sus sugerencias a la hora de que quieran que contratemos a alguien de su entorno, pero haciéndole un chequeo a esa persona, porque yo no me fio de que los empleados que están sean buenos al cien por cien, sabiendo cómo eran los anteriores propietarios

no me inspira confianza. Por eso necesito a alguien que los primeros meses lo supervise todo, y el que no valga como trabajador se va a la calle, eso lo dejaremos claro en la primera reunión que hagamos. De entrada llevaremos la gestión desde aquí, porque confío en vosotros y aunque contratemos a alguien para la oficina de Boiro, quiero que vosotros lo superviséis todo. Como supone un incremento de trabajo, también lo será del sueldo. ¿Qué tenéis que decir?

Andrés se ha sentado en la mesa de Sara para explicarnos todo esto, es como si fuese una mini reunión familiar, porque al fin y al cabo en esta fábrica somos una familia, de tamaño mediano, y con los de la nueva, espero que sigamos el mismo patrón.

—Yo creo que todos estamos dispuestos a ayudar en lo que sea necesario, tanto con la elección, arranque de todo, etc. —Ha manifestado Martiño.

—Sin problema. —respondo yo y los otros me secundan.

—Haremos una pequeña inauguración, prefiero que os encarguéis de ello Sara y Paula, Martiño y Tomás, os tocan los temas de gestión con Hacienda, Seguridad Social, Xunta de Galicia y Concello, las máquinas ya está prácticamente todo, lo hemos mirado entre mi padre, Óscar y yo, que también nos encargaremos del mobiliario y os advierto que estas semanas van a ser de locos, si no somos capaces de tener todo medio solventado a finales de la próxima es mejor que retrasemos la apertura. Mientras vosotras dos id haciendo una lista con la gente que invitaremos a la inauguración. Algo sencillo, pero con gente que tenga peso en el pueblo, invitaremos al cura si es necesario —lo menciona con una sonrisa.

Vaya lo que nos espera, y coincidirá con los exámenes de mi hija, creo que nuestro buen rollito de las últimas semanas se va a ir al traste con el agobio que nos espera a las dos, no sé si tendré tiempo de ver a Mateo, ya lo dudo. Agradezco haber tomado la decisión de empezar a trabajar hoy porque la que se nos viene encima, es de locos.

Llevamos unos cuantos días que la puerta de casa no ha sufrido ningún golpe por el mal humor de mi hija y eso es un alivio, saber que viene feliz de clase, me llena de alegría a mí también, que cada día le pregunto con miedo, como ha ido todo.

—Hola, ¿qué hay de comer? huele de maravilla— viene a darme un beso a la cocina.

—Pollo guisado, me lo ha traído la tía de Martiño, de los que tiene en su gallinero en casa —respondo sin sacar la vista de mi puchero, no vaya a ser

que la cague, con lo sibarita que es ella para la cocina.

—¿Qué tal tu primer día de trabajo?— mete la mano y un tenedor para coger una patata.

—Bien, pero la que se nos viene encima, van a abrir la fábrica de Boiro, y telita con lo que tenemos que hacer ¿y tú?

—Bien, hice la recuperación de matemáticas, y me he fijado, antes de que preguntes, a ver cómo corrige, pero creo que me ha salido bastante bien. Mateo quiere ir a surfear el sábado, ha dicho que vengas tú también.

—No sé hija, tú que dices. —la miro de forma interrogante.

—Yo digo que me apetece, tengo que aprovechar, vienen los exámenes y tardaré en poder volver, anda di que sí y vente con nosotros, ahora que hay buen rollo entre vosotros, antes de que pase algo y la caguemos de nuevo.

—Me lo pienso por la tarde para que se lo digas.

Comemos tranquilas y seguimos hablando de clase, asignaturas y amigos suyos, me gusta el cambio que ha dado últimamente, que se ha vuelto un poco más abierta contándome cosas, la idea de ir con ellos el sábado me hace ilusión, me pierdo mi clase de bolillos, pero me atrae más el resto.

Hasta me ha entusiasmado ir a comprar las cosas para los bocadillos que vamos a llevar, lo he preparado todo y a la hora que Mateo nos ha indicado estábamos esperándolo, mi hija con su inseparable tabla de surf y yo con la cestita de picnic, incluso llevo comida para Orballo, que ante la insistencia de Icia me imagino que traerá. Para el coche delante de nosotras y verlo bajar de este para ayudarnos a guardar las cosas en el maletero, ya hace que mi mente se dispare al recuerdo de él entre mis piernas y mis dedos enredados en su pelo.

—Hola Paula, ¿cómo vas? —me saluda depositando un beso en mi cara, ha mirado que Icia se ha sentado a acariciar al perro, y ese beso ha rozado mis labios.

—Bien, y tú.

—Bueno, podría estar mejor si me despertase con alguien a mi lado en la cama, pero bueno, me he conformado con el trabajo de mis expertas manos y mi mente fantasiosa— ha susurrado una vez que la puerta del coche estaba cerrada.

—Eres un exagerado.

Lleva puestos unos pantalones cortos y una camiseta azul cielo con un extraño dibujo en la parte delantera, y esas gafas de sol, que se las acaba de poner para conducir y para hacer que me derrita por dentro y me excite con

solo verlo. Porque mirarlo atento en la carretera y como coge el volante, pone, y pone mucho, los escucho hablar de cómo estará la marea, los dos la han mirado antes de salir, en una aplicación que tienen en el teléfono y cuando llegemos será el momento ideal y de mejores olas. Ella se ha instalado en la parte posterior de este enorme coche, al lado de su amigo.

En Villagarcía vivimos cerca del mar, y me encanta su olor, pero este olor de La Lanzada es distinto, esta bonita playa me cautivó desde pequeña, que mis padres alquilaban un piso cerca, para veranear durante un mes, y es un sitio que me encanta, aquí pasé mis mejores veranos, y a ellos se lo acabo de contar, también han intentado convencerme de que haga surf con ellos.

—Ni loca, vamos, he traído el bikini, pero hace frío, aun no estamos en verano, y este mar no es caliente como el Mediterráneo, es un cubito de hielo, vosotros tenéis el traje de neopreno, por lo tanto no lo notáis —les he dejado claro.

—No sabes lo que te pierdes— ha dicho Mateo a punto de bajarse del coche, que ya ha aparcado.

Hay mucha gente haciendo este deporte, niños, jóvenes y de todas las edades van con su tabla rumbo al agua, el perro sabe en dónde está y no para de mover la cola, uno porque creo que adora a mi hija y otro porque él también quiere bañarse. Icía lo lleva sujeto, pero como tienen que cambiarse me lo ceden, y él me mira con ojitos. Vaya con el dueño, ahora puedo fijarme en sus tatuajes en la ancha espalda, en el fondo me gustan, parecen cosas abstractas, aunque su significado tendrán, cuando se ha sacado la camiseta, ha sido como estar en un striptease. Lleva un bañador que es como unas bragas y marcan los músculos de sus nalgas, y por delante, mejor que no se dé la vuelta y se ponga de una vez el traje de neopreno. Mi hija también se lo está metiendo encima del bañador, al final mi padre le ha comprado uno nuevo porque con lo que ha crecido y los pechos que tiene, el otro era de hace dos años y le quedaba raquítico. Qué majos los dos vestidos casi iguales, cogen sus tablas para dirigirse al mar, de entrada ya se pican al salir de coche y a ver cuál de los dos llega primero a la orilla, y el perro, que acabo de soltar se ha sumado a la competición, verlos a los tres corriendo como locos me hace reír. Y lo que me hace alucinar es la soltura que tienen los dos encima de la tabla, en un tramo pequeño Mateo ha subido al perro con él a la tabla hasta que se ha caído y ha venido nadando hasta la orilla a salpicarme para secarse, y también a sentarse a mi lado. Fiel compañero. Yo había traído un libro para leer, pero me gusta más verlos a ellos y lo bien que se lo están pasando. Ahora que hace

un poquito de calor me he sacado la camiseta, pero será solo un rato, que esto es calor de primavera y al lado del mar hace brisilla. A nuestro alrededor están un montón de niños de las escuelas de surf, verlos como se caen y vuelven a intentarlo me hace gracia y me recuerda los principios de mi hija, que parece que no se cansa nunca, porque Mateo se acerca a mí, ya le he sacado unas cuantas fotos, pero esta va a ser irresistible, verlo así, con ese pelo mojado e intentando sacarse el traje de neopreno es colosal.

—Toma, sécate —le tiendo la toalla— estás congelado, sácatelo de todo, o vas a volver ahora.

—No voy a volver, que ganas de abrazarte así en bikini y aplastar tus tetas con mi pecho.

—Pues te aseguro que mi hija tiene una vista de lince y no se le escaparía. —le digo ayudándolo a desvestirse y poniéndole la toalla en los hombros.

—Eso fijo, sé que el perro daría su aprobación.

—Seguro. Pero le da igual a lo que le he dicho, porque haciendo caso omiso me da un abrazo y está congelado, lo que hace que se escape de mi boca un grito que hace ladrar a su perro.

—Suéltame, estás como un cubito de hielo, vaya cabronazo. —intento escaparme de entre sus brazos sin mucho éxito.

—Joder tía, tú estás calentita y que te cuesta compartirlo conmigo.

—Me cuesta, estás congelado, ponte ropa o terminarás por enfermarte, y tus alumnos darán saltos de alegría si no vas a incordiar. —lo alejo con la mano.

—No quiero darles ese placer.

Le he secado la espalda acariciando sus tatuajes que recorro con el dedo, sé que se da cuenta. Ha comenzado a ponerse la camiseta y los pantalones cortos, aunque quiera negarlo, está tiritando.

Icía no tarda en salir del agua también, casi todos los niños se están marchando porque es la hora de comer. Mateo ha manifestado lo buena que es haciendo este deporte, y cuanto les gusta el mar a los dos. Es él el que le da la toalla para secarse y la ayuda a sacarse el traje mojado, el perro los mira atentamente.

—Tengo hambre, ¿vamos a comer? —pregunta mi hija poniéndose su ropa.

—Se nota que el mar te abre el apetito, claro que vamos a comer, buscaremos un sitio —le respondo.

—Yo que iba a invitaros, tendrá que quedar para la noche. ¿Qué has traído? yo como un montón. —pregunta él con ilusión.

—Bocadillos de jamón, otros vegetales, chorizo, no sabía lo que te gustaba

—lo miro con miedo.

—Me gusta todo Paula —afirma con las manos en los bolsillos y la cabeza de medio lado.

—Queso, un pastel de yogur, de esos que tan ricos le salen a mi abuela, ya le he cogido el punto. De todo un poco —lo miro ayudando a recoger las cosas.

—¿Tú no querías correr por la orilla de la playa? —me pregunta él poniendo su brazo sobre mis hombros.

—No, yo no tengo resistencia ni ganas de correr, tal y como está el pie, aun no estoy del todo bien.

—Bueno, vas a tu ritmo. Y tú renacuajo, que dices —le pregunta a ella golpeándola en el hombro.

—Yo digo que hagáis lo que os dé la gana, pasear, correr, me da igual, yo después de comer voy a dormir la siesta, en la arena, el coche, no me importa, estoy muerta de sueño, vosotros iros a descubrir el mundo. Perrito y yo vamos a descansar. —lo abraza dándole un beso en su cabecita.

Cerca de aquí está Montalvo, otra playa con un bonito pinar enfrente, con mesas de piedra y banquitos para sentarse, por lo tanto, movemos el coche y vamos a comer a este sitio. He traído hasta mantel, Mateo me ayuda a colocarlo todo y en menos que canta un gallo estamos comiendo, el perro también. No le había dicho que llevaba una tortilla porque a mi hija le encanta y a él creía recordar que también, la hemos devorado, con un bocadillo, fruta y un trozo de bizcocho.

—En serio, es increíble todo lo que os habéis comido, vaya saque cuando tenéis hambre. —los miro alucinada.

—Ves que barriga más bonita, con el ejercicio que hemos hecho, todo quemado— mi hija se la frota con gracia.

—La mía también— Mateo la imita como si fuesen a la competencia.

—Y ¿qué es eso de que nos vas a invitar a cenar?— ella le pregunta.

—Ícía, por Dios, no seas maleducada, eso no se hace. —le riño mirándola de forma seria.

—Déjala, no pasa nada. El otro día fui a vuestra casa, hoy podéis venir a la mía —nos mira con expectación.

—Sí, quiero ver ese bicho de colores que tienes en el terrario— responde ella de forma apresurada.

—Sabéis que como nos vean, o se enteren tus amigos, no creo que salgas muy bien parado —los miro a los dos y él a ella esperando su respuesta.

—Mamá yo no voy a ir contando por ahí que fui a casa del profe de mates, todos saben que venimos a surfear juntos, pero solo eso —se defiende ella.

—Eso espero, sino vaya lío puedo meterme, al menos hasta que se acaben las clases, que no es que pase nada en especial, pero no quiero que se piensen que tengo tratos de favor contigo— la mira de forma seria.

—Tratos de favor con la segunda evaluación suspensa, no digas chorradas. ¿Qué vas a hacer de cena? Me pediste el teléfono de la madre de Sabela —lo mira de forma interrogante.

—Me he levantado temprano y he ido a la plaza siguiendo vuestro consejo, la niña se quedó muy contenta de que fuese a comprarle el pescado a su madre.

—Lógico, son familia de pescadores, su padre va al mar, como lo llaman aquí. Hace dos años perdieron el barco que tenían en un naufragio, bueno era de su tío, que desapareció y tardaron tres meses en que apareciese su cuerpo. El seguro creo que les pagó algo, pero aun así se quedaron con el culo al aire. En zonas de mar esto, por desgracia, está a la orden del día. El barco fue imposible reflotarlo y está en el fondo del mar. A pesar de haber perdido a un ser querido tuvieron que continuar, su padre esta vez se salvó. Ha recorrido medio mundo siendo marinero, ahora se quedó más cerca de casa después de lo que le pasó, sale todos los días y vuelve, de lo que pesca y la lonja es lo que venden en el puesto de la plaza. Si has hecho una compra decente, lógico que te lo agradeciesen. Su tía trabaja con nosotros en la fábrica —le aclaro.

—La verdad es que cuando escogí como traslado Villagarcía, tenía miedo de que el sitio fuese conflictivo y bueno, de momento va bien. Alguno de bachiller que va de chulo, pero yo lo soy más —le cuenta con una sonrisa.

—¿Por qué viniste aquí? —le pregunta mi hija.

—No lo sé, casi por inercia, el mar, el buen precio que tenía el ático que me compré, porque era embargado, y mi madre me dijo, vete a ese sitio, quizás sea lo que estás buscando. —me mira.

—Nunca se sabe en dónde está el destino de cada uno— comento yo.

—Bueno y he comprado, para mi alumna tiquis miquis, zamburiñas y pulpo con berberechos, eso voy a cocinar, si me ayudas —le cuenta entusiasmado.

—Uau, tiene que estar buenísimo. Y eso que acabo de comer.

—Es que no me he resistido. He comprado una lubina para otro día o mañana y en la carnicería que hay enfrente, un entrecot que tiene un aspecto que se come crudo. —la mira embelesado.

—Con lo que me gusta la carne— sentencia ella.

—Y a mí, a la pimienta o con salsa de boletus. Si quieres, pues te invito a

comer mañana— manifiesta él con una sonrisa.

—Olvídate, que tengo un profesor de matemática que es un capullo y tengo que hacer los deberes, y un trabajo de Sociales, pero acepto otro día —chocan las cinco.

Estamos rodeados de gente en las mesas de al lado, está visto que estar en casa en un día de primavera como hoy, es un pecado, invita a pasear por la playa o por este trozo de pinar, dormir la siesta, que es lo que quiere mi hija, lo ha dicho de nuevo, que le dejemos las llaves que se va al coche que está a la sombra y va a dormir.

—Nosotros vamos a hacer footing, dar un paseo. Tú te quedas con el perro, ¿no tendrás miedo? —le pregunta Mateo con preocupación.

—No soy una niña pequeña, estoy rodeada de gente, me meteré en el coche y lo voy a cerrar por dentro, estás más tranquilo, eres peor que mi madre — protesta la adolescente.

Miramos durante un rato, que cierre las puertas, se acomode y nosotros nos dirigimos a la playa.

—Al fin, un rato solos —me coge la cara entre las manos y me da un beso.

—A mí también me apetecía dormir, sabes —protesto abrazándolo por la cintura a la par que paseamos por la orilla de la playa.

—Antes eras una dormilona, y veo que no has cambiado, siempre te gustó dormir, mucho, aunque había otras cosas que también te gustaban. —Se ha parado y me mira.

—A los dos, Tú eras un poco pervertido— continuamos nuestra marcha, ahora cogidos de la mano.

—Tampoco era así en realidad, los dos aprendimos juntos, no dirás que no recuerdas que dejaste de ser virgen entre mis brazos. —se para a mirarme.

—Como para olvidarlo, no, eso nunca se va de la mente. Tú sabías poco más que yo. —miro al suelo casi con vergüenza.

—Bueno, yo había tenido aquel primer ensayo con mi vecina la lanzada, pero eso no significó nada. Un intento de probar algo que resultó una mierda. Mi primera vez fue contigo, yo siempre lo he sentido así.

—Jo, muchas cosas aprendimos juntos, no teníamos ni idea de nada— manifiesto yo emprendiendo la ruta.

—Sí, lo que hablamos el otro día, antes nos escondíamos de los padres y ahora de la hija. Las que tuvimos que ingeniar para pasar alguna noche juntos, y ahora aun no lo hemos conseguido tampoco.

—Mateo, ahora no llevamos nada, qué poca paciencia tienes.

—No es mi fuerte precisamente. Ingéniate las como puedas, te quiero en mi cama. —rosma un poco enfadado.

—Eres un niño caprichoso, no entiendes que tengo una hija a la que dar explicaciones, pues así es.

Seguimos dando nuestro paseo, recordando anécdotas de cuando estábamos juntos, no sé por qué tengo la impresión de que quiere saber algo y no se atreve a preguntarlo, mejor. Después de un rato considerable, nos paramos para volver, él me besa, sabemos que no podremos hacerlo cuando nos apetezca y es un beso, dulce, profundo y con mucho sabor. Bueno, de su mente perversa también ha salido la idea de que podíamos hacer el amor entre las rocas, que apenas hay gente, eso lo dice él que no le preocupa nada.

## CAPÍTULO 13

De regreso Mateo quiere corretear, pero yo sé que mi pie no es precisamente lo que necesita. Cuando llegamos al coche, la bella durmiente y su fiel escudero duermen y casi les cuesta despertarse para que nos abran y poder marcharnos.

Ya hemos comido tarde, hemos dado el paseo, y será muy temprano para ir a casa de Mateo, aunque él insiste, Icia no tiene ropa para poder ducharse, por lo tanto nos deja en nuestra casa e iremos en un rato en nuestro coche.

Durante el viaje de regreso he recibido un mensaje de Hugo con lo que tenemos pendiente de nuestra salida. Miro el teléfono un poco confusa, ya no sé qué excusa ponerle, quizás que el pie me duele un montón, porque lo he forzado a caminar todo el día, y por hoy ha colado, que a lo mejor, nos vemos esta semana en el gimnasio.

Y al gimnasio tendré que volver o en breve rodaré como una pelota de Pilates y todos mis esfuerzos habrán sido en vano.

Una vez que vamos a casa, aprovecho para vestirme de forma decente, ya que puedo ponerme medias, voy a intentar con un vestido burdeos que tiene forma de campana y me queda por encima de la rodilla. Paso de ponerme tacones para no forzar mi pié, por lo tanto unas botas negras planas son mi opción. El pelo me lo he lavado y lo he dejado secar al aire, ha cogido la forma natural de sus rizos que son como los de Icia, ella es tan cómoda, que va en leggings y zapatillas deportivas, me ha felicitado por mi elección.

La verdad tenía razón cuando dijo que Mateo vivía cerca de la casa de Andrés, en el mismo barrio, mi cuñado había hecho cambio de casa con Óscar, así él podría hacer las reformas que le diese la gana con Laura, y les había quedado precioso. Como mi hija ya ha estado en él y al ser sábado, tenemos sitio de sobra en donde aparcar. Hemos parado a coger unas rosquillas para el postre, tampoco queremos abusar de su hospitalidad. Tras tocar el telefonillo de su casa, ni que estuviese esperando, nos abre rápido y subimos hasta su piso en ascensor. Lo que nos espera en la puerta hace que me derrita solo con verlo, vaqueros gastados y rotos en la rodilla en una pierna y en el muslo en la otra, que deja ver parte de su tatuaje, una camiseta burdeos un poco ajustada, el pelo salido de la ducha mojado cayéndole por la cara, y va descalzo,

cuando paso por su lado, por Dios, como huele.

—¿Cómo están las chicas más bonitas de este pueblo? —susurra cuando pasamos por su lado.

—No tan bien como tú creo— responde mi hija dándole un beso —aunque me pese decirlo porque eres mi profe, eres guapo, y no te pongas rojo, te has ruborizado, vaya hombre, jaja.

—Cállate mocosa, gracias por lo que has dicho.

—Hola Mateo. —paso por su lado le guiño un ojo, él sabrá interpretarlo, apoyo lo que ha dicho mi hija.

—No te mentí cuando te dije que esta casa era de revista —cuenta mi hija cogiéndome de la mano.

—Cálmate, si quieres verlo todo compórtate, yo hago una visita guiada. — comenta él cerrando la puerta tras de sí.

—No empieces a ser grosero, solo he alabado tu gusto a la hora de escoger esta casa.

—Vale, tú mandas. —levanta las manos en señal de rendición.

Un largo pasillo con puertas a los lados, pintado en color azul cielo, con cuadros en las paredes, unos abstractos, otros de sitios que seguramente ha visitado, porque le gusta viajar, en alguna lámina sale él y en otras simplemente un paisaje. Y al fondo del pasillo un enorme salón, con una bonita chimenea de fuego artificial, tiene delante una alfombra de pelo, mi imagen es de los dos revolcándonos encima de ella. A un lado un mueble minimalista con estanterías repletas de adornos, una vajilla, recipientes, y al lado una pequeña biblioteca, con libros y sobre todo música. Una enorme pantalla de plasma en la parte inferior de la estantería, con una mesa rectangular delante, la cual tiene fotografías encima, y dos sofás, un *chaiselong* y una butaca, con una manta y un cesto al lado en la esquina, en la cual están instalados su perro y el gato, que ni se han inmutado con nuestra presencia y siguen durmiendo.

Hay una puerta que imagino sale al exterior, la cual Mateo abre para mostrarnos una bonita terraza, un pequeño trozo cubierto, y ahí está el terrario de don Camaleón, mi hija le da unos toques en el cristal y él la mira echando su lengua encogida en espiral.

—Pobre, lo tienes solo aquí afuera, verdad chiquitín —protesta Icía.

—Eso no es verdad, ves ese agujero, está comunicado por una ventana con el salón, a veces lo meto dentro sin necesidad de que yo tenga que salir al exterior. —le explica y lo mira atentamente. —después podrás cogerlo, que ya sé que te pican los dedos, pequeña curiosa.

Desde esta terraza rodeada de macetas con flores, incluyendo un olivo y dos bonsáis, se ve el mar y la Illa de Arousa, precioso.

Una de las paredes del salón está recubierta de piedra natural y las otras pintadas de blanco. Aparte de todo eso, en la esquina opuesta a los sofás hay una bonita mesa lacada en blanco con seis sillas de cuero, todo de un diseño muy exclusivo, justo como decía mi hija, de Zara Home, en medio de la mesa un jarrón con flores frescas variadas y colgando del techo, una bonita lámpara.

Justo enfrente del salón, la cocina, que también da a la terraza, y está cubierta por unos bonitos muebles de color blando y no le falta el más mínimo detalle, tanto en electrodomésticos como en complementos.

—No he puesto la mesa, esperando a que tú lo hagas— señala a mi hija en el pecho.

—Gracias, pero sabes que no me importa. ¿Cuánto has hecho de la cena?— pregunta ella yendo a husmear a una olla.

—No mucho, te estaba esperando, para que aprendas a hacerlo. Vamos a ver el resto y volvemos a cocinar. Te he comprado un delantal, en Zara Home, ¿ves cómo me he lucido? —se lo tiende y ella lo abre.

—Es precioso. ¿Cómo sabías que me gusta el violeta? Gracias —lo mira con deleite.

—Lo he comprado de los colores que me gustan a mí, no porque sepa cuál es el tuyo favorito.

—Has quedado mal por muy poco —protesta ella poniendo pucheros.

—Vamos, esta es la habitación de invitados.— nos muestra abriendo la puerta de color madera natural, como todas las demás.

Pintada en color crema, con una cama de tamaño mediano, una cómoda, una pequeña butaca y dos mesitas al lado de la cama, lacada en blanco le da un bonito toque juvenil, un nórdico con un motivo marinero, al igual que algunos adornos de las paredes le dan un aire a la zona que nos rodea, una ciudad marinera.

—He hablado con una alumna de Bellas Artes del instituto, para que pinte en la pared un mar, un barco, lo dejaré a su elección y seguro que acierto —manifiesta Mateo mirando a la pared de la habitación.

—Me encanta, es preciosa, quizás yo algún día pueda tener algo parecido —mi hija la mira embelesada. Yo no digo nada.

—Que tonta eres —le dice él sacándole importancia. —si la tuya está muy bien.

—En serio, tú crees, has dormido en ella y te has quejado de la espalda.

Por algo sería. Parece la cuna de un bebé de lo estrecha que es, es mi cama de toda la vida —le comenta mirando la lámpara del techo.

Casi me ruborizo, porque es verdad, no se la he cambiado desde hace años, y ella ha crecido.

—Habría que pensar en comprar otra cuando podamos, vale— propongo sin mucha convicción.

—Bueno mamá, que tampoco es una urgencia, mi habitación me encanta, tengo un escritorio, un ordenador, un violín decente, y qué más da. Yo soy feliz —me abraza por la cintura para que no me sienta culpable y la mirada de Mateo que no sé cómo descifrar.

—Vamos, seguimos, que no falta nada. Esta es mi alcoba, aquí paso en solitario mis noches, bueno a veces Ulises me hace una visita y me da pena echarlo, pero en raras ocasiones.

—Bueno, a saber a cuantas chicas traes aquí. —manifiesta mi hija picándolo.

—Que va, mi casa no la pisa nadie, aun no entiendo como he hecho esta excepción contigo, nunca ningún alumno ha estado en dónde yo vivo, ni aquí, ni en otras ciudades —nos mira de forma rara.

—No sé cuándo vas a entender, que yo soy tu alumna favorita y soy especial —le habla mirando las fotos que tiene en la cómoda —Esta será tu familia.

—Sí— no aclara nada más.

—¿Esta señora tan refinada es tu abuela? —pregunta ella con curiosidad.

—Es mi abuela. —él responde de forma evasiva.

—Pues con ese pelo cardado parece una señora de alta alcurnia, y muy elegante.— pone la foto en su lugar y Mateo no dice nada más.

Su habitación es preciosa, una enorme cama de color madera clarita preside la estancia, con paredes pintadas en color blanco, cubierta con un edredón del mismo color con alguna nota musical, mirarlo hace que se me escape una sonrisita. Un enorme ventanal, una cómoda con las fotos que Icíá continua mirando atentamente, situadas encima. Distingo a sus padres, hermano, abuela, y ninguna mujer. Un pequeño sofá cubierto por una manta, dos mesitas a cada lado de la cama. En una pared una pantalla de televisión.

Un baño con la puerta abierta nos muestra una ducha con una columna de hidromasaje, azulejos que forman un dibujo del mar y unas rocas, todo en azul cielo y blanco.

—Y esta es mi cueva, en dónde me refugio.

Mateo abre la puerta de una habitación con las paredes cubiertas de notas musicales.

—¿Qué tienes un estudio? ¡No me digas que has ido a uno de sus conciertos!— mira la fotografía colgada de la pared y les toca la cara.

—Pues sí, lo he conocido en persona, la última vez en Cracovia en Semana Santa— responde él en tono soñador.

—Mi ídolo, David Garrett, el mejor violinista de nuestros tiempos, juro que ahorraré para ir a uno de sus conciertos. —mira el cuadro como cara de ilusión.

—Era uno de mis sueños, he ido a dos hasta el momento, y en el último pude conocerlo, al primero fui a Viena, una pasada que no te puedes imaginar. —la mira con entusiasmo.

—Sí me lo puedo imaginar. Ese hombre preside el fondo de pantalla de mi ordenador, y hay un poster de él en mi habitación.

—Ya lo he visto, pero no te he dicho nada, preferí darte una sorpresa. ¿Tú lo has escuchado alguna vez? —me mira a mí con interés.

—Mateo, su música es la que preside constantemente nuestra casa, como para no saber quién es ese hombre. Y muy guapo por cierto.

—Bueno, ahí va la madre soñadora también —comenta en tono de burla.

—Mateo, yo tengo los pies sobre la tierra, solo he dado mi opinión. Me alegra que al menos tú lo hayas conocido.

—Vámonos a la cocina, el deber nos llama y el hambre en un momento también. Gracias por traer el postre.

Nos dirigimos a la cocina, aunque a mí no me quieren con ellos, porque al parecer dos son compañía, y tres multitud. Eso no lo deben de pensar ni Olalla ni Hugo, si se montan esas fiestecitas con más de dos, bueno, lo que han contado las chicas.

Él pone una copa de vino blanco en mis manos y me indica que me vaya al sofá a descansar, hoy ellos cocinan para mí, yo que mire la televisión.

—Tú no pretenderás emborracharme —protesto, mirando el contenido de mi copa.

—Posiblemente, las habitaciones son justas y tienes un hueco en mi cama, por favor, bebe de más —susurra mirándome sin soltar el recipiente.

—No sueñes, lo mío no es beber, en cuanto vea que me hace daño, paro y tomo agua.

—Pruébalo —me mira.

—Eres un pesado —protesto desafiándolo.

—Ya lo sé preciosa.

—Está muy bueno— doy un sorbo mirando a la copa y saboreándolo.

—Tómate cuanto te dé la gana, hay dos botellas en la nevera.

—Eres un chantajista, vete a trabajar, tienes a la pobre niña pelando cebollas y tu sobornándome —lo miro con una sonrisa.

Una vez más están los dos sincronizados para trabajar, se coordinan que es una pasada, cada uno hace una cosa, pero los dos igual de meticulosos y al milímetro. Han echado cuenta de cantidades, troceado la cebolla de determinada forma, casi la han medido, que dos más tiquis miquis, igual que el sábado anterior.

Mateo ha montado la plancha para hacer las zamburiñas en la terraza y ha dejado a Icíá en la cocina a cargo de lo que tiene allí, cuando lo veo salir, voy tras él que así me lo indica.

—Dime que vas a ponerte piripi y no vas a llevar el coche —me pega a su cuerpo rodeándome con un abrazo.

—Mi hija tiene que hacer cosas mañana, no muy tarde, y no voy a dormir contigo, estás loco o que —me da un beso en los labios, apasionado, que pide más, mucho más.

—Lo negociaremos, —lo comenta con esperanza.

—No te lo crees ni tú. —protesto yo.

—Bueno, habrá que verlo, ven, ayúdame a poner las zamburiñas en la plancha, yo voy a coger perejil de la maceta.

—Es una pasada cuánto sabes de cocina —lo miro perpleja.

—Bueno, la vida da muchas vueltas, he sido estudiante y compartido piso con otros como yo. Aunque los estudiantes no cocinamos, quiero decir que sobrevivimos a base de lo que traes el finde de casa de tus padres, y después el menú se compone de pizza, pasta, y croquetas, eso básicamente, aparte de bocadillos. Que pasa, que también he vivido en Suiza dos años, y he tenido que apañármelas y antes de estar aquí estuve en Lalín y en Coruña, Canadá y he tenido que comer decentemente, ahí quizás fue en dónde descubrí mi pasión por la cocina, y viendo Master Chef y todo lo relacionado con esos programas. —va colocando las zamburiñas como le corresponde.

—¿Nunca has vivido con nadie?— pregunto con miedo.

—Nadie, a qué te refieres —responde evadiendo lo que yo quiero saber.

—Pues eso, si siempre has vivido solo— miro a la plancha pero no a él.

—Ah vale, he compartido piso con amigos en mi época de estudiante, desde que trabajo siempre he vivido solo, soy un poco especial a la hora de

compartir con los demás, prefiero pagar más si puedo y no hacerlo. En Canadá fueron solo tres meses y estuve en la habitación de un hospedaje. Y en Suiza, la vivienda es muy cara, empecé solo y terminé compartiendo con una compañera de trabajo.

—¿Solo compañera?— vuelvo a preguntar con miedo, sin mirarlo.

—No Paula, no era solo compañera, fuimos pareja durante más de un año, se llama Maeva. —me mira y yo rehúyo sus ojos.

—¿Y qué pasó con Maeva?

—Pasó que yo me vine, aparte, ella quería algo más que yo no

—Vale, que te escapaste huyendo de algo —digo para pincharlo.

—Más o menos. Cambio de tema, tu hija estaba troceando los ajos pequeñitos para la salsa de esto, pregúntale si ha acabado.

Tema zanjado, si soy de un curioso que no tiene límites, a mí que me importa con quién ha estado y por qué lo han dejado, claro que me importa, pero no va a decírmelo, yo también he estado casada, y algún rollito he tenido antes de esto, pero bueno, me gusta saber lo que ha sido de su vida, de la cual yo nunca he querido saber absolutamente nada hasta que ha tenido que aparecer en la mía, sin imaginármelo jamás.

Mi hija me tiende el recipiente con la salsita que acaba de hacer, y en la cocina huele muy bien.

—Toma pásale esto a Mateo y dile que en cinco minutos lo necesito aquí para que termine de hacer esto.

—Bien chef— cojo el recipiente para llevárselo a su destinatario.

Son olores distintos, pero igual de ricos tanto en la terraza como en la cocina. Mateo ya ha terminado con su trabajo y después de echarle la salsita a sus zamburiñas va a junto de Icía, para ayudarla, yo me quedo en el camino y observo al perro y al gato como duermen, ambos abren un ojo para mirarme pero siguen con lo que hacían. Observo con curiosidad todas las cosas que hay sobre las estanterías del mueble, figuritas, alguna foto en Canadá, en Ginebra delante de la ONU o el lago, en su viaje a Viena y a Cracovia. Qué bueno, un hombre libre que no quiere complicaciones de ningún tipo y tiene razón. Qué demonios pinto yo aquí, en su vida, pues no pinto nada, esto es un escarceo de intento de ligue sin futuro.

La música que suena de fondo, la misma que en nuestra casa, el famoso David Garrett tocando el violín, pero tiene CDS de ColdPlay, Bon Jovi, Scorpions, Pablo López, vamos, que le da a todo.

\_Paula, te toca poner la mesa, ven que te indico donde están la cosas.

¿Comemos en el salón?

—No, o mancharemos esa bonita alfombra, mejor en la cocina, ¿no crees?  
— sugiero yo.

—No estrenaré nunca mi mesa de fiesta —protesta con pena.

\_Mateo piénsatelo, aquí tenemos sitio de sobra, si manchamos algo es pasar la fregona y todo listo. Hay que ser práctico. Un día invitas a tus padres, pones la mesa bonita, ya está.

—Es verdad Mateo, tú que tienes a tu familia tan lejos, ¿no vienen nunca a visitarte? —pregunta mi hija con curiosidad.

—No te creas que tienen muchas ganas de verme, cuando puedo, yo voy a visitarlos el fin de semana.

—¿De qué trabajan? —pregunta ella de nuevo.

—Eres una curiosa, quieres saberlo todo. Eran maestros, lo nuestro es de familia, ahora hacen otras cosas. —responde de mala gana.

—Vale, perdón por la molestia, no era mi intención incomodarlo—  
sentencia ella, y me causa gracia.

—En el cajón de la esquina está el mantel, y en estas estanterías los platos, vasos, copas, búscate la vida —me indica mirando a su cazuela.

Tema zanjado, no quiere hablar de su familia, ni mucho de su vida, ay Mateo, sigue siendo tan reservado como hace años. En dónde me indica cojo el mantel, vaya, esto no es el de plástico que yo he comprado en los chinos para nuestra mesa de la cocina. De tela en color malva y hay oro de color burdeos, me decanto por el primero, vaya cosa más bonita. Cuando voy al armario a coger los platos me quedo alucinada una vez más con lo que este hombre tiene por aquí. Una vajilla de diseño, con platos cuadrados y una flor pequeñita en una esquina. Los vasos cuadrados y las copas ni las miro porque tenemos las del vino. Que vamos, esto no es nuestra vajilla del Carrefour tampoco, inconscientemente se me escapa un suspiro, no tengo ni idea de lo que gana un profesor de matemáticas, pero creo que ni comparación de lo que cobro yo. Y claro lo de él es para él solo y nosotras somos una familia.

—Venga, que esto está y hay que comerlo caliente. Genial, que mesa más bonita y no yo solo todos los días —mira con ilusión.

Pone en medio, la bandeja con las zamburiñas hechas a la plancha y una salsa de ajo y perejil con aceite y una gota de vinagre adornándolas. Cada uno se sienta en su lugar tal y como yo lo he colocado, que al ser tres no hay que hacer una ecuación.

—Están deliciosas —les digo metiéndome una en la boca y mojando el pan

en la salsita.

—Gracias, las hemos hecho a medias— la sonrisa de Mateo desprende orgullo.

—Es la primera vez que las cocino, las había comido en casa de la abuela y de Andrés, pero estas están buenísimas— aclara mi hija igual de ilusionada.

—El pulpo te habrá costado un pastón, este año no hay y el poco que se captura va por las nubes, no me extraña que estén barajando criarlo en cautividad como el rodaballo y demás, no será igual de bueno, pero será pulpo. —doy mi opinión.

—A saber, el pulpo de la ría se alimenta de lo mejorcito que tiene el mar, cangrejos el plancton, etc. el mismo sabor no tendrá, pero será un apaño y a quien no conozca el verdadero producto gallego se la colaran, o quizás esté muy bueno. Como todo. —Icia se levanta a recoger los platos de las zamburiñas con las conchas vacías.

Mateo pone en medio de la mesa una cazuela con el pulpo y los berberechos, también tiene alguna almeja y lo bien que huele, con una cuchara cada uno se sirve lo que le apetece, en el primer bocado que va a mi boca se escapa un exquisito sin palabras.

—Tengo que felicitaros a los dos, me acostumbraría a estas cenas con los ojos cerrados.

—Gracias —dicen a la vez con una sonrisita.

—Mateo, para de echarme vino, yo no estoy acostumbrada y he traído coche, sabes. —protesto apartando la botella antes de que llene mi copa de nuevo.

—Siempre podéis quedaros— deja caer como si nada.

—No hay tres camas y ella tiene cosas que hacer mañana.

—Bueno me sobra tiempo durante toda la mañana para hacer lo que tengo pendiente, aparte tú tienes un ordenador súper chulo en tu templo de la música y con él seguro que puedo hacer el trabajo de sociales. —aclara mi hija, que se ve lo que quiere.

—No hay camas para todos, no empecéis. —protesto y ni me miran.

—Pues a mí me apetecería probar esa tan chula que tienes en la habitación marinera.

—Yo me niego a dormir en el sofá, si vienes a mi cama, prometo no tocarte, tú en una esquina y yo en la otra, me duele la espalda de surfear y necesito la mía. No te irás a rayar por dormir conmigo. Y no empieces con el rollo de si alguien se entera.

—Eso mamá es verdad, yo ahora saco a pasear a perrito, y porque durmamos aquí nadie lo va a saber, yo no voy a ir el lunes por todo el instituto diciendo. “Sabéis he dormido en casa de Mateo, he estado en su templo del placer, he hecho un trabajo en su ordenador y mi madre ha dormido con él en su cama”. Que no soy una chivata ni gilipollas.

—Anda, con lo que has bebido, que no estás acostumbrada, ni se te ocurra coger el coche, yo también he bebido y no voy a llevaros, y mi casa es muy confortable para que os quedéis en ella.

—Yo digo que sí —se apresura a responder i hija.

—Vaya que pesados sois los dos —protesto mirándolos fijamente.

—Prometo no tocarte— comenta de nuevo Mateo.

—Más te vale, o te denuncio.

—Ya, a tu amigo, el tío ese de la Guardia Civil, tú mandas.

—Yo voy a bajar a perrito, como el otro día, vosotros recogéis y laváis los platos. —mi hija se levanta de su sitio y vuelve con el perro por la correa.

Desaparecen por la puerta y lo primero que hace Mateo es abalanzarse sobre mi boca sentándome en su regazo.

—Te pasas, apenas he bebido, vaya forma de liarla, como eres capaz de hacerme esto con ella en la habitación de al lado. —protesto mordiéndole el labio.

—Paula, no voy a tocarte, lo digo en serio. —me dice con una sonrisilla.

—Más te vale— aviso, pero creo que sin estar muy convencida.

—Nena, que te creías que iba a follarte estando tu hija en la habitación de al lado. Yo soy un caballero.

—Vamos a recoger o se creará que hemos estado tonteando en vez de trabajar— tiro de él que se resiste.

—No lavamos nada, esto va todo al lavavajillas, solo las bandejas y algún que otro recipiente que se puede estropear, pero no vamos a pasar trabajo.

—Jo, lavavajillas, que maravilla, —matizo con tono soñador.

—Ven aquí, no te he invitado a mi casa para que seas mi esclava, al menos no hoy, otro día ingéniate las y sí que vas a serlo, pero a lo grande.

Cuando ella vuelve de la calle, le limpia las patitas al perro y hace que se acueste en su cesta, nosotros estamos en el sofá con la cocina recogida y miramos la televisión, Mateo se levanta a explicarle lo básico de su ordenador para que pueda hacer el trabajo y ella nos anuncia su intención de acostarse pues está agotada del día de hoy.

—Tú qué, quieres ver la televisión o nos acostamos —me pregunta

colocando un pie debajo del culo para sentarse más cómodo.

—Son más de las doce, yo también estoy cansada, quizás será mejor que nos acostemos.

Que sensación más extraña, nos hemos ido juntos a su habitación, él ha cerrado la puerta, va a su cómoda y me pasa una camiseta blanca para que me la ponga.

—Puedes cambiarte en el baño, imagino que no querrás que te vea desnuda, yo iré después. —me la tiende.

Entro en el aseo, sin cerrar la puerta del todo, y me saco toda la ropa poniéndome su camiseta que me queda por el medio de los muslos y hace el trabajo de camisón, huele a suavizante, un olor que embriaga, al igual que toda la casa, no es como la nuestra que por mucho que yo me empeño en poner velas y ambientadores, siempre huele a comida, será que es una caja de zapatos, de pequeña y no tiene por donde escaparse el olor. Al rato salgo con mi nueva indumentaria y el resto de la ropa en la mano, lo hago casi con miedo, pero él ni me mira. Entra en el baño con algo en la mano y yo me meto en cama como un rayo, que bien huele la cama, a él, tiene el olor impregnado en la almohada. Será que me he acostado en su sitio, cuando llegue lo aclararemos.

—Qué pasa, que de repente te ha entrado vergüenza, te he visto desnuda un montón de veces y ahora parece que te has metido en un iglú. —me mira de brazos cruzados, con un pantalón de pijama de cuadros azul y blanco y una camiseta blanca.

—Ya lo sé, es que tengo frío. —hablo debajo del edredón, se me ven solo los ojos.

—Imagino que es eso, estamos en abril, venga relájate, eres una cagada como siempre. Te dije que no te tocaría y es lo que va a pasar —da media vuelta para meterse en su lado de la cama.

—Vale— y sigo mirando al techo.

—Quieres hacer el favor de relajarte de una puta vez o no dormirás en toda la noche. —me habla empezando a taparse.

—De acuerdo —me destapo la boca, pero ni lo miro.

—No es por nada, pero ¿podemos darnos un beso de buenas noches? —pregunta con una sonrisita picarona.

—Claro —respondo de forma evasiva.

—Me gustaría saber que cojones te pasa para estar así de rarita, cuando has sido persona todo el día, y ahora pareces el Jeti. —rosma Mateo enfadado.

—No me pasa nada— e incorporándome le doy un beso fugaz en los labios.

—Pero tú te crees que yo me voy a conformar con este beso de mierda teniéndote a mi lado en la cama.

Tira de mí poniéndome a su lado, y en un visto y no visto ha colado su manaza debajo de mi camiseta, que abarca casi toda mi espalda, de repente está sobando uno de mis pechos y cuando me doy cuenta está estrujándome una nalga. A la vez que devora mis labios, como es irresistible, me abandono a ese beso que hace que pierda el sentido. Creo que una de mis piernas se ha colado encima de él buscando más.

—Buenas noches nena, que tengas dulces sueños— murmura Mateo con la respiración entrecortada e intentando separarme de su lado.

—Buenas noches —respondo sin ganas, intentado volver del inframundo ese al que este hombre me ha transportado.

—He prometido algo que tengo intención de cumplir, por lo tanto no compliques la cosas, ¿vale princesa? —susurra de mala gana.

—Vale, —se me escapa, casi sin pensar.

Vuelvo a mi sitio y lo que me cuesta dormirme, sé que Mateo también está despierto, pero va a ser todo un caballero, cuando consigo que Morfeo venga a buscarme ya nada me para, y durante toda la noche doy rienda suelta a mi mente, soñando con él, algo muy agradable.

—Paula, cariño, te estás pasando, me he dormido empalmado y tú te echas encima, joder. —me susurra abrazándome y veo cómo estamos.

—Lo siento— intento escaparme.

—Nena, has estado sobándome toda la noche, ¡pero tú te crees que soy de hierro o qué!, te has echado encima mía literalmente, ¿eres consciente de que estás en bragas? porque esta camiseta no tapa nada, has pegado el culo a mi polla, y yo que sé cuántas cosas más, no me has dejado dormir nada. He prometido cosas que no sé si voy a ser capaz de cumplir. —Su mano se ha colado una vez más debajo de la camiseta, nuestras piernas están entrelazadas.

—Para, prometo que no te toco, es de madrugada, cállate o despertaremos a Icíá.

—Cómo te gusta complicar las cosas, me he puesto un pantalón de pijama que no he utilizado en mi vida, si yo duermo en pelota picada todos los días, me he abrasado toda la noche y he sido demasiado bueno, puta cabrona, estoy diciendo unas cosas y pensando otras, te pones en la otra esquina de la cama o no respondo, me tienes hasta la polla —se da media vuelta apartándome de su lado.

—Lo siento —y una sonrisita malévola se escapa de mis labios.

Ahora sí que no soy capaz de volver a dormirme, veo como entran los primeros rayos de sol por la ventana, he dado más vueltas que una peonza, no creo que vuelva a invitarme a quedarme con él, aunque al final he dormitado un poco. Escucho el agua de la ducha y al echar un pie al lado compruebo que estoy sola en cama, empiezo a arrepentirme de no haber aprovechado la noche, si nadie iba a saberlo, cuando abro un ojo lo veo totalmente desnudo frente a la cama y rebuscando en el cajón, cuerpo de atleta, tatuado, con el pelo mojado cayéndole las gotitas de agua por esa espalda repleta de dibujos, entre los que distingo un sol, como un amanecer, por Dios, tengo que dejar de ser una estrecha y aprovechar lo que la vida nos pone delante de los ojos, un Muffin de chocolate.

—Déjate de mirarme, que yo he cumplido lo pactado, por tu culpa, he tenido que hacerme una paja en la ducha, voy a preparar café —se viste sin girarse.

—No te estaba mirando— susurro sabiendo que miento.

—Eres una embustera —se sienta en la cama y me besa a la vez que mete de nuevo sus manos debajo de la camiseta aprisionando mis pechos.— Me matas, espero que esto haya sido solo hoy, dúchate y vente a desayunar.— Remata con su beso, tirando de mis labios.

—Me has quitado el hambre —le digo protestando.

—No me digas, tú ni me has dejado dormir.

—Lo siento, no era mi intención.

—Tranquila que me lo cobraré todo y a un tipo de interés muy elevado, el día que lo pagues juro que no vas a andar en una semana.

Me ha causado gracia su amenaza, ya no duermo más, por lo tanto voy a disfrutar de esta bonita ducha, vaya pasada, no me da pena gastar el agua caliente como en mi casa, no vaya a ser que se termine la bombona y me quede con el pelo sin aclarar, no sería la primera vez. Hago uso de todos sus productos, que son pocos, se nota que no hay una mujer en esta casa.

No me apetece ponerme la ropa de ayer, por lo tanto busco en los cajones de Mateo y le robo un bóxer, de Calvin Klein, será lo que me ponga en mi vida de esa marca, un pantalón de pijama con el que parezco un payaso, y me pongo su camiseta, con la que ha dormido, huele a él que es una pasada. Tampoco tiene cremas, ni siquiera una hidratante para el cuerpo, al menos sí usa suavizante para el pelo, pero no me lo he lavado. Cuando llego a la cocina, Mateo está cocinando y yo parezco una indigente.

—Puedes venir a darme un beso de buenos días, tu hija ha salido a comprar cosas para el desayuno y pasear a Orballo, no tiene llaves. —me habla sin girarse.

—Hola chef, buenos días, ¿qué estás haciendo? —me acerco por atrás, lo abrazo y meto las manos por debajo de su camiseta.

—Huevos revueltos, como tengo los míos, igualito, ¿eres consciente de lo mala que has sido esta noche? —se ha girado retirando la sartén del fuego.

—Creo que sí, en el fondo estoy arrepentida. —murmuro dándole un beso y mirando al suelo.

—A buenas horas, ingéniate para vernos esta semana, que haces vestida así, pareces salida del circo. —me mira de arriba abajo separándome de él.

—He cogido algunas cosas tuyas —le enseño sus calzoncillos.

—Qué cabrona, ni se te ocurra llevártelos, mira que eres morbosa, te has puesto la camiseta con la que he dormido —me coge la cara besándome de nuevo.

—Vendré a devolvértelos, lo prometo. La camiseta me la llevo, huele a ti. —lo muerdo en el labio inferior, tiro de él y el timbre de la puerta suena.

—Qué oportuna tu niña— murmura de mala gana.

Mateo va a abrirles, los dos felices entran, el perro mueve la cola, ella trae en la mano una bolsa con cruasanes, el gato sale a recibirlos también.

—¿Qué tal habéis dormido? —pregunta ella empezando a comer un cruasán con su Cola Cao.

—Genial —respondo yo.

—Digamos que parezco un pollo asado, he dormido mal— replica Mateo y mi hija suelta una carcajada.

—Estoy segura de que te has comportado como un caballero y quizás no era esa la solución. —Comenta mi hija.

—Pues por una vez te doy toda la razón.

—Queréis callaros los dos. —protesto tomándome mi café.

—Tendremos que marcharnos pronto, no he conseguido hacer nada del trabajo, y tengo un montón de matemáticas para terminar, porque este tío se cree que no tenemos derecho a disfrutar del fin de semana, solo él lo puede hacer —lo mira fijamente.

—Os viene de maravilla repasar lo que explicamos de clase, y eso se consigue haciendo los deberes —le dice.

—Vale, pues ahora dime, cuántas cosas he hecho desde el viernes, y ahora me meto todo el domingo en casa y no he visto ni a mis amigos, sabes, y aun

me quedan los deberes de lengua. Que soy una adolescente, necesito salir con mis compis, contarnos nuestras cosas, y no ser esclava de los profesores y el instituto, y te lo digo así a la cara porque tengo confianza para soltarlo —se ha puesto en jarras frente a él.

—Te doy la razón, qué pasa, has pasado al formato alumna protestona y toca pelotas, y a mí me toca el de profesor cabrón— la mira con una sonrisilla.

—Me da igual como lo quieras llamar, pero no pongas deberes para el fin de semana— sigue protestando.

—De acuerdo, me lo pensaré.

—Pues no lo medites mucho, porque queda poco para terminar las clases, y te has lucido de lo lindo todo el curso, lo de ser un capullo sarnoso te lo has ganado a pulso— sigue ella, sin moverse de su sitio.

—Jaja, que es así como me llamáis —pregunta con una carcajada.

—No quieras saber cómo te llamamos, vámonos madre, porfa.

—Iba a hacer la carne para comer, si queréis quedaros, encantado.

—Gracias, te lo agradezco, pero hay cosas que me debo hacer en casa y me espera una semanita un poco dura. —comento de mala gana.

—Me encantaría, Mateo, a pesar de que ya te has convertido en la persona odiosa que no me gusta, me quedaría igualmente contigo, no sé por qué —lo mira fijamente, y le da un beso, él se queda quieto.

—Prometo hacerla de nuevo otro día y venís la dos —la abraza, no me lo creo.

—He cogido a Zeus y se ha puesto del color de esta camiseta, como ha molado. Me ha mirado con ojitos, no quería volver a su sitio, lo ha hecho de mala gana. Y el gato, es más bueno, ha ronroneado en mis brazos.

—Ya está aquí, la pequeña curiosa, mira que eres. Incordiando al pobre animal, le habrás cerrado bien. —protesta su dueño.

—Pesadito, miras y ya lo sabes. Y tú madre, ¿qué haces con esa ropa, vas a ir así? —me mira con asombro.

—Qué pasa, me pondré encima una chaqueta, me dejas una porfa —lo miro a él implorando— vamos derechas a casa, no nos encontraremos con nada.

Mateo se está riendo apoyado a la pared, me ha dejado una sudadera suya, nos despedimos de él, con dos besos, me guiña un ojo, si lo entiendo a la perfección. La verdad me da pena marcharme, pero el deber nos llama.

—Vaya pintas llevas, ¿en serio el tonto de Mateo no ha intentado nada de noche? —pregunta en tono burlón.

—Ay Icia, por dios, claro que no ha intentado nada— creo que me he puesto de mil colores.

—Si ya decía yo que el tío es tonto de todo, no creo que haya tenido una novia en su vida, y mira que es guapo, pero *parviño*, con ganas. —rosma de nuevo, burlándose.

—No es asunto nuestro.

—Las apariencias no engañan, creo yo, que vaya nivel de vida siendo profesor, porque el coche que tiene cuesta un ojo de la cara, eso lo he buscado yo en internet, y su apartamento, has visto que no le falta detalle, pues vaya con Mateo.

—No le des vueltas a algo que no nos importa.

Podré aprovechar el domingo como Dios manda, durante la mañana he limpiado la casa, planchado y por la tarde hago vida de sofá, he pensado en salir a caminar un rato, pero cuando iba a cambiarme, miro por la ventana y ha comenzado a llover, estupendo, vuelta a lo que estaba, a leer y ver la televisión. He recibido un mensaje de Mateo diciéndome que me echa de menos, vaya cuento tiene, o no, porque yo también lo echo de menos, aunque no digo nada.

De repente, he recordado la cuenta de mi hija en Instagram y cada vez me enamoran más las fotos que hay en ella con su protagonista. Él dando clase y de espalda, otras de cara, que no sé cómo ha conseguido sacarle, paseando por la playa pensativo, me gustaría colarme en su mente y saber lo que se pasa por ella. Me enamoran todas, espero que él no se entere nunca de la existencia de esa cuenta y sus fotografías, o a saber cómo puede reaccionar.

Un lunes más volvemos a la rutina, casi lo agradezco, ya estoy restablecida de mi pie, apenas tengo molestias, por lo tanto hoy tengo toda la intención de ir al gimnasio.

Sara y yo nos ponemos a preparar la inauguración de Boiro, hemos empezado a elaborar una lista con la gente que creemos que debemos invitar como nos ha dicho Andrés, no conocemos a nadie, pero según nos hemos informado con trabajadores de la fábrica, por ejemplo con Eloy, que va a ser el nuevo encargado, y hemos elaborado un listado eventual. También me he puesto con los currículos, que poco me gusta esto, que dependa de mi criterio elegir a gente, no me mola mucho, pero donde hay capitán no manda marinero, los revisaremos, entre todos tomaremos una decisión.

## CAPÍTULO 14

El día se ha pasado volando y al mediodía ya he traído las cosas para ir al gimnasio, pero que pasa, que al salir, y estando en el coche, una cosa se ha cruzado por mi cabeza, y a los cinco minutos de estar fuera, he cambiado de opinión y acabo de aparcar delante de la casa de Mateo, me las he ingeniado para que alguien me abra la puerta abajo y él no me vea, por lo tanto estoy timbrando a su piso.

—¿Quién? —Pregunta de mal humor, abriendo la puerta.

—Soy yo, si vas a recibirme enfadado me marchó, no vengo a venderte seguros ni telefonía. —protesto con una sonrisilla.

—Qué bien ¿qué haces aquí? —tira de mí y me mete dentro.

—Iba al gimnasio, pero he cambiado de opinión, he venido a devolverte tus cosas, pero no las he traído. —me abalanzo a sus brazos.

—No me puedo creer que hayas venido.

—Qué haces con todo eso en las manos— miro el montón de folios que lleva.

—Nada que no pueda esperar. ¿Cuánto tiempo tienes? —pregunta llevándome a la sala y dejando sus papeles encima de la mesa.

—Depende de lo que quieras hacerme, puedo tener más o menos. Me encanta verte con gafas. —le digo cogiéndole la cara, acariciándole su barba y tirando de él hacia mi boca.

—Ya, porque te recuerdo al chico aquel, del que estabas enamorada, con el que follabas como una loca. —murmura sacándose la camiseta y la sudadera que lleva puestas, las dos a la vez.

—Exacto, ese chico me encantaba hasta que se convirtió en un hijo de puta, después lo odié. —manifiesto con una sonrisilla.

—Cariño, olvídalo de eso, escóndelo en tu cabeza, acuérdate sólo de lo bueno. Estaba loco por ti. Dejémonos de hablar, que estoy seguro que no has venido a eso.

—Puedo garantizarte que no— yo he tirado mi bolso en el sofá, he sacado mi jersey y Mateo se ha apresurado a desabrocharme el sujetador dejando mis tetas al aire.

—Las adoro, que bonitas, joder —se abalanza sobre ellas, se mete un

pezón en la boca, eso así de entrada, haciéndome emitir un gemido de placer.

—Escucha, no me gusta tener espectadores— señalo al perro y a su gato que nos están mirando con ilusión.

—Lo siento, a mí tampoco, quizás se esperaban que trajeses compañía, pero yo no, te quiero para mí solo, a ver si por fin puede ser. Ven. —me coge en brazos y me lleva a su habitación, depositándome en el suelo.

Me quedo un poco sin saber qué hacer, pero él sí sabe cómo solventarlo, me coge por la cinturilla de mis vaqueros, tirando de ella, los dos estamos desnudos de cintura para arriba pero el resto lo llevamos cubierto.

—Me encanta el culo que te hacen esos pantalones. —susurra cerca de mi oído.

—Es un culazo, no el de la chiquilla que te volvía loco. —sentencio a su lado.

—Sigues volviéndome loco. El día que me lo folle, haré un festín.

—Sueña Mateo, que es gratis— sigo susurrándole a su oído, sé que le gusta.

—No sueño, un día será una realidad, y lo sabes, ahora no vamos a adelantar acontecimientos.— ha comenzado a desabrochar el botón del mismo.

—Me siento culpable—meneo mis caderas para que el pantalón y mis bragas se bajen junto con las manos de Mateo.

—Y eso, cariño. —me pregunta mirándome a los ojos, a la vez que me deja desnuda.

—Tenía que estar en clase de Pilates, la cual hace dos semanas que no piso, entre excursión, lesión y esto.

—No sigas, esto es mucho más sano que cualquier clase, deja de comerte el cerebro con pajas mentales, saldrás de esta casa en el séptimo cielo y más relajada que en todas esas clases.

Ya no he podido decir mucho más, no he tenido ocasión de tocarlo casi, él se ha encargado de alejarme de su cuerpo o sabe lo que va a pasar, me ha depositado encima de la cama, me ha besado, y ha ido bajando por todo mi cuerpo dejando un reguero de besos sobre mi piel a su paso, dirección al sur, ha dado un ligero mordisco en mi ombligo, una vez más se ha parado en mi monte de Venus y lo ha mirado con devoción.

—Tu peluquera se merece un buen premio, te ha dejado como a mí me gusta, calvita, eso facilita un montón que pueda comerte y saborearte como es debido —me ha abierto de piernas y mirándome fijamente.

—Me encanta la idea.

—Estupendo, vaya festín, como has cambiado, y para bien.

Acaba de hundirse por completo en el medio de mis piernas, casi no quiero ni pensarlo, su lengua está como loca intentando lamer todo lo que está a su alcance, me hace cosquillas con la barba y me gusta esa sensación, yo creo que en vez de relajarme como debería, estoy más tensa que las cuerdas de una guitarra, y no sé el motivo, de vez en cuando levanta su mirada para cruzarse con la mía y sus dedos empiezan a hacer un trabajo magistral que no sé cómo agradecer, porque Mateo no me deja tocar nada, me lo hace saber con una señal de su mano.

—Disfruta cariño, por favor, cuando te toque, haz lo que te dé la gana para que yo también lo aproveche y relájate joder, solo vamos a pasarlo bien.

Sus dedos entran y salen de mi interior, empapados, tanto los dedos como mi interior, que parece lava, soy todo éxtasis y todo placer, cuando de nuevo sus labios tiran de mi clítoris hiper excitado y un enorme orgasmo hace que me tense y lo disfrute sin miramientos, no sé cómo mirarlo a esos ojitos a los que solo puedo dar un Gracias con todas las letras mayúsculas, al fin me he relajado.

—Esta es mi chica, la que se corría una vez tras otra sin mucho trabajo, y me encantas así, es todo un placer disfrutar de tu cara de éxtasis con ese orgasmo que te ha sacudido.

—Déjame tocarte, yo quiero.

—Vale, ven, tengo intención de cobrarme lo del fin de semana. Que no des andado, forma parte de mis intenciones. —me advierte.

—Me da igual lo que tú tengas en mente, mi objetivo ahora mismo es que disfrutes, ven, que haces vestido. —tiro de su pantalón de chándal, de su bóxer.

—Bien, te dejo mandar.

—No te queda otra, hasta ahora tú lo has hecho.

—Me parece muy bien, pero me correré en nada si tocas demasiado.

—Cállate por favor— empiezo a besar sus abdominales.

—Ni lo sueñes, no hagas lo que tienes en mente por favor, quiero enterrarme dentro de ti. Coge un condón en la mesita, más tarde hablamos.

Trepo hasta donde él me indica, veo que tiene preservativos de colores en su mesilla de noche, se me escapa una carcajada.

—Tienes tarta de fresa en el cajón, vaya contigo.

—Olvídate de eso, sácalo del envoltorio y pónmelo. —me dice con prisa.

—Una pena, me gusta torturarte, pero yo saldré perdiendo.

Justo rasgo el envoltorio y lo deslizo por su miembro desde la punta, la cual he torturado un poquito con un pequeño masaje de mi mano mojada en saliva, y he descendido hasta la base, sobándole sus testículos en el camino. La cara de Mateo, la cual no he dejado de observar, es de deleite mordiéndose el labio inferior. Y ahora que lo tengo tumbado en la cama, voy a ser yo la que mande, por una vez. Me incorporo, paso una pierna al otro lado de su cuerpo y ayudando con mi mano a su miembro, para que se introduzca en mi interior, él también intenta guiarlo, y se mete dentro de mí sin problema, llenándome hasta el fondo, saborea cada milímetro de mi vagina y me encanta, me gusta tanto sentirlo dentro de mí, que me he acoplado, bien pegada a él, que ha clavado sus dedos en mis caderas e intenta hacer que me mueva.

—No quiero, me gusta sentirte así. —protesto con lo que quiere hacer.

—Cariño, necesito que te muevas, solo un poco, si lo hago yo, sabes lo loco que puedo ser.

Claro que sé lo loco que puede ser, pero no necesito que me diga nada, porque empiezo a moverme con un sube y baja magistral, que sé que lo está enloqueciendo, y que no le mola no poder mandar aunque esto le gusta, mucho. Se incorpora, consigue sentarse en la cama y así puedo abrazarlo con mis piernas, que se enredan alrededor de su tronco, apoyo mis pies en el cabezal de la cama, una vez más enloquezco, golpeándolo fuerte cada vez que roza el fondo de mi interior.

—Nena, voy a correrme, no aguanto más, quiero que lo hagas conmigo, juntos —empieza a hablar con la respiración entrecortada.

—Tócame, dónde tú sabes, por favor, hazlo ahora.

Yo guio su mano entre mis piernas, él se conoce de sobras mi cuerpo, y sabe lo que tiene que hacer para que todo estalle. Con que me frote y apriete un poco, es suficiente para que todo se desate, me pego a tope a él y lo conseguimos, él aúlla como un loco, me abraza fuerte, me pega a él y los dos nos dejamos llevar por ese éxtasis glorioso que se apodera de cada milímetro de nuestro cuerpo, esa corriente que nos llena de felicidad y nos eleva al séptimo cielo.

—Gracias pequeña, ha estado genial, genial, genial. —me dice con la voz y la respiración entrecortada.

Nos dejamos ir hasta que caemos sobre la cama, tan fatigados como si viniésemos de correr la carrera pedestre. Mateo se saca el preservativo casi inconscientemente, lo deja en un pañuelo encima de la mesita y me pone el brazo para que me acueste sobre él, qué bien se está, qué bien huele y qué bien

nos lo acabamos de pasar, si dijese lo contrario mentiría. Deposita un beso en mi cabeza.

—Esto ha estado genial, no crees.— susurra recuperándose.

—Claro que lo creo, debo mirar el teléfono, a veces los lunes mi hija quiere que la recoja antes.

—Tu hija es la hostia, no termina de sorprenderme— comenta asombrado.

—¿Y eso?— pregunto extrañada.

—Ella te lo dirá mañana, con la nota —me abraza y me besa en la cabeza de nuevo.

—Espero que esto que acabamos de hacer no haya influido en ninguna decisión tuya.

—No lo dudes, ella se busca la vida muy bien, su examen estaba corregido antes de tu llegada, y este glorioso polvo no me ha hecho modificar nada.

—Vaya alivio —protesto, acurrucándome en su pecho, eso me lo imaginaba.

Escucho sonar mi móvil, en algún sitio en el que he dejado mi bolso, me levanto y desnuda como estoy llego al salón, con el perro observándome, tengo una llamada perdida de Icía, para que mire el mensaje y no pase del teléfono, como hago a veces, me dice que en media hora la recoja en casa de su abuela que tiene que estudiar al llegar a la nuestra, que no me retrase, por favor, o si no el abuelo la llevará en coche. O sea que en nada me tengo que marchar.

—Lo siento, espera que vaya a recogerla —le explico a Mateo cerrando el móvil.

—No pasa nada, al menos te he visto y nos hemos complacido, eso es lo que cuenta —me ha abrazado por detrás y besado en el cuello, ante la atenta mirada de su perro —¿Vas a volver mañana?

—No lo sé, estamos a tope en la fábrica con la inauguración de la de Boiro, y el inicio de la actividad para la fecha prevista, si puedo escaquearme un ratito lo haré —le explico girándome entre sus brazos mientras lo abrazo por el cuello y lo beso bajo el lóbulo de la oreja, en dónde tiene tatuada la nota musical.

—¿Nos da tiempo a otro asalto? —pregunta tirando de mis labios.

—Acabamos de hacerlo, ya no eres aquel chiquillo que se recuperaba en nada, ahora no creo que sea igual —me burlo intentando escaquearme.

—No te imaginas cuanto puedo sorprenderte, míralo. —coge mi mano y la lleva a su miembro que empieza a endurecerse.

—Ya veo, en nada estará muy dura, pero no puedo, vale, debo recoger a Icíá, porque aún tendrá cosas del cole para hacer. Prometo que si consigo escaquearme, vendré a verte. —salgo corriendo a la habitación intentando encontrar toda mi ropa.

—Toma tus bragas, o si quieres puedes dejarlas —me las tiende en el dedo índice.

—Gracias, no quiero ir sin ellas —me las pongo con los vaqueros y el resto de la ropa.

De mala gana nos despedimos con un beso profundo y húmedo, que nos dura desde la habitación hasta la puerta, a dónde vienen también su perro y el gato, a despedirme, que tiernos, por favor.

Según lo pactado, la recojo a ella en casa de mi madre, que viene con un *tupper* de comida, y me echa la bronca como últimamente, diciéndome que me estoy quedando en los huesos, lo que necesita esta mujer es cambiarle los cristales a las gafas, la cosa ha mejorado, pero aún no he alcanzado mi objetivo.

Apenas hemos hablado mi hija y yo, ella comienza a estar acelerada con todo lo que debe hacer ahora al final de curso, ha aprovechado el trayecto a casa para leer un libro de lengua.

Volviendo a la dieta, hoy he ido a pesarme, que si no fuese porque mi dietista me ha avisado, yo pasaría del tema, pues una gran noticia, he adelgazado mucho más de lo que yo creía, casi catorce kilos en poco más de tres meses. He conseguido cambiar hábitos alimenticios, reducir cantidades, y con ayuda del deporte, los resultados son visibles, pues me pongo casi toda esa ropa que Sara me había regalado, y cuando llego a la fábrica mi alegría se ve casi desde un kilómetro.

—Últimamente eres la chica happy— comenta mi sobrina al verme entrar por la puerta.

—Mis motivos tendré, no crees, bonita— la miro acercándome a su mesa.

—Lo de que has adelgazado es evidente, ahora falta saber el trabajo que ha hecho Hugo para que estés así— Sara sigue a la carga.

—No te voy a aclarar nada, contadme qué ha pasado, que no voy a deciros nada de mi vida.

—Martíño y Tomás han ido a los organismos oficiales a hacer todos los trámites de la apertura, nosotras seguimos con las invitaciones y hay que enviarlas hoy por correo.

—Me pongo con ello.

Al llegar a casa, como estoy animada con mis kilos de menos, nos vamos a comer lo que nos ha mandado mi madre, una fabada, que rica, por mucho que me haya aficionado a las ensaladitas y verduras, dónde esté una buena fabada o cualquier potaje, que se quite el resto y más si ya está cocinada y es solo calentarla.

—Indignada vengo —protesta mi hija tirando la mochila en medio del pasillo.

—A ver, que ha pasado esta vez —me planto enfrente con los brazos en jarras.

—El imbécil ese de Mateo, ya me parecía a mí que tanta amabilidad así de repente era de lo más raro, que este hombre tiene trastienda. —se sienta a la mesa.

—Vale, no empieces a sacar conclusiones precipitadas, que te conozco. — levanto el dedo índice.

—Sabes, un nueve he sacado en el examen de recuperación, que es una súper nota, pero no va a ponerme más que un cinco porque en los exámenes de recuperación no se pone más nota. No estoy de acuerdo.

—Eso ha sido así de toda la vida, al menos en mi época lo hacían la mayoría de profesores.

—Pues no, yo he sacado una nota muy decente, con lo que me lo he currado, y va y me da una mierda, que se la coma, he discutido con él, protestado, los demás todos se han callado.

—Porque quizás seas la única que está en esa situación.

—Eso también, han hecho muchos la recuperación, pero mi nota ha sido la más alta, y no quiero un cinco— vuelve a decir.

—Cariño de nada te vale protestar, si son así las normas no hay que hacerle, demuéstrole que eres buena, ahora en la tercera evaluación, y que se guarde el cinco.

—Lo odio.

—Vaya, no seas tonta, si es evaluación continua, lo que cuenta es la nota de la última, acláralo con él.

—No pienso dirigirle la palabra, ojalá se volviese a Canadá. —sigue protestando llevándose un bocado a la boca.

—Como estamos, cálmate y estudia de ahora en adelante.

Creo que ni me escucha, se ha puesto a comer de forma compulsiva, no me mira, solo al plato y los azulejos, que a día de hoy estoy segura que están escaneados de forma exhaustiva.

Hemos salido muy tarde de trabajar, claro que no he ido a visitar a Mateo, que me manda un mensaje para saber de mi vida, preguntándome si yo también estoy enfadada con él, que ya ha comprobado que él e Icíá no se entenderán en la vida. Mal asunto.

Yo le digo que lo mío no tiene nada que ver con sus problemas, simplemente el trabajo nos desborda y no consigo salir a la hora para poder hacerle una visita, no se puede acostumar mal a la gente, quizás mi error ha sido ir el lunes.

Al menos creo que mi hija se ha calmado un poco, después de hablar con mi madre, que le ha aclarado lo de las notas de recuperación, que pasa, que como ella es la primera vez que hace una, no lo sabía, si nunca ha tenido problemas con las notas de ninguna asignatura, de ahí que tenga el rebote y cabreo que la enfada. La mayoría de profesores ponen un cinco en las recuperaciones, pero tienen en cuenta esa nota en el momento de tomar decisiones futuras.

Enfrascada me encuentro con los pedidos que debo preparar para facturar, cuando la puerta de la oficina se abre y mi mirada se cruza con quien acaba de entrar.

—Hola, pasaba por aquí y decidí haceros una visita.

—Mateo cabronazo, vaya como te cuidas, cuánto has corrido para venir chorreando— mi sobrina se dirige a darle dos besos.

—No he echado la cuenta, pero aprovechando que no llueve salí un rato. — Se saca la sudadera y deja ver sus brazos musculosos perlados de sudor y sus tatuajes, vaya.

—Oscar no está, ha salido un momento— comenta Sara mirándolo fijamente.

—No es a él a quien quiero ver, necesito hablar con Paula —me mira a mí.

—¿Qué? A mí, ¿qué ha hecho mi hija esta vez?— pregunto con asombro. — Ven, vamos a la sala de reuniones, esta cría va a matarme a disgustos.

—Tranquila, quizás no sea nada de lo que tú te imaginas.

Mateo me sigue a la sala para que nadie de los que están aquí pueda escucharnos, abro la puerta y lo dejo entrar, cerrándola después.

—¿Qué ha pasado esta vez?— pregunto con preocupación.

—Nada, cielo, si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña, tenía que ingeniármelas para verte, ven aquí— tira de mí para besarme.

—Para capullo, vaya susto me has dado, ella con la puñetera nota del examen de recuperación y ahora tú a querer hablar conmigo.

—Tenía ganas de verte.

Sus labios se plantan sobre los míos y nos besamos con ganas, faltaría más. Mis manos como siempre se meten entre su pelo, mojado de sudar, igual que todo él, acaricio su barba, él me aprieta por la cintura pegándome a su cuerpo.

—Vamos a parar, estamos en mi trabajo, por favor. —susurro separándome de mala gana.

—¿Vas hoy al gimnasio? —pregunta sin apartarse, solo nuestras bocas.

—No sé si saldré a tiempo. ¿Tú vas a ir?

—Ahora que estoy en materia con lo que he calentado, quizás me pase un rato a las máquinas.

—Entonces a lo mejor nos veamos, haré todo lo posible.

—Ya creí que tú también estabas enfadada conmigo.

—No me metáis en vuestros problemas de alumna profesor, lo habláis clarito y ya está.

—Me dejas más tranquilo si tú lo entiendes. —susurra con miedo.

—Yo no soy una niña pequeña, vamos a salir o tu amiga Sara sacará conclusiones precipitadas.

—Qué más da lo que piense, me la suda. —me planta un último beso.

Los dos salimos de la sala, todos nos miran al llegar a la entrada, incluido mi cuñado que acaba de llegar y le da un enorme abrazo a Mateo que se está poniendo la sudadera, y se van a tomar juntos un café al bar de enfrente, Sara pregunta, pero yo respondo con evasivas, que tampoco yo sé mucho lo que voy a contarle, que nos hemos acostado alguna vez y nada más.

Puesto que hemos salido a una hora decente he ido a clase de *Body Fitness*, necesito mover el cuerpo e ir poniéndome a tono, sino tendré que volver a empezar en todo, ya no he coincidido con el profe, pero sí me he encontrado al banquero, intento escaquearme pero no lo consigo, sabía que no podría darle largas mucho más tiempo.

—Mira que te has puesto guapa, cada día estás mejor. —me dice desde una de las máquinas.

—Qué dices, ¿Por qué?— pregunto en tono bajo.

—Ya sé que tienes nueva conquista, pero aún no es nada definitivo, imagino.

—¿De qué hablas?

—Alguien me ha dicho que mi chocolate estaba muy bueno —se planta frente mía con una sonrisita.

—Pues no te entiendo —me hago la inocente.

—Tú sabrás quien lo ha probado, aparte de ti.

Vaya cabronazo, me he dado media vuelta o me moriré de vergüenza, quién lo sabía a parte de Mateo, marcando territorio, y dando a entender que nos hemos comido el chocolate a la salud de Hugo, no sé si reírme o creerme afortunada. Qué demonios quiere, bueno, en principio darle a entender al banquero que tenemos algo y me deje al margen con sus invitaciones a salir, ya le echaré la bronca. Para no darle más importancia me he metido en la clase de *Body Fitness* y cuando he salido chorreando, ni rastro de Hugo, y de camino a casa he llamado a Mateo por teléfono para echarle la bronca y lo único que ha hecho es reírse y dejarme con la palabra en la boca, cabrón dos.

Como se nota que no estoy muy enfadada, al día siguiente ya caigo en la tentación de la carne, en el pecado y la lujuria. A media tarde el profe me pide por favor si voy a visitarlo y como la tonta de la semana, salgo de trabajar, un poco tarde, pero me paso a verlo y a hacer el amor como dos posesos, está visto que lo del polvo rápido se nos da muy bien, pues esta vez ni siquiera nos hemos desnudado, como iba en vestido, ha bastado con subírmelo, ha desgarrado mis medias y me ha empotrado contra la pared del pasillo, mis piernas enrolladas en su cintura, se ha bajado los pantalones y el bóxer, y se ha clavado en mí hasta el fondo, consiguiendo sacarme un orgasmo que me deja de lo más relajada y satisfecha al igual que él. Nos estamos convirtiendo en dos yanquis, se ha apoderado de mi mente en poco tiempo, y cuanto menos podemos vernos, más ganas tenemos de hacerlo.

Por fin está todo preparado para la inauguración, aunque la fábrica comience a funcionar dentro de una semana porque falta un pequeño trámite con industria, pero como la inauguración está programada, debemos hacerla ya.

—¿Qué, vas a aclararme al fin a quien te estas follando? —pregunta Sara en la salita en donde nos estamos tomando un café.

—De qué hablas —respondo sin saber qué más decir.

—Paula, no soy tonta, creí que confiabas en mí para contarme cosas. Luces cara de bien follada, esta semana te has escaqueado del gimnasio y tampoco has ido para casa. —me mira fijamente.

—Eres peor que un grano en el culo —protesto sonriéndole.

—Si me encanta ver esa sonrisa permanente en tu cara.

—Mateo.

—Mateo ¿qué? —pregunta de forma inocente.

—El que me estoy....

—No me jodas que te estás tirando al profesor de tu hija, pero si empezasteis de lo peor.

—Habla bajo por favor, que la cosa es muy complicada —comento en tono bajito.

—Pues no lo parece. Cuánto me alegro joder, no me extraña que tengas que hacer malabarismos para poder veros.— dice entusiasmada.

—Bastantes —le respondo mirando al infinito.

—Qué bien has escogido, cabrona, cuanto me alegro por vosotros, te lo mereces. —me abraza y me da un beso.

—Sara, es solo pasárnoslo bien, este no es un hombre de relaciones, pero.

—Ya, de eso yo sé un rato largo, tu sobrino no era un hombre de relaciones, ni de exclusividad y aquí estamos, incluso hablamos de casarnos y tener hijos.

—Eso es algo que nunca creí de él, que llegase a enamorarse y algo más. —comento dando el sorbo final a mi café.

—Hola, que cotilleáis aquí las dos. —Óscar entra por la puerta y va hacia su chica a darle un beso en los labios.

—No te lo vas a creer, tu tía está enamorada —le cuenta rodeándole el cuello con sus brazos.

—Sabía que no podía contarte nada, no he dicho que esté enamorada. — intento salir de la habitación.

—Y quien es el afortunado.

—Te lo dirá tu novia, no sé para qué he abierto la boca.

—Me alegra tanto que tengas a alguien. —él me abraza.

—No es nada serio, ya hablaremos de ello —intento escaquearme.

Vaya nervios estamos pasando para tenerlo todo listo para la inauguración, lo hemos preparado todo Sara y yo. Contratamos a una empresa que lo ha decorado de una forma muy bonita, como en una boda. Tenemos un DJ para poner música, hemos contratado de nuevo al Catering Valenciaga y hemos invitado a gente importante, como el alcalde de Boiro, el Conselleiro de Industria y el presidente de la Xunta, que ha declinado nuestra invitación.

Y esta vez me he comprado algo chulo, aprovechando lo que Andrés nos ha pagado por todo lo que hemos trabajado y mis kilos de menos. Llevo un vestido verde botella anudado al cuello con una lazada, que deja al descubierto parte de mi espalda y me queda por encima de la rodilla, Catia que ha venido a peinarnos, ha sugerido que un recogido me quedaría muy bien con este modelo de vestido y en mis pies unos bonitos zapatos de tacón con plataforma.

Por supuesto mi hija, va acorde para la ocasión, y claro que también está invitada, al igual que mis padres y la abuela, nada, que vamos toda la familia, así no llevo el coche y aprovecho a ir con ellos.

La gente empieza a llenarlo todo, conozco a la de nuestra fábrica, pero también empiezo a familiarizarme con la de Boiro, yo he seleccionado parte de los currículums, con la ayuda de mis compañeros. Como no, no podía faltar nuestro banquero Hugo, que ha susurrado en mi oído cosas muy bonitas abrazándome por la cintura, sin perder la ocasión de pegarme a su cuerpo.

—Madre, no te puedes creer, quien ha venido, y lo que ha hecho. —mi hija me ha contado bajito al oído.

—¿Qué, De qué hablas?

—Mateo, está irreconocible —señala a un lugar, y lo veo hablando con mi madre, que me hace señas de que me acerque.

—Hola, ¿qué ha pasado con tu barba?—pregunto dándole dos besos, que bien huele....

—Hola, estás preciosa, mi barba no era muy cómoda para determinadas cosas —me susurra al oído y creo que hasta me ruborizo cada vez que lo recuerdo con ella pringosa después de hundirse entre mis piernas.

—Casi no te reconozco, aparte de que vas vestido como un hombre.

Vaya, si va vestido como un hombre, pantalón negro de tela, camisa blanca y una americana también negra. Lleva el pelo suelto, y solo verlo hace que mi piel se erice porque la verdad está guapísimo.

—Tú vas vestida como una dama. Tu hija sigue enfadada conmigo. —me mira mientras mi madre se aleja a hablar con Andrés.

—Bueno, en algún momento se le pasará, ¿quién te ha invitado a venir?

—Tú lo habías comentado, pero tu sobrino y tu cuñado lo han hecho oficialmente, gracias.

—Te quedas con mi madre y la abuela, que vienen con Hugo, lo siento, el conselleiro va a dar el discurso y debo estar delante, hablamos en un rato.

Así es, el señor Conselleiro de Industria y Comercio habla, al igual que lo hacen Andrés, Fernando y Óscar que son los jefes, también lo ha hecho el alcalde de la localidad, mientras miro furtivamente a mi madre que ha vuelto a hablar con Mateo, junto con la abuela, mi hija viene a mi lado y al de Sara, que estamos con Martiño, Tomás, Breixo el biólogo y otra gente. Qué niña más rencorosa por Dios, ya se le pasará. Cuando ellos terminan de hablar, los camareros empiezan a servir el aperitivo. También acabo de ver a David y Yago con Valeria y Alba, esta vez están sin niños, se acercan a hablar con el

profe que se nota que conoce a muy poca gente. Una vez concluido todo, que ha transcurrido sin ningún percance, se acercan Sara y Óscar.

—Nos llevamos a tu hija con nosotros, al cine, y se queda a dormir en nuestra casa, mañana te la devolveremos sana y salva. Los abuelos ya se han marchado porque Mateo se ha ofrecido a llevarte— mi sobrino Óscar se acerca a hablarme, guiñándome un ojo.

—Muchas gracias —respondo repleta de alegría.

—Imagino que aprovecharéis— mi sobrino se dirige a su amigo.

—No lo dudes, al fin una puerta abierta, gracias— responde este abrazándome por la cintura y dándome un beso en la cara, que todos ven, incluida mi hija que viene a despedirse.

—Hemos visitado la fábrica, es enorme y cuantas máquinas —me cuenta con asombro.

—Qué, no piensas hablarme —pregunta un Mateo, parece que preocupado. Ella se mira los pies.

—Como vuelvas a ponerme una nota de mierda, juro que no te hablo en la vida —le responde ella tendiéndole la mano sin mirarlo.

—Eso lo hemos aclarado en clase, no.

—Sí, ya lo sé, compórtate con mi madre. —le advierte ella.

—Vale, ¿tengo que pedirte permiso para algo?— él le da dos besos abrazándola.

—No tengo que darte permiso para nada, tonto.

Han sacado fotos de todo el evento y entre ellas hemos salido nosotros tres. Eso me ha gustado.

## CAPÍTULO 15

Al fin nos marchamos, ellos son los dueños, por lo tanto mi hija junto con Sara, Óscar, Andrés y Laura aún se quedan charlando con más gente, pero Mateo me ha hecho seña de si podemos escaparnos y nos las hemos ingeniado para poder hacerlo sin que se notase mucho.

—No me lo creo —me susurra tirando de mí hacia su cuerpo para besarme.

—Lo que —me hago la inocente.

—Qué vaya a tenerte toda la noche en mi cama. —rodea mis hombros y me pega fuerte a él.

—¿Quién ha dicho que vaya a estar en tu cama toda la noche? —pregunto para provocarlo.

—Lo he dicho yo que seré el que te lleve a casa, pero no a la tuya, le debo una a tu sobrino y a su novia, bueno, que conste que son mis amigos y los conocí a ellos antes que a ti. Bueno, de esta segunda vuelta. Hace años, yo sabía que tenías un sobrino de casi tu edad.

—Lo has conocido a tiempo, ellos no saben nada de lo nuestro hace años. —comento subiéndome al coche.

—Eso no me importa, ven, no quiero estar más tiempo sin tocarte ni besarte.

Mateo me acerca a él dentro del coche, y nuestras bocas corren a juntarse en un beso delicioso repleto de chupetones, mucha saliva y una enorme pasión que nos trae ganas de seguir con esto sin tardar demasiado.

—Tengo algo que proponerte. —susurra separándose de mala gana.

—A ver, cuéntame. —acaricio la suave piel de su cara.

—Estamos en un lugar en donde no nos conoce nadie, vestidos de una forma muy elegante, podemos aprovechar para ir a cenar y si quieres, a bailar.

—Yo también tengo algo que proponerte. Tienes una bañera preciosa en tu casa, que no creo que le hayas dado un estreno como se merece. Tú cocinas divinamente y yo puedo ayudarte, estoy segura de que tienes algo por tu nevera para poder ofrecerme, debes sacar a pasear al perro y me duelen los pies. Ahora tú eliges, tu propuesta, o la mía. —lo miro fijamente.

—Solo oírte hablar de la bañera, has hecho que mi polla se manifieste dando su opinión.

Coge mi mano y se la lleva a su entrepierna, arrancando el coche. Entonces yo decido que no siempre uno puede ser bueno, por veces se debe de hacer alguna travesura, por lo tanto, bajo la cremallera de su pantalón y sin pensármelo me adentro en ella y empiezo a apretar ese bulto en la medida que sé que le gusta, de repente compruebo lo dura que está, le doy una caricia y escucho lo que sale por la boca de Mateo, un enorme gemido de placer.

—Decidido, tengo pizza casera congelada, es sacarla y al horno.

—Con lo que he comido en el evento, no tengo ni hambre.

—Somos dos, si sigues haciendo eso voy a correrme en tu mano. —Me habla con la respiración acelerada.

—Tú atiende a la carretera, yo me encargo de esto.

—Joder.

Mi mano sigue haciendo lo que le interesa, si unos meses atrás, alguien me dijese que estaría masturbando a un hombre en un coche, yo misma pensaría de mí que soy una guarra y una inconsciente que ha perdido la cabeza. Pero en este momento solo quiero seguir, me encanta verlo conducir, su cara de lo mucho que está disfrutando, y esto solo me lanza a querer seguir siendo traviesa, porque veo que está llevando el coche despacio. Por lo tanto, con la otra mano le desabrocho el pantalón, bajo un poco su bóxer y saco su polla. Sin quitarme el cinturón de seguridad que llevo puesto, cambio el brazo de posición y me muevo hasta mi objetivo y a la velocidad de la luz su verga ha pasado por entre mis labios y está en el fondo de mi boca adentrándose en mi garganta, los libros eróticos han dado para intentar aprender muchas cosas. Ni se me pasaría por la cabeza hacer esto con mi ex marido, que tampoco se lo había merecido en algún momento, pero con Mateo ha sido distinto, es como si sintiese la necesidad de hacerlo. Notar ese sabor dulzón en mi boca y sentir lo dura que se pone gracias a lo que estoy haciendo, me enciende, y me calienta.

La saliva, mis labios y mi mano hacen maravillas, y eso que no puedo acariciarle los testículos como me gustaría, que están aprisionados en el interior de su bóxer.

—Sigue por favor, que te la chupen mientras conduces, ese es el sueño de cualquier hombre. Esperemos no encontrarnos con los de Tráfico o juro que no paro.

—Hoy estoy aquí para cumplir ese sueño tuyo.

—Qué bien, en dónde cojones te has metido todos estos años, con lo bien que estabas aprendiendo cuando estuvimos juntos. No sé para qué digo esto, ahora sé en dónde has estado y cuanto me alegre haberte encontrado. Me estás

matando, me encantan tus manos y tu boca.

Me he incorporado un momento para responder a su pregunta, pero mi mano traviesa no ha parado de subir y bajar por toda la extensión de su polla, que no es precisamente pequeña, también es gruesa y está muy dura, me encanta saber que yo he conseguido que se ponga así, y su cara de deleite, por lo tanto, debo continuar la tarea que lo estaba volviendo loco y mi boca vuelve a la carga con la lengua envolviendo su capullo, y el jadeo que se escapa de entre sus labios me pone más loca todavía, la aprieto con mis labios y mi mano, en su justa medida.

—Voy a correrme, para, si no te lo quieres tragar. Voy a detener el coche antes de que nos pase algo.

Hace muchos años que no lo hacía, pero hoy voy a ser muy generosa de nuevo, sé que en nada me voy a llevar la recompensa que me merezco, por lo tanto continuo con mi tortura y siento como su polla palpita entre mis labios, y no me muevo de mi sitio, simplemente continuo con mi trabajo, mi lengua, la presión de mis labios y el chorro de algo caliente con sabor amargo corriendo por mi garganta. Escucho los jadeos de Mateo, y las lindezas que se escapan por su boca, acompañadas de suspiros y la respiración agitada, llenarían nuestro bote de las palabrotas. He notado como se ha tensado en el asiento del coche, y me sujeta la cabeza tal y como la tengo, continúa gruñendo, creo que ha detenido el coche, o sino que hacen sus manos en mi cabeza guiándome en el movimiento que a él le ha gustado.

—Paula ven, cariño, sigues siendo la hostia. Esto ha estado de puta madre. —Me ha separado de él, y voy a su boca.

—Sabe a ti, ¿no? —susurro separándome de su beso.

—Gracias preciosa, qué bueno joder, cualquiera va a concentrarse en clase durante esta semana.

—Esto va a hacer que no seas ese profesor capullo y malfollado que se creen tus alumnos, aunque posiblemente tengan toda la razón y una mamada en condiciones era lo que necesitabas. —he vuelto a mi sitio colocándome.

—¡Como me has dejado el pantalón de saliva! —lo mira con una sonrisa.

—Mateo, tú no te has resistido en ningún momento, y eso es parte de lo que acabamos de hacer.

—Lo sé, es tan morboso verlo así, que no te puedes imaginar. Estoy deseando llegar a casa y enterrarme entre tus piernas, después será tu turno, te mereces el mejor polvo y un orgasmo grandioso.

—Uau, qué bien pinta nuestra noche. —le susurro mirándolo.

Emprendemos camino a casa, él ha cogido mi mano y entrelazado nuestros dedos encima de la palanca de cambios, pero solo un momento, prefiero que utilice las dos suyas al volante. Se ve muy relajado, como para no estarlo después de esto. Me pone verlo conducir, y mirarlo así de refilón, con esos mechones descolocados cayéndole por la frente, la camisa blanca arremangada que deja ver parte de sus tatuajes.

—¿Por qué te has tatuado?— pregunto mirándole el de su brazo.

—Hice el primero, me gustó y ya pensé en el segundo, cada uno me lo he hecho en un sitio distinto, y en un lugar diferente. Quizás corresponden a diversas etapas de mi vida. El que más significado tiene es el amanecer que llevo en la espalda, lo hice en honor a mi prima Lucía, ella lucha cada día por eso, por ver amanecer, siempre hemos sido como hermanos, y esto me lo hice por ella, tiene una L por ahí escondida. —cuenta de forma pensativa fijándose en la carretera.

—Me recuerdo un poco de ella, es muy joven.

—Dos años mayor que yo, pero tú sabes muy bien que esta enfermedad no entiende de edades.

—Por desgracia sí lo sé, mi hermana no lo superó, y fue muy triste todo el proceso.

—Lo siento. —me dice con pena.

—Nada, dejemos cosas tristes a un lado. ¿Por qué te has afeitado? —le pregunto observando su cara.

—Empecé a aburrirme de mi barba, y como comprenderás, cada vez que me fundía entre tus piernas, el resultado.....— comenta con una sonrisita malévola.

—A mí me gustabas, aunque así te pareces al Mateo de hace años. —sigo observándolo de forma pensativa.

—A cuál, al hijo de puta, o al que estaba locamente enamorado de ti. —me mira de forma furtiva.

—Sabes de sobra que el hijo de puta no me interesa, o sino no estaría aquí contigo ahora.

—Imagino, perdona.

Casi sin darnos cuenta, hemos llegado a su casa, metido el coche en el garaje y subimos en el ascensor, abrazados, yo a su cintura y él por los hombros. Me besa en la cabeza, y llegamos a nuestro destino. Nada más abrir la puerta de casa, el perro y el gato vienen a recibirnos, uno moviendo la cola y no sabe si subirse por su dueño o no, que chico más bien enseñando, y el

gato maullando entre sus piernas, reclama su dosis de mimos.

—Podemos ir los dos a pasearlo, pero casi optaría por ir yo solo, una visita relámpago al campo que hay detrás de casa y tú mientras ponte cómoda. Hay una botella de vino blanco en la nevera, sirve dos copas, en nada estoy de vuelta. ¿Te parece bien?

—Me parece genial. —susurro colgándome de su cuello.

Los dos salen por la puerta, parece que con prisa, me causa gracia. Lo primero que hago es sacarme los zapatos, ir a hacer un pis, en este baño tan bonito y voy a sentarme un rato en el sofá con la compañía de gatito, que ronroneando se acuesta a mi lado, y yo lo cojo en brazos acariciándolo. Me levanto y con su compañía vamos a hacerle una visita a don camaleón, que me mira con esos ojitos pequeños y me echa la lengua, bonito recibimiento, me da un poco de repelús cogerlo y tengo miedo de que se escape, su dueño sabrá lo que hacer con él. Al poco rato la puerta se abre y los dos están de regreso.

—Me da rabia que vengas a mi casa y tengas que comer pizza, me has pillado desprevenido.

—Vamos a ver Mateo, me encanta la pizza, no he venido a tu casa a comer. —dejo a gatito en su cesta y me acerco a él con una sonrisa.

—Eso ya lo sé, y la pizza es casera, yo he hecho la masa y la he preparado, siempre hago así, después la congelo para una emergencia o un día que no me apetece cocinar. Vamos a lavarnos las manos.

—Si tú no sabías ni freír un huevo, como has cambiado. —me dirijo al fregadero de la cocina con él.

—¿Alguna objeción? —se gira a hablarme.

—Claro que no.

Aun con las manos mojadas se gira para abrazarme, levantarme y sentarme en la mesa de la cocina, lo miro fijamente y nos fundimos en un apasionado beso, pegándonos como lapas. Nuestras lenguas se juntan como si fuesen solo una, y una sola saliva, Mateo separa mis piernas y se mete en medio de ellas, quedando el bulto de su erección justo en ese lugar que tanto me gusta que me toque, y él lo sabe porque no para de frotarse de una forma provocadora haciendo que me excite, que no quiera que pare, solo que siga con lo que está haciendo. Sus manos me han levantado el vestido, con una me tiene abrazada por la cintura y bien pegada a él y la otra ha empezado a subirse por una de mis piernas.

—Joder, llevas unas medias de esas, como se dice.

—Se llaman medias de blonda, es la primera vez que me las pongo y no

tenía intención de verte, que conste, pero cuando me las compré lo hice pensando en ti, sabía que te gustarían. —me separo de él un momento a hablarle de forma sensual.

—Déjame verte —se separa un momento de mí, y me observa— Oh, por favor, quiero follarte así con eso puesto, y que tus piernas me rodeen con esas medias, vaya pasada.— susurra con cara de asombro.

—Lo que tú desees.

Seguimos con nuestro beso, su mano ha pasado de mis piernas a mi culo y separándonos lo imprescindible ha conseguido desatar la lazada de mi vestido en el cuello, y me lo saca por la cabeza dejándolo tirado encima de la mesa. Ahora observa lo que llevo puesto debajo, un conjunto de sujetador de encaje color berenjena y unas mini bragas a juego, por suerte he elegido algo bonito sin pensar que iba a darle el estreno que se merece.

Observa mis tetas que sé que lo vuelven loco, ya lo ha dicho en otras ocasiones, y sin dejar de mirarlas, me desabrocha el sujetador dejándolas libres, su mirada lo dice todo, las coge con las dos manos y no tarda nada en metérselas en la boca, la lengua alrededor de mis pezones, primero uno, luego el otro, un chupetón, un pequeño mordisco que hace que se me escape un grito de placer.

—Bien, esta es mi chica, me encanta ver que disfrutas. —deja el sitio en el que estaba, para hablarme.

—Mateo, necesito hacer algo. —lo separo de mala gana.

—Lo que te apetezca.

—Tú aún estás completamente vestido, yo casi desnuda, quiero que me abracés así, sentir el tacto de tu camisa blanca, como en los libros.

—Joder nena, olvídate de los libros, este lo escribimos tú y yo.

Mientras me abraza y siento lo suave que es su camisa, lo bien que huele, lo guapo que es y lo afortunada que soy en este momento, sus labios no pierden la oportunidad de besar mi cuello y pasear su lengua por él, chupa el lóbulo de mi oreja y me pone a cien, haciendo que toda mi piel se erice, su mano se ha colado por debajo de mis bragas tirando de ellas para sacarlas. Estoy desnuda, solo llevo mis medias y él aún no se ha sacado nada, por lo tanto es el momento de desabrochar los botones de su camisa con mimo, a la vez voy paseando mis manos por sus pectorales y por su pecho, sus labios vuelven a buscar los míos, comenzando de nuevo nuestras lenguas a torturarse.

Una vez que he desabrochado su camisa, la deslizo por sus hombros y esta termina haciéndole compañía a mi vestido encima de la mesa, ahora le toca al

pantalón, desabrocho el botón, la cremallera y mi mano de nuevo va a acariciar como la loca que es, esa parte del cuerpo de él que tanto me gusta. Lo deslizo por sus caderas, nuestras bocas siguen pegadas, y separándose un momento, es él el que se saca el resto de ropa que le queda. Y una de sus manos se lanza a tocarme y a follarme con sus dedos para volverme loca, sabe muy bien dónde tocarme para ponerme a cien.

—Tu turno, quiero saborearte como es debido, así, sin barba.

Me recuesta encima de la mesa, vaya, la mesa de comer. Por Dios, lo que estamos haciendo, se pone de rodillas, sube mis piernas a sus hombros, a la vez que se pasea con sus manos por ellas y su lengua me ha propinado un lametazo, que solo con eso me hace ver las estrellas, no se para, empieza a torturarme recorriéndolo todo, nada se queda atrás a su paso, lamidas, chupetones, ya sabe lo que me gusta, sus dedos también hacen un trabajo glorioso que me lleva a un orgasmo que hace vibrar cada parte de mi cuerpo, esa corriente que se extiende hasta la última esquina, dejándome exhausta.

—¿Todo bien, pequeña? —me mira con una sonrisa picarona.

—Estupendo, gracias por hacerme disfrutar.

—Tú lo has hecho antes, tu coño es un manjar, lo hemos disfrutado los dos. Necesito un condón.

Busca, creo que sus pantalones, se saca la cartera y de ella un preservativo, mirándome rasga el envoltorio y se lo pone con mucha prisa, yo me incorporo y lo recibo entre mis piernas sentada en la mesa, se las coloco alrededor de su cintura y que placer tan grande, sentirlo como llena todo mi interior, primero ni se mueve, es como si quisiese aprovechar el momento sintiendo cada rincón de mi interior, cuando empieza a hacerlo, ya no quiere perder el tiempo, pues al principio los movimientos son suaves y dulces, pero la ternura se convierte en otros un poco más a lo bestia, este hombre poco ha cambiado y no necesita mucho para convertirse en un salvaje follando, y me vuelve loca. Nos besamos, se juntan nuestras frentes, estamos sudando y él continúa.

—¿Cambiamos?, Venga, date la vuelta, vamos a por esa postura que nos enloquecía a los dos.

—Dime, cómo quieres que me coloque.

—Tendríamos que estar en la cama, pero aquí no vamos a perder el tiempo, ven, gírate.

Cumplo sus órdenes y me doy media vuelta, recostada encima, con mi vientre encima de la mesa, siento como de forma brusca entra en mi interior haciéndome emitir un gruñido de placer porque me ha tocado en el séptimo

Cielo, y vuelve a repetirlo, saliendo casi de mi interior y volviendo a entrar como un loco salvaje. Tiene mis caderas agarradas tan fuerte que estoy segura de que mañana tendré una marca de sus dedos. Y no se cansa, sé que lo que hicimos en el coche ha ayudado a que ahora tenga más aguante, y parece que va a romperme, casi terminando hace que me incorpore, se pega a mi espalda, me gira la cara para que podamos besarnos y con dos estocadas de gracia a la vez que cuele una de sus manos entre mis piernas para frotarme el clítoris, hace que los dos nos tensemos como las cuerdas de una guitarra y estallemos en un orgasmo que nos transporta al mundo de la felicidad y la fantasía. Me tiene pegada a él, mi espalda contra su pecho, una de mis tetas aprisionada en su mano, recibe caricias apretándome el pezón, y los dos quedamos extenuados. Sin pensárselo mucho, Mateo se ha sentado en una de las sillas que están alrededor de la mesa, y sin salir de mi interior hace que yo lo haga en su regazo, nuestras respiraciones van al compás, entrecortadas y exhaustas por el esfuerzo que acabamos de hacer.

—Qué buenísimo Paula, ha sido colosal—susurra en mi oído.

—Comparto tu opinión —me levanto, le tiendo una servilleta para que se saque el condón.

Me siento encima de él a horcajadas, aun llevo las medias puestas, sus manos vuelven a pasearse por mis piernas, le gustan, lo veo en su mirada.

—No puedo creerme que hayamos hecho el amor encima de la mesa de tu cocina— susurro acariciándole la cara.

—Y qué pasa, ha estado genial, me recordaré de ti todos los días a la hora de la comida— suelta, pegándome bien a él.— Vamos a darnos ese baño, después cenamos y tenemos por delante una noche que vamos aprovechar al máximo.

Los dos juntos hemos ido a prepararlo, que bonita es la bañera, enorme, Mateo me confiesa que claro que no la ha estrenado de forma decente, pues nunca trae aquí a sus conquistas, si él lo dice será verdad.

Con el nivel justo de agua, le echamos gel para hacer espuma, él se mete primero, me abre las piernas y yo me acuesto con mi espalda pegada a su pecho y nuestras piernas entrelazadas. Tiene la temperatura justa, que delicia. Mi compañero me frota la espalda, y hablamos de cosas triviales, de nosotros hace años y de nosotros ahora.

—¿Y qué pasó con tu novia la francesa, suiza?

—Tú hay cosas de las que no te gusta hablar y lo mío con Maeva es una de ellas también. Pero bueno, ella era mayor que yo, y digamos que se le pasaba

el arroz. Quería tener niños, y los quería ya, yo no estoy dispuesto a sacrificar mi vida y mi futuro por tener hijos. No me gustan los críos.

—No has escogido la mejor profesión entonces. —manifiesto un poco enfadada.

—Lo sé, pero no soy profesor de niños de infantil o primaria con los mocos colgando y persiguiendo a la profe por el patio del colegio. Tú sabes que yo nunca quise tener hijos, ni en nuestra anterior etapa.

—Claro que lo sé —miro al infinito y no me gusta en absoluto esto que acaba de decir. Me giro al lado y veo que alguien nos observa con ojitos tiernos.

—Pero serás sinvergüenza, que haces aquí mirándonos, no estás acostumbrado a que traiga gente a casa que te roba el protagonismo, venga vete a junto tu amigo, no me obligues a salir de la bañera— ha ordenado a su perro.

Pobre animal, ha dado media vuelta, con pena, no quiere estar solo, si mi hija sabe esto, la bronca que puede caerle a Mateo por echarlo un poco de mala forma de nuestro lado.

—Lo has hecho sentir mal, pobre animal.

—Qué quieres que haga, que se quede mirándonos como vamos a terminar el baño, después estaremos un rato con él antes de acostarnos.

Terminamos de lavarnos y darnos mimos. Es un placer enorme sentir sus manos pasearse por mi cuerpo para lavarme, me encanta. Girándome en la bañera me siento a horcajadas encima de él, y qué decir, si se está de maravilla. Tantas ganas teníamos de poder tener algo de tiempo para nosotros solos, y vamos a tener toda una noche, aun no me lo creo. Después de secarnos con una mullida toalla que compartimos, terminamos haciendo el amor dulcemente encima de la cama.

A pesar de insistir en que no tengo hambre, Mateo no quiere que nos acostemos sin comer su famosa pizza, está riquísima, ya he alabado más veces sus dotes como cocinero, porque la verdad es un gran profesional. Aparte de esto, tiene muffins de chocolate, que ha hecho el día anterior porque se aburría.

—A mí ni se me ocurriría meterme en la cocina si me aburro. —digo con deleite comiéndome uno.

—Pues a mí me relaja, los alumnos me estresan en el instituto y cocinar en casa, me trae la paz que necesito.

—Yo creo que mi hija estaría encantada de comer esto, con lo que le gusta

el chocolate.

—Llévale para ella, he hecho un montón. —me pide con entusiasmo.

—Mateo, si le llevo esto sabrá que he estado aquí. —cuento con una sonrisa pícarona.

—Claro, que tú te crees que la niña ahora es inocente y piensa que estás en casa tú sola mirando esas tonterías que echan los sábados por la noche.

—No me hagas meditar, o me harás sentir mal.

—Venga, no seas tonta, ella está en muy buena compañía, iban a ver algo que les gusta a los tres.

—Sé que se lo va a pasar bien, no se acordará de mí hasta mañana, después irá a su casa, que es como un hotel y la traerán en palmitas, sé cómo son con nosotras. —mi mirada se ilumina hablando de ellos.

Tras la cena, vamos un rato al sofá, sus dos bichos me observan con desconfianza, se nota que no están acostumbrados a compartir a su amo, ni a tener visitas no deseadas, que hacen que no les preste la atención que ellos querrían. Yo me acuesto apoyándome en Mateo que me abraza pegándome bien a él, que no me marchó. Tengo la impresión de que estos dos me ven como a su rival.

Lo que hay en la tele no nos atrae, por lo tanto decidimos irnos a la cama, mi día y mi semana han sido agotadores y aprovechando que él se ha ofrecido a darme un masaje, como para retrasar el momento. Me levanto del sofá y tiro de su mano, se hace el remolón diciendo que se arrepiente del ofrecimiento porque pensaba que lo rechazaría.

—Claro, ahora tú te crees que yo soy tonta y dejaría pasar la ocasión, mi espalda reclama tus manos.

—Mis manos desean tocarte, pero quiero mi recompensa, aunque pensándolo bien, hoy te lo mereces todo. Vamos preciosa —se levanta y me sigue, abrazado a mi espalda.

Camino de la habitación, su lengua recorre mi cuello hasta el lóbulo de mi oreja, haciéndome vibrar con cada movimiento. Después del baño, Mateo me ha prestado una camiseta y debajo no me he puesto nada, al parecer es de lo más tentador, es como llevar un vestido sin bragas, antes de llegar a nuestro destino él ya se ha ocupado de sacármela, por lo que ya no me sobra nada.

Mateo va al portátil que está en su cómoda y pone música relajante, tipo Enya, lo ideal para algo así.

Hago lo que él me indica y me acuesto en la cama sobre mi vientre, dejándole toda mi espalda expuesta para que él trabaje. Veo como se saca su

pantalón de pijama que llevaba puesto y por debajo también está desnudo, así que cuando se pone a horcajadas encima de mi culo, siento todo lo que oculta este hombre, y que ha apoyado en mis nalgas. Sus manos comienzan a pasearse de forma precisa por toda mi espalda, vaya deleite, sé lo bien que sabe utilizarlas en otros menesteres, pero me está demostrando que masajeando otras partes, lo hace igual de bien. Con lo cansada que estoy, casi me quedo dormida, pero él me recuerda con sus movimientos, que no debo hacerlo, de momento. Cuando mi nivel de relajación está al máximo nivel, sus manos pasan a hacer otro trabajo que no es en mi espalda. Baja de las nalgas a mi pubis, y comienza a excitarme, él sabe que no necesita mucho esfuerzo para hacerme vibrar. Me da la vuelta y puedo comprobar que él está tan excitado como yo. Abandona su posición, y se acuesta a mi lado, empezamos a besarnos, con ganas, lo he advertido que ni se le ocurra dejarme una marca en el cuello, que le gusta mucho recrearse con él. Tras una ración de caricias, busca un preservativo en su cajón, se lo coloca y comienza a penetrarme, con cariño y ternura, esto es hacer el amor, antes en la cocina hemos follado, como locos, pero ahora vamos sin prisa, dulcemente, no parece el Mateo que yo me conozco, que folla como un animal. Y nos corremos, los dos casi al mismo tiempo, estamos sincronizados. Cuando terminamos, él se va al baño, después lo hago yo.

Nos acostamos y no necesitamos discutir por el lado de la cama que vamos a utilizar, es el mismo de hace años, los dos desnudos y abrazados.

—¿Por qué no tuviste más hijos con tu ex marido? —pregunta casi con miedo.

—Pues porque no vinieron, quizás me haya vuelto estéril. Nunca utilizamos ningún método anticonceptivo, simplemente no conseguí darle ese hijo que él siempre quiso. Fue lo primero que me echó en cara, cuando su actual pareja se quedó embarazada. Me hizo sentir muy mal. Pero bueno, vamos a dormirnos, estoy exhausta, le he deseado las buenas noches a mi hija por whatsapp ahora ya me duermo tranquila. Buenas noches. —le susurro.

—Lo mismo digo, encantado de tenerte en mi cama, cuántas veces lo deseamos, y era tan difícil antes y ahora vuelve a serlo. Un beso de buenas noches —me giro para dárselo— que duermas bien, pequeña.

—Igualmente también a ti.

Así ha sido, estoy tan cansada, que me no me cuesta mucho quedarme dormida. Aunque antes he tenido un pensamiento para lo que ha dicho Mateo, que no le gustan los niños, no me ha gustado recordarlo, es como si algo se me

clavase en el corazón. Entonces qué hacemos juntos, yo no soy una persona libre, a dónde vaya mi hija es mía y me acompaña. Por lo tanto, la conclusión que puedo sacar de lo nuestro, es lo de que estamos juntos por sexo, pero sin intención de nada más.

Al final volvemos a lo que me dice la abuela de que “*vaste quedar pa vestir santos*”. Y me duele, nunca seré feliz, nunca encontraré el amor, mi hija nunca tendrá un padre, aunque a estas alturas eso es lo de menos, si las dos lo hemos hecho solas durante trece años, qué más da seguir. Lo mejor será que me vaya alejando, antes de que me llegue al corazón como es debido y vuelva a sufrir como hace años.

Me quedo dormida con este pensamiento, aunque no me gusta, porque a su lado estoy tan bien, me siento protegida entre sus fuertes brazos e incluso querida. Desde luego, que la situación es un poco confusa, entre lo que quiero y lo que debo hacer. Vamos a aprovechar el momento de hoy, esperemos a que las cosas fluyan y ya veremos qué pasa.

Mateo duerme plácidamente pegado a mi espalda, me coge de la barriga con posesión, y en esta posición dormimos toda la noche, me encanta estar así pegada a su cuerpo, que desprende un calor delicioso.

Al despertarnos por la mañana, volvemos a repetir lo de la noche anterior. Firmaría por despertarme así todos los días, aunque no fuese haciendo el amor, pero sí a su lado, con un beso enorme, caricias, palabras tiernas y la promesa de que te quedes en cama un cuarto de hora más, que él va a prepararte un desayuno como te mereces. No me lo puedo creer, en mi anterior relación, mi ex nunca me hizo nada parecido, de hecho no sabía ni hacer café, ni un huevo. Pero Mateo es un hombre para soñar, eso, soñar.

No quiero abusar de su bondad tampoco, por lo tanto le propongo que yo preparo el desayuno mientras él pasea a perrito, creo que va más confiado con él que conmigo, me mira, y acepta.

Trae cruasanes, por lo tanto yo hago solo café, desayunamos con tranquilidad, me ofrece quedarme a comer, pero lo rechazo sintiéndolo mucho, hay cosas que debo hacer en mi casa, y no quiero que mi hija regrese y no me encuentre en ella.

—Prométeme que vamos a vernos durante la semana —me suplica mientras terminamos.

—No sé si podré hacerlo, mi casa se va a convertir en un infierno con la aproximación de los exámenes, ella querrá que la ayude con cosas. El funcionamiento de la nueva fábrica va a triplicar el trabajo que teníamos. Voy

a volverme loca.

—Lo sé, y será necesario que vengas aquí a desestresarte un poco, yo te ofrezco un masaje y un polvo relajante que te haga sentir bien. Yo lo tengo difícil si quiero visitarte, con que disculpa voy a ir.

—Prometo que si puedo, haré una escapada, sabes que yo también deseo verte.

Nos despedimos antes de salir de casa, porque una vez más no tengo ropa para ponerme, por lo tanto tendré que ir con el vestido de anoche y los tacones. Mateo se ofrece a llevarme, pues me da corte ir así a estas horas por la calle. Cuando llegamos al portal, una vista alrededor sin que nadie nos vea y un beso furtivo en los labios, aunque sé que los cristales de su coche no permiten que se vea el interior.

Como cada domingo, nada más llegar a casa, me enfundo el pijama de indigente y me dedico a hacer las tareas que corresponden, plancha, aspiradora, lavadoras, y preparar algo de comida para el día siguiente. A media tarde aparece mi hija con una sonrisa de oreja a oreja, y con prisa para hacer un trabajo, eso que la avisé el viernes, que hiciese todos los deberes sin dejar nada pendiente para el fin de semana.

—¿Qué tal tú con Mateo? —pregunta con picardía.

—Bien, muy cordial, como siempre.— intento evadir la respuesta.

—Nosotros muy bien, fuimos al *Burger King* después del cine, hoy a comer con David, Alba y los niños, bueno, que me lo he pasado genial, pero ahora tengo que trabajar. Tú no te rayes con Mateo, que sabemos que no es muy espabilado con las mujeres.

—Tranquila que no me rayo— sonrío por lo bajito, si ella supiese.

## CAPÍTULO 16

Volvemos a comenzar una nueva semana, la felicitación de Sara porque tengo muy buena cara, que el fin de semana ha debido de sentarme genial, mi respuesta es una sonrisa, porque si no tendré que darle explicaciones y no me apetece.

Andrés nos reúne a todos para felicitarnos por lo bien que ha salido todo el día de la inauguración. El funcionamiento interno de la nueva fábrica de Boiro va a ser el mismo que la de Villagarcía, comprando los productos a los pescadores locales del pueblo, y los platos que salen en la nueva línea de conservas gourmet también serán cocinados con productos comprados en la plaza de esa ciudad. Genial, me gusta que se incentive el comercio local de cada sitio.

Las dos personas que se encargarán de elaborar esos platos son Breogán e Iria, y también están presentes en la reunión, en una semana arrancamos, y ellos que son esas dos personas que Sara y yo hemos seleccionado, esperemos que no nos defrauden y esta nueva experiencia sea productiva.

Estamos a mediados de semana y en la fábrica debemos prepararlo todo para la apertura de Boiro, el trabajo es el doble, pues muchos de los trabajadores de allí se han venido para dar los últimos retoques a su formación.

Xiana se ha convertido en mi sombra, ella será la encargada de la oficina de esa localidad, por lo tanto se esmera en querer saberlo todo para meterlo en su cabecita, he intentado endosársela a Martiño, pero como no, han chocado, no entiendo por qué. Yo llevo media vida trabajando con él y hemos discutido en contadas ocasiones, pues ellos por cada cosa que tienen que hacer en común, ya están a la gresca, y no se cortan un pelo. En una ocasión hemos requerido la intervención de Andrés que se ha presentado con una sonrisa para saber lo que pasaba, la chica muerta de vergüenza, al ver el interés de su jefe y su compañero a hacerle la puñeta.

—Estos en menos de un trimestre están restregándose por la arena de la playa. —susurra una Sara con sonrisa picarona.

—Tú, hija, todo lo solucionas de la misma forma —protesto para no darle la razón.

—Follando, pues a mí me solucionó muchas cosas, otras las complicó, pero no me fue tan mal tampoco. Estos dos son tensión sexual, ¿tú que dices jefe?

—Digo que esa chica tiene tantos cojones como él y eso a Martiño no le mola. —los mira disimuladamente y nos habla a nosotras.

Cuando se siente observada, Xiana se gira sobresaltada y muerta de vergüenza, Martiño se cree el vencedor, pero no es así, por lo que están discutiendo, él no tiene la razón, y vaya cara le queda al saberlo, que una cría recién salida de la facultad le ponga las pilas en un tema que él cree tener más que dominado, vaya como lo fastidia.

—Sé que sois sus amigas, pero no puedo renunciar a este trabajo por su culpa, tengo que ayudar en casa —nos comenta a Sara y a mí en la salita del café.

—No sé qué le pasa, si él no es así, te quedan dos días, y en Boiro harás como creas mejor, cuando tengas que llamar nos preguntas a nosotras, aparte Andrés estará en los dos lados y él no será ningún problema. —la animo con un abrazo.

—He trabajado en una cafetería, en el Primark, una lavandería, pero siempre poco tiempo. Tengo que ayudar a pagar los estudios de mi hermana. Nada, esto pinta bien, y no puedo perderlo. —cuenta con miedo.

—Pasa de él, ni lo escuches.

Nunca lo había visto así con nadie, parecen dos gallos de pelea, no se cortan ni delante del jefe, será lo que dice Andrés, pero mientras y no, vaya rollo aguantarlos.

Lo que está claro es que por separado funcionan muy bien, ella aprende todo de forma inmediata y él ya sabemos lo valioso que es. Por lo tanto hacemos lo posible para que no tengan que hablarse, o en una de estas quizás el viejo Fernando no tenga tanta paciencia como el hijo y el nieto.

Con todo este follón y mi hija que ya empieza a agobiarse por todo lo que se le viene encima, exámenes, trabajos de última hora, libros para leer, etc. En casa solo se escuchan gritos y malas contestaciones, vaya forma de que los planetas se alinean en nuestra contra, el trabajo en la oficina y el instituto, ni que lo hubiésemos planificado.

Durante toda la semana he continuado dándole vueltas a lo mío con Mateo, voy a volverme loca. He intentado pasar de él con la disculpa del montón de trabajo, pero al final, una vez más, he vuelto a caer en la tentación de ir a visitarlo, que me ha preguntado todos los días cuándo podríamos vernos, que me echaba de menos, ¿y sí es verdad? Cuánto me gustaría saber lo que se pasa

por su cabeza exactamente con respecto a lo nuestro y saber si estoy haciendo lo correcto, o una vez más la voy a cagar. A finales de semana, ya no puedo resistirme más y le he hecho una visita rápida a la salida del trabajo, en vez de ir al gimnasio he preferido quemar calorías de otra forma mucho más placentera. He hecho un viaje exprés para un polvo grandioso en el sofá de su casa y con los dos inquilinos vigilándonos desde la terraza, me han recibido como diciendo, aquí la pesada que viene a robarnos el protagonismo todo. A pesar de ser algo rápido ha sido muy intenso, y la sonrisa con la que él me ha recibido no me la perdería por nada del mundo, repleto de felicidad. Esto se está complicando demasiado y vamos a llegar a un punto que no sabremos qué hacer, ya no lo sabemos mucho en este momento, al menos yo, que me gusta el riesgo y sé que me estoy metiendo en arenas movedizas y voy a terminar hundiéndome con el fango hasta el cuello.

—Hemos puesto ya la fecha de casi todos los exámenes. La próxima semana vamos a visitar el Pórtico de la Gloria a la Catedral de Santiago, al menos perderemos toda la mañana, antes de que comience todo este infierno. —manifiesta mi hija llevándose la pechuga a la boca.

—Genial, el lunes abre la fábrica, y todos están de los nervios también.

—Ah, recuerdas lo que te había contado de Roi —me mira y yo asiento— pues ha besado a un chico.

—Bien, y ¿qué ha pasado?— pregunto mirándola con curiosidad.

—Ha pasado que no se aclara, había dicho que besar a una niña no le molaba, pero al hacerlo con un chico no sabe qué opinar tampoco.

—Puede que todavía sea muy temprano, tendrá que esperar a que se os calmen las hormonas de la adolescencia, o quizás se sienta cada vez más confuso.

—Puf, a su madre ni se le ocurre contárselo, tú sabes lo clásica que es, y rarita vistiendo, pues si le dice lo que le pasa, puede darle un infarto. —me mira un poco asustada.

—Pues pobre niño, sin el apoyo de su familia en un momento tan importante de su vida.

—Sí, y su hermano el mayor, se ríe de él, porque tiene según le dice, gestos de mariquita —aclara un poco indignada.

—Qué mal rollo, parece mentira en una persona joven y que tenga esa mentalidad precisamente. —le muestro mi apoyo.

—A veces dice que se quiere ir de casa, pero no sabe a dónde.

—Oh no, sácale esa idea de la cabeza. Es solo una etapa, tiene que ser

fuerte y todo saldrá bien. Si no te hace caso, yo intentaré hablarle.

—No sé si será buena idea, bueno, cambio de tema, este fin de semana no voy a estar. —me cuenta comiéndose una manzana.

—¿Cómo que no vas a estar?— pregunto sobresaltada.

—Está Panorama en esa fiesta, aquí cerca, eso es el viernes, ya te lo había comentado, y tú nunca quieres ir, a pesar de que eran tus favoritos. Por lo tanto los padres de Xoana nos llevan, su padre tiene una marcha, que todo lo que sea pachanguero es una pasada, por lo tanto él va encantado y nosotras también.

—No es por nada, pero aún no he dado mi consentimiento —la miro con los brazos cruzados.

—Joba, siento dejarte sola, pero tú ya nos llevaste a la última y dijiste que a partir de ahora nos turnásemos que no ibas a ser la que pringase siempre. Pues esta vez me he buscado la vida. Después tenemos que hacer un trabajo en la biblioteca con Nerea, Lois y Manuel, por lo tanto ya estoy con ella y no tienes que llevarme, y puedo quedarme a dormir en su casa, pues quizás vayamos a comer un bocadillo a Carril. Hace un montón que no voy a ningún sitio, lo sabes, casi no salgo ni a dar un paseo. Y las últimas notas son buenas, para que te niegues. El trabajo quizás tengamos que continuar con él el domingo por la mañana. Sé que no te gusta estar sola, pero vete a junto de la abuela o de Sara. —intenta justificarse.

—Deja, no es necesario, me las apañaré— Intento parecer convincente, pero ya se fraguan cosas en mi mente.

—¡En serio ha sido tan fácil convencerte de todo esto! Y yo pensando que tendría que llamar al abuelo para que me ayudase —manifiesta incrédula.

—Sé que apenas has salido y las notas que has traído. Aunque no me guste que estés tanto fuera de casa, buscaré que hacer, por mí no te preocupes.

—A ver si está lavado el pantalón negro para el viernes, me hace un culo redondo, que me gusta— comenta con entusiasmo.

—Bueno, lo que me faltaba, irás abrigada, aunque estemos en primavera, durante las noches hace frío, y no pretenderás enfermarse ahora a final de curso. Y claro, irá también el hijo del concejal.

—Ya estamos, eres la pesada de siempre. Aún no he pensado en todo lo que me puedo poner, iré con el jersey de lana si así te quedas más tranquila, y claro que va el hijo del concejal —protesta con ganas.

—Me da igual lo que tú digas, de todas formas pienso llamar a la madre de Xoana para asegurarme de que todo lo que me has dicho es verdad, y todo eso.

—Ale, lo que me faltaba, que ahora no te fías de mí. Se van a creer que te

miento. Bueno, me da igual, porque no vamos a hacer nada malo, asique sin problema. —habla mirando a los azulejos.

—Sabes que no es la primera vez que lo hago, y no me digas que te estás haciendo mayor, siempre llamo a la madre de tus amigas, y no pasa nada.

—Está bien.

La he dejado terminando en la cocina y cuando he ido al baño casi doy un salto de alegría, a la vez que mirándome al espejo me siento una mala madre, por desear estar sola para ya sabéis que, para ir al vicio y la lujuria, a casa de Mateo, que tan pronto se lo he contado casi no se lo creía. Vamos a tener para nosotros dos noches, porque aunque mi intención era solo una, cuando se lo conté todo, ya metió en el lote la del viernes también. Si lo que tenía era intención de olvidarme y alejarme de él, por este camino voy un poco desviada, porque no sé yendo por aquí cuánto pagaré de peaje, pero creo que mucho.

Por lo tanto, mi hija ha preparado sus cosas para irse a casa de su amiga y yo tenía las mías listas desde la noche anterior. He recopilado toda la lencería bonita para darle uso, un mini camisón de encaje que me compré un día para darme un capricho coqueto, y ropa para dos días. Mientras mi hija se ha decidido por qué ropa ponerse para ir a ver a Panorama, yo me he dado un baño perfumado y me he vestido de forma decente con unos vaqueros pitillo, que hace unos meses parecería un tonel con ellos y ahora parezco otra persona totalmente distinta, una camiseta rosa y mi cazadora de polipiel negra. Ella me ha mirado de forma extrañada, creyéndose que yo me volvería a casa, pero le he dicho que iba a tomarme algo con Óscar y Sara, de momento ha colado.

—Ni se os ocurra beber, que eres una niña, sé lo mucho que te gusta probar cosas, pero eso no es necesario, me sé de sobra lo que se pasa en esas verbenas, todos a hacer botellón.

—Qué pesada eres, como vamos a beber, y cómo íbamos a conseguir el alcohol —me mira intentando convencerme.

—Sí, que yo no veo todos los fines de semana en el supermercado comprando al mayor, para todos los amigos menores, que te crees que ahora soy tonta. Que no tenga que ir a buscarte a urgencias, porque allí te quedas.

—Creí que tenías más confianza en mí. —protesta enfadada.

—Tengo confianza en ti, pero no en muchos de tus amigos de la pandilla. Y ni se te ocurra ir a mear tú sola, siempre con alguien de confianza.

—Joba, que paciencia va a tener Sara con aguantarte la chapa el fin de semana.

—Dame un beso —le pido a punto de bajarse del coche.

—Ya iba a dártelo —protesta acercándose.

—Portaos bien por favor— vuelvo a la carga y me mira mal.

Arranco el coche con una sonrisa dibujada en mis labios, le he dicho a Mateo que voy, ya había escondido mi bolsa con las cosas en el maletero de este. Nada más aparcar, alguien viene a recibirme, acompañado de perrito que al verme mueve la cola con alegría, o eso quiero creer, porque llego yo para robarle protagonismo.

—Hola.

Viene a buscarme a mi puerta, y dándome la mano para salir, me planta un beso de los que hacen que se te caigan las bragas, caliente y muy húmedo. Una señora que pasa con su perro se nos queda mirando, y pensará que el tío bueno del perro marrón, no es gay.

—Hola a vosotros dos —me separo con la respiración agitada. —que si tenías planes para el fin de semana puedo marcharme.

—Te has vuelto loca, con lo difícil que es que nos veamos y te quieres largar. Vas a marcharte a mi cama y de ahí no vamos a salir en dos días. Esos son mis planes para este fin de semana, bueno, quizás algo más. —tira de mí para pegarme a él.

—Bien, me gusta esa idea.

Subimos abrazados en el ascensor, me encanta como huele y lo bien que le queda esa barbita de dos días porque no se ha afeitado. Su pelo ondulado le cae por la cara y cubre parte de su frente. Lleva puesta una sudadera gris de cremallera, debajo una camiseta negra con un coche en la parte delantera y un pantalón de chándal negro también, en su línea de ropa sport. Me aprieta fuerte hacia su pecho besándome en la cabeza, ante la atenta mirada de Orballo, que recibe una caricia por mi parte.

Al entrar en su casa, cogidos de la mano, gatito viene a recibirnos, parece que también se alegra de que esté aquí, se friega a mis piernas. Yo lo cojo para acariciarlo mientras los otros dos también me observan.

—He preparado algo que te gusta, para cenar. —me dice Mateo plantándose delante.

—No tenías por qué molestarte, te dije que cenaría con mi hija, para que no desconfiase, bueno ella se cree que estoy con Sara y Óscar, espero que no se le ocurra hablar con ellos. —le cuento dejando a mi amigo en el suelo.

—Sabes que me encanta cocinar, y si es para ti, más aún.

—Déjame ayudarte en algo. —Camino a su lado hasta la cocina.

—Está todo listo.

La mesa está puesta para los dos, un bonito mantel color malva con dos platos, sus cubiertos, dos copas y servilletas de tela, iguales que el mantel. Vamos que una vez más, Mateo me ha sorprendido muy gratamente. Hay que decir que huele muy bien, va hacia su horno y saca una bandeja que pone encima de la mesa, el aspecto no podía ser mejor.

—Es un besugo que le he comprado a la madre de Sabela, con una cama de verduras en tempura. No quiero que porque vengas a mi casa, dejes de cuidarte.

—No pasa nada porque me exceda un día. Aparte que cuando vengo a tu casa quemo todas las calorías que me tomo, ese no es el problema, sino poder hacerlo más a menudo. —le susurro colgándome de su cuello.

—A mí me encanta esa forma de quemar calorías y si lo disfrutamos los dos, es lo que cuenta. Ven vamos a llevar las cosas a la habitación para poder cenar.

Caminamos de la mano por el pasillo, nos metemos en su cuarto, dejo mi bolso encima de la cómoda, junto con mi cazadora. Una vez más todo está impecable, en su sitio, la cama creo que está hecha al milímetro, que ordenado se ha vuelto este chico.

Regresamos a la cocina y nos sentamos para poder cenar. Saca una botella de vino blanco de la nevera y me sirve primero a mí y después a él mismo. Yo pongo un poco de pescado con las verduras para los dos y me meto un primer bocado en la boca deleitándome con su sabor.

—Está buenísimo, si no fueses profesor, triunfarías como chef, y eso que odiabas la cocina.

—Gracias, es lo que tiene hacer las cosas con amor. Gracias por aconsejarme a Lola, la madre de Sabela, tiene siempre de los mejores pescados y mariscos, calidad de primera. Ella queda encantada cada vez que me ve aparecer y yo sé que lo que compro no me va a defraudar.

—Yo también soy su cliente, y en la fábrica compran del pescado que traen en el barco, es todo una cadena. Aparte de que las niñas son amigas y compañeras de clase desde pequeñas.

—Dichosa fiesta con esa orquesta, como les gusta, no he escuchado otra cosa en toda la semana, que planes para la verbena de hoy con la dichosa Panorama. —me mira fijamente.

—Ya, lo sé, pero prefiero que vaya ella, digamos que me gusta más el plan B, en vez de ir a ese lugar con ella y sus amigas. —le cuento con una enorme

sonrisa.

—Me alegra un montón que hayas optado por ese plan B, yo prometo que no te arrepentirás de elegirme.

—Tampoco es que tengamos tantas ocasiones de poder vernos y estar juntos, debemos aprovechar cada minuto que se nos ponga delante.

Nos lo comemos casi todo, y ahora el postre que también se nota que ha hecho con mucho amor, una copa de tres chocolates. No debería tomármelo, pero por no hacerle el feo, me como la mitad, compartiéndolo con él, compartimos hasta la cucharilla, bocado para él y bocado para mí, me deleito con su sabor, que una vez más es una delicia.

Estamos juntos, pero Mateo tira de mi mano sentándome a horcajadas encima de sus piernas, a pesar de estar en vaqueros, siento el duro bulto que tengo bajo mi entrepierna, no engaña a nadie. Terminados de comernos así el postre, el último bocado casi se convierte en parte de un beso con sabor a chocolate en su lengua y en la mía. Sus manos se han instalado en mi culo, sobándolo por encima de mi pantalón, y colándose después por mi espalda debajo de la camiseta.

—Para, vamos a recoger la mesa, lo metemos todo en el lavavajillas y podremos continuar con esto, tenemos los dos las mismas ganas. —le digo de mala gana separándome de su boca.

—Vale señorita mandona, solo lo íbamos a ver nosotros, qué más da. —susurra pegando su frente con la mía.

Me incorporo sin hacerle caso, en un visto y no visto, los platos están recogidos y todo en su sitio, casi sin darnos cuenta, porque él no se ha separado de mi espalda, dando pequeños besos por mi cuello a la vez que rodea mi cintura.

—Qué pasa si volvemos a follar encima de la mesa como el otro día. —susurra de nuevo colando su mano por dentro de la cinturilla de mi pantalón.

—Donde tú quieras, pero la cama es más cómoda, no es por nada —me acerco cada vez más a él, con mi culo bien pegado a su polla, moviéndome de forma sugerente.

—Vamos —me da media vuelta cogiéndome en brazos.

—Parece que tienes prisa. —Sonrió muy cerca de sus labios.

—Esto me gusta demasiado, no quiero quedar mal.

Me deposita encima de la cama y va sacándose la camiseta y la sudadera, las dos cosas juntas, me causa gracia tanta prisa. Yo lo imito y empiezo a quitarme los pantalones ante su atenta mirada que sonrío de forma canalla al

ver el *culot* que llevo puesto, color morado y repleto de puntillas, a juego con el sujetador que estoy a punto de enseñarle cuando me saco la camiseta.

—Ven aquí, que ganas de abrazarte y que se roce tu piel con la mía.

Me rodea con sus brazos, y nuestras piernas quedan entrelazadas, verdaderamente se está genial, desabrocha el sujetador dejando libres mis pechos que reciben un lametazo con mordisco incluido, haciendo que un enorme gemido de placer se escape de mis labios y los suyos sonrían de forma canalla. La mezcla de placer y dolor hace que mi espalda se curve encima de la cama, mis piernas se enroscan alrededor de su cintura y él se aprieta más contra mi entrepierna. Esta vez sus manos se cuelan dentro de mis bragas para sacármelas, está visto que así no se puede, que ya empiezan a estorbar. A la vez que se pone de rodillas encima de la cama y me observa, vuelve a la carga con mis pezones, deslizándose por mi vientre con un reguero de besos. Intento tocarle alargando mi mano, pero solo llego a su cabeza, enredando mis dedos entre sus mechones, sé que le gusta, porque escucho como ronronea al igual que hace gatito cuando lo acariciamos en el cuello. Vuelve a subir y mi boca que lo recibe con gusto, un beso muy húmedo en el cual nuestras lenguas se buscan con ansiedad, al fin tengo cerca de mis manos la cinturilla de su bóxer, en el cual me adentro aprisionando su polla que recibe una caricia con mi mano apretada a su alrededor presionando más aún en su capullo, el jadeo que se escapa de sus labios, viene a parar a los míos y se lleva un pequeño mordisco. Con un movimiento de cadera y mis manos, consigo sacárselo, por lo tanto estamos los dos desnudos retozando encima de la cama, nos besamos, lame mi cuello y el lóbulo de mi oreja, yo también lo muerdo, porque tengo miedo de tragarme un trozo de uno de sus pendientes, él se ríe cuando se lo cuento. Me separo lo imprescindible para coger un condón en el cajón de su mesita y mirándolo fijamente rasgo el envoltorio con mis dientes y se lo pongo, él me observa detenidamente mordiéndose el labio inferior y me coloca encima de él. Qué bueno, me toca dirigir lo que vamos a hacer, guiando su miembro a mi interior, lo hundo hasta lo más profundo de mi vagina mirándolo fijamente Su cara dice lo mucho que está disfrutando, se le nota, tira aún más de mí pegándome casi sin dejar que me mueva, nos estamos mirando fijamente. Él se incorpora sentándose en la cama y mis piernas se enroscan alrededor de su cintura, empiezo a moverme, con precisión y de forma pausada, aunque con algunos movimientos siento la necesidad de empezar a hacer el loco, porque estoy a nada de estallar. Mateo me acompaña con movimientos, no tiene paciencia de dejarme llevar a mí la batuta, sé lo que

quiere, hacer el loco, por lo tanto me da la vuelta saliéndose de mí y me obliga a ponerme de rodillas.

—Vamos cielo, como nos gusta. Me encanta lo que veo desde aquí, y como me hundo en tu interior, voy a partirte en dos—murmura con la respiración entrecortada.

De una estocada se hunde de nuevo en mi interior haciéndome gritar de gusto, me ha tocado en un sitio que me encanta, a partir de aquí, todo es locura y desenfreno, El Mateo que es un animal follando está de regreso para conseguir que me vuelva loca y que los dos nos lo pasemos divinamente. Me pega a él con mi espalda en su pecho, poniéndose de rodillas, su mano se cuela entre mis piernas con una caricia que me hace estallar en un orgasmo grandioso, haciendo que una descarga invada todo mi cuerpo, giro mi cabeza para que podamos besarnos, y noto como él también se tensa y se corre abrazándome muy fuerte, sin moverse, deleitándose con el momento que estamos viviendo. Besos en mi cuello, yo lo abrazo, no me quiero mover de este sitio, porque se está divinamente. Cuando nos separamos, él se saca el condón, yo me acuesto mirando al techo y me doy cuenta de que, una vez más la he cagado, porque en vez de largarme y poner espacio entre los dos, estoy haciendo todo lo contrario y estoy segura de que lo voy a pagar muy caro.

Nos metemos entre las sábanas, con un beso de buenas noches como despedida y nos quedamos dormidos, abrazados y completamente desnudos. Cuando nos despertamos el sábado, de nuevo hacemos el amor de forma dulce y tierna, una de cal otra de arena, lo repetimos en la ducha. Mientras Mateo saca a su perro a pasear yo preparo el desayuno, comemos tostadas y café con leche mientras él me cuenta los planes que tiene para nosotros.

—Qué te parece si nos vamos en moto. —Me mira fijamente llevándose un trozo de pan con mermelada a su boca.

—Mateo, tu moto es un trasto viejo, creo que no nos va a llevar muy lejos —respondo con una sonrisa burlona.

—Jaja, esa es la moto que tengo para ir al Instituto, porque tu hija no ha sido la única que me ha amenazado con ponerle fuego, rascarla o pincharle las ruedas. Hay otra que te va a gustar —me mira con una sonrisa.

—No tengo casco —le digo con pena.

—Sí que lo tienes, hace un mes que compré uno para el copiloto, así que, lo vas a estrenar —me cuenta con ilusión.

—¿Recuerdas nuestros paseos en la que tenías de joven?

—Cómo no voy a recordarlo, por eso creí que era el momento de comprar

otro casco, sabía que te gustaría venir conmigo.

—Bien, pues tú dirás a dónde vas a llevarme. Que yo no tengo ni idea de conducir algo así —manifiesto con alegría sentándome en su regazo.

—De entrada ponte ropa cómoda y vámonos.

Bien, me visto con unos vaqueros pitillo un poco rotos, muy parecidos a los de Mateo, una camiseta azul con un dibujo, él busca una similar, para que vayamos a juego, una sudadera blanca y la suya es negra, él se pone su cazadora de cuero y yo una que él me deja como si fuese un plumífero, por si hace frío. Antes de marcharnos, me intereso por mi hija para saber cómo le ha ido, nada, que aún es temprano y me imagino que estarán durmiendo porque no me ha respondido.

Bajamos al garaje y tras una puerta que está cerrada con llave, vaya que cosa más bonita, una Honda nuevita, por la matrícula no debe de tener ni un año.

—Uau, es preciosa, a mi hija le encantaría, le apasionan las motos —le digo paseando mi mano por su asiento y manillar.

—Cuando lo desee puede acompañarme, tú decides si se lo cuentas o no, yo no tengo inconveniente —Me mira cogiéndome por la cintura.

—De momento, es mejor no contarle nada —pienso para mi interior, no vaya a ser.

—Venga, pónelo —me tiende el casco.

Los dos nos colocamos cada uno el suyo, él saca la moto de su sitio, vaya que ruido más bonito hace, seguro que Icíá se la quedaba mirando como una tonta. Me subo en la parte de atrás de paquete y me abrazo mucho a Mateo, que con las cazadoras que llevamos es un poco incómodo, pero verdaderamente es muy confortable, y dejando que él me lleve a dónde quiera, al cabo de una hora estamos en Carnota, al lado de la Fervenza de Ézaro, es preciosa. El agua cae desde una altura considerable, yo había estado una vez con mi ex y con la niña, no hace muchos años. Pero el recuerdo no es precisamente agradable, primero porque él está en ese recuerdo y segundo porque discutimos a lo grande, para no variar, él ya no quería venir, y pretendía hacer una visita relámpago, echándonos la bronca a nosotras los por querer sacar fotos. Bueno, una mala experiencia entre otras muchas.

—Vente, vamos a casi debajo de dónde cae el agua, mira los que están bajando desde la presa colgados de una cuerda- él tira de mi mano.

—Vaya acojone, hay que ser valientes.

—Yo también lo hice una vez, no tiene nada de particular, es para

aventureros, un subidón de adrenalina.

—Como tú —le digo mirando fijamente a dónde él me indica.

—Nada, en un fin de semana, vinimos a hacer surf, y deportes de riesgo, mola bastante —me cuenta con entusiasmo.

—Te creo como nada.

Caminamos por la pasarela de madera cogidos de la mano, nos hacemos *selfis* frente a la cascada y pedimos a la gente que nos hagan alguna foto. Espero que mi hija no cotillee mi teléfono o se va a encontrar con cosas muy íntimas.

Tras tomarnos un café y dar un largo paseo por aquí, subimos a la cima en dónde está la presa del río Xallas, que es enorme, y justo enfrente está el mar en el que este desemboca, se ve algún que otro velero y también barcos que van cargados con contenedores. Recordamos la de veces que la Vuelta a España ha pasado por aquí, porque subir no es para principiantes y menos en bicicleta.

Cogemos de nuevo la moto, ahora nos vamos a Fisterra, Galicia es toda muy bonita, pero La Costa da Morte se lleva la palma, con estas bonitas playas y este inmenso mar en el que tantos barcos han naufragado, de ahí su nombre, por toda la gente que ha muerto en él y es precioso.

Aparcamos cerca del puerto y damos un paseo, entonces le digo a Mateo que David, el primo de Sara tiene aquí un restaurante, de socio con otro chico.

—Lo sé, es el hijo de mi cuñada, lo conozco hace tiempo, pues aquí nos vamos a comer.

—Bien, yo te invito, ya que no sé cocinar y tú lo haces siempre para mí, hoy quiero corresponderte —le susurro mirándolo a los ojos abrazada a su cintura.

—Eso lo negociaremos, me refiero al pago, de entrada tengo hambre, esta noche ha sido colosal y nos merecemos una buena comida para recuperar fuerzas y estar preparados para la siguiente.

—Vale, pues lo negociaremos.

Este pequeño pueblo está repleto de peregrinos que terminan aquí su Camino de Santiago, creo que he escuchado hablar en muchos idiomas y el ambiente es excelente. Hemos encontrado el sitio y mientras nos decidimos por lo que vamos a comer, nos sentamos en una terraza mirando al puerto y tomándonos una copa de Albariño.

Mateo me cuenta que este año el Instituto ha estado de excursión con algún curso, por lo tanto no hace mucho que ha venido y le encanta el sitio, eso es evidente.

Él quiere marisco, pues no se hable, está claro que si venimos hasta aquí no vamos a comernos un chuletón, eso se reserva para cuando se visitan sitios del interior. La bandeja que nos deja el camarero encima de la mesa es para comérselo con los ojos. Cigalas, buey, centollo, langostinos, vieiras y almejas,

pues nada, todo de lo mejor, con un buen vino blanco.

—Qué bueno, es afrodisíaco, por lo tanto no podemos cansarnos mucho, no vaya a ser que no rindamos—comenta Mateo mientras me mira partiendo la cigala por la mitad.

—No creo que eso sea un problema para nosotros, nunca lo ha sido, no me vengas ahora con que te estás haciendo viejo —me burlo de él.

—Bueno, no es eso, la mayoría de mis amigos están casados y muchos tienen hijos.

—Ya, y tú eres un Don Juan.

—Es que no me veo con nada de todo eso —mira al infinito y luego a mí.

Y ese tema a mí no me interesa hablar de él porque sé lo que le pasa, en el fondo es el crío de hace unos años, que no ha madurado lo más mínimo, por lo tanto hago que no lo escucho.

Con todo lo que estoy comiendo no tardo nada en tener que desabrochar el botón del pantalón, y menudo esfuerzo estoy haciendo, aunque parte de lo mío se lo cedo a él, que siempre se come el doble. Está tan rico que es una delicia, a cada bicho que nos hemos comido, él me ha explicado la forma de cocinarlos y el tiempo que se deben de cocer, o lo que se les debe de echar en cada caso, vamos, de Master Chef.

Al final no me ha dejado pagar, se ha salido con la suya, ya hemos discutido.

—Voy a enfadarme contigo, sabes— manifiesto cabreada.

—Vamos a ver Paula, ganas una mierda, tú misma te quejas de que a veces no llegas a fin de mes cuando tienes gastos extras, tienes a tu hija , y no estoy dispuesto a dejarte pagar ciento veinte euros, porque no me sale de los huevos, vale. Invítame a lo que quieras en otro momento, pero esto no, o no estoy tranquilo.

—Vale, súper capullo, lo tendré en cuenta. Mi hija ha dado señales de vida y pregunta en dónde estoy o que hago. —lo miro con picardía.

—Bien y ¿en qué has mentido como una cosaca?

—Tampoco la he liado tanto, le he dicho que ya que ella no está he aprovechado a pasear por la playa, no he especificado en qué lugar.

—¿Tú crees que se alegraría si supiese que estás conmigo? —pregunta con miedo.

—Sí, solo le caes mal cuando eres un pedante, y eso es a menudo. —le comento con una sonrisa.

—Eso no es verdad, sé que les caigo mal a muchos de mis alumnos, puede

que al noventa y cinco por ciento, que echan pestes contra mí. Ella y yo hemos tenido nuestros encontronazos, pero no ha pasado de ahí. No me asustes —me mira fijamente y con cautela.

—Qué va, creo que en el fondo te adora, te digo que terminarás el curso siendo su profesor favorito, que ya es mucho y si no eres un cabrón con las notas puedes serlo de muchos otros.

—Puf, vaya peso me has sacado de encima.

Me abraza en medio de la calle, a su lado soy pequeñita con ganas, le llego casi al mentón, nada, que me tengo que poner de puntillas, pero eso no impide que nos besemos en medio de toda la gente que nos rodea y nos mira. Al fin hemos podido pasear como una pareja más, sin necesidad de escondernos o creer que estamos haciendo algo malo. Nos tomamos un café en otra de las terrazas, después de comprarnos unos detalles que serán para su casa, pues yo no puedo llegar con algo que ponga recuerdo de Fisterra, o sí, mi hija quizás no se entere, de hecho Mateo me ha comprado un búho de cerámica de Buño que pienso poner en mi habitación, y él tiene otro idéntico.

Cogemos de nuevo la moto para subir al faro, la suerte de que se aparca en cualquier sitio. Lo que se siente aquí arriba con este inmenso océano de frente es una sensación de libertad que casi dan ganas de gritar. Por algo se Creía que Fisterra era el fin de la tierra, porque desde aquí se ve solo agua, y el sol reflejado en ella, el sitio es precioso.

Nos hemos encontrado con peregrinos subiendo que vienen hasta aquí para quemar la ropa con la que han hecho el Camino de Santiago. Es increíble la fe que tiene la gente, verlos a ellos me hace ganas de que un día yo también debería hacerlo y me gustaría.

—Paula, te encantará, todos los peregrinos dicen que crea adicción, y mi opinión es que sí. Yo lo he hecho desde Asturias, Portugal, el camino francés desde Roncesvalles, pero por etapas, y es lo mejor que se le puede aconsejar a un amigo, es tan espiritual y te da para pensar en tantas cosas, que es una pasada.

—Sara lo hizo ella sola, cuando se dejó con Óscar, y lo cuenta como una de las mejores experiencias de su vida. —le cuento mirando hacia el mar y abrazada a su cintura.

—En septiembre, antes de que comiencen las clases tenemos intención de hacerlo con los niños, tu hija se ha anotado, y puedes venir, ya que lo hiciste a Asturias —me mira fijamente y me da un beso.

—No sé, quizás me lo piense.

—Yo lo he hecho solo, con amigos, con mi hermano y mi sobrino. Toda una experiencia.

—Segurísimo.

Tras visitar el faro y dar un paseo por aquí, decidimos que debemos regresar, más que nada, por el perro solo todo el día en casa, volveremos a visitar Muxía, Laxe y Malpica. Poco a poco recorrer la costa gallega.

Aparcamos la moto de nuevo en el garaje de su casa y solo abrir la puerta de su piso, Orballo viene a recibirnos, Mateo lo saca a dar un pequeño paseo, al rato regresan los dos, felices, y de nuevo él va a su sitio como el perrito dócil y obediente que es. Mientras he aprovechado para hablar con mi hija, que sigue preocupada por mí, a ver qué hago de nuevo, parece que se siente culpable de haberme dejado sola, y yo me siento culpable de mentirle, vaya ejemplo.

Como estamos tan cansados, pero satisfechos, al menos por mi parte, decidimos darnos un baño relajante, repleto de mimos y caricias, tenemos claro que queremos aprovechar al máximo, que estamos juntos en contadas ocasiones. El cansancio no nos impide terminar haciendo el amor de forma tierna, aunque lo hemos mojado todo un poco, pero ha sido estupendo y lo hemos disfrutado.

He descansado divinamente, acabo de despertarme y Mateo aun duerme como un bebé, su cara de felicidad es total, de repente una cosa se me pasa por la cabeza, y aunque sé que no le gusta que lo despierten, quizás dependa de la forma en que se haga. Por lo tanto alargo mi mano hasta que me encuentro con su pene, en estado semi dormido, al igual que su amo, pero con tan solo un par de caricias empieza a coger vida, y una vida dura pero placentera, a la vez, eso parece. Entre sueños escucho un gemido que me invita a seguir siendo un poco traviesa. Me pongo de rodillas en la cama y me lo meto en la boca, impregnándolo todo de saliva. A la vez que mis labios se pasean por toda su extensión, mi mano se vuelve un poco loca y entre las dos están haciendo un trabajo magistral que sé que le está encantado a él que lo está recibiendo.

—Paula, joder, quiero despertarme así al menos un día a la semana, no pido tanto, creí que estaba soñando —murmura con voz de éxtasis.

—Mateo, buenos días —separo un momento mi boca para mirarlo, pero continúo con mi mano.

—Buenos días dices, estos son excelentes días. Qué bueno por favor, sigue así, que boca tienes.

Continuo con mi trabajo, aprieto mis labios, porque ya voy controlando lo que más le gusta. Mi lengua envuelve su capullo, y mi mano se desliza sin ningún problema. Lo observo con los ojos cerrados y estoy segura de lo mucho que está disfrutando.

—Para, quiero follarte, otro día me vaciaré en tu boca, pero no ahora.

Sin apartarse demasiado coge un preservativo, y mirándome fijamente a la vez que me separa de él, se lo coloca y me tumba sobre la cama, apoya sus codos a ambos lados de mi cabeza y se hace un hueco entre mis piernas.

—Siento no haber sido generoso contigo, pero prometo hacerte ver las estrellas comiéndote el coño en otro momento, eres exquisita.

—No importa, sé que lo haces de fábula, pero me encanta verte disfrutar y el resto no importa.

De un golpe certero se introduce en mí, a lo bestia, sabemos lo que viene, ahora toca follar, fuera ternura, y adiós a un polvo vainilla. Los movimientos como un loco empiezan, y los dos lo saboreamos, se sale casi de todo de mi interior y regresa con esas estocadas fuertes que parece que van a romperme en dos, pero me llevan al séptimo cielo, me corro con casi nada, y después de mí, lo hace él gruñendo como un león enjaulado, lo hemos disfrutado.

—Joder Paula, eres lo mejor que me ha pasado en la vida —me dice con la respiración entrecortada, la frente perlada de sudor y el pelo pegado y mojado por su rostro.

—Gracias.

Y no soy capaz de decir nada más, porque una sensación me invade, me siento culpable de muchas cosas y no soy capaz de soltar ni una sola palabra.

Pasamos la mañana en casa, pero sabiendo que en nada me tendré que marchar a la mía, porque mi hija viene a comer, y aun no tengo ni idea de lo que voy a cocinar, por mí me quedaría aquí a vivir. Así que sintiéndolo mucho, nos despedimos, como siempre con intención de podernos ver durante la semana, a ver cómo nos las ingeniamos para estar un rato juntos.

Mi hija ha llegado como un clavo a la hora de comer, he preparado una tortilla, rápido y con lo que tenía a mano. Recordar lo bien que nos lo hemos pasado este fin de semana, me hace inmensamente feliz, me encantaría una vida así, y con mi hija, ya sería lo ideal.

Ella me cuenta cosas de la verbena y de sus amigas, pero no demasiadas tampoco, a una joven que tuvo que ir la ambulancia a buscarla por un coma etílico y que sus padres no sabían ni que estaba en esa fiesta, ya les vale a los jóvenes también, una por beber y otra por mentir, pero los que tenemos hijos

debemos estarnos calladitos. Si yo también he hecho de las mías, la de mentiras que contaba a mis padres para poder verme con Mateo.

## CAPÍTULO 17

Afrontamos una nueva semana, esta vez estamos solas Sara y yo, pues ellos se irán unos días para la fábrica de Boiro, que empieza a funcionar. Espero que Martiño y Xiana no terminen muy mal, él no está en su terreno y eso quizás ponga algo de parte de la pobre muchacha.

—La próxima vez que mientas a tu hija, asegúrate de que yo no vaya a meter la pata, porque no sabes ni inventarte algo creíble —me mira fijamente desde su ordenador.

—Qué pasa Sara, ¿de qué hablas?

—De qué hablo, pues de que Icía me preguntó qué tal el viernes conmigo, que venías con nosotros a tomarnos algo. —se ha sentado en mi mesa y me mira fijamente.

—Ale, y qué pasa. —pregunto casi con miedo.

—Pasa que traes cara de que ya que tu hija no estaba, os habéis pasado el fin de semana follando como locos. Tu rostro resplandece y eso es lo que me encanta ver al fin en ti.

—Puf Sara, estoy acojonada, no sé si estoy haciendo bien, se me está yendo de las manos y lo voy a pasar mal —le cuento en un ataque de sinceridad.

—Se puede saber a santo de qué dices esto, si se os ve genial, bueno yo solo os he visto juntos el día de la inauguración, pero se nota que le gustas, y si él no te gustase no estarías haciendo esto —me mira fijamente con los brazos cruzados.

—Hay muchas cosas que tú no sabes, que pueden complicarlo todo.

—Pues cuéntamelas, o son tan graves.

—Hola cariño, hola Sara, que solo está esto, no— mi madre y mi padre han aparecido por la puerta de la oficina.

—¿Y vosotros qué hacéis aquí? —les pregunto.

—Pues, hemos ido a caminar, diez kilómetros, y nos hemos dicho, vamos a ver a los chicos —comenta mi padre tendiéndonos el café que nos trae del bar de enfrente.

—Gracias papá, estamos solas, ellos están en la fábrica de Boiro, y Óscar ha ido a un juicio a Vigo —los miro abriendo uno para echarle el azúcar.

—Ay mi niño, seguro que lo gana— murmura mi madre con entusiasmo y

repleta de orgullo hacia su nieto.

—Con el cuento que tiene te digo yo que tiene muchas posibilidades — responde Sara con una sonrisa burlona.

—Pues vaya como os cuidáis, creo que necesitáis un nieto de Sara y Óscar para entreteneros un poco más —le digo yo cogiendo el café y un pastel que han metido en el paquete.

—Estaríamos encantados —comenta mi padre abrazando a la novia de su nieto.

—Puf, soy muy joven para ser madre todavía, voy a atender el teléfono — les responde levantando el auricular que está sonando.

La escucho contestar en inglés, no sé si habla con nuestros clientes italianos o cualquier otro que tenemos por ahí que no entiende nada de español. Mi madre me ha convencido para que vayamos a comer a su casa, tampoco ha sido necesario que insistiese un montón, la verdad no me apetece cocinar. Como dice Sara, tendré muy buena cara, pero Mateo me ha dejado muerta, hoy creo que tan pronto salga del trabajo me iré derechita a casa a acostarme temprano.

He avisado a Icia que comemos en casa de su abuela, así ya pueden ponerse a estudiar al terminar, yo aprovecharé para ir caminando al trabajo, hace buen tiempo ya que no tengo intención de ir hoy al gimnasio, al menos moverme un poco.

—Qué raro que vengamos a comer hoy aquí— manifiesta ella sentándose a la mesa.

—¿Qué tal las cosas de matemáticas. Se lo has comentado al profe para que veas que no tienes razón como tú dices y es como yo te lo he explicado? — pregunta mi madre sirviendo un plato de carne con patatas.

—Sí abuela, está más raro este tío. A Mario le echó la bronca por lo mismo que yo le iba a preguntar, y a mí me habló que ni me lo creo, es bipolar, pero a lo grande. Incluso ha sonreído mirando el teléfono, si no lo veo, no lo creo— responde ella con asombro.

—La gente cambia— manifiesto yo —pensando que quizás estaría mirando unos de mis guasaps.

—Pues yo creo que no, sigue siendo gruñón, ha cambiado conmigo. Me ha explicado el ejercicio como a un niño pequeño a pesar de que hemos discutido.

—No quiero que seas maleducada con los profesores, creerán que eres una niña callejera. —la miro fijamente.

—Solo he protestado por algo en lo que creía que tenía razón, y él también la quiere tener, y sí abuela lo he entendido, era como tú decías.

No hay duro que no ablande, lo dice la abuela Leonor, y esta niña que es terca como una mula, está bien que él la haga entrar en razón. Ni me acordaba que en dos días tiene la excursión que van a ver el Pórtico de la Gloria a la Catedral de Santiago.

El enfado que trae Martiño es monumental, como de costumbre, Tomás no abre la boca, solo se ríe, a veces parece que es autista aparte de un cretino a lo grande.

—Esa tía es de lo peor que hay, que se joda, debería de saber que los documentos de *word* hay que guardarlos por si se marcha la luz, y eso es lo que ha pasado —nos cuenta enojado, a Sara y a mí.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto con picardía.

—La listilla, tenía cinco folios escritos y se ha ido la luz, como no hay sai de momento, se lo ha cargado todo, esa mujer, es insoportable.

—Que malo eres, pobre chica —le decimos nosotras dos.

—Pobre chica, es una bruja, yo mañana no voy, va solo Tomás, y vosotras otro de los días, a mí me da igual si no aprende —protesta cabreado.

—Vamos a ver, qué poca paciencia, a mí no me importa ir algún día, de hecho Oscar ha marchado hoy, pero ¿vas a hacer tú mi trabajo aquí?—le pregunta Sara.

—Con tal de no verla a ella hago lo que tú quieras aquí. —le pide casi suplicando.

—Está bien, haremos un cuadro para organizarnos —les ordeno intentando poner un poco de paz.

De momento me han dejado de lado para ir a Boiro, el que no quería, no quería, tuvo que ir a poner en marcha el programa de facturación y almacén, pues él es el que controla de informática, por lo tanto, tendrá que arreglárselas con ella para ponerla al día en cuanto a su funcionamiento.

Y me he puesto las pilas de nuevo, esta semana llevo dos días sin ir al gimnasio, ya está bien de hacer el tonto como si me sobrara el dinero para pagar y quedarme en casa. He consultado el horario al mediodía, para traerme la ropa e ir a las clases que tocan hoy, que son Body fitness y quizás vaya a ciclo, depende de las ganas que tenga. Para no caer en la tentación, me he traído la mochila con las cosas para largarme a la hora de salir de trabajar. No quiero llegar tarde o no podré ponerme al final de la clase como acostumbro a hacer para no llamar demasiado la atención con lo lenta que voy, y más

después de haber faltado. Así siempre puedo mirar a las de delante mía para seguir las con los ejercicios. Se nota que la gente quiere ponerse a tono para el verano pues la clase está a tope, con gente que nunca he visto, sin quererlo desvió la mirada a fuera de la zona acristalada y veo a Mateo sudando porque está trabajando en una de las máquinas. No habíamos hablado de lo que íbamos a hacer hoy. No me gusta mucho la tía que está coqueteando con posturitas imposibles a su lado. Yo voy tapada como una monja, o casi, me he puesto las mallas y una camiseta de tirantes que llevo empapada de sudor, pero la Barbie Malibú, lleva pantalones cortos, un top y no suda. Aunque pensándolo bien a mí no me hace falta mucho para conseguir casi retorcer la camiseta, será toda la grasa que acumulan mis caderas, y otras partes de mi cuerpo, aunque debo reconocer que parte de ella ha ido desapareciendo. Los observo, y ya he perdido el filo de la clase, ya no he contado bien las veces que debo subir y bajar al step y Simón, el monitor se ha puesto a mi lado con una sonrisa burlona que he entendido a la perfección, para que me ponga las pilas y atienda de nuevo a lo que debo hacer, pues la coordinación de brazos y piernas también se ha perdido, debo centrarme o el monitor no se irá de mi lado poniéndome todavía más nerviosa.

También me he dado cuenta de que Mateo me estaba observando y esto ha ocasionado que me ponga mucho más roja de lo que estaba por culpa del esfuerzo de la clase. Vaya, y Hugo, que tampoco lo había visto, este está sudando en la cinta de correr y me saluda cuando me ve salir de mi clase. Pero antes que él, el que se acerca sin cortarse es el profe, me coge de la cintura y me da un beso debajo del lóbulo de la oreja.

—Hola, no me has dicho que ibas a venir —me susurra muy cerca.

—Hola a ti también, estoy toda sudada, voy a ponerme la sudadera antes de que me coja el frío —y me he puesto más colorada todavía— hola Hugo, ¿cómo estás?

—Creo que no tan bien como tú, ya has terminado la clase, yo he tenido un día complicado y acabo de llegar. Me iría a tomar una cerveza con mis amigos, pero debo renunciar a la pereza —comenta un Hugo sudoroso con la respiración agitada por el esfuerzo que está haciendo.

—Esto es un sacrificio muy grande, pero tú eres valiente y en nada terminas —animo al banquero con un puñetazo en su hombro y alejándome.

Otro que no es indiferente al género femenino, hemos salido todas en manada de la clase, y la gran mayoría lo ha hecho diciendo lo buenos que están los dos, que yo sé de lo que se habla aquí y en el vestuario y los tíos

buenos son uno de los temas de conversación principales.

—Ven aquí, me has dejado abandonado esta semana —me susurra Mateo de nuevo tirando de mi mano.

—Tú ves que tenga más tiempo o coartada para poder hacerlo, lo siento — respondo abrochándome la chaqueta para no enfriar —¿Te falta mucho? yo aún voy a hacer un trozo de mi circuito, hasta donde aguante.

—En nada termino y me ducho, pero te espero.

—Vale —le guiño un ojo.

Algunas chicas se han ido a los vestuarios y otras se quedan a la siguiente clase, pero yo no tengo tanta energía para hacerlo, por lo tanto hago las tres vueltas oportunas a los ejercicios que el monitor me ha puesto estas semanas y me rindo, me voy a la ducha, hace un rato que no veo a Mateo, pero me extraña que se haya ido sin despedirse.

En el vestuario cojo mis cosas que dejo fuera de la puerta para cambiarme, me meto dentro de la ducha, abro el agua y sin contar lo veo a mi lado.

—Qué demonios haces aquí, estás loco o qué —susurro en tono bajo mientras el agua cae por nuestras cabezas.

—Y qué, vas a gritar. Las que se duchan aún tardan veinte minutos, para que vengan, y he controlado que no hay nadie más.

—Joder, tío, estás desnudo, van a cazarnos.

—He metido mi ropa en el cubículo de al lado, tranquila, relájate, no haremos ruido.

Y comenzando a besarme, ya me desarma, yo no he visto a nadie por aquí cuando entré pero vaya vergüenza como nos pillen, que nos conocemos todos, él es el profesor del instituto y vienen muchas madres. No ha tardado nada en subirme por los azulejos a la vez que he enroscado mis piernas a su cintura, y seguimos con nuestro beso apasionado mientras el agua se cae por nuestras cabezas y una vez más me vuelve loca, él ya está preparado, no le hace falta nada. Sin darme casi cuenta se ha deslizado en mi interior y se queda quieto. Mirándome fijamente a la vez que acaricia mi cara.

—Qué bueno joder, quiero quedarme aquí toda la vida— ha susurrado a mi oído.

—Qué haces, no te has puesto un condón —protesto en vano.

—Lo sé, y es la gloria, me correré fuera.

—Sí Mateo, tú sabes la de niños que han nacido así —murmuro con cara de éxtasis.

—Bueno, tantos años queriendo niños con tu ex y no han venido, tranquila,

que esto es una tontería, yo controlo.

Con esa cara de placer que lo caracteriza, empieza a entrar y salir de mi interior deleitándome con sus movimientos, y casi sin pensarlo, no me ha dado tiempo ni a correrme aunque lo he disfrutado mucho, pero él lo ha hecho fuera, o eso creo, juntamos nuestras frentes, estamos jadeando.

—Siento mucho que no hayas llegado al final, tienes que venir a mi casa estoy muy en deuda contigo, te compensaré con creces —susurra por lo bajo.

—Sabes que eso no importa, me ha gustado mucho, otra vez me lo cobraré. Y ahora lárgate antes de que te cacen aquí, a ver cómo te las arreglas para salir.

—Me las ingeniaré.

Dándome un beso, desaparece tras la puerta, yo me quedo apoyada en la pared de la ducha con una sonrisa de tonta en la cara, que debo de parecer una boba, escucho un rato por si las moscas. Acabamos de comportarnos como dos adolescentes con un calentón. Mejor no pensarlo mucho. Termino de ducharme, me visto, compruebo que esto está vacío, y salgo para marcharme.

—Ves, qué buena cara llevas —me dice el monitor en la salida cuando voy a irme por la puerta, él habla con Eli, la otra chica que trabaja aquí.

—Claro, es que como siempre, te has pasado tres pueblos con tantos ejercicios imposibles —protesto mirándolo.

—Lo sé.

Estoy segura que esa sonrisa malévola que ilumina su cara es porque sabe lo que ha pasado en el vestuario entre nosotros. Es una cara de picardía, que vergüenza, con lo tímida que soy.

Mi nivel de relajación es total, como cada vez que llego a casa después de hacer ejercicio, hoy además tengo que añadirle el polvo de la ducha, me río yo sola y mi hija que está en la mesa del salón haciendo un trabajo me mira sin entender que me pasa, como si estuviese loca. Le doy un beso, sin más explicaciones y me voy a la cocina, me preparo una ensalada mixta, pues tengo hambre, y me acuesto.

Hoy es el día que Icíá va de excursión a Santiago, a visitar el restaurado Pórtico de la Gloria en la catedral, creo que comen allí y por la tarde vienen a Villagarcía a ver una exposición de artes de pesca. Como de costumbre, está entusiasmada con este viaje, todo lo que sea perder clase, se lleva mejor que trabajar.

Martiño ha tenido que volver a la otra fábrica, pues ayer no ha sido capaz de poner en marcha el programa de almacén y facturación. Andrés, le ha dicho

que se busque una habitación en un hotel o una pensión en lugar de andar de un sitio para el otro, y que no regrese hasta que lo tenga todo listo en esa oficina. Por lo tanto quienes estamos, somos Sara y yo en la nuestra, a media tarde mi teléfono suena en la mesa.

—Hola, ¿es usted la madre de Icia Pazos? —preguntan al otro lado de la línea.

—Sí, soy su madre.

—Su hija está en el Centro de Saúde, la han traído a urgencias por una reacción alérgica a algo que ha comido, creemos que es a los cacahuets, ella nos ha confirmado que no los puede comer y es alérgica a ese alimento.

—Joba, ¿cómo está?— pregunto asustada.

—Lo que le hemos puesto está haciendo su efecto, la han pinchado, puede venir usted a recogerla, y tranquila que la chiquilla se encuentra bien.

—Estoy ahí en diez minutos, muchas gracias.

—Debo marcharme. Icia ha comido cacahuets, imagino que estarían camuflados en algo que ha tomado, voy a recogerla al centro de saúde.

—Vete tranquila, y no vuelvas —me dice Sara.

—No sé, veremos cómo hago, te llamo.

Me marcho a toda prisa, no es la primera vez que le pasa, pero si no se trata a tiempo puede ser muy peligroso, al menos la han llevado al médico. Se lo descubrieron de pequeña, tras un montón de pruebas, y ella sabe que no los puede comer, pues empieza a ahogarse e hincharse los ojos. El acojone que me llevé la primera vez que le pasó, no es para recordar, tratándola a tiempo se le pasa pronto.

Llego a urgencias y pregunto por ella, me hacen pasar a una sala y me quedo de piedra cuando la veo sentada en la camilla.

—Sabes, casi nos morimos, Mateo también es alérgico —me mira de forma seria.

—¿Y qué tal estáis? —los miro alternativamente.

—Pues creemos que los hemos comido en el puesto de helados artesanos que estaba junto a la exposición, estaban buenísimos, y debía de tenerlos camuflados, ¿a qué sí Mateo?— ella lo mira con una sonrisa.

—Pues de forma consciente no nos los habríamos tomado, eso fijo, no se pasa muy bien— él me mira como si quisiese asesinarme.

—Vaya casualidad que seamos los dos alérgicos a lo mismo— comenta ella como si nada.

—Lo mismo digo —y él me mata con la mirada.

—Pues os llevaré a casa entonces.

El médico me explica lo que le han hecho a mi hija, le han puesto el mismo tratamiento a los dos, por supuesto que me los puedo llevar a casa, deben reposar y a no ser que no remitan los síntomas, deben hacer vida normal, o sino ir a su médico de familia.

Los dos se suben a mi coche, Icía es la única que habla y no se cree que lo haya comido sin darse cuenta con el pánico que les tiene. Mateo ha debido de contarle antes su experiencia pero ahora no abre la boca. Como la inyección da sueño, decidimos que la llevaré a casa de mi madre para que la vigile, no vaya a ser, y yo volveré a la fábrica, por lo tanto lo dejamos a él en su casa, que casi ni se despide, aunque mi hija le dice que ya lo llama para preguntarle cómo va.

—Se nota que está muy mal porque apenas ha dicho nada, pobre, quizás le afecte más que a mí, por la edad.— manifiesta ella con preocupación.

—Seguro que sí, pronto os pondréis bien.

Me da dos besos cuando se baja del coche y yo pongo rumbo a mi trabajo de nuevo, estoy nerviosa, cuando cojo el teléfono del bolso y lo miro, tengo un mensaje de Mateo, el cual ya abro con miedo.

—Quiero hablar contigo, YA.

—Estoy en la fábrica.

Así de escueta, no me he ofrecido a ir a su casa, quizás me creo que así voy a solucionar algo y seguir huyendo.

—¿Qué te ha pasado, tan mal está la niña? —me pregunta Sara al verme entrar por la puerta.

—Qué, no, le han puesto una inyección, se le pasará poco a poco.

—Pues parece que hayas visto al mismísimo diablo.

De repente esa puerta que yo acabo de cerrar se ha abierto de nuevo y un Mateo con cara de pocos amigos acaba de entrar.

—Hola chicas, buenas tardes —saluda.

—Qué te ha pasado, que parece que te han dado de hostias —le dice Sara mirándolo a los ojos.

—Cosas que pasan, quiero hablar con Paula, ¿podemos?

—Claro, vente—si ya estaba pálida debo parecer un tazón de leche.

Casi me da algo, lo hago pasar a la sala de reuniones, en donde hablamos la última vez, el cierra la puerta tras de sí, y mi corazón late tan fuerte, que va a darme un infarto.

—A ver, cuando cojones pensabas contármelo —me mira fijamente con

cara de muy pocos amigos y los brazos cruzados.

—¿Lo que? —me hago la tonta, no sé por qué.

—Mira, me tienes hasta los huevos, hace tiempo que lo sospecho, pero lo de hoy ha sido la gota que ha colmado el vaso y me lo ha confirmado, o sea que todo este tiempo, ¿te has reído de mí, o que ha pasado?

—No he encontrado el momento de decírtelo. —miro al suelo.

—Claro, porque como no hemos estado tiempo juntos, habrá sido por eso. —levanta los brazos haciendo aspavientos.

—Pues ya está, este es uno de los motivos por lo que me callé la boca, sabes, sabía que no ibas a reaccionar bien.

—Hombre, y tú cómo crees que puedo reaccionar al saber que tengo una hija de trece años, y que su madre me lo ha ocultado todo este tiempo.

—Sabes Mateo, lo que he hecho hasta ahora ha sido salvarte el culo, sigues siendo el crío de dieciocho años que me dejó embarazada. Que querías, que después de enterarme de que me habías puesto los cuernos con mi mejor amiga y ella viniese a contármelo, yo fuese a decirte, “mira es que vas ser padre”, pues no, te lo puse muy fácil.

—Eso no es verdad, yo tenía derecho a saberlo.

—Pues no me dio la gana, estaba muy dolida por lo que me habías hecho, sabes. Me di cuenta de que no me querías y yo no iba a ir mendigando tu cariño con el cuento de un hijo, de un hijo que tú por supuesto no querías, tú nunca quisiste ser padre.

—Joder.

—Mira Mateo, la que se lo pasó mal fui yo. Iba a olvidarme de ti y abortar, pero no fui capaz, sabes, tenía cita concertada en una clínica, iba a ir con mi amiga Noemí, pero ese día no fui capaz de hacerlo, ni siquiera me levanté de cama para ir. Entonces decidí desaparecer. Por cierto, ella es su madrina. —le escupo señalándolo con el dedo.

—Ella una vez dijo que tenía que contarme algo, pero no lo hizo.

—Porque es una buena amiga, al menos en ella sí pude confiar.

—Pues me dejaste hecho una mierda cuando desapareciste, nadie sabía nada de ti —protesta enfadado.

—Bueno, no me cuentes, no creo que te matases tanto buscándome. Tú al menos te quedaste en dónde tenías a tu familia y todos tus amigos, fuiste a la universidad y te olvidaste de mí en dos días —le grito en tono sarcástico.

—Eso no es así. —se pasa las manos por el pelo nervioso.

—No me importa. Yo me vine sola, desde Ourense, a casa de mi hermana,

hasta que mis padres pidieron traslado en sus trabajos, ella en el colegio y él en el banco, y se lo concedieron. Y embarazada, qué te parece, y cagada de miedo, que acababa de cumplir los dieciocho cuando ella nació. Y sabes, yo no pude ir a la universidad a hacer enfermería como me gustaba. Cuando la niña tuvo un año empecé Comercio internacional y después administrativo, y no me arrepiento, mi cuñado Andrés me dio un trabajo en la fábrica para que yo pudiese mantener a mi hija. Pues hasta con mi padre me enfrenté por culpa de la decisión que había tomado, ya que él quería que fuese a la Universidad. Pero sabes, fue lo mejor que pude haber hecho en mi vida. Cuando las amigas que hice aquí salían, yo me quedaba en casa cambiando pañales, pero era feliz con mi bebé. Y después para que mi hija tuviese un padre, me casé con Alberto, no es que estuviese locamente enamorada de él pero el tiempo que estuvimos juntos no fue malo del todo.

—No me jodas, tú te has quejado de que no lo querías, no fuiste feliz —me reprocha un poco enfadado.

—Y qué más da si fui feliz o no, o si nos queríamos, él era bueno con mi hija y ella chocheaba con él —le explico enfadada.

—Hijo de puta— dice cabreado.

—No sé por qué lo dices, tú pudiste ir a la universidad, querías hacer física, que era tu sueño —le digo mirándolo fijamente.

—Pues no, no me gustó y terminé en matemáticas.

—Pues ya está, tu padre no habría estado muy contento si llega a saber que ibas a tener un hijo y no podías estudiar, aunque lo harías igual, él te pagaría los estudios en dónde fuese. Yo me enfrenté al mío hasta que lo aceptó y ahora su nieta es sagrada. Pero yo nunca he querido deberle nada, cantidad de veces he rechazado su dinero cuando sabe que voy justa y eso no le gusta, pero yo me defiendo sola, he criado a mi hija sin depender de nadie y no podía estar más orgullosa de ello.

—Ya lo veo, a duras penas.

—Escucha, a mi hija nunca le ha faltado de nada. Andrés siempre ha estado velando por nosotras, él ha sido el que más se ha preocupado siempre de que estemos bien, él y Oscar. Aunque no puedo quejarme de mi familia, siempre han estado conmigo. Ellos también renunciaron a su vida en Ourense y se vinieron conmigo a Villagarcía, sin preguntarme nunca por el padre de mi hija, ni nada, sabían que yo no quería abrir la boca —miro a la ventana sin ver nada al exterior.

—Pudiste decírmelo ahora y te has callado.

—No me ha dado la gana, no necesito dar pena, ni mi hija necesita un padre, si nos las hemos arreglado trece años, creo que lo hemos superado, lo entiendes, mi niña es solo mía —le digo señalando el pecho con mi dedo.

—No pretendía otra cosa, por si creías lo contrario.

—Pues entonces no se hable más, me lo imaginaba, no quiero nada de nadie, seremos las mismas de antes.

Mateo ha dado media vuelta y se ha marchado, yo me he quedado en la silla mirando al infinito. Cuando Sara entra por la puerta mis ojos están llenos de lágrimas, parezco un niño pequeño.

—Se puede saber qué ha pasado, que Mateo parece que llevaba un toro corriéndole detrás y ni me ha visto —se pone de cuclillas a mi lado cogiéndome de las manos.

—Pasa que la he terminado de cagar, esta vez a lo grande, esto era la “Crónica de una Muerte Anunciada” —le hablo sorbiendo los mocos mirando al infinito.

—Tú tienes muchas cosas que contarme y ya puedes ir empezando, he descolgado el teléfono y si viene alguien escuchamos la puerta, por lo tanto, habla —me pide en tono amenazante sentándose en la silla de al lado que ha colocado enfrente.

—Mateo es el padre de Icia.

—¡Qué demonios estás diciendo!

—Digo eso, cuando nos hemos reencontrado no nos hemos reconocido, hasta que fui al programa de televisión y dijeron mi nombre, entonces él ató cabos. Yo ni idea de que él era mi novio de hacía tantos años, con ese pelo de melenudo, los tatuajes y la barba, ni idea y yo con mis kilos de más, y el paso del tiempo, pues tampoco.

—Madre mía la que has liado, no se lo habías dicho.

—La que he liado, sí. Quién es el padre de mi hija solo lo sabían Andrés, mi hermana y mi amiga Noemí, no creo ni que se lo dijiesen nunca a Oscar. Todo ha sido una coincidencia, que él viniese a parar aquí con los años.

—Coincidencia no, eso ha sido el karma y las meigas que a veces ponen cosas en su sitio, cuéntame.

—Mateo y yo éramos novios, unos críos, él tenía dieciocho y yo diecisiete, llevábamos juntos casi un año, nos queríamos y juntos descubrimos muchas cosas, estábamos muy a gusto. Éramos buenos estudiantes, y estábamos muy enamorados. Sólo que un día, él me puso los cuernos con mi mejor amiga. Según cuenta ahora, ella lo engañó y le echó algo en la bebida. No lo sé, ella

vino a decírmelo, por lo tanto puede que sea cierto, yo creo que lo dejó a él en la cama y vino a contármelo a mí, con fotos incluidas, la tía traía una prisa enorme.

—Qué hija de puta— comenta con incredulidad.

—A lo grande, yo tenía mis sospechas de que estaba embarazada e iba a decírselo a él, pero ya no lo hice, mi intención era abortar, pero tampoco fui capaz, y entonces huí como una cobarde y vine a refugiarme a Villagarcía, a casa de mi hermana y de Andrés, dejándolo todo atrás, a mis amigos, padres y a él —le hablo sin mirarla.

—Joder Sara, no fuiste una cobarde, fuiste muy valiente teniendo a tu hija. Hiciste lo correcto.

—Sé que hice lo correcto, lo he sabido siempre, nunca me he arrepentido de no ir ese día a la clínica a abortar. Mi hija ha sido lo más bonito que me ha pasado, es la niña de toda la familia. Cuando mi hermana Ana enfermó, ella fue la alegría de la casa y le daba ánimos y mimos a Oscar metiéndose con él en la cama, ella intuía que algo pasaba con su madre, no la veía bien, y también veía que su primo necesitaba cariño. Si él y yo parecemos hermanos, él fue su padrino.

—Yo sé que sois lo más importante de su vida, lo ha dicho muchas veces.

—Lo más importante de su vida ahora eres tú, y me alegro— la acaricio en la cara.

—Vale, y vosotras —repite de nuevo con ilusión.

—Gracias a Andrés que siempre ha velado por nosotras, nunca podré agradecerse lo suficiente.

—Paula cariño, él no quiere que se lo agradezcas. ¿Y cómo se ha enterado Mateo de todo?

—Él también es alérgico a los cacahuets y hoy le ha pasado lo mismo que a Icia, han comido lo mismo, él desconfiaba, pues ya ves, cuántas cosas en común sin tener intención de ello —mi sonrisa se ilumina, como una tonta ilusa.

—Claro, el violín, el surf— comenta Sara apretando mis manos.

—La pasión por la cocina, las matemáticas, tercios como mulas y a saber cuántas cosas más, que no han descubierto, ni van a descubrir —mi cara se vuelve triste.

—Bueno, ella no sabe nada, pero no puedes decir eso.

—Joder Sara, que yo no he tenido coraje para contárselo a ninguno de los dos, pero él no quiere hijos, lo entiendes, lo ha dicho desde el primer

momento, incluso se dejó con su novia la suiza, porque ella quería tener un niño y él no, y dejaron una relación de años viviendo juntos, y no, yo no quiero que él tenga que ejercer de nada, nunca lo he necesitado. —protesto estrujando mis dedos.

—Tengo que decirte que eres la mujer más valiente que conozco, has criado sola a tu hija y lo has hecho de puta madre. Esa es Paula, te mereces un premio Goya —me anima con sus palabras.

—Yo lo único que buscaba, es a alguien que me quiera por lo que soy y no creo que lo consiga en la vida. —sollozo de nuevo.

—Ale, lo que me faltaba por oír, eso lo dices porque hoy lo ves todo negro, pero verás como todo se arregla.

—Sara, yo no quiero arreglar nada, quiero volver a hace unos meses, que Mateo no esté aquí, en este pueblo, no quiero verlo, ni que esté cerca de mi hija, como si nunca hubiese estado, igual que antes.

—Uy que mal estás, nos vamos a tomar algo al salir de trabajar, mañana verás las cosas de otra forma.

—Tengo a mi hija con una alergia en casa, no puedo dejarla sola, ni endosársela a mi madre, yo soy la que tengo que cuidar de ella —le cuento sin mirarla.

—Siempre lo has hecho muy bien, no vas a cagarla ahora.

—No sé, cada vez tengo más dudas y más miedo, que es una adolescente, y esa palabra da miedo. Da miedo si tienes el respaldo de tu pareja, asique imagínate yo sola —le explico con los brazos abiertos.

—Tú no te vas a rajarse ahora, ella te necesita más que nunca y tú a ella. Ánimo cariño.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta Óscar desde la puerta mirándome con cara de susto.

Él y Hugo están en el quicio de la puerta mirándonos, a mí con cara de pena y preocupación. El primero entra, le da un beso a su chica y viene a abrazarme. El segundo luce imponente, con ese traje azul, camisa blanca y una corbata de puntitos, a pesar de lo mal que estoy, veo a la perfección lo bueno que está, yo misma lo desnudaría y le haría de todo. Últimamente creo que me he convertido en un poco loba.

—Yo venía a por un balance para el banco, pero quizás no sea el momento. ¿Qué te pasa preciosa? —pregunta mirándome.

—Ha discutido con el padre de la criatura— dice Sara de forma inconsciente.

—Joder, tampoco es la primera vez que discutís— comenta Oscar como si nada.

—Tío que ha descubierto que es el padre de la niña. —le explica ella.

—No sé para qué te he contado nada —protesto enfadada, mirándola.

—Pues también iban siendo horas— apunta un Oscar muy sonriente —me alegro.

—Pues yo no, no se lo ha tomado muy bien —lo miro —Y tú ¿qué sabes de todo esto?

—Pues me alegro que lo haya descubierto, hace falta ser tonto para no darse cuenta, más claro agua, si es clavadita a él. Tranquila, mi padre me lo ha contado hace unos meses, pero yo me he mantenido al margen —levanta las manos en son de paz.

—Pues, si lo conozco, me gustaría saber quién es el afortunado, porque yo creo que es afortunado.— sentencia un Hugo muy sonriente.

—Mateo— dicen a la vez Sara y Óscar.

—Que poco discretos joder, en una hora se ha enterado más gente que en trece años. —protesto fusilándolos e intentando marcharme de mi sitio.

—Vale, por mí no va a saberlo nadie, pero tenéis que contármelo. Y claro, entiendo que no quiere saber nada.

—Hugo, tú que crees, una persona que odia los niños, se entera de que tiene una hija de trece años y te crees que va a venir con un ramo de flores a darme las gracias o con tres billetes de avión a Disneyland París en plan familia feliz. —comento poniéndole una mano en el hombro y forzando una sonrisa.

—Él se lo pierde, si tú me hicieses caso, yo estaría más que encantado de teneros en mi vida —me dice Hugo abrazándome.

—Tú tienes más cuento que Calleja. —lo separo de mala gana. —Ahora que el nombre del padre de mi hija es de dominio público y casi sale en la Wikipedia, al primero que abra la boca le corto la lengua, ella no sabe nada, ni nunca lo va a saber, lo tenéis claro —les anuncio de forma amenazante.

Los tres han prometido que se estarán calladitos, y yo no sé cómo sentirme, porque hace un rato estaba cagada de miedo , pero ahora que he compartido mi gran secreto con más gente parece que por un lado siento alivio, y miedo por lo que pasará a partir de ahora en nuestras vidas.

He pasado a recoger a Icía a casa de mi madre, la veo en mejor estado, le doy un abrazo y un beso que casi la estrujo, pero es como si yo lo necesitase, ella me mira extrañada.

—Te quiero— sale de mi boca.

—Ay mamá y yo a ti, tranquila que ya estoy mejor. Quien debe de estar hecho una mierda es Mateo, le he preguntado hace un rato como se encuentra y no me ha respondido todavía. Quizás se haya quedado dormido por culpa de los antihistamínicos y no se entera. Yo estoy deseando llegar a casa y poder dormir, ni los deberes voy a hacer, pondré de disculpa que no me encontraba bien.

—Tú misma, eres mayorcita, estamos a nada de terminar las clases.

—Lo sé. Tengo hambre, ¿qué vas a hacerme de cenar? He estado mal y tienes que darme mimos, la abuela quería hacerme una tortilla pero me gusta más la tuya o la de la abuelita Leonor, pero ella no tenía ganas, estaba tan ensimismada con Pasapalabra que aunque venga un Tsunami, no está para nadie.

—Otra con cuento, te haré la tortilla, pero tú pelas las patatas.

—A medias, las pelamos a medias —se planta delante mía en las escaleras, bailando.

—Que buena eres negociando, eres peor que Sara, estoy rodeada de pirañas.

Ha salido deliciosa, con los huevos de las gallinas de la madre de Martiño. No le he preguntado si había sobrevivido en la fábrica de Boiro o si su día había sido una mierda como el mío. Estoy segura que Mateo no le ha respondido a la niña porque con lo cobarde que es, va a cortar todos los lazos con ella, lo conozco tan bien, que estoy segura.

Ella se ha ido pronto para cama, ha mirado el teléfono a menudo, peor no he querido preguntarle para no herirla, sé el aprecio que le tiene sin saber quién es. Yo me he acostado y he revisado la cuenta de Instagram, la pirata, en la que veo a mi hija, sale en una foto con Mateo y cuenta su aventura de hoy en Santiago y lo mal que lo pasaron los dos con la alergia, y en la otra cuenta sale él solo en distintas poses por las calles de la ciudad de los peregrinos, observando la catedral desde la Plaza del Obradoiro y otra sentado en las escaleras de la misma mirando al infinito. La verdad son muy bonitas, con su estilo desaliñado en vaqueros rotos, camiseta con una cazadora deportiva y zapatillas *Vans* de color negro.

Me he acostado, pero no he dormido, el problema ya no es que él sepa que tiene una hija, que para él no lo es, lo peor será si algún día ella llega a enterarse y las cosas se complican según se lo tome.

Todo esto, dejando de lado, que una vez más, quizás lo eche de menos,

aunque de momento, creo que aún no estaba locamente enamorada como hace años, cuando me largué dejándolo de lado, y dice que él lo pasó muy mal, casi puedo imaginármelo. No se lo cree ni él, Vivíamos en Ourense y él se fue a Santiago a la universidad, estoy segura de que en navidades no se acordaba ni de mi nombre. Recuerdo que me escribió unas cartas que ni llegué a abrir. por el asco que me daba que me hubiese puesto los cuernos. Mi madre me las trajo cuando vino a verme a casa de mi hermana, antes de que pudiesen trasladarse definitivamente, yo les puse una goma a todas y las guardé. No quería saber nada de lo que ponían. La verdad ni me había vuelto a acordar de eso.

Con todo esto casi me había olvidado del juicio que tenemos en Pontevedra por culpa de cuando mi hija y la otra chiquilla “robaron” en el Primark, Óscar ha dicho que siendo su primo no puede defenderla, por tanto nuestro abogado será David. Por suerte ya tenía el informe del instituto elaborado por la Orientadora sobre la conducta de la alumna en el ámbito escolar, o si no tendría que ir a buscarlo y no me apetece lo más mínimo volver a ese instituto. Por supuesto en ese papel dejan quedar a mi hija como una alumna ejemplar tanto en la conducta escolar como con los profesores, lo que hace un punto a su favor.

Hemos ido al juicio y el señor de la toga, que le ha hecho un montón de preguntas, intentando acorralarla y dejándola en evidencia, eso por un valor insignificante que tenía lo que robaron, pero será su trabajo. Yo sé que por mucho que David ha estado con ella y la ha defendido como Dios manda, ella ha salido de la sala acojonada.

En resumidas cuentas, que si no es reincidente, en unos años, esos antecedentes penales se le borrarán de su expediente. A mí lo que me interesa, es mi hija en este momento. Y de que la hayan asustado me parece bien, no creo que con todo lo que ha pasado, le hayan quedado ganas de repetir, o sino la mato.

Cuando he querido pagarle al abogado, él me ha dicho que ni pensarlo, que ya lo arreglará con Óscar, que nosotras nos vayamos tranquilas y ahora a darle todo en la recta final del curso. Y nos hemos ido a tomar un café los cuatro juntos.

Hemos pedido un justificante de dónde hemos estado para presentar a los profesores de las clases que tenía hoy Icía, entre ellas un examen de tecnología que tendrá que hacer en otro momento y una clase de mates, a la cual ha llevado una fotocopia.

—A Mateo debe de sentarle muy mal la primavera, o la inyección que le

han puesto el otro día por la alergia.

—Y eso, a ver, qué ha pasado ahora —le pregunto con miedo a la hora de la comida.

—Qué ha pasado, pues que pasa de mí, él estaba en Santiago el día que vinisteis a buscarnos a la comisaría, pues ni ha preguntado qué ha pasado en el juicio, y lo sabe porque le he dado el justificante, yo sé que ha hecho como que ni lo miraba, pero sí que lo ha hecho. Vuelve a ser el bipolar que ha sido tantas veces. En mi vida he visto una persona tan complicada como él. Un día te trata de maravilla y te pone por las nubes, y al siguiente ni te conoce.

—Bueno cariño, no le des importancia, estará agobiado con los exámenes.  
—intento justificarle, y no sé por qué.

—No me digas, pues somos nosotros quienes tenemos que hacerlos.

## CAPÍTULO 18

Ha transcurrido una semana de lo de Mateo y el juicio, y él no se ha pronunciado en ningún momento, ni tampoco ha intentado hablar conmigo. Puf, no sé si sentir alivio o miedo, una mezcla de las dos cosas, invade mi cuerpo, estoy tan confusa, que muchas veces no sé qué pensar. Nunca me había imaginado su reacción, porque tampoco nunca había pensado en decírselo, al menos hace tiempo, y ahora todo esto me ha pillado en bragas, y con unas bragas de algodón hasta taparme el ombligo, no con unas de satén y puntillas, y vaya mierda.

Aunque la situación me puede y me tiene un poco trastocada, esta semana he ido al gimnasio, pero con miedo, por si me lo encontraba, y con la sonrisa malévolamente del monitor que sabe lo que pasó entre nosotros y siempre viene echando indirectas.

La indignación se instala en nuestra casa, porque a los nervios de los últimos exámenes, sumamos lo que ha pasado hoy y ha cabreado sobremanera a mi hija, que ha llegado a casa llorando.

—Es que no me lo puedo creer, yo pensé que éramos amigos y que confiaba en mí, pero está visto que me equivocaba —comenta sorbiéndose los mocos.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Que Mateo sospecha que alguien ha robado y copiado exámenes de matemáticas, pues al parecer dos alumnos han cometido el mismo fallo en un ejercicio, y eso es casi imposible. Según él. De momento es solo un rumor que corre por los pasillos del instituto, pero él me ha llamado al departamento de matemáticas a hablar con él. Desconfía de que el día que utilicé el ordenador en su casa, me dediqué a mirar más de la cuenta y yo me hice con una copia y lo distribuí o lo vendí, como había hecho con los ejercicios de inglés en alguna ocasión. Mamá que yo no he hecho nada. Si solo escribí una carilla de *Word*, y no miré nada de lo que tenía en el ordenador, ni siquiera una carpeta con fotos, creí que era como si violase su intimidad.— y se echa a llorar sin parar.

—Oh Dios Santo. Eso es demasiado grave.

—Le he jurado que yo no había hecho nada, y no sé si me creyó. Se quedó más blanco que una vela, pero la culpa de entrada la he llevado yo —mi hija

sigue sorbiéndose los mocos y llorando sin consuelo.

—Pero ¿te ha acusado de forma formal o solo ha hablado contigo?

—De momento solo lo ha hablado conmigo, pero me ha acusado, a saco.

—Esto no va a quedarse así, iré al instituto a hablar con él pero que se cree, que ahora eres una delincuente o qué le pasa.

—Pues ya ves que más o menos. Hoy todos los profesores estaban un poco raros, al menos queda solo una semana para que esto se termine, en mi vida he deseado tanto que llegue el verano, empieza a ser un poco agotador.

Cuando le he contado a Sara lo que ha pasado, no podía dar crédito a las acusaciones de su amigo Mateo. Incluso ha mencionado que si la acusa formalmente ante la dirección del centro, entre eso y lo del robo en el centro comercial, puede dañar su expediente académico de un forma que él no es consciente, parece mentira que no piense en que ella es su hija y el daño que le está haciendo.

No he dormido nada en toda la noche, pero ni corta ni perezosa, me he presentado en el instituto de mi hija a primerísima hora de la mañana, ni siquiera he ido a la fábrica para esperar a ir en el recreo, no me da la gana de ir a esa hora. Nada más llegar, esto parece que hay un atraco a un banco, o que esté habiendo algo gordo aquí dentro. Dos coches de la guardia Civil y dos de la policía nacional. Ya empiezo a asustarme, y si vienen a detener a mi hija.

Entro un poco apresurada en el centro, con un miedo que no sé qué hacer, le pregunto al conserje que está pasando y la que viene es la directora y el jefe de estudios que es Mateo, acompañados de dos guardia Civiles y dos policías, uno de ellos es Adrián. El alma se me cae a los pies, casi inconscientemente me dirijo a este último, presa del pánico, que se van a llevar a mi hija presa de nuevo.

—¿Qué ha pasado?—pregunto a mi amigo cogiéndolo del brazo, aparte.

—Unos alumnos han hackeado los ordenadores de varios profesores copiando exámenes —me cuenta en tono bajo.

—¿Alumnos del centro? —le pregunto con miedo.

—Sí, hay varios implicados, la mayoría de bachiller, pero aún no está la cosa clara, vamos a interrogarlos —me comenta.

—¿Mi hija no estará implicada?

—Pero qué dices mujer, como puedes pensar eso. Si ella es una cría que juega a las Barbies todavía —me dice con una sonrisa.

—Si ha hecho algo cuéntamelo, por favor. —le suplico.

—Paula por Dios, los padres de los implicados están avisados, ahora toca

interrogar a los niños y después hablaremos con sus progenitores. Esto está bajo secreto de sumario, pero va a ser de dominio público, tu hija no ha hecho nada, no te obsesiones con eso, y estos chicos han cometido algo muy grave.

Aunque sé que no debo hacerlo, pues él está de servicio y puede meterse en un buen lío, no me resisto a darle un beso y un abrazo en señal de agradecimiento. Ya no voy a hablar con Mateo, hará lo que él crea oportuno, lo que sí hago es que cuando me marchó y paso por su lado, es decirle lo que se me ha pasado por la cabeza.

—A ti ya te vale, no te imaginas el daño que haces.

No me ha respondido y yo he dado media vuelta y me he ido a mi trabajo, cuando se lo cuento a mis compañeros al llegar, no podemos dar crédito a lo que está pasando. Como tenemos encendida la radio en una emisora local, no tarda en saltar la noticia, sobre el mediodía, aunque de momento es confusa. Hay especialistas en ataques cibernéticos en el instituto, y al parecer, varios implicados de distintas edades, pero la mayoría de bachiller y dos de cuarto de la ESO, vaya lo que saben hacer los niños hoy en día. Esto me deja más tranquila, con esto pienso que mi hija no tiene nada que ver, y hasta creo que así de momento he sentido tanto alivio que ni me importa que Mateo la haya acusado injustamente. Ahora es él el que ha metido la pata hasta el fondo.

—Madre mía la que se ha armado en el Instituto, el hijo de la de inglés y la de matemáticas de bachiller, están implicados —comenta Icia.

—Qué, dos hijos de profesores, vaya, esto no hay por dónde cogerlo.

—Así sacaron sobresaliente en los exámenes de bachiller, cuando toda la ESO eran de notas normales. Ahora no creo que los dejen ir a selectivo. O si, mientras no lo demuestren. Consiguieron claves para entrar en el correo de todos los profesores. Vendieron exámenes, no se sabe si modificaron notas y entraron en los expedientes de la Xunta de los profesores, esto es un delito muy grave, los van a expulsar del colegio, no creo que a estas alturas les importe, pero a los de primero y cuarto de la ESO tendrán que finalizar sus estudios es otro instituto. Había profesores de pasantía que tenían los exámenes, por eso la gente quiere ir a determinadas clases particulares, en donde saben que van a aprobar, eso había mucha gente que lo sabía, yo ni idea, como voy a lo mío. A mí nadie me ha ofrecido nada en ningún momento. Pero te digo que mañana salimos en la tele.

—Pues según ha declarado un profesor

que ha hablado en la radio, uno de los chicos ha dicho, que tampoco había sido tan difícil, si son unos críos- comento con incredulidad.

—Y después te quejabas tú de las tonterías que hacía yo, de vender los deberes y trabajos, yo a su lado soy una principiante. —me dice indignada.

—Sí, pero apuntas maneras —le muestro una sonrisa.

—No he visto a Mateo, a ver con qué cara de imbécil me mira ahora, por acusarme falsamente, si es que no se cree que estoy implicada en esto, todo puede ser.

—Tranquila, céntrate en los exámenes que faltan y no pienses en eso.

En el trabajo las cosas van tomando forma, en Boiro se funciona a pleno rendimiento. Cada día salen de fábrica rumbo a numerosos sitios de todo el mundo, casi el mismo número de conservas que en Villagarcía, aparte de las Gourmet que vamos a probar. Martiño ha puesto la oficina a camino junto con Xiana, no ha vuelto a mencionarla en ningún comentario despectivo, esto me huele a lo que había dicho Sara, que en nada estarían liados.

Quienes vienen a hacernos una visita como pasa a menudo son nuestros clientes italianos. Piero Mancini sigue a pie entre Santiago y Nápoles, aunque cada vez se pasa más tiempo aquí, porque también tiene otros intereses que no ha encontrado en su Italia natal, está visto que dónde se ponga una española, que se quite todo lo demás.

—Hola belísimas.

Enzo Romano ha asomado por la puerta de la oficina.

Siempre me ha gustado este hombre como a la mayoría de mujeres. Pero, es más que evidente que él no se va a fijar en mí. Alto, moreno de piel y de pelo, con esa mirada que parece que te está desnudando. La llamada mirada quemabragas. Lleva un traje negro, camisa blanca impoluta y una corbata burdeos. Sería el sueño de cualquier mujer.

Tras corresponderle a su saludo y mirarlo embobadas, tanto Sara como yo, quien viene a recibirlo son Andrés y Óscar, del cual es amigo personal. Solo recordar la que se montaron estos dos, en una de las ferias de alimentación que yo acompañé a mi cuñado a Nápoles, y que me valió un cabreo con mi marido, pero al menos pude visitar algo de esta bonita ciudad. Las juergas que se corrían mi sobrino con Enzo y con Piero, eran dignas de novela erótica. En una de esas cenas en las que tuve que compartir mesa con ellos, algo escuché así de refilón, de cómo hablaban de la tía que habían compartido la noche anterior. Yo me hice la tonta como que no había escuchado nada, pero la conversación era de lo más jugosa, después me enteré de cierto club, el cual frecuentaban y allí practicaban todo tipo de juegos, pero juegos de cama, no tipo casino, ni nada por el estilo. Y eso quién me lo aclaró, pues mi cuñado

Andrés. Él aún no estaba con Laura y yo lo animé a que no fuese tonto y él aprovechase la oportunidad de ir y pasárselo bien. Un hombre apuesto como es él y la novedad, me imagino que le lloverían candidatas, aunque no creo que a Óscar le gustase mucho encontrarse allí dentro con su padre.

Aunque solo fui a esta convención en una ocasión, sí he visto a Enzo Romano muchas otras veces y sé el tipo de hombre que es. Un señor poderoso, al que seguro que nunca le falta una mujer bonita en su cama, o más de una.

Últimamente nos visita más a menudo, porque según Sara está haciendo negocios en Santiago. Siempre es un regalo para la vista verlo aparecer por la puerta de la oficina y que nos invite a un café mientras me deleito con sus bonitos ojos y esa voz hablando español e incluso gallego por los orígenes de su madre, con un acento italiano que hipnotiza.

Icía ha terminado los exámenes, no ha vuelto a hablar de Mateo y casi lo prefiero así. Yo sé que ella ha cumplido una vez más y las notas que le han dado hasta el momento, son bastante buenas y me dejan a una chiquilla muy inteligente, que cuando quiere, es capaz de hacer todo lo que se proponga. No podía estar más contenta y orgullosa de ella.

El tema del hackeo que hicieron los alumnos, con los ordenadores de los profesores, ha dado para ser el tema central de todas las conversaciones. Mi hija ha contado que se sentía desconcertada con ellos, pues a la hora de los exámenes alguno los han tratado como si fuesen criminales y todos hubiesen obrado de la misma forma, cuando han sido solo un puñado de niños mayores que se enfrentan a un delito muy grave, del cual no son plenamente conscientes, pero por el que tendrán que pagar, porque han invadido la privacidad de sus profesores, robado información, se han saltado a la torera la Ley de Protección de datos, que es algo muy importante y a tener en cuenta.

Como al parecer los astros se han alineado para que todo me salga mal, y eso de que no hay dos sin tres, debe de ser cierto, vamos a por el segundo asalto y a estas alturas de mi vida, ya podía imaginarme que una llamada de Mateo no podía traer nada bueno.

—Hola —respondo al teléfono casi con miedo.

—¿En dónde está tu hija? —me pregunta en un tono acusador.

—En primer lugar, no creo que sea de tu incumbencia en dónde está mi hija.  
—replico enfadada.

—Dado lo que ha hecho, sí lo es— con lo que acaba de decir me ha puesto en alerta y el pánico se apodera de mí.

—Mi hija se ha ido a dormir ayer a casa de su amiga Sabela, como

terminaron los exámenes y su madre se levanta muy temprano, iban todas a hacer una fiesta de pijamas en el piso de su abuela que vive abajo.

—Genial, te ha vendido bien la moto. Está en Ourense y se ha dedicado a visitar a toda mi familia, a mi padre, la abuela y mi madre. Lo has hecho de puta madre, si querías que todos se enterasen, no pudiste planearlo mejor y enviar a mejor emisaria —me grita dejándome estupefacta.

—Qué demonios estás diciendo, eso no es verdad, ¿cómo iba a ir ella a Ourense? —protesto aterrada.

—Estupendo, una niña de trece años, sola a saber en dónde. Sin duda eres una madre ejemplar, tu hija se ha ido a casi doscientos kilómetros de su casa, sin avisar y tú tan tranquila.

—Vete a la mierda sabes, no te creo.

—El otro día comentaba con sus amigas que estaba muy ilusionada, que en nada cumpliría los catorce y al fin su madre le diría quien es su padre —me escupe muy enfadado.

—Pues yo no se lo he dicho, ni iba a hacerlo, aun los cumple el día de San Juan. Y jamás he pensado en desvelar el nombre del implicado— y cuelgo el teléfono.

En serio será verdad lo que me acaba de contar, he empezado a temblar y lo primero que hago es llamarla, el teléfono está apagado o fuera de cobertura. Son casi las ocho de la noche, no ha dado señales de vida en todo el día, que yo tampoco le he preguntado en dónde estaba, pues tenían pensado ir a la playa durante la jornada, para celebrar que todo había terminado.

Estos días la he notado muy rara, pero apenas hemos hablado, solo lo necesario. En el hipotético caso de que lo que dice Mateo sea verdad, ¿cómo se ha enterado ella de nada? vaya en la que estamos metidas. Ahora lo único que me preocupa es en dónde está ella y si se encuentra bien, con todas las cosas que pasan.

Insisto en llamarla, y el mismo resultado. Más aterrada todavía, no sé qué hacer o a quién llamar, a su amiga Sabela. Nada, la misma respuesta, apagado o fuera de cobertura. A Andrés o a Óscar. A este último.

—Tranquila, la niña está bien, me ha llamado Mateo.

—Y tú cómo sabes que está bien, si no me contesta al teléfono. —le grito presa del pánico.

—¿En dónde estás? —pregunta mi sobrino.

—En casa, en dónde crees que voy a estar.

—Te recojo en diez minutos y vamos a la estación del tren.

—Tren, qué tren, no me asustes más.

—No he querido llamarte hasta ahora para no preocuparte. Icía me mandó un mensaje a media tarde, contándome que se había ido a Ourense y ya regresaba, pero que se estaba quedando sin batería. Que no te lo dijese a no ser que preguntases, para no alarmarte, ya contaría cosas a su regreso.

—Pero será posible, si es una niña.

—Si tú no quieres ir a buscarla a la estación lo haré yo. Mando a Sara a que vaya a hacerte compañía.

—Una mierda Óscar, yo voy y la mato. O no, porque lo que quiero es verla y saber que está bien —y esto último lo digo casi llorando.

—Mateo se ha ofrecido a venir —me cuenta con miedo.

—Olvídate, no quiero ver a ese cretino ni en pintura, que se vaya al infierno.

—Como tú quieras. Paso a recogerte.

Me visto tan rápido, que no sé ni cómo, en un abrir y cerrar de ojos estoy en el portal de mi casa esperando a mi sobrino, que aunque aparece pronto, a mí se me hace una eternidad.

—Cálmate, ella sabe defenderse, en nada verás que está bien.

—Qué me calme, con todas las cosas que pasan, dime quién demonios le ha dicho a ella que Mateo es su padre y se ha ido a Ourense a hacer qué. —pregunto sorbiendo los mocos de tanto llorar.

—No tengo ni idea, yo no he sido y él no creo que lo haya hecho tampoco, porque yo pienso que estaba tan asustado como tú, cuando me ha llamado.

—Fijo, no va a estarlo, como él la ha parido y la ha criado. Si es una desconocida en su vida, no te imagines cosas que no son.

—Vamos a ver, aparte es su alumna y le tendrá algo de cariño. Me ha dicho que lo mantenga informado. —comenta mientras conduce atentamente.

—Pues ya te digo yo, que ni se te ocurra, que se quede con las ganas de saber. En nada vendrá diciendo que me va a denunciar a Asuntos Sociales por ser una madre irresponsable. Que se vaya a la mierda.

—Paula, no puedes reaccionar así, debes darle tiempo, tú reconoce que no has obrado bien ocultándoselo.

—No lo defiendas. Yo he sido la que ha pasado su vida cuidando de una niña, sola, para que ahora le hagan cualquier cosa. Ella por ahí viajando, sin conocer y sin nadie a su lado. —protesto braceando.

—No es el momento de tratar ciertos temas. La niña está bien, tranquilízate y no te martirices más.

Acabamos de aparcar el coche al lado de la estación, que no sé muy bien que hacemos aquí, porque a saber en qué tren viene, pero Oscar me calma diciéndome que en diez minutos llega uno de Santiago y vendrá en ese. Oh Dios, que ha cogido Villagarcía, Santiago y Ourense, ella sola por la estación, y como la han dejado viajar sin acompañante siendo menor, y sin avisar a sus padres.

—Lo has sabido a tiempo —me dice Óscar con cariño abrazándome— y deja de llorar o vas a quedarte seca. Todo va a salir bien.

Eso de que todo va a salir bien, reconforta un montón. Que alguien que te quiere te lo diga y te demuestre lo mucho que te aprecia.

Sus fuertes brazos rodeándome los hombros, son los que hacen que me sienta querida y protegida. Porque nosotros siempre hemos sido como hermanos. Por el rabillo del ojo creo ver a alguien que sé que conozco, pero también quizás me equivoque y esté alucinando. Lleva un jersey de capucha que le tapa la cara, pero juraría que es Mateo, solo que cuando vuelvo a mirar ya no está.

Un tren acaba de llegar y cuando veo que Icíá es la primera en bajarse de él, siento una alegría inmensa, y como si me hubiesen sacado veinte kilos de los hombros. Me separo de Óscar y la recibo a ella con los brazos abiertos.

—¿Estás bien? —le pregunto con miedo.

—Estoy bien mamá. Depende cómo lo mires. Cuando quieras puedes ponerme el castigo, que esta vez me imagino que será de por vida. Gracias Óscar. —deja de abrazarme a mí, y se refugia en sus brazos. Mirando a su alrededor por si hay alguien más, pero no.

—Venga peque, habláis en casa y lo arregláis todo. Ha sido la aventura de una chiquilla curiosa con ganas de investigar. Ya está, tu madre se ha asustado solo una hora, yo he retrasado el máximo de tiempo tu recado —la reconforta besándola en el pelo.

—Sí, pero alguien ha llamado antes— comento un poco cabreada.

—¿Quién? —Mi hija me mira expectante— oh no, casi no me han dejado salir de su casa. Lo siento.

Nos subimos al coche de Oscar, antes he visto que él tecleaba a alguien en el teléfono. Hacemos el trayecto a casa en silencio. Yo no podía estar más agradecida de que me haya acompañado a recogerla, y se lo demuestro una vez más con el abrazo que le doy antes de bajarnos.

—Por favor, hablad y aclarad las cosas, y no seas muy severa con el castigo, que te conozco. —me advierte mi sobrino.

—Gracias por todo.

Subimos las escaleras en silencio, pero nada más entrar por la puerta, es mi hija la que empieza la conversación. No me ha dado tiempo a preguntar nada. Como siempre, tan madura. Ella va a la cocina, se prepara un bocadillo enorme, yo la miro en silencio, coge una coca cola y nos sentamos en el sofá, mientras ella empieza a devorar lo que tiene entre manos.

—Descubrí vuestras cartas —me dice como si nada.

—Cartas, ¿qué cartas?— pregunto sin saber de qué habla.

—Las que guardabas con una goma en el fondo de tu cómoda.

—Oh no, ni yo sé lo que pone alguna de ella —me tapo los ojos con los dedos.

—Pues ya las he leído yo. No necesitas hacerlo tú. Son muy bonitas, ponen cosas preciosas. —Dice con una sonrisa— Él te quería, lo dejaste hecho una mierda y tú desapareciste. He comprobado las fechas, su nombre y apellido. He visto que era su letra. Esa con la que garabatea todas las correcciones en los exámenes. He preguntado cosas disimuladamente a la abuela y he atado cabos, junto con las conversaciones que he espiado de tu teléfono.

—¿Qué? Yo no he cotilleado tu móvil en la vida. Lo que hablas con tus amigas o con el niño ese que te gusta —le grito enfadada.

—Bueno, porque no sabes la contraseña, pero yo al segundo intento he descubierto al tuya, que no te has esforzado nada cuando la creaste. Has puesto algo tuyo y algo mío. Tu teléfono nunca ha tenido ningún pin ni nada, y que de pronto lo tuviese, me pareció sospechoso. Sabía que estabais liados —me dice con una cara entre alegre y triste.

—Tú lo has dicho, estábamos. En pasado.

—Ni falta que hace. Su familia me ha defraudado.

—Pero bueno, ¿se puede saber qué demonios has ido a hacer tú a Ourense? —pregunto con miedo.

—Pues más o menos, a hacer justicia, como se suele decir. Cuando descubrí el motivo por el que estaba medio enfadado conmigo, y es que el día de la alergia, él debió darse cuenta de todo y no le gustó el resultado, porque desde ese momento todo cambió entre nosotros. Pues yo decidí tomar el asunto por mi cuenta.

—Dios mío, ¡qué has hecho!

—Lo que creí oportuno, pero no me gusta su familia. Son ricos mamá, no me extraña que él pueda tener ese nivel de vida. La casa, el coche, la moto. Todo.

—Ya lo sé, hace tiempo que no los veo, pero eran gente de poder y dinero, no es ninguna novedad.

—El viejo es el alcalde del sitio ese en dónde he estado, que es un pueblo grande, vaya casaza tiene, porque he preguntado y he ido a verla en taxi.

—¡Pero, te has vuelto loca!

—No, pedí cita para hablar con el alcalde y se lo he contado, no me creyó, pero no me importa, ahora se quedará con la duda y al menos ha llamado al imbécil de su hijo para decírselo. Me pareció una persona demasiado seria, altanera y prepotente. En ningún momento se inmutó, no sé ni si me ha visto. Su madre, que es la bibliotecaria, sí me trató con cariño y al contarle quienes eran mis abuelos se le iluminó la mirada. Me ha pedido mi teléfono y si podía tener contacto conmigo. También se ha interesado por tía Ana, que había pasado con ella, porque sabía que estaba enferma, y si podía enseñarle una foto tuya y ha sonreído al verte. Y ha dicho que sigues siendo igual de guapa. De hecho ahora que acabo de encender el teléfono tengo un mensaje suyo preguntándome si he llegado bien a casa.

—¡La que has liado!

—Mamá he hecho lo que yo creía oportuno, por eso no te dije nada de mis intenciones, sabía que tú intentarías sacármelo de la cabeza.

—Pero eres una terca.

—Eso mismo, he hecho a mi manera. Y bueno, también fui a ver a la vieja.

—Vieja, ¿qué vieja? —pregunto asustada.

—A doña Maruja, cuando investigué al alcalde, algo leí en un artículo del periódico, que es una mujer muy poderosa. Y vaya si no, que tienen un Pazo, vi las fotos y está que te cagas, vaya con Mateo.

—Mierda, olvídате de esa familia. —lo digo y casi me arrepiento.

—Lo sé mamá, ya lo he hecho., La vieja que parece una bruja de esas con una verruga en la nariz, me ha dejado bien claro que Mateo ha sido gay toda la vida —comenta con pena.

—Eso fijísimo, incluido cuando me puso los cuernos con mi mejor amiga —levanto los brazos con incredulidad.

—Qué, el muy cabrón te puso los cuernos.

—Cariño, por eso lo dejé. Me enteré de que estaba embarazada y más de que él me puso los cuernos, casi el mismo día, y no quise saber nada de él, ni contarle tampoco que iba a ser padre.

—Hiciste lo correcto.

—Creo que sí.

—Y tú sola, lo dejaste todo en dónde habías vivido toda la vida, tus amigos, compañeros de cole y familia y te viniste a Villagarcía— Me pregunta estupefacta.

—Pues sí, yo lo dejé todo atrás y me vine aquí, por ti, preferí poner tierra de por medio, sabía que aquí él no me encontraría y nunca sabría nada de tu existencia —la miro con una sonrisa para que se sienta segura y no culpable.

—Qué valiente. La abuela no quiso hablar mucho, porque ella no sabe que Mateo es Mateo, me contó lo imprescindible. ¿Y cómo os reconocisteis? Porque él vaya pintiñas por lo poco que vi en la biblioteca, que doña Elena tiene fotos de sus dos hijos, y una de Mateo cuando era adolescente, también de su nieto Xoel, ahora que lo pienso somos primos y no lo sabemos. Mejor dicho, no somos nada. —comenta mirando al infinito.

—Cuando fui a la tele, al programa de citas, ahí el vio mi nombre y apellidos y lo tuvo claro. Vino en mi búsqueda a pedirme cuentas de por qué yo me había ido, y yo se lo aclaré. Él no sabía nada de que la cabrona de Miriam me había contado que se había liado con él. Y según su versión, ella lo engañó y le echó algo en la bebida. Ahora entiendes mis advertencias de cuando salís, que nunca dejes de vista el vaso —le cuento todo en un arrebato de sinceridad.

—Qué bueno, o no, que mal lo has pasado hace años sabiendo que él te había engañado —comenta con una sonrisa tímida.

—Eso no importa, tú siempre fuiste lo más importante. Lo siento, que te hayas enterado de esta forma, nunca había pensado en esta situación, que fuese así.

—¿Cómo me lo habrías dicho? Porque en algún momento me imagino que tendrías que hacerlo, sabes que yo al cumplir los catorce iba a insistir, y que no tiro la toalla con tanta facilidad.

—No lo sé, no estaba preparada para esto, en la vida no estaba preparada para muchas otras cosas, pero han pasado y estoy feliz de que tú formes parte de todas ellas. Seguiremos siendo las únicas.

—Por supuesto, no necesitamos un padre. He tenido a Alberto y también me ha defraudado, con su comportamiento de los últimos meses, ni siquiera puedo ver a Iker tanto como me gustaría. Casi prefiero que estemos juntas solo las dos. Tú eres genial y encontrarás a un hombre como te mereces.

—Gracias, saber lo que piensas me saca un peso de encima. Me daba miedo tu reacción, pero veo que eres una chica madura —le susurro abrazándola.

—Es que pensar que de nuevo lo vuestro funcionaba, los mensajes eran de amor, y ver que lo habéis dejado por mi culpa, no me hace muy feliz, saber que de nuevo sufres por mí.

—Por Dios cariño, no quiero que pienses eso. No estaba enamorada de Mateo, esto ha sido una simple aventura, que ha surgido después de reencontrarnos, yo sabía que no funcionaría. No quiero criticarlo, pero él es un poco inmaduro.

—De eso me he dado cuenta. Sobreviviremos. Tú sabías que él en el momento que supiese quién soy, se iba a marchar corriendo, lógico que te callases.

—Exacto, veo que tú sola has sacado conclusiones.

—No es muy difícil de entender conociéndolo un poco.

—Vale, pues ahora, antes de que te ponga el castigo por lo que has hecho, porque ¿cómo te las has apañado para llegar tú sola hasta Ourense y con qué dinero?

—El dinero lo siento, lo cogí del bote de los tacos, pero prometo reponerlo, como me imagino que el castigo va a ser largo, podré ahorrar de no ir a comer los bocadillos al Batel, cine, ropa, etc. Seguiré ayudando a María José como pinche de cocina y en nada lo habré puesto todo. Y como he llegado, pues cuando terminamos la fiesta de pijamas en casa de Sabela, ellas estaban tan chochas de sueño que ni se enteraron de que yo me largaba, y me fui a la estación, que queda cerca de su casa. Por la mañana les dije que me había ido a mi casa y no han preguntado más. No le conté esas cosas a nadie, que vergüenza que sepan que el profe de matemáticas es mi padre, no quiero decírselo a nadie. A poder ser que todo siga como hasta ahora.

—Te entiendo a la perfección. Yo he guardado el secreto durante trece años, solo lo sabían Ana y Andrés, aunque últimamente se han enterado Óscar, Sara y Hugo, pero creo que son gente de confianza.

—Jaja, Hugo me pidió permiso para cortejarte, de nuevo. Este no quiere dejar pasar la oportunidad.

—Lo que me faltaba. —protesto entornando los ojos.

—Ah y no he terminado de contarte, no ha sido tan difícil llegar a Ourense, había mirado el horario de trenes. He terminado con la batería del teléfono, por culpa del Google Maps para que me llevase a mi destino. No me gustó el sitio, me pareció deprimente, y la gente del Concello tampoco mucho, me trataron como a una cría ignorante, pero eso es lo de menos. ¿Podemos acostarnos?

—Claro, estarás muerta de sueño, toda la noche sin dormir. Descansa, y no te preocupes, que esa gente no te ha creído, por suerte y en dos días se habrá olvidado de ti. —le digo para reconfortarla.

—Eso ya lo sé y es mejor así.

Estoy agotada, la situación que hemos vivido hoy, me ha superado, pensar que podía pasarle algo a mi hija, me hace morir. Y el imbécil de Mateo creer que yo la había enviado a visitar a su familia. A estas altura de la vida y con todo lo que hemos estado juntos, pues sigue sin conocerme y eso me causa más daño todavía. Esto ha sido la travesura de una adolescente intentando descubrir cosas. Al menos esas personas no han querido saber nada de ella, aunque me desconcierta que hayan llamado a Mateo para contárselo, pero tampoco sé quién lo ha hecho, si ha sido su padre o su madre. Al menos Elena ha mostrado interés, por Icía y por nosotros. Ella sabía de lo nuestro, yo nunca quería ir a la biblioteca con mis amigas porque me moría de vergüenza saber que ella estaba allí, y más después de que nos pillase medio desnudos en el salón de su casa, dándonos el lote en el sofá. Y claro que conocía a mi madre, habían estado juntas de profesoras en el mismo colegio antes de que a ella le diesen el puesto de bibliotecaria. De eso casi ni me acordaba. De ahí que le preguntase a mi hija por mi hermana Ana, supongo que mi madre le contaría a mucha gente que se venían a Villagarcía a cuidar de su hija enferma.

Por otro lado me siento rara, ahora que mi hija ha descubierto la identidad de su padre, imagino que las cosas volverán a su cauce. Mateo intentará poner distancia entre todos, no lo culpo y será lo mejor. Esta vez no me ha dado bajón con las palabras de mi abuela, las de “Vaste quedar pa Vestir Santos”. Visto lo visto, sin duda será lo mejor que me pase en la vida, a partir de hoy dejaré de torturarme y seguiré pensando única y exclusivamente en seguir sacando adelante a mi hija. Esa serie que estamos viendo las dos en la televisión, en la que aparece una madre soltera como yo con una hija de la misma edad, y su forma de pensar y ver la vida, me ha abierto los ojos en muchos aspectos, esta se dedica a acostarse con hombres casados, y solteros. Pero su filosofía de no casarse con nadie y vivir la vida lo mejor posible, me está gustando.

Lo de que mi hija sea una adolescente, que yo creía hace unos días que era un gran problema, ya no lo pienso. Está en esa edad de la tontería, los granos en la cara, el que le guste cada día un chico, conteste a veces como no debe, o me engañe con cosas de la escuela. Pero hoy me ha demostrado que a pesar de su edad es una chica responsable y madura, sin pensar que se haya largado

sola a Ourense, por que otras niñas de su edad, no saben ir al súper a por una barra de pan.

Hemos marcado las vacaciones en la fábrica, yo al no tener que coincidir con mi pareja, marido, me da igual la fecha, con tal de estar con mi hija no me importa el mes, tenemos todo el verano. Por lo tanto quince días en julio para ir a la playa y otros quince en septiembre por si doy ahorrado unos eurillos para hacer un mini viaje, que siempre es más barato, pero bueno, sin agobiarme con las fechas. Hoy mi hija iba a buscar las notas, y la que me ha llamado indignada es mi madre, y yo me he quedado tan perpleja como ella con lo que la niña ha solicitado.

—Pero es que se ha vuelto loca o que. Que ha pedido revisión del examen de matemáticas, y no sé por qué. Si tiene un nueve en la evaluación. —protesta mi madre al otro lado de la línea telefónica.

—Mamá no he hablado con ella y no sé lo que ha hecho ni por qué, no estará conforme con la nota.

—Cómo no va a estar conforme con la nota, es una nota justa, yo sé lo preparada que está y no se merece más, después de haber suspendido la evaluación pasada. Mañana voy con ella a revisarlo y con el jefe de departamento, no con quien se lo hizo.

—Bueno, qué quieres que te diga.

—Tendré que hablar con Mateo a ver qué ha pasado— comenta ella como si nada.

—Tú misma —me deja descolocada cuando menciona su nombre.

—Cuando salgas vienes conmigo a comprarle el móvil, en dos días es su cumpleaños, y ¿cómo es que no ha hablado nada de que lo va a celebrar? —me deja más estupefacta todavía.

—Hemos estado tan liadas que ni lo hemos comentado.

—Pues avísame, que yo no sé qué comprarle. O que venga ella.

—Vale mamá, lo hablamos y te digo algo. Un beso.

Todo esto me ha dejado un poco anonadada, en algunas cosas, no había ni pensado.

Mi hija acaba de llegar a casa para comer, la puerta se ha cerrado dulcemente, eso ya es un buen presagio.

—Toma, las notas. —me tiende la hoja, que empiezo a mirar con calma, sin alterarme, lo que veo me hace muy feliz.

—Geniales, son muy buenas, y a que se debe esa reclamación del examen de matemáticas del que habla tu abuela.

—Pues nada, he pedido revisión porque no quiero que nadie me regale nada por ser quien soy. No voy a decirle eso a la abuela.

—Ella iba a hablar con Mateo —le comento devolviéndole el folio.

—Que vaya, y él se quedará con las ganas de saber por qué lo hago. No está acostumbrado a que una niña de trece años no esté conforme con su nota y pida una revisión, a mí no va a preguntarme nada, de hecho me escapa por los pasillos. Lo revisa otro profesor y me quedaré más conforme. —me cuenta sentándose en una silla, para comer.

—Qué rara eres hija, todos piden revisión porque creen que tienen poca nota y tú lo haces porque crees que tienes mucha. —le digo poniendo la ensaladilla en la mesa.

—Ya ves, pretendo ser justa, no quiero que Mateo me regale nada, y como no sé lo que va a hacer, quiero descubrirlo —me cuenta sirviéndose y mirando al infinito.

—Me parece estupendo. No has dicho nada de tu cumpleaños.

—Ya lo sé. ¿Y qué? —me mira de forma interrogativa.

—Que siempre has planificado una macro fiesta en la que había que hacer recortes y esta vez no has dicho nada —confieso temerosa.

—Pues porque no hay nada que decir, ni nada que celebrar —habla apartando los guisantes de la ensaladilla como hace de costumbre.

—Vale.

Su contestación ha hecho que se me caiga el alma a los pies. Lo que hace un mes era el evento del año, con una lista de invitados de casi quince amigos, por lo que yo ya empezaba a hacer números para poder pagarlo. Se ha convertido en algo que ha quedado cancelado, como los grandes eventos que se programan y preparan con tanto mimo. Mi hija está tan desconcertada con su padre que ni siquiera quiere celebrar su cumpleaños, y yo no puedo, ni quiero presionarla a que haga nada. Ella decidirá, nos comeremos una tarta entre las dos. Qué mal lo he hecho, para que mi hija esté sufriendo.

Por la tarde se lo he comentado a Sara, y ella nos ha invitado a pasar la noche de San Juan con ellos en su casa, pero como tengo miedo de que también esté Mateo, lo he rechazado de cuajo. Quien de nuevo me ha dado pena es Icíá, que ha dado por supuesto que está castigada y ya ha dicho que no le importa no poder ir con sus amigos a celebrarlo en la playa. Y una vez más no sé si ser una mala madre y dejarla que vaya, sé que ha estado muy mal lo que ha hecho, o no. De nuevo estoy tan confusa y me siento con que no sé si estoy obrando bien, o no. Es el problema de que tú solo, tengas que tomar una

decisión que concierne a tus hijos cuando debería ser cosa de dos. Pero bueno, si se mira por el lado bueno, no discutes con nadie, solo con tu enrevesado cerebro.

Ella me ha llamado al salir de la revisión del examen, la nota era justa, le faltaban dos décimas que le había puesto de menos, y ha recibido la bronca de mi madre por protestar por lo que no debía y se ha quedado con algo más de nota. Pero como ella ha dicho, lo ha hecho dignamente. Sabía que el cabrón de Mateo no le iba a regalar nada, “Putá rata de alcantarilla” Ese es el mote que ha añadido a su medio enfado.

Somos al revés de toda la gente, en la noche de San Juan nos hemos quedado las dos en casa, yo la habría dejado ir con sus amigas, solo con que hubiese abierto la boca, pero no. Hemos empezado a ver una serie y nos hemos empapado con tres capítulos, solo nos hemos acercado a la ventana de casa y hemos comprobado que la gente está de fiesta porque huele a quemado y a sardinas asadas, hemos visto fuegos artificiales y nos hemos conformado con hacernos compañía mutua.

Y hoy vuelvo a lo de que no hay dos sin tres y de que los planetas siguen alineados en mi contra, pues vamos a ello porque una vez más no tiene desperdicio mi vida de mierda. Cuando uno está abocado a ir de culo, no hay remedio.

Mi sobrino Oscar ha tenido que salir de viaje, por lo tanto Sara está sola en casa y nos ha invitado a ir a comer con ella. Ha dicho que haría una mini tarta para mi hija, más que nada para que soplase una vela. Hemos tenido que inventar cincuenta disculpas con mis padres que querían celebrarlo también, pero ella se ha encargado de eso. De manipularlos a todos y darles largas.

Las dos han preparado una lasaña que está exquisita, es el plato favorito de las tres y nos hemos puesto hasta las cejas, sin miramientos, que a mí ya me importa bien poco engordar. Creo que últimamente ni me peso. Porque además solo tengo hambre a todas horas.

Mi hija ha soplado una mini tarta de fresas que Sara ha traído para ella, aunque lo ha hecho sin ningún entusiasmo. Y con la tarta, mi sobrina también ha servido el café. Pero de repente algo raro me pasa que siento náuseas y salgo disparada al cuarto de baño, en dónde he dejado mi estómago vacío. A mi regreso las dos me miran con expectación.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Sara con cara de pánico.

—Joba, ha sido oler el café y me han dado unas arcadas que no he podido remediar. —les comento devorando la tarta que me queda y sirviéndome otra

porción—. ¿Qué? —les pregunto porque siguen observándome, la primera está pálida y mi hija sonriente.

—¿Es la primera vez que te pasa? —me mira Sara.

—No sé, hace que no lo tomo.

—Cómo que no lo tomas si el café te encanta.

—Y yo que sé, he dejado de tomarlo inconscientemente —sigo mirándolas.

—Estás embarazada —me dice mi hija, así como si nada.

—Yo también lo digo —asevera mi sobrina.

—Dejaos de decir tonterías —y el pánico se apodera de mí.

—Qué guay si voy a tener un hermano —mi hija salta de su silla con entusiasmo.

Cagada de miedo voy a mi bolso, saco la cartera y busco ese calendario en el que anoto cada vez que me viene la regla. Como a la antigua usanza, yo pongo un redondel en el día correspondiente del mes que le toca. Mi hija se pone detrás de mí y lo tiene claro.

—El mes pasado no lo tienes marcado. —señala con el dedo el lugar vacío.

—No puede ser, ¿cuándo me vino la última vez?

Y sí puede ser, porque casi no recuerdo la última vez que tuve la regla. Entonces veo que Sara corre a hacer lo mismo que yo, y a pesar de que casi ni la veo, ella cree que tampoco le ha venido.

—Joder, el otro día no fui capaz de comerme las lentejas, con lo que me gustan. —comenta asustada.

—Tengo que hacerme un test de embarazo, no puedo estar con esta incertidumbre. —les grito muerta de miedo.

Yo creo que cuando le di el billete a Sara, para que pagase el mío en la farmacia, mi mano no podía temblar más. Como ella es la más tranquila, es la que ha ido a por el encargo, mi hija la ha acompañado con una enorme sonrisa en la cara, y yo me he quedado esperando y rezando como hacía tiempo que no había hecho.

En menos que canta un gallo están de regreso, cada una se va a un baño con su cacharrito, mi hija se ha sentado a mi lado, igual que si fuese mi pareja, y me mira con una sonrisa que me desarma. Transcurrido el tiempo, es ella la que mira el resultado porque yo no soy capaz y dando un salto de alegría.

—Positivo, voy a tener un hermano de verdad —grita con entusiasmo.

—Oh no —me echo a llorar como una loca.

—Mamá este niño lo vamos a tener tú y yo —me dice abrazándome muy

fuerte, ni la escucho.

—Claro y también nos vamos a morir de hambre, en este caso los tres.

—Yo no sé si estoy alegre o triste, positivo también —dice mirando su cacharro sin hacer nada.

—Tú que problema tienes, si a tu lado está el mejor hombre del mundo, díselo y hazlo feliz. Y a su abuelo —le comento sorbiendo los mocos.

—También tienes razón. Tú verás cómo todo lo tuyo se arregla, tendrás que decírselo a Mateo.

—Claro, marchó corriendo ahora mismo. Te has vuelto loca o qué, esto no lo sabrá nunca.

—Qué bien, al fin tengo algo que festejar el día de mi catorce cumpleaños, de no tener nada que celebrar, sí lo tengo, y es el día más feliz de mi vida hasta ahora.

Si mi existencia era complicada, a partir de este momento ya no tiene nombre. ¡Pero se puede tener más mala suerte! Durante más de diez años he intentado quedarme embarazada con mi entonces marido y no lo consigo, y en poco más de dos meses me quedo con el padre de mi hija. Ya sabéis la tontería esa de Tropecé dos veces con la misma piedra”, que hace falta ser no sé cómo calificarlo, porque siempre hemos tomado precauciones, pero también las habíamos tomado con Icía, y pasó. De repente me recuerdo del día del gimnasio y de ahí quizás venga mi actual problema. Puf, que esto no es algo que se pueda ocultar.

Sara ha tenido la gran suerte de que se lo ha dicho a Óscar y esta se ha largado de ese viaje que tenía previsto, le dio plantón a un cliente y ha venido a acompañarla. Y a pesar de que los quiero a los dos con todo mi amor, me he muerto de envidia. Yo me he conformado con acurrucarme en el sofá con mi hija, a ver otro capítulo de esa serie a la que nos hemos enganchado y yo no me he enterado de nada, eso por lo bien que me encuentro claro, pero me he zampado un helado de medio kilo. Esto pinta muy jodido.

Como yo no he mencionado ningún tipo de castigo, mi hija me ha pedido algún día para ir a la playa con sus amigas, después se han liado con comer un bocadillo y uno de estos días, he comprobado como su amigo Artai la acompañaba a casa, y que he hecho, pues nada, porque ahora no paro de pensar en cómo vamos a vivir con un bebé. Sé que mi madre va a ayudarme a cuidarlo, pero esta vez no va a quedarse como si nada con el padre de la criatura, y con razón. Que ahora no soy una cría adolescente, soy una mujer madura, y me he quedado embarazada de nuevo, sin contar.

## CAPÍTULO 19

Icía se ha enterado de que Mateo está en Japón, pues será uno de esos viajes que planificaba con tanta ilusión, que lejos no. Un hombre acostumbrado a viajar, ya ha estado en Canadá, unos meses, practicando el inglés, varios países en Europa, entre ellos Ginebra, en dónde ha vivido, y yo que solo he estado en Italia, en ese viaje relámpago por trabajo.

Hace una semana yo también pensaba que con parte de la extra, quizás nos podríamos ir al parque natural de Cabárceno, a ver animales, que a mi hija sé que le encantan, pero vista nuestra actual situación, con suerte nos iremos a Silleda a casa de los abuelos de Sara, su granja es enorme y nos han invitado un montón de veces, y bueno, no hay jirafas, elefantes o hipopótamos pero sí tienen muchas vacas, ovejas y alguna cabra, y mi hija se lleva muy bien con su primo, pues nada, estaremos mismamente en contacto con la naturaleza y con que les ayudemos un poco en la granja, creo que su tío nos dará hospedaje y comida. Cada uno lo disfruta como puede y no precisamente como quiere.

El cabreo de mi hija cuando se ha enterado del paradero de Mateo ha sido monumental, y no porque se haya ido tan lejos, sino porque a ver en dónde ha dejado al pobre perro, porque qué viaje le parece genial, pero a saber en dónde ha dejado a sus animales, y ni corta ni perezosa se ha ido a la perrera como la última vez, que él lo había dejado allí cuando nos fuimos a Asturias, pues no, ha esperado media tarde a que le diesen información y en ese sitio no tienen ningún perro con esas características.

—No me lo puedo creer, es que no he dormido en toda la noche pensando en el animal. Ha sido capaz de dejarlo abandonado en cualquier sitio. — comenta indignada.

—Pero vamos a ver, tú sabes que él chochea con su perro, como lo va a dejar abandonado, si es parte de su familia.

—Ya mamá, de eso también me he dado cuenta. El perro debe de ser la única familia con la que tiene relación, pues él nunca habla de sus padres. Y he llamado a Xoel, que a él se lo ha dejado en alguna ocasión, pero de esta no tiene ni idea. Dudo mucho que se lo haya llevado al alcalde, que también estará de vacaciones en un crucero por el Mar Mediterráneo, como mínimo. Por cierto Elena me ha preguntado por mis notas y también me ha felicitado.

—Por qué no se lo preguntas a Mateo y sales de dudas, o a Óscar que es su amigo y quizás lo sepa.

—Te has vuelto loca o qué, para que se crea que pretendo tener una relación de cordialidad con él. No.

Con suerte, Sara nos ha dicho en dónde está el bicho. Ellos son los encargados de ponerles comida al gato y al camaleón y cambiarle la arena al primero. Por lo tanto un día mi sobrino le ha dicho a ella que lo acompañase a un sitio y los dos han ido a cuidarlos, yo creo que ella ha venido regenera de verlos, me ha contado que ha achuchado al gato a más no poder y Orballo está a cuerpo de rey en un hotel para perros que han abierto cerca de Vigo, lo dejó en ese sitio de paso que fue a coger el avión. Al menos yo la veo que ella regresa un poco más tranquila, ahora sabe que el perro está bien cuidado, aunque no se le olvida que está solo, sin nadie que le dé el cariño que necesita.

—No lo he podido resistir y le he mandado un mensaje, porque estoy enfadada. Le he dicho que yo me hubiese quedado con él sin nada a cambio — me mira triste.

—Ay cariño, ya lo sé, y ¿qué te ha contestado?

—Puf, ha tardado casi un día en responderme un escueto “Gracias”

—Me imagino que será complicado comunicarse desde tan lejos.

Oscar y Sara están tan entusiasmados con la llegada de su bebé, dicen que se casarán después de que nazca, sin prisas. Mi sobrino que no sabe de mi situación, me ha contado con alegría, que ha visto a su bebé como se movía en la barriga de su madre, ella está de dos meses. Me he alegrado de su entusiasmo, ellos son la pareja ideal, y yo ni he pisado la consulta del médico para saber cómo está todo o de cuanto estoy. Mi hija ha insistido en que quiere acompañarme, pero yo aún no me he decidido.

Sabéis eso de que no hay peor ciego que el que no quiere ver, pues ahí estoy yo. Creo que si no voy al médico, no tengo el “problema”, y si lo ignoro, otro tanto de lo mismo. Me paso las noches llorando, empiezo a ser patética, y los días durmiendo en cualquier esquina, parezco una marmota, ahora vivo para comer, dormir y ni siquiera me preocupo por mi hija, si sale, llega tarde o tiene la ropa planchada para ponerse. En serio, el otro día lo he pensado y empieza a ser preocupante. Si Sara no estuviese tan pendiente de su estado se daría cuenta, pero así, paso completamente desapercibida.

Bueno, para martirizarme un poco más, de vez en cuando miro las fotos en Instagram, de esa cuenta falsa que mi hija había creado. No hay más

publicaciones desde el día de la excursión a Santiago, sólo otra, un día en clase, con un Mateo de lo más pensativo, bueno, a mí me vale para seguir torturándome y comprobar lo guapo que es. Esa melena a la que me he aferrado tantas veces, sumergiendo los dedos en medio de sus mechones. Los tatuajes que casi me sé de memoria, ese piercing en su ceja o sus dedos repletos de anillos, con los que me ha tocado y llevado al orgasmo hasta dejarme exhausta en tantas ocasiones. Nada, que al menos no estoy enamorada, y es lo que cuenta, me acuerdo de él, puede que más de lo que debería, pero en nada se me pasará. Quizás cuando no vea mi barriga que irá creciendo día a día y en su lugar haya un bebé rechoncho correteando por nuestro mini piso.

Y para ser más felices todavía, mi madre ha dejado caer como si nada, que el día que habló con Mateo por las notas de Icíá, él le dijo que había pedido otra excedencia, que se iba lejos, a ver si le concedían de nuevo para volver a Australia o Canadá, que seguiría formándose con el inglés. Aunque yo casi me muero cuando escuché esto, le dije que por favor no lo dijese delante de la niña, pues ella le tiene mucho aprecio y va a sufrir, o no, porque la que se ha puesto a llorar como una tonta una vez que mi madre se ha ido, he sido yo. Putas hormonas.

A estas alturas, ya no sé qué más puede salir mal en mi vida, quizás quedarme sin trabajo o tener una enfermedad, porque esto ya es un puñetero desastre. Al menos mi hija está calmada, quizás demasiado calmada sabiendo cómo es ella.

Hoy es sábado, aunque últimamente para mí todos los días son iguales, como quizás no salga de casa en todo el día, ni me ducho, me estoy convirtiendo en una puerca, pero qué más da. Estoy con mis leggins viejos y una camiseta ancha, lo ideal para estar en casa y parecer una indigente. Icíá lleva unos pantalones cortos, y el bikini por debajo, pues se va a la playa con sus amigas. Lllaman al timbre y nos miramos porque no esperamos a nadie. Yo acabo de sentarme en el sofá y ella es quien va a abrir.

—Mamá, alguien ha venido a visitarnos, es que no sé si dejarlos pasar —escucho que grita desde la puerta.

—Qué dices —me levanto de mala gana y voy a ver qué pasa.

—Perdón por venir sin avisar, pero si lo hacemos, imaginamos que no nos hubieseis recibido.

En el quicio de la puerta están un matrimonio de mediana edad, me suenan un poco, y una señora mayor arrimada al bastón.

—Joder —suelto asustada.

—Mira estaría bien que pudiésemos entrar, que estas escaleras son matadoras —protesta la señora de más edad.

—Perdón, es que si no les conozco, como quiere que los deje entrar en mi casa —me hago un poco la tonta.

—Mamá son los padres y la abuela de Mateo.

—Ya, pero es que él vive lejos de aquí, si es que aún vive en Villagarcía, si no se ha marchado ya a Australia. —digo de forma inconsciente.

—Qué demonios estás diciendo mamá —protesta mi hija.

—Nos gustaría hablar con vosotras —el que abre la boca es el padre.

—Pues no lo sé porque visto como me trataste el día que fui al Ayuntamiento a hablar contigo, ahora a lo mejor soy yo la que no te conozco.

—Vaya con la cría —protesta el señor.

—Perdón, ha sido un lapsus por su parte, mi hija a veces es un poco impulsiva —intento justificarme.

—Tiene a quien salir —comenta su madre con una sonrisa.

—Disculpad, pasad por favor y sentaos en el salón, no es muy grande pero nos acomodaremos —soy yo la que se muestra un poco amable.

Me aparto de la puerta para dejarlos pasar, cojo a mi hija por un brazo y le hago indicaciones de que como se pase, le corto el cuello, y ella me responde con una sonrisa burlona.

—¿Queréis un café, té, un refresco o un vaso de agua? —les pregunta la educada de mi hija a la vez que les da indicaciones para sentarse —no es que seamos ricas, pero de eso aún tenemos.

—Lo que tú prefieras, estás en tu casa, con agua es suficiente. Ya hemos venido ayer por la noche y nos hemos hospedado en un hotel del pueblo —comenta el padre.

—¿Entonces la casa de tu hijo? —pregunta Icia un poco enfadada.

—Él no sabe que estamos aquí. —es la madre la que habla mirando al suelo.

—Casi mejor así, o tendría que ir a por él no sé si Emerxencias o Asistencia en carretera por si le da un ataque de ansiedad —se burla mi hija.

—Perdón voy a preparar un café —les digo huyendo a la cocina.

Y así de repente he olvidado mi aberración a esta bebida, pero después de echar el agua y el café en la cafetera, tan pronto empieza a bajar a la jarra y siento el olor, mis náuseas aparecen una vez más, e inconscientemente, salgo disparada al cuarto de baño ante la atenta mirada de los tres y una sonrisita de mi hija. Y todo para fuera, esa es mi salvación o con todo lo que devoro, no

entraría por la puerta de casa. Cuando regreso al salón, mi hija ya les ha servido a cada uno una humeante taza de café y ha sacado unas galletas, que me imagino tenía escondidas o yo ya me las habría devorado.

—Paula, cariño, ¿te encuentras bien? Estás muy pálida. —me abraza Elena y me mira con preocupación.

—Algo me ha sentado mal, he estado fatal toda la noche, ahora al menos lo he echado fuera —le comento recogiendo mi pelo en una coleta.

—Mamá, te he preparado un Cola Cao igual que yo, y tómate algo sólido —me da un beso y los tres la miran estupefactos.

—No sé si te acuerdas de mí, yo soy Manolo, el padre de Mateo, quizás nos hayamos visto en alguna ocasión, mi mujer Elena y mi Madre Maruja.

—Soy Doña Maruja— manifiesta la abuela.

—De Roncesvalles, me imagino, que su apellido llevará un De.....con algo, por lo menos. —mi hija protesta con descaro.

—Icía, por favor, deja de decir tonterías.

—No tiene más importancia— comenta Elena con una sonrisa.

—Queremos hacernos las pruebas— anuncia Manolo mirándonos con prepotencia.

—¿Qué pruebas? —pregunta mi hija con arrogancia también.

—Las de ADN, queremos saber que verdaderamente eres nuestra nieta, como has manifestado cuando has venido a vernos. Mateo no ha aclarado nada. —manifiesta él de nuevo.

—No me interesa. Eso fue un malentendido y ese señor no es mi padre, me equivoqué con los datos que tenía y fui a parar a la persona equivocada, así que, habéis venido en vano, al menos pudisteis ver el mar, que en Ourense solo tenéis las Termas y el Miño. —Protesta de nuevo Icía, con una sonrisa un poco triste.

—Eso que dices no es verdad, yo recuerdo que Paula y Mateo eran novios, y las fechas coinciden, tú no habrías venido si no intuyeses o supieses algo certero, que pasa, que el cobarde de mi hijo no se ha manifestado y estás dolida con él —Elena mira a Icía con una sonrisa.

—Que es un cobarde y un poco gilipollas te digo yo que sí, y lo siento porque es tu hijo, pero me ha defraudado en muchos aspectos. Creí que me tenía aprecio como alumna, como compañeros de tocar el violín, hacer surf, pero ni eso, por lo tanto, yo te digo que ha habido una confusión y lo sentimos si habéis venido desde tan lejos para nada. Podréis ir a comer con él, que es un chef estupendo. Si lo avisáis con tiempo, comprará una lubina salvaje a la

madre de Sabela y os sorprenderá. —mi hija los mira fijamente a los tres.

—Tú también tocas el violín, eres la chiquilla del vídeo que mandó hace unos meses, es embriagador escucharos. —comenta su madre con admiración.

—Eso ha sido casualidad, hemos congeniado como pudo haber sido con otro alumno del conservatorio, yo era la única del instituto que toco el violín y nos escogió la profe de música. —mi hija le saca importancia.

—Eso no es verdad, vosotros estáis sincronizados y eso en un dúo es muy difícil, lo habéis demostrado ante una auditorio repleto de gente que os ha aplaudido —se me escapa sin pensar.

—Eso he creído yo. —repite su madre de nuevo.

—Ya os decía yo que Mateo era gay, y eso es lo que peor llevo. Solo tengo un bis nieto y dos bodegas en la Ribeira Sacra, los alquileres de los locales de Ourense y el pazo. Es demasiado para un chiquillo como él que anda siempre con los pantalones rotos, aunque tú con esos que llevas y vas enseñando el culo. —protesta la abuela moviendo la cabeza a los lados con resignación.

—Vamos, que estáis podridos de dinero. Y no enseñe nada, que me voy a la playa— dice mi hija mirándolos como si nada.

—Serías una buena política— comenta Manolo con una sonrisa prepotente.

—Sin duda, pero sabes que pasa, que yo soy anti todo, y menos de tu partido, soy del otro bando, eso seguro que no te mola.

—Militarías en la oposición.

—No me interesa la política, soy más de paz y amor.

—¿Sigues manteniendo tu postura de que no eres hija de Mateo? —pregunta el padre de nuevo.

—Sí, pero pregúntaselo a él a ver qué dice. Y abuela, tranquila que yo te aseguro, que a día de hoy no es gay, ni creo que lo haya sido nunca. Hace unos meses que ha tenido una novia, y se les veía genial, pero como es un rajado, a ella también la ha dejado— manifiesta mi hija un poco cabreada.

—Más tonto no puede ser— su madre me mira, porque las madres siempre tienen un sexto sentido.

—Sin duda no eres avariciosa. —asevera el padre de Mateo.

—Para qué, siempre hemos vivido con lo justo, y hemos sido muy felices, ¿a qué sí mamá?— mi hija me mira con devoción.

—Sí cielo, claro que siempre hemos sido muy felices, las dos solas y así seguiremos.

—No me has convencido, te reclamaremos judicialmente para hacernos esas pruebas. —manifiesta el padre.

—No me importa, no voy a hacerme nada. —protesta mi hija de nuevo.

—Tú misma. Eres la que más pierde —dice la abuela levantándose para irse.

Se disponen a marchar. Nos despedimos con dos besos, por educación, Elena se queda atrás.

—Tranquilas, todo se va a arreglar, el tonto de mi hijo se dará cuenta de cosas y dejará de hacer el imbécil, yo estaré en contacto con vosotras. Me ha alegrado verte Paula, cuídate, que tienes mala cara, saluda a tus padres de mi parte.

—Gracias. —se escapa de mis labios y ellos desaparecen fuera de nuestra casa.

—A vosotras —manifiesta ella de nuevo mirándonos.

—Te has pasado, has sido muy grosera —le digo a mi hija.

—Me da igual, no me interesa esa familia, están podridos de dinero, pues a mí no me importa —mi hija coge las cosas para irse a la playa.

—La que has liado, Mateo va a entrar en pánico cuando vayan a junto de él y se lo cuenten.

—Pues que se joda, se lo tiene merecido. No me importa ese señor, sabes que ha dejado para septiembre a más de media clase, un profesor de lo mejor — escupe indignada.

—Vaya con él, vete y pásalo bien con tus amigos, cuando no haga calor saldré a dar un paseo.

—Si me necesitas, ya sabes. Cuidaros, vale —me da un beso en la barriga, otro a mí y se va.

Vaya situación acabamos de vivir, ella ha manejado el cotarro como le ha dado la gana, como una chiquilla adulta y madura, creo que lo está haciendo a pasos agigantados y a veces me da miedo. De Mateo, no sé nada, si ha vuelto de su viaje por extremo Oriente, o si se ha quedado allí.

Un día más he hecho vida de sofá, es lo que me pide el cuerpo, solo tengo sueño, he cogido un libro para leer, pero me he quedado frita a las dos páginas, en serio, este niño parece hijo de Morfeo.

A media tarde de nuevo ha sonado el timbre, no espero visitas, y tampoco me apetece hablar ni ver a nadie.

—Hola, ¿qué haces tú aquí?— pregunto un poco enfadada.

—Hola a ti, parece que no te alegras de verme— responde con chulería.

—Qué quieres que te diga, Alberto, casi prefiero no opinar. —me cruzo de brazos delante de él.

—Necesito hablar contigo, ¿me dejas pasar?

—Vale, puedes entrar, Icía no está. —le informo, apartando para que entre.

—Es bonita la casa, no estás con nadie —pregunta con miedo.

—No Alberto, no estoy con nadie, no he tenido tanta prisa como tú por rehacer mi vida. Puedes sentarte.

—Yo tampoco estoy ya con nadie. —mira al suelo.

—Y eso, ¿qué ha pasado con tu mujer y tu hijo? —lo observo incrédula.

—El niño no era mío, me han hecho unas pruebas y al parecer he tenido paperas de pequeño y soy estéril. Ella se ha marchado con el verdadero padre, que ha aparecido por arte de magia —cuenta con vergüenza.

—Esa tía no me gustaba, pero te gustó y engatusó a ti y fue suficiente.

—Me engañó, ya viste la que lió su hermana con Icía cuando vino por Semana Santa, y de mí también se ha aprovechado, se ha llevado el poco dinero que tenía —sigue mirando al suelo.

—Y qué quieres que te diga, has enfadado mucho a Icía, que te idolatraba, me has decepcionado a mí, y ahora para nada.

—Lo sé. No creo que me perdone, tengo que hablar con ella. Yo siempre la he querido como si fuese mi hija.

—Eso no lo pongo en duda, pero mandaste todo a la mierda por Jenny o cómo demonios se llamase y para qué, para que ella te engañase.

—Vale, la cagué, lo siento, todos somos humanos y tenemos derecho a equivocarnos, si quieres podemos intentar lo nuestro de nuevo, como si no hubiese pasado nada.

—Pero tú te has vuelto loco o qué, te crees que yo soy gilipollas. Me abandonas por una modelo jovencita, con la que ibas a tener un hijo, ahora ella te da una patada en el culo y pretendes que te abra los brazos y las piernas, olvídate por favor, yo no soy un muñeco.

—Joder, Paula, tú estás sola, tu hija necesita un padre, podemos empezar de nuevo, como si nada.

—Como si nada no, han pasado muchas cosas y de ti ni me acuerdo, no soy la tonta que estaba contigo.

—Ya veo, estás muy guapa, has adelgazado y tienes muy buen color, pareces otra mujer.

—Soy otra mujer —le digo levantándome del sofá, invitándolo a que se largue de una vez y me deje tranquila.

—Si cambias de opinión, yo estaré esperándote, sigo queriéndote.

—No lo dudo, pero yo ya no te quiero, y te aconsejo que te largues antes de

que venga Icia y te encuentre aquí —le abro la puerta.

—Piénsatelo, ¿puedo darte dos besos? —se acerca.

—Puedes darme dos besos, no hay problema. Adiós.

Sale por la puerta y no sé si reírme o echarme a llorar, vaya con la tipeja esta, lo ha engañado con un hijo y se ha llevado su dinero. Esto es el Karma, recuerdo cuando me dejó con una soberbia y prepotencia que me hundió miserablemente, diciéndome que estaba gorda y me había echado a perder, que pronto ha cambiado el cuento.

Es que tampoco me he alegrado de lo que me acaba de contar, para qué, al sentarme en el sofá, se me ha pasado por la cabeza, que si vuelvo con él, mi hijo tendría un padre y no volvería a pasar la vergüenza de ser madre soltera de nuevo. Mientras estuvimos juntos nos quisimos, a su manera, siempre hubo “algo” de amor. Oh Dios, voy a volverme loca, esta situación me supera y me he puesto a llorar como una magdalena, suena el teléfono.

—Sí, hola quien es— contesto sin mirar.

—Qué te pasa, ¿estás llorando? —preguntan al otro lado.

—No, es una película que estaba mirando en la tele —respondo con miedo.

—Creí que estabas mal, el chico del gimnasio me preguntó por ti, que has dicho que no ibas a ir, solo a Pilates y no has aparecido en toda la semana. —pregunta con miedo.

—Mira Mateo estoy genial, no voy porque me he cansado de las clases —respondo un poco enfadada.

—Icía, ¿está bien? Escuché como hablaba con sus amigas que estaba muy mal, que un bicho le comía las entrañas —pregunta de nuevo con cautela.

—Las niñas, cuando tienen unos once o doce años reciben mensualmente la visita de una cosa que se llama regla, período, menstruación y a veces es tan dolorosa, que parece que alguien te come las entrañas, sería eso lo que le pasa.— intento aclararle.

—Perdón, lo siento. Adiós —y cuelga.

Pero bueno, ha tenido la no sé cómo decirlo, de llamarme para ver cómo estamos, no es verdad. Le importamos tres cominos, voy a ignorar la llamada y ni siquiera se lo voy a comentar a mi hija para no disgustarla.

## EPÍLOGO

### *Mateo*

Desde hace unas semanas, mi vida es un auténtico infierno, saber que tengo una hija me ha dejado hecho una mierda, a mí, que odio a los niños, y aunque ella no es pequeña, es un acontecimiento que no entraba en mis planes, ni ahora ni en un futuro.

El alivio que sentí cuando Maeva y yo rompimos y me vine a España, dejando en Ginebra el trabajo de mis sueños en el *Cern*. Entonces me sentí libre, la presión de ella por querer ser madre de forma inmediata, me aterraba. Yo creo que hice lo imposible porque nuestra relación se fuese a la mierda, incluso me convertí en un hijo de puta engañándola con una compañera de trabajo que era amiga de una conocida suya para que así se enterase. Yo buscaba que hubiese bronca de alguna forma. Por eso el día que ella llegó llorando a casa después de enterarse y decirme que no iba a perdonarme, ni siquiera lo intenté, le dije que mejor lo dejábamos y yo me venía a España. Ella acababa de arrepentirse de lo que me había dicho, pero la cosa le salió mal, yo ni le pedí perdón, ni intenté arrastrarme, porque no me interesaba. Y como lo hice, de forma cobarde, en vez de decirle, mira lo nuestro ya no me interesa, no, hice que las cosas se precipitasen ellas solas. Me vine aquí y empecé de nuevo, preparé las oposiciones que había dejado aparcadas para marcharme a Suiza y empecé a dar clase. No de forma inmediata, pero no me preocupaba mucho tampoco, ya que mi hermano es profesor en un colegio privado en Santiago y por ahí también pasé.

De todas formas tenía el respaldo de mi familia que prefería mantenerme en casa aunque no trabajase, a que estuviese en Suiza lejos de ellos. La abuela Maruja ha sido la encargada de malcriarme toda la vida, y aunque tengo los pies en la tierra, con ella nunca me ha faltado de nada, pese a la oposición de mi padre en innumerables ocasiones. Ella me compró el coche, me dio parte del dinero para el ático, etc.

Cuando reconocí a Paula en ese programa de televisión, inconscientemente sentí una alegría inmensa, es como si toda la vida la hubiese buscado. Cuando ella me echó en cara que la hubiese engañado con su mejor amiga, recordé que con Maeva había hecho lo mismo, solo que de forma consciente. Con Paula

había sido ajeno a mí, ella siempre ha sido un ángel en mi vida. Cuando éramos jóvenes la quería como un pardillo enamorado y cuando ella desapareció sin dejar rastro, lo pasé francamente mal. Ahí fue cuando empecé a tontear con el mundillo de las drogas, me pilló en el primer año de universidad, con libertad, en un sitio desconocido e intentado olvidarme de ella y sé que hice un poco el gilipollas probando muchas cosas que no debía. Hasta que antes de que tocara fondo mi madre se enteró, porque mi hermano no era tonto y vio en lo que andaba metido. Entonces ella apareció y ese verano lo pasé en casa, no hubo vacaciones en la playa, ni con los amigos, ni siquiera una simple fiesta, hasta que le demostré que podía confiar de nuevo en mí. Con mucha fuerza de voluntad, conseguí salir de ese pozo de mierda. Noemí la amiga de Paula me dijo que no la buscara, que ella tenía otra persona y no quería saber nada de mí. Le pedí que me diese una pista de dónde estaba y me dijo que en un sitio cerca del mar. De ahí que cuando tuve que escoger un destino para el curso pasado, inconscientemente me vine a Villagarcía, siempre me han atraído los sitios con mar, pero esto fue como un imán. Su amiga Noemí también me dijo, un día que estaba muy borracha que había algo que yo debía saber, que ella tenía una ahijada preciosa, que un día debería conocerla, pero no volvimos a hablar del tema, ella está de cooperante en Médicos sin Fronteras en un país africano y no hemos vuelto a coincidir. Ahora entiendo que todo casa a la perfección.

Reencontrarme con Paula, aunque al principio me cabreó a lo grande, no tardé nada en caer de nuevo en sus redes. Ver al gilipollas ese del Guardia Civil el día que la hizo llorar por culpa de la ITV del coche, me dio ganas de partírsela la cara, y a ella abrazarla y consolarla entre mis brazos. O cada vez que Hugo se acerca a ella para coquetear, me cabrea, es como si fuese de mi propiedad y nadie pudiese tocarla.

Pues la he cagado, y mucho, ahora sí que la he perdido para siempre, soy un cobarde y eso me lo ha dicho mi madre el otro día cuando vinieron a visitarme, que madure de una puta vez y deje de ser un crío, porque soy un hombre y va siendo horas que siente la cabeza y me enfrente a mis responsabilidades, que a día de hoy se han incrementado. Y la abuela, si es cierto que esa niña es mi hija, ya se puede morir tranquila, pues siempre ha creído que soy gay. Pobre mujer, con lo que me gustan las chicas.

He hecho tanto el gilipollas, y me ha invadido tanto la rabia de que me lo haya ocultado desde que estábamos juntos, que hasta he sido injusto con “la niña” a la hora de corregir su examen de matemáticas, me conoce tan bien, que

ha pedido revisión y ha visto que he sido un verdadero cabrón, como creen todos mis alumnos. Ella que es mi hija. Y lo mal que me he portado, para más fastidiar, acusándola de robar el examen de matemáticas de mi ordenador, he sido patético.

Yo sé que ella me quería, pero ahora me odia, la he echado de menos el día que he ido a hacer surf, y solo me he contentado con que mi perro me hiciese un poco de compañía. Nada que ver con lo mucho que nos reímos tirándonos de la tabla el uno al otro, cuando fuimos a la Lanzada en otras ocasiones, el tiempo se pasaba volando, y la última vez ha sido una mierda, he ido por ir, pero sin ilusión.

A pesar de que he sido un hijo de puta con ella, yo creo que sí me tenía aprecio. El día que se quedaron en casa a dormir, nos lo pasamos genial, es una niña inteligente, trabajadora, le gustan los animales, tocar el violín, cocinar, hacer surf, y es preciosa. Adora a su madre, no me extraña. Ella lo dejó todo por tenerla, y yo me lo he perdido, eso me indigna. Las que han tenido que pasar solo con lo que Paula gana, incluso se ha casado con alguien a quien no quería por culpa de que su hija tenga un padre. Y una vez que encuentra al verdadero, no sabe valorarla. Vaya mierda.

He intentado huir, en mi viaje a Japón, pero es que no lo he disfrutado, me he pasado parte del tiempo pensando en ellas, que pasaría si las chicas estuviesen allí en ese momento. La reacción de Icíá ante alguna de las comidas que he probado, hasta creo saber lo que le gustaría o no, porque somos muy parecidos. La visita a determinados monumentos, que sé que le encantarían, pues vi como examinaba minuciosamente la construcción el día que fuimos a la catedral de Santiago o en otras excursiones que hemos hecho, es una niña con una curiosidad que no tiene límites.

Ni siquiera me gustó el masaje que me dio una chica guapísima, tan pronto vi su boca engullendo mi polla, solo me imaginé a Paula el día que me la chupó en el coche y me hizo alcanzar el cielo. Con esta conseguí terminar, pero en mi mente había otra persona.

Por lo tanto mi viaje a Japón, una mierda. Media vida queriendo visitarlo y cuando lo consigo, no lo disfruto.

Sigo dándole vueltas, a que me porté como un cerdo cuando le eché la bronca por haber ido a visitar a mis padres, y ahora que lo pienso debo decir "Ole por la niña". Ella sola se marcha lejos de su casa a conocer a la que cree que es su familia, así, recién descubierto todo. En este caso lo que más me jodió fue que ella viniese tan defraudada con ellos y más todavía conmigo. Por

eso inconscientemente, hasta que supe que estaba bien a su regreso creí que iba a volverme tan loco, como su madre. Fui a la estación, pero como sabía que ella podía verme, me escondí, y hasta que Óscar me dijo que todo estaba bien, no me quedé tranquilo. Ya no es que estuviese preocupado porque es mi alumna y le tengo mucho aprecio, ahora creo que hay algo más.

Pues nada, para remediarlo, pondré tierra de por medio. Aunque fuera de plazo he pedido una excedencia para marcharme de nuevo y es lo mejor, si dejo de verlas, dejaré de tener el problema. Aunque cuando mis padres han contado que han ido a visitarlas y ella les ha dicho, que no quiere saber nada de la familia, que no quiere hacerse las pruebas de ADN y mi padre ha insistido, y para qué. Pues me ha dolido que ella haya respondido así, está tan defraudada conmigo que ni siquiera ha celebrado su cumpleaños cuando era lo que más ansiaba. Vaya lío de mierda, necesito marcharme lejos pronto.

Pero tampoco he podido resistir la tentación de llamar a Paula para saber que le pasaba a Icía. Ayer estaban en una terraza y yo en la mesa de al lado con Óscar y Sara, al menos ellos son felices, me dan envidia, y van a ser padres. Entonces, y sin querer, he escuchado como se lamentaba con sus amigas y la cara pálida que tenía. No he podido resistir llamar a su madre para saber qué le pasa, me ha dolido a mí lo que ha dicho.

Me he ido a casa con una sensación muy rara, pero me ha gustado verla, está guapísima con ese tono moreno en su piel, y ella que es rubia con rizos, hasta creo que su pelo es como el mío. Oh Dios, en mi vida me he sentido tan miserable. Acaban de llamar al timbre.

—Hola Mateo —me saluda desde el quicio de la puerta.

—Hola, que haces tú aquí, que cambiada.

—Han pasado algunos años desde la última vez, dame dos besos al menos, ¿me dejas pasar?— Maeva me mira fijamente con una sonrisa en los labios.

—Perdona, es que no te esperaba, para nada —respondo un poco confundido.

—Me he enterado que vivías aquí, bueno, llamé a tu madre para preguntarle, pues tú no contestas a ninguno de mis mensajes —comenta entrando y la guio hasta el salón.

—Hace un año que me he mudado, desde el verano pasado.

—Tienes un perro, y un gatito. Al fin lo has conseguido —me mira con una sonrisa de suficiencia.

—Sabes que siempre me han gustado los animales. Tú nunca me dejaste tener un perro en casa —respondo un poco incomodado.

—Recordarás que soy muy escrupulosa con la limpieza.

—Ya, como para olvidarlo y ¿qué haces aquí? —lo suyo ya era extremo, limpiadora compulsiva, bueno ella no, la señora que venía a hacerlo, ella ordenaba.

—Mis padres se han jubilado y han regresado de Suiza, aparte de la casa que tienen en Xinzo de Limia, se han comprado un piso en Cangas, y ahí estoy de vacaciones con ellos.— comenta sentándose en el sofá, que antes ha examinado por si hay algún pelo de animal.

—Emigrantes retornados, después de tantos años, veremos cómo se acostumbran a la vida en España tras toda su existencia en ese país que funciona como un reloj suizo, nunca mejor dicho. Aquí se van a desquiciar, al menos al principio.

—Siempre me tienen a mí allí para venir cuantas veces deseen.

—Tomas un vino, el Albariño sabes que está genial, sé cuánto te gustaba, tengo una botella en la nevera —me levanto a buscarla.

—Eso nunca lo rechazaría. ¿No estás con nadie? —me pregunta así a bocajarro.

—A medias. —eso me sale casi sin pensarlo.

—Y eso cómo se hace. —sigue preguntando de forma directa.

—Bueno, nos hemos dado un descanso. —por qué demonios le cuento esto a ella.

—A veces es necesario.

—¿Y tú? —me intereso sirviéndole una copa de vino.

—Bueno, he estado con alguien, es francés, Alain, es ingeniero, diseña máquinas de tren. —responde de forma escueta.

—¿Y ese niño que querías tener? —sigo indagando.

—El año pasado tuve un aborto, y ahora no consigo quedarme embarazada. Incluso pensé en venirme con mis padres a vivir a España y dar carpetazo a todo. —responde mirando a la copa de forma enigmática.

—Vendrá, eso pasa cuando menos lo pienses. Como vas a venirte, si aquí es una mierda para trabajar, la gente se mata para cobrar una miseria. Tú tienes un buen empleo en ese banco, tu sueldo no lo cobrarías aquí ni en tres meses. Con el nivel de vida que llevabas, aquí no podrías mantenerlo, eso te lo aseguro yo.

—Bueno, siempre me han gustado las cosas buenas, y en eso no he cambiado. La ropa de una determinada marca, lencería bonita y cara, bolsos con precios desorbitados, alguna que otra joya, viajes. Allí sí puedo

permitírmelo.

—Pues aquí te digo yo que no. —intento convencerla.

—Depende mucho de quien esté aquí, quizás pueda cambiar un poco el nivel.

Que cojones está insinuando, que se quedaría aquí, por mí por ejemplo, espero que haya entendido mal. Continuamos con la conversación, ella se muestra sensual, y creo que el vino le está ayudando a desinhibirse, pues nos estamos bebiendo la botella casi sin darnos cuenta. Siempre ha sido una chica muy guapa, con unas curvas sensuales, en sus tiempos me volvía loco. Nunca se oponía a nada en la cama, era liberal y le encantaba probar cosas nuevas, en una ocasión hicimos un trío porque ella tomó la iniciativa, y eso a la larga terminó siendo un problema, y lo precipitó todo para que lo que había entre nosotros se terminara, a día de hoy no sé qué opinión dar. Que pasa, que hace mucho que no follo y no sé hasta qué punto podré resistirme.

Lógicamente, con lo que ha bebido no está en condiciones de conducir de vuelta su casa. Porque después de la botella de vino ha sido un gin tónico. Por lo que ella misma propone quedarse a dormir si tengo una habitación para ofrecerle. Yo también he bebido, ya no sé en qué punto estamos, bueno sí lo sé, porque ella ha ido acercándose y hemos terminado besándonos en el sofá, casi lo he hecho de forma inconsciente, hemos continuado, cuando me he dado cuenta, nos hemos ido a la habitación de invitados, ella se veía que tenía mucha prisa. Al menos he tenido la decencia de no llevarla a mi cama, esa que he compartido con Paula, porque de forma inconsciente es a ella a quien veo cuando estoy besando a Maeva, pero esta se ve que no le apetece esperar, de entrada quería follar sin condón, a lo que yo me he negado rotundamente, he ido a mi habitación a buscar uno, y sí, hemos follado, creo que con ella he querido ahogar mis penas, pero no lo he conseguido, a pesar de ser Maeva la que tengo en mi cama, a quien yo me imagino es a Paula. Ni siquiera me preocupo de que ella se corra, me importa una mierda, yo lo he conseguido, y cuando veo que ella se ha quedado dormida en la cama lo que hago es huir, como acostumbro últimamente, he descubierto que soy un experto en el tema. Y también me he dado cuenta de que esta mujer venía buscando algo concreto, pues en medio del polvo ha sugerido que estaba dispuesta a renunciar a tener hijos y quedarse aquí conmigo. Eso me ha dejado petrificado, por lo tanto tan pronto me he corrido me he ido a mi cama. Si es que soy gilipollas, ahora ya no tengo solo un problema, sino al menos tres, a lo largo de mi vida he cometido reiteradamente los mismos errores y aún no he aprendido.

No iba a echarla de mi casa de madrugada, por lo que, en mi cama intento dormir, pero cuando lo consigo ya casi amanece, como he podido caer tan bajo dejándome arrastrar por una mujer a la que he llegado a odiar en su momento, y ahora ha sido llegar por la puerta de mi casa, hacerme una carantoña y mi polla se ha puesto a dar saltos de alegría como si hiciese años que no follaba. Esto empieza a preocuparme de una forma que asusta, porque lo peor es que he follado con una y pensado en la otra, más patético todavía.

Cuando me desperté, de repente he recordado que anoche me he ido a la cama sin haber sacado a Perrito, como lo llama Icíá, y yo lo llamo así también, no lo he sacado a hacer sus necesidades, por lo tanto tengo que hacerlo rápido o el pobre animal está sufriendo.

—Hola, que hacéis. —Maeva se presenta en la cocina.

—Debo sacarlo a hacer sus necesidades.

—Vale, voy con vosotros, os acompaño.

—Bien, vístete.

Casi la he ignorado, ha aparecido en la cocina con una camiseta mía y en bragas, se ha puesto, creo que unos pantalones cortos, y el sujetador y ya está dispuesta a salir con nosotros. El pobre Orballo se nota que tiene unas ganas enormes de hacer sus necesidades, pues sale disparado por la puerta del edificio hacia el parque que hay delante de mi casa.

Aunque no me apetece hablar, Maeva entabla conversación y es ella la que charla prácticamente sola, y sin contar hemos ido a dar a la playa, como es temprano apenas hay nadie y no van a protestar porque un perro esté correteando por la arena, a esta hora solo hay gente que sale a pasear, antes de que haga un calor de locos. Yo le lanzo un palo y él me lo trae de regreso. Entonces veo que pasa olímpicamente de lo que acabo de lanzarle y corre como un loco hacia alguien que viene de frente y acaba de derribar al suelo revolcándose los dos en la arena mientras otra persona los observa. Este perro se ha vuelto loco, empiezo a correr yo también porque no se de quien se trata, solo cuando me acerco puedo comprobar que son Icíá y Paula. Vaya, el corazón me da un vuelco cuando compruebo quienes son. La chiquilla lo tiene abrazado, y lo está acariciando, recibiendo lametazos por su parte, creo que los dos se han alegrado un montón de verse. Su madre los mira embelesada también. Y yo me quedo paralizado sin saber que hacer o decir, Maeva que se ha echado a correr ya me ha alcanzado y los mira sin decir nada. De repente el perro se levanta, mira a Paula, la abraza por la cintura con sus enormes piernas y huele su barriga, Icíá le dice una cosa que no puedo escuchar al oído

del animal y lo abraza por el cuello a la vez que Paula le da una caricia en su cabecita. Es una imagen que me hace temblar las piernas porque veo cuanto amor hay en esta estampa, ellas adoran al perro y el perro las adora a ellas.

—Quizás deberías llevártelo de aquí, puede molestar a la gente —protesta Maeva a mi lado.

—Hola chicas ¡qué tal estáis?

Ellas que hasta ahora casi me habían ignorado porque se habían centrado en acariciar al perro, tan pronto han escuchado las palabras de mi acompañante, puedo ver el odio reflejado en la mirada de Paula, hace mucho que la conozco, y lo que veo en sus ojos no me está gustando, con razón. Pero la de su hija no refleja cosas mucho mejores.

—Hola, responde Icía.

### *Paula*

Mi hija es consciente de que si ella no tira de mí, yo me paso la vida en casa. Después del sábado tan asqueroso que he tenido, con la visita de mi ex marido y la llamada de Mateo interesándose por lo que le pasaba a la niña, al menos mi hija llegó a casa con Hugo y entre los dos me convencieron de que es necesario que salga, y él me ha obligado a vestirme y salir a cenar algo los tres. A pesar de que no me apetece lo más mínimo, he terminado por aceptar.

Me he puesto un vestido veraniego holgado, azul con florecitas rojas, que me llega por la rodilla, unas sandalias planas y hemos salido a dar una vuelta. Mi hija lo ha cogido por el brazo y yo voy al otro lado dejándola a ella en medio de los dos, la verdad, me gusta lo bien que se llevan. La hemos dejado decidir a ella, y como yo no soy muy partidaria de la comida basura, y los dos son conscientes de que debo hacerlo de forma saludable, nos vamos al Batel a tomarnos un bocadillo de calamares, y vaya con la piraña que llevo en mi barriga, pues me lo he comido todo, ante la atenta mirada de los dos con una sonrisa en sus labios.

—¿Qué os pasa?— pregunto como si nada.

—Que vaya como coméis, aun bueno que vomitas o estarías como un balón. —comenta mi hija con alegría.

—No pasa nada, si engordas volverás a adelgazar, mira como lo habías conseguido, estás preciosa. —Hugo me halaga mirándome a los ojos.

—Es superior a mí, el hambre que tengo no es normal. —intento justificarme.

—Tienes que ir al médico, no puedes estar sin saber cómo va todo. —él

vuelve a la carga.

—Lo sé, pero no me apetece. —respondo mirando a lo que estoy comiendo.

—Paula, porque no quieras aceptarlo no quiere decir que está ahí. Si lo deseas, yo puedo ir contigo, si no quieres ir sola. —él intenta convencerme cogiéndome las manos con cariño.

—Yo iré con ella, soy la hermana mayor. —mi hija lo manifiesta con alegría.

Regresamos a casa dando un paseo por la orilla del mar, desde Carril a nuestra casa, se está genial a esta hora, mi hija me propone salir a caminar al día siguiente temprano, pues es muy sano. Yo le digo que sí para que me deje tranquila, pero mi intención es dormir hasta echar raíces en la cama. Hugo nos acompaña hasta casa y mi hija le propone jugar a las cartas.

—Anda, dónde pretendes ir a esta hora, es un sábado por la noche, ya no vas a ligar, yo te reto a las cartas o al dominó, lo que prefieras. —le dice ella para picarlo.

—Yo os dejo, me voy a acostar, estoy rendida. —les anuncio dándole dos besos a ambos.

—Eres una lianta, a lo que tú quieras, pero solo una mano.

Yo me he ido para cama y con lo rendida que estoy y el sueño que me provoca la pequeña piraña, no me entero de nada, ni los escucho jugar, ni casi hablar. Solo a mi hija cuando viene a despertarme para ir a dar un paseo mientras no hace demasiado calor. Lo que he dormido no me ha sido suficiente, pero tendré que hacerle caso. Me levanto y veo a Hugo durmiendo en el sofá de casa, por lo tanto no hacemos ruido. Le dejamos una nota para que desayune café recién hecho que está en la cocina y se haga unas tostadas que nosotras vamos a pasear.

Salimos por la puerta sin hacer ruido y la intención de Icia es que lo hagamos por la orilla del mar, por la playa. Yo me he puesto mis leggins cortos y la camiseta de tirantes, pues ya hace un poquito de calor, o al menos yo lo tengo.

—Lo que iba a ser una mano se convirtió en casi tres horas de partida, y por qué.

—A ver cuéntame —le pregunto con alegría.

—Pues porque Hugo casi no consigue ganarme a nada y eso lo picó, después estaba tan cansado que se sentó un rato en el sofá y se quedó dormido, fui a por la manta, lo tapé y ahí está como un niño pequeño.

—Jaja, ya veo que os habéis entendido a la perfección— caminamos

cogidas del brazo y a paso ligero.

—Bueno, es que él no acepta perder. Ay mami, mira quien viene de frente. Hola cariño.

Cuando los miro el perro de Mateo se ha abalanzado sobre ella y los dos se están rebozando en la arena, con caricias y lametazos por parte del animal. De repente, no me deja de lado y abrazándose a mi cintura me huele la barriga, vaya que inteligente, sabe lo que hay dentro, mi hija le susurra al oído.

—Sabes, ahí está mi hermano. —yo le doy una caricia en la cabecita mirándolos a los dos con cariño.

Entonces levanto los ojos y veo como su dueño nos observa, no sé cómo interpretar su mirada, porque tras saludarnos, observo que una mujer muy guapa lo acompaña, vaya, que no ha perdido el tiempo.

—Quizás deberías llevártelo de aquí, puede molestar a la gente —protesta ella.

—Hola chicas, ¿cómo estáis?— nos saluda Mateo con una sonrisa tímida.

—Bien, —se escapa de mis labios de forma escueta.

—Ya ves, paseando por aquí, con mi madre, al menos alguien se ha alegrado de vernos. —manifiesta mi hija con descaro mirando al perro.

—Hola soy Maeva, Mateo y yo hemos estado juntos en Suiza— comenta su acompañante tendiéndonos la mano para hacerse notar.

Yo creo que él se ha puesto lívido como una sábana ante la aclaración de su acompañante, que de repente me he dado la hostia al saber quién es esta mujer.

—Yo soy Icíá, soy su alumna— dice esta palabra recalcando— ella es mi madre Paula. Pues nos vamos que hemos dejado a Hugo durmiendo y no sabe a dónde nos hemos ido. —mi hija deja caer los cuchillos como si nada.

—¿Hugo es tu hermano? —pregunta la extranjera.

—No, que va, es el novio de mi madre— ha respondido mi hija y yo creo que me he puesto de cien mil colores, pero la cara de Mateo es como un limón agrio.

—Me alegro de haberos encontrado— manifiesta Mateo intentando huir.

—Bueno, quizás no comparta tu opinión —ha dejado caer Icíá y yo prefiero mirar a otro lado —Chao cariño, a ti sí te quiero un montón, saluda a tu hermano gatito y camaleón.

—Joder Mateo, que también tienes un camaleón en casa —protesta su acompañante un poco indignada.

—Sí, un encanto de animal, si se te pone encima quizás se camufle de color negro. —mi hija ha dejado caer de mala forma.

Damos media vuelta sin decir nada más, el perro queda observándonos y su dueño se vuelve para irse. Es más, creo que con lo que ha dicho Icía, se le ha escapado una sonrisita. Que tío más raro.

—Has sido un poco grosera, te estás pasando últimamente —le digo saliendo casi a la carrera.

—No me importa, yo sé con quién tengo que ser educada. Y esa repipi no me ha gustado nada. ¿De dónde ha salido esa mujer?

—Si es la que yo creo, vivieron juntos en Suiza, cuando Mateo trabajó en el Cern, en el acelerador de partículas —le cuento de forma escueta.

—Vaya, no sabía que había trabajado ahí, y vivía con esta Lady, se ve que la tía tiene clase, y dinero.

—Ya, y lo dejaron porque ella quería tener hijos y él no, eso fue lo que contó él, y ya estoy hablando más de la cuenta —me arrepiento de haber dicho esto.

—Pues no es por nada, pero parece que a Mateo lo de no querer tener hijos, le ha salido el tiro por la culata, de no querer ninguno, así de repente le han salido dos. Bueno, que a él eso no le hace daño.

Mi hija se ve indignada por lo que está descubriendo. Emprendemos viaje de regreso a casa, aunque tuviésemos intención de caminar más tiempo, lo hemos dejado de lado casi de forma inconsciente. Al llegar a casa, Hugo está desayunando con toda la calma del mundo, recibe una reprimenda por parte de Icía, por quedarse dormido en el sofá la noche anterior y asimismo lo reta a otra partida cuando él lo desee, si quiere ganar. Se ha mofado de él con todo el descaro del mundo.

### *Mateo*

Encontrarme con ellas y verlas, solo ha abierto más la herida que tengo en mi indignación y mi ego. Y más sabiendo que Hugo está en su casa, qué hace este hombre ocupando mi lugar. Nunca mejor dicho, ocupando mi lugar, aquí el que no corre vuela. Aunque yo no he sido mucho mejor persona, he pasado la noche con alguien a quien hace tiempo que odio, me la he follado, sin ganas, y al fin creo que ha sido peor el remedio que la enfermedad.

Hemos hecho el camino de regreso a casa en silencio, es como si Maeva me estorbase, y la verdad es que sí me estorba, cuando llegamos y ella insinúa que quiere quedarse, colgándose de mi cuello. Con mucha educación la invito a que se marche, alegando que estoy esperando a alguien y no me interesa que ella esté aquí. Que es la puta verdad, lo único que consigue con su presencia

es cabrearme más de lo que estoy. Hasta le he gritado al perro que ha ido a su sitio con el rabo entre las piernas, sin tener ninguna culpa. Luego me he dado cuenta de lo que acababa de hacer y he ido a acariciarlo para pedirle perdón, arrepintiéndome de lo que había hecho.

—Bueno Mateo, si cambias de opinión, o tu chica te da calabazas, sabes que yo te estaré esperando, cuando tú quieras. —me habla desde el quicio de la puerta.

—Muy agradecido, pero tengo aquí mi vida, y Ginebra solo entra en mis planes para ir de vacaciones. Me ha alegrado verte.

—Pues no lo parece.

—Mira, vamos a dejar las cosas como estaban hasta ahora. Mi vida es un poco caótica y no necesito complicarla más.

Nos damos dos besos y siento un alivio enorme cuando veo que ella desaparece en el ascensor. Esta noche ha sido peor que una pesadilla, hasta hoy, nunca había follado sin ganas.

Estoy tan perdido que por la tarde salgo a correr, me llevo al perro conmigo, y sin contar he ido a parar a casa de Óscar y Sara, me gusta el trato de él con ella, esa forma que tiene de mimarla.

—Se puede saber qué cojones te pasa, que pareces un alma en pena. —pregunta Oscar un poco enfadado poniéndome una cerveza bien fría delante de mí.

—No sé, he venido hasta aquí de forma inconsciente.

—De forma inconsciente no, has venido porque necesitas contarle a alguien toda esa mierda que llevas dentro, porque hasta tienes ojeras tío, parece que te has metido de todo. —me escupe de mala forma.

—Mi vida se ha convertido en un infierno, para más problemas mi ex, la suiza, se ha presentado ayer en casa, con intención de todo. Tanta intención traía que me la he follado, y no me apetecía nada.

—Jaja, estamos buenos, eso a un hombre nunca le pasa, a no ser que esté muy pillado de otra persona— comenta Óscar sentándose enfrente.

—Es que me da vergüenza decirlo, pero no puedo sacármela de la cabeza, mejor dicho, a las dos, a la madre y a la hija. Estoy a centímetros de volverme loco, nunca me había pasado esto con nadie, y no tengo veinte años, ya he tenido experiencias a lo largo de mi vida. —le cuento, dando un sorbo a la cerveza.

—Me imagino que esas a las que no puedes sacarte de la cabeza, son Paula e Icíá— comenta mi amigo con una sonrisa burlona en los labios.

—Claro que son ellas, joder. Maeva, hace tiempo que pasó a la historia, yo me encargue de que se largase, mejor yo me largué de Suiza para cerrar puertas, etapas o como cojones se llame.

—Bueno, pues ahora quizás haya llegado el momento de que dejes de huir y te enfrentes a los problemas. Yo creo que estás muy enamorado, y la chiquilla te ha conquistado, como ha hecho con toda la familia desde que ha nacido. —manifiesta Oscar y yo me quedo mirando al infinito.

—A ver, de qué habláis vosotros los chicos —pregunta Sara mirándonos a ambos cuando se sienta al lado de su novio.

—¿Hugo está con Paula? Tú que eres su amiga quizás lo sepas. —le pregunto con miedo.

—Mira Mateo, la semana pasada no estaba, pero yo que tú, me andaría con mucho cuidado con ese hombre, está muy interesado en Paula, Icía lo adora, ella sabes que busca una estabilidad y él está dispuesto a dársela, como te duermas en los laureles cuando quieras darte cuenta te dará puerta, y es una pena, porque yo sé que ella te quiere y esa niña te adora. A pesar de lo mal que te has portado con ellas. Por lo tanto, deja de hacer el burro y reacciona.

—Joder, es que no paro de hacer el imbécil.

—De eso nos hemos dado cuenta todos. —Comenta Sara, con una sonrisa burlona.

—Yo puedo decirte que he luchado contra Hugo, que también cortejaba a mi chica y yo que tú no esperarías demasiado, o cuando te quieras dar cuenta, será muy tarde.

—Bueno, os dejo solos, tengo que regresar a casa y aun me quedan unos kilómetros para correr, no es que tenga prisa por nada, pero os dejo que disfrutéis de lo que queda de tarde.

Les doy la mano y regreso al trote acompañado de mi fiel compañero, si tengo todo el tiempo del mundo, porque ahora todo se me hace eterno, si voy para casa me tiraré a dormir en el sofá, y después de noche no pegaré ojo, pero tampoco tengo otro sitio a dónde ir, al bar no me apetece.

Voy tan ensimismado en mis pensamientos que no me doy cuenta de que el perro se ha escapado, y cuando veo una auto caravana que está dando marcha atrás y quiero avisarlo de lo que va a ocurrir, es inútil porque lo acaba de atropellar.

Cuando la gente escucha mis gritos, el conductor baja de la misma disculpándose en inglés, se lleva las manos a la cabeza y yo corro con miedo a comprobar el estado de mi mejor amigo. Al estar a su lado veo con pánico

cómo está estirado en el suelo, sangra abundantemente por un oído y yo que sé que más, no soy médico.

—Tienes que llevarlo a tu veterinario rápido, para que pueda curarlo. —un desconocido se ha puesto a mi lado intentando examinarlo, pero yo no reacciono.

—No tengo aquí mi coche, vivo algo lejos.

—Ven, súbelo al mío, pondremos las toallas de la playa para que no lo manche. —me comenta este chico, al que no conozco de nada.

—Gracias, muchas gracias.

Lo hemos metido en el asiento de atrás, yo creo que está vivo, pero tampoco es que esté muy seguro. El conductor de la auto caravana me tiende un papel con sus datos, diciéndome que lo llame para informarlo de la evolución del animal, o si quiere que me acompañe a dónde vayamos, pero yo le respondo que continúe con su viaje que le avisaré de su evolución. Y en el coche de este joven vamos a la consulta de nuestro veterinario, al que hace un rato he avisado para que me diga cómo debo hacer, porque es domingo. Cuando llegamos hay una chica y un chico que están de guardia y nos ayudan a sacar al perro del coche. Mientras se lo llevan yo no me canso de darle las gracias al joven que nos ha llevado, me quedo con una tarjeta suya para contarle también cómo se encuentra.

Me quedo solo en la salita de la consulta, aunque el consejo del veterinario es que me vaya a tomar algo, o a casa. Ellos tienen mi teléfono y me avisan con lo que sea, pero me niego, creo que si me voy a casa es como si lo estuviese traicionando, pero ellos ya me anuncian que las pruebas que le tienen que realizar son muchas y yo voy a estar esperando en vano, aunque si de momento quiero esperar un rato, quizás puedan adelantarme algo de lo que le ha sucedido.

Entonces es cuando empiezo a echar de menos a mi familia que está lejos, y comprendo lo solo que estoy en este pueblo. Me llevo genial con Sara y Oscar, conozco un poco a Andrés su padre, algunos profesores del colegio, que tienen su vida, alumnos y padres que me odian porque soy el hijo de puta de matemáticas. Pienso en llamar a Olalla, la enfermera, pero lo destierro de cuajo, porque sería que acabo de echar de mi cama a la suiza para meter a otra a la que no valoro nada. Desde que he llegado, solo ha estado en mi pensamiento el perro, porque él es parte de mi vida, e Icíá, y como no, su madre. Pero si esta niña se entera de lo que le ha pasado y no se lo he dicho, si le pasa algo al perro nunca va a perdonármelo, que no la haya avisado. Ya me

ha juzgado en más de una ocasión por el trato que le he dado al animal al estar ausente durante mis vacaciones. Por eso, tan pronto sepa algo, creo que sería conveniente que la llame o le envíe un mensaje.

Casi he terminado con la batería del móvil, pues he jugado e instalado todos los juegos que han aparecido, el veterinario ha salido a informarme. Mi perro está en un estado un poco crítico, tiene varias costillas rotas, una pierna con una fisura y una infección de orina porque el golpe le ha dañado un riñón, por lo tanto, debe quedarse unos días en la clínica con medicación, y no saben si será necesario operarlo. El alma se me cae a los pies, aunque yo me imaginaba que en su estado, no podría volver conmigo a casa y eso me duele, porque lo voy a echar de menos, y mucho. Me indican que puedo pasar a verlo, pero está dormido. Le doy una caricia, y me parte el alma dejarlo así, aunque por otro lado me alegra saber que hay sitios en los que cuidan a los animales como si fuese un hospital. Es un punto a su favor.

Un poco desorientado al salir de la Clínica Veterinaria, recuerdo que fui a pie, el coche está en casa, por lo que debo regresar del mismo modo. De forma inconsciente, paso por delante de la casa de ellas y miro a su ventana, que tiene la luz encendida. ¿Y si entro?, pero no, me imagino que no soy bien recibido, aparte, y si Hugo sigue dentro, a dónde voy yo. No. Sé que debo llamar a la niña, porque querrá ir a visitar a su amigo y yo debo procurar que los dos estén contentos.

Al llegar a casa todo está vacío. Hace unas semanas que todo está vacío, entre lo mucho que echo de menos a Paula, e incluso a mis alumnos o a mi alumna especial. Entonces me debato entre si llamo a Icía, le mando un watsap, o si la dejo tranquila esta noche y lo hago mañana a primera hora, que creo que será lo más acertado.

En cama he parecido un molino, he dado vueltas, hasta que por fin, muy de madrugada he conseguido dormirme, pero mi noche ha estado plagada de pesadillas en las que mi perro e Icía han sido los protagonistas de todo. En vez de descansar parece que regreso de misión humanitaria en Afganistán.

Al levantarme, sin tener noticias de la clínica, que habían prometido informarme con lo que pasase y tras mirar el teléfono, sobre si la llamo o le mando un mensaje, activo la tecla verde encima de su nombre.

—Hola, quien es— responde una voz pastosa que se nota que estaba durmiendo.

—Soy Mateo, perdona que te moleste, pero quizás quieras saber algo que le ha pasado a Orballo. —Le anuncio con miedo.

—¿Qué? ¿Qué le ha pasado? —parece que se ha despertado de vez por la forma en la que ha preguntado.

—Pues ayer salimos a pasear, él se escapó, y.

—Espabila Mateo, al grano, que tantos rodeos me dan que no es nada bueno lo que tienes que decirme. —contesta a gritos.

—Lo ha atropellado un coche, bueno, una auto caravana.

—Un vehículo tan grande, te has vuelto loco, no se habrá muerto y no te has ni enterado.

—No, claro que no, al menos eso creo, no me han llamado de la clínica. — le respondo de nuevo con cautela.

—¡Como que está en la clínica!— comenta enojada.

—Lo siento, en esa que hay cerca de tu casa, ha sido ayer por la tarde.

—Y no me dices nada hasta esta mañana. Sabía que contigo el perro corría peligro. —me grita más enfadada todavía.

—Oye que yo no le he empujado debajo de ese coche. ¿Quieres ir a verlo?

—Me visto y salgo en un rato, mejor, ahora mismo.

Me ha colgado el teléfono, se ve que está enfadada, y mucho. Creo que me acabo de sumar otro punto negativo a mi relación con esta cría. Justo lo que necesitaba. Este perro y su madre son su bien máspreciado, y ahora me he dado cuenta de que los he lastimado a los dos. Puf, me ducho y saldré a ver qué noticias tienen para mí.

Cuando llego a la clínica, me informan de que hay una persona dentro, que lo está visitando, al parecer ha dicho que era muy amiga del dueño y él hoy no podría ir, por eso lo hacía ella. Será inventora, aunque bueno, ingenio nunca le ha faltado. La chica me informa que mi perro evoluciona favorablemente, le han puesto la medicación que le corresponde y está un poco aturdido. El veterinario junto con un colega está valorando si lo van a operar o puede librarse. Llegado el momento la joven me indica que puedo pasar yo también a visitarlo.

—Hey, hola amigo, ¿cómo vas?— saludo al entrar.

El perro sigue acostado en una especie de camilla, e Icíá está sentada en un pequeño taburete enfrente a él, que la mira con adoración, pero al verme entrar, sus ojillos parece que se iluminan y hace un intento de mover la cola, emitiendo un gemido puede ser que de dolor, y me hace daño a mí.

—Siéntate tú si quieres, tendrá ganas de verte —me dice la niña.

—Déjate, se nota que está a gusto con tus caricias —le digo para que no pare con lo que está haciendo.

—Pobrecito, parece que le duele, has visto cuantas cosas le han puesto, y la pata así vendada, da mucha penita.

—Lo sé, pero con todo lo que le han metido en vena, imagino que estará un poco anestesiado.

*Paula*

Cuando mi hija me ha llamado llorando esta mañana contándome lo que le había pasado al perro de Mateo, vaya susto me ha dado, ella se ha levantado a la velocidad de la luz y ha volado hasta la clínica que hay cerca de nuestra casa. Al parecer se ha inventado una pequeña mentirijilla y la han dejado pasar a verlo. Después de la situación vivida ayer en la playa con su dueño, no sé ni cómo la ha avisado, porque me imagino que estará de lo más entretenido con su amiguita la francesa, quizás iba con ella cuando atropellaron al perro. Bueno, que es pensar en eso y me pongo un poco enferma.

Sara y Óscar empiezan sus vacaciones, al igual que Tomás, por lo tanto, solo estamos Martiño, y yo, porque Andrés anda a caballo entre las dos fábricas. Al menos después de la llamada de mi hija recibo una de Enzo Romano, diciendo que me conecte a Skype, que tiene algo que mostrarme. Bueno, verlo a él al otro lado de la pantalla es motivo de alegría, si no fuese el problema que llevo a costas, me lanzaría al otro lado del ordenador, y que quiere enseñarme, pues ni más ni menos que su nuevo coche. Un Ferrari. Madre del amor hermoso, como luce imponente detrás del volante de semejante máquina.

—Chao bela, iba a mandarte fotos por mensaje, pero así se ve mejor— comenta con esa sonrisa quema bragas.

—Vaya máquina tío, prométeme que lo traerás a España y me dejarás probarlo, o al menos, que me vas a llevar a dar una vuelta. —manifiesta mi compañero de trabajo mirando el coche con asombro.

—Lo mismo te digo, en mi vida he visto un Ferrari, bueno cuando estuve en Italia, pero nunca me he subido en uno. —le digo mirándolo fijamente, a él y al coche.

—De acuerdo Caro, en agosto estaré en vuestro país, y prometo que os dejaré probarlo. Creo que os he alegrado el lunes. —comenta con elegancia apoyado en el capó de su coche.

—A mi sabes que puedes alegrarme como quieras, no me negaría a nada contigo. —susurro por lo bajo y solo mi compañero puede escucharme.

—Bela, estás más guapa que nunca. Cuando llegue, tú y yo hablaremos en serio.

—Lo que tú quieras mi rey, hablamos o lo que tú desees. Corto y cambio no.

—En efecto preciosa, nos vemos en nada.

Desaparece tras la pantalla del ordenador, y emitiendo un suspiro, vuelvo a lo que estaba haciendo, o sea tramitando los pedidos que han dejado los comerciales. Hoy sin pesarlo mucho, he pedido cita para ir al médico dentro de una semana, me he puesto veintinueve disculpas para retrasarlo cada vez más, pero ya no ha colado. Según lo pactado, mi hija me acompañará, pues a veces parece que ella es mi pareja. Ella es mi pareja.

—Es un inconsciente, me gustaría saber si iba con esa repipi de mujer cuando han atropellado al perro. —me informa mi hija enfadada.

—Cariño quizás estés siendo injusta con ese tema.— intento calmarla.

—No me importa, hemos terminado discutiendo, pienso que lo he cabreado a lo grande.

—No creo que hayas necesitado mucho para cabrearlo a lo grande. Él también está preocupado por el animal, si es suyo y lo quiere.

—Me da igual, a ver si no me lo encuentro el resto de días de días que vaya a visitarlo, porque al menos después de colarme el primer día, él ha dado autorización para que vaya cuando quiera. Lo peor es cuando se marche para casa.

—Vale, tú sabrás que hacer. Mañana limpiaremos las ventanas cuando venga de trabajar y no les dé el sol, para que no queden manchas, están asquerosas. —intento cambiar de tema para no seguir enfadándola.

—¿Y vosotros como estáis?—pregunta dándome una caricia en mi barriga.

—Cansada, tengo un leve dolor de dolor en el bajo vientre, sigo vomitando cada maña, porque la piraña solo tiene hambre y yo se lo doy todo. No sé. Estoy un poco rara.

Esto lo he dicho más que nada para mí, aunque son cosas de las que ella no tiene ni idea, el día que vayamos al médico nos aclarará todas las dudas.

Como lo prometido es deuda, mi hija se ha presentado en casa de muy mala gana, no he preguntado mucho, pero imagino que estaría en la playa con sus amigos y ellos se habrán ido al parque. Está tan morena, que me da un poco de envidia. Esta año que he adelgazado y me pondría en bikini sin complejos, no me apetece lo más mínimo salir de casa, me estoy volviendo un poco muermo. Aunque estoy más que fatigada, porque durante todo el día ha hecho un calor bochornoso. Preparamos todo para limpiar las ventanas, así lo dejaremos aparcado por el momento.

Yo estoy un poco en mi mundo y escucho lo que ella me cuenta, no ha parado de hablar del perro, que lo ha llevado para casa porque va un poco mejor. La que comienza a encontrarse mal soy yo, empiezo a tener frío, un profundo malestar se apodera de mi cuerpo, tengo ganas de vomitar y siento como algo caliente se cuele por mis piernas. Me bajo de la escalera lo antes posible y voy a baño dejando a mi hija hablando sola, cuando me bajo los pantalones y miro mis bragas con esa mancha de sangre, no sé exactamente lo que siento, entre alivio por lo que pueda estar pasando y pánico por el mismo motivo. Pego un grito que hace que Icíá se presente a mi lado y mire con muchísimo miedo lo que me está ocurriendo.

—Llama a alguien, tenemos que ir al hospital— y tan pronto digo esto, siento que empiezo a desplomarme cayendo en el suelo del cuarto de baño.

No sé lo que ha pasado, pero posiblemente me haya muerto y haya ido al cielo, porque acabo de abrir un ojo y no sé en dónde estoy, ni cuando tiempo ha transcurrido. Solo soy consciente de que lo que veo no puede ser, porque creo distinguir a mi lado a Mateo, y mi hija al suyo, cada uno me tiene cogida una mano. Como me parece que estoy alucinando, vuelvo a cerrar los ojos y los abro de nuevo con cautela, a pesar de verlo todo nublado, sí que es él. Sin duda estoy en el cielo, porque mi hija y Mateo están juntos, ella creo que durmiendo, y él parece que la tiene “abrazada”. Nada, me he muerto. Intento sacar mi mano, que está aprisionada con la suya y lo que recibo es una mirada con una pequeña sonrisa por parte de él.

—Hola bella durmiente. ¿Qué tal? —me mira fijamente, asustándome.

—¿Qué ha pasado?— pregunto sintiendo la boca pastosa —¿Dónde estoy? —aunque ahora que miro al lado, veo que tengo algo conectado a mi brazo, como una vía o un suero. No sé si me da más miedo esto o ver a Mateo con los ojos clavados en los míos, creo que los cierro porque me noto muy cansada.

—Hola mamá, estás en el hospital —responde mi hija con cautela.

Entonces parece que mi mente se ilumina, rebobina y recuerdo la caída, un leve dolor de cabeza que siento en un lado de ella. Y la sangre, también recuerdo la sangre con horror, esa fea mancha en mis bragas blancas.

—¿El bebé, que ha pasado? —les pregunto aterrada, intentando incorporarme.

—Mateo, yo me marchó a tu casa a darle la medicación al perro, si me dejas las llaves. — Ella le habla ignorándome— mamá os dejó, él te explica, acuérdate de llamar a las enfermeras, se ha despertado.

—Ya he apretado el botón. Ten cuidado con las pastillas, escóndesela bien,

dentro de la salchicha, son las azules que están en el primer cajón derecho de la cocina, una caja blanca con letras rojas, no recuerdo su nombre.

—Vuelvo más tarde, cojo el bus y ya me apaño. Te quiero. —me da un beso en la cara y se marcha dejándonos solos, porque en la cama de al lado no hay nadie.

—¿Qué ha pasado? —pregunto de nuevo, a la vez que mis ojos se llenan de lágrimas por la situación que estoy viviendo.

—No vas a echarte a llorar. Los dos estáis bien —se incorpora y me da un beso en los labios— tenías la tensión por las nubes, y ha sido un sangrado sin más, te has desmayado por lo asustada que estás y porque estás sobrepasada.

—Lo siento. —y comienzo a llorar como una magdalena, mis ojos parecen dos tanques echando agua, intento girar la cara huyendo de su mirada.

—Paula, no tienes nada que sentir, esta vez no vas a echarme de tu lado, no voy a ponértelo fácil o reclamaré judicialmente. Pero a quien quiero es a ti —Mateo intenta que gire mi cabeza.

—Tú tienes tu vida y no la vas a cambiar por nosotros, tu novia la suiza, por ejemplo.

—Oh, joder, no pienses tonterías, ella se ha presentado en mi casa y ha estado un día, pero nada más, esa mujer no me interesa. Ella ha regresado a dónde estaba. También tú estabas con el imbécil de Hugo y yo no he pensado tonterías, bueno sí las he pensado pero no voy a dejar que otro te lleve. —ha conseguido que lo mire y veo como me observa con una sonrisa, que creo, que es sincera.

—Qué estoy embarazada, sabes, esto es un marrón. —le comento sollozando de nuevo y observando su reacción.

—Bueno, no nos lo esperábamos, pero yo, que hace un mes que me he enterado de que tengo una hija, qué más da si ahora voy a tener otro. La hostia, vaya puntería, ni queriendo —me aprieta las manos.

—Lo siento—le digo con cautela.

—Me jode tener que enterarme así. Tu hija me ha dado un susto de muerte cuando me ha llamado llorando, diciéndome que te habías desmayado, estabas tirada en el baño y sangrando. Yo le digo sangrando por dónde. “Es que va a tener un bebé y no quiero que les pase nada, ni a ella ni a mi hermano, no quiero quedarme sola” Se me cayó el alma a los pies. Ella había llamado a la ambulancia y cuando llegué a tu casa, ya estabas dentro. Vinimos los dos juntos. Ella sigue enfadada conmigo porque la he cagado, a lo grande.

—Joba, yo casi sentí alivio cuando vi la sangre y pensé que era un aborto.

—Mateo niega con la cabeza. —Sin embargo ahora estoy contenta de que el bebé esté bien —yo no quiero obligarte a nada.

—Cállate de una jodida vez con eso. Me has apartado de tu lado en una ocasión, me has privado de ver crecer a mi hija, pero ahora no va a ser así. Yo te quiero, sabes, este mes con esta puta situación, ha sido un infierno. Pero cuando el médico ha venido y me ha dicho que tanto mi mujer como mi hijo estaban en perfecto estado, que deberías descansar, creo que una enorme losa se ha caído al suelo y he sentido un alivio enorme, y no quiero que me des largas ni que me rechaces, porque no lo voy a consentir —Me mira apretándome las dos manos.

—Mateo, que a ti no te gustan los niños —hablo con miedo.

—Y una mierda, tendré que hacerme a la idea, costará, pero como dice mi madre, tendré que madurar de una puta vez.

—Debes unas cuantas monedas al bote —le sonrío con picardía.

—No me importa. Lo peor va a ser conquistar a tu, perdón mi hija, esa niña es un hueso duro de roer. —comenta con cautela.

—Sí, no me cuentes, yo creo que ha salido a su padre, él es muy parecido.

—Hay que joderse, no veas la que me ha armado por culpa del atropello del perro.

—Algo me ha comentado, solo quiere llamar tu atención, está dolida contigo. Tranquilo, es cuestión de tiempo. Eres su padre.

—Joder, cada vez que escucho esa palabra me entra un sudor frío—manifiesta en un ataque de sinceridad.

—Será cuestión de tiempo que todos nos adaptemos a la situación. —le digo, dándole una caricia.

—No le hemos dicho nada a tus padres, según Icíá están por Francia con esa súper auto caravana que se han comprado, tu abuela no había necesidad de preocuparla tampoco y quien viene de camino es Andrés. Pero en una hora te van a hacer una ecografía y no te lo pierdas, que tu hija casi me cede el sitio para acompañarte, de mala gana, entonces hemos sobornado al médico y nos ha dicho que podremos acompañarte.

—Vaya dos.

Qué habrán hecho estos, mientras yo he estado en el más allá. Estoy tan cansada, a la vez que un poco aliviada, que me quedo dormida. Creo que la medicación hace su trabajo y aunque el golpe de la cabeza me molesta un poco, me encuentro bien. No sé cuánto tiempo transcurre cuando abro un ojo y veo a Andrés, Mateo e Icíá charlando animadamente, y me gusta, también me

gusta, la forma en la que ella mira a su “padre”. Menudo marrón enterarte en menos de un mes de que tienes una hija y otra en camino. Nunca me habría esperado esta reacción por su parte, aunque quizás sea la situación, no iba a ponerse como un energúmeno conmigo y yo en el hospital.

—Hola. —los saludo a los tres.

—Mamá, ¿qué tal estás? —pregunta mi hija sentándose a mi lado en la cama.

—Bien cielo, ¿y perrito?

—Vaya con perrito, tela para que se comiese la salchicha sin saber lo que había dentro, es muy inteligente.

—Hola Paula, vaya sustos nos das. Y enhorabuena. Todo va a salir bien— comenta mi cuñado dándome un beso.

—Claro que todo va a salir bien, porque esta vez no va a alejarme. Es lo que hay. —Mateo se inclina a darme un beso en los labios ante la atenta mirada de mi hija y mi cuñado.

—Paula, venimos a buscarte para la ecografía, te llevamos en silla de ruedas, por lo tanto levántate si haces el favor y te cambias de vehículo —me dice una chica con uniforme amarillo y una sonrisa en sus labios.

—Por supuesto. —me incorporo con su ayuda, parece que me mareo, y me siento en donde me indica, a la vez que me despido de mi cuñado.

—El papá y su curiosa hermana pueden acompañarla.

—Bien —suelta mi hija en un ataque de alegría.

Una vez en nuestro destino, me acuestan en la camilla. Mis acompañantes se colocan a mi lado sentándose en la única silla que hay, y ella se la cede, comienza la exploración. Miramos atentamente la pantalla siguiendo las indicaciones de la doctora. Estoy de dos meses, y ese puntito que se ve es el corazón que parece un caballo galopando. Ante el “qué pasada” de mi hija, puedo ver los ojos de Mateo empañados por lágrimas, y yo que cojo su mano con fuerza y él mete la de Icía en medio de las dos. En este momento no podía ser más feliz. El hombre que siempre ha sido “el hombre de mi vida”, por fin en mi vida y con nuestra hija.

Los dos intentan disimular, pero he visto en sus caras lo contentos que están, creo que incluso más que yo, que no puedo creerme que ayer estuviese hecha una mierda y en poco tiempo esto ha cambiado. El doctor ha venido a visitarme y contarme que todo va bien, que debo guardar reposo al menos dos semanas para que la tensión se estabilice. De todas formas tendré un embarazo de alto riesgo, entre el sangrado y el desmayo van a controlarme de cerca. Y

en dos días si todo sigue así, me podré ir a mi casa. Genial.

—¿Te quedas un rato con tu madre y yo voy a supervisar como están los de mi casa? —pregunta Mateo a mi hija con cautela.

—Claro, pero después si quieres, tú te vienes y voy a sacarlo.

—Puedes quedarte a dormir en mi casa si te apetece. No vas a cotillear nada. Siento mucho haberte juzgado por algo que sé que no hiciste, pero estaba sobrepasado y fui a lo fácil, te pido perdón. —la mira a ella y al suelo alternativamente.

—Me lo pensaré, no voy a ponértelo fácil. Yo lo pasé muy mal. —ella tuerce la mirada hacia la puerta.

—Lo sé, joder fui muy injusto. —él intenta abrazarla pero retrocede ante el temor de rechazo.

—Bueno, vete a casa y regresa pronto, ahora que mamá y perrito están bien, tengo una cita a última hora de la tarde— nos anuncia.

—¿Cita? ¿Con quién? —pregunta él alarmado.

—Ostras que bien empezamos, dame un beso y lárgate —le digo yo con una sonrisa burlona.

Me da un beso en los labios, a Icíá, le revuelve el pelo y se marcha, ante la atenta mirada de ambas. Estoy en el hospital y me encuentro bastante bien, por lo que, si es verdad que las hormonas se revolucionan en el embarazo, a mí ya debe de estar haciéndome efecto, pues me ha hervido la sangre verlo con esa camiseta blanca ajustada, los vaqueros gastados y esas zapatillas de deporte. Con el pelo que hoy lleva en un moño y su barba que ha dejado crecer un poco, me han dado ganas de hacer cosas con él. También es verdad que estoy embarazada y si lo estoy de dos meses, pues llevo dos meses sin sexo. Eso nada, porque sin sexo he estado parte de mi vida y con sexo de mierda también, vaya consuelo.

—Aunque no lo quiera decir, y sepa que es mi padre, está buenísimo. —comenta sin dejar de mirar a la puerta.

—Pues quizás tengas que estar orgullosa de él, de tener un padre cañón.

—Va a ser un poco complicado, pero tú ¿Estás feliz de que las cosas se hayan arreglado entre vosotros? —pregunta mi hija sentándose en la cama y yo en el sillón de al lado.

—Claro que lo estoy, ¿tú no?

—Solo por verte feliz, creo que el resto irá fluyendo, en el fondo puede que sea buen tío. Hemos estado hablando.

—Sí, y de qué —le pregunto con curiosidad.

—Del perro. Se nota que está cortado, no es el mismo Mateo con el que fui a hacer surf, discutí por el examen y toqué el violín. Ahora es mi padre y no sabe por dónde tirar. Pero bueno, valoraré todo el esfuerzo que haga. —y sin mirarla a los ojos recuerdo que ha pedido una excedencia y se va a marchar fuera. Algo en mi interior se remueve y no es el bebé, que de momento es muy pequeño.

### *Mateo*

Acojonado, así es como me encuentro en este momento, aunque no sé cuál situación pesa más. Cuando Icía me llamó y me lo contó, creo que la sangre se me heló en todo el cuerpo, pero también sentí pánico viendo que podía pasarle algo a Paula. Al llegar a su casa y verla tumbada en la camilla de la ambulancia, con esa cara pálida, más delgada que la última vez y esa mano congelada, creí que me daba algo. Entonces la niña me abrazó llorando y diciendo que no quería que les pasase nada ni a su madre, ni a su hermano o ella se quedaría sola en la vida. Ahí me hice el valiente y le prometí que todo iba a ir bien, que haríamos todo lo posible y que estaríamos juntos.

Ya en el hospital, cuando vi que de lo cansada que estaba, se quedaba dormida en mis brazos, permitiendo que yo la abrazase, pues a pesar de la situación, de saber que iba a ser padre de nuevo y la preocupación de cómo estaban Paula y el bebé, tenerla a ella abrazada me reconfortó. No me sentí solo, como cuando estaba en la clínica con mi perro. Y al ver que ellos estaban bien, yo creo que me pasó como a Paula, si eso fuese un aborto no sé hasta qué punto sería un alivio. Pero no, así me siento bien, y una vez que hemos hablado, me he quedado de maravilla, como si me hubiesen sacado un enorme saco de la espalda. Solo estoy deseando volver al hospital para estar con ellas, ya no solo es la madre, sino que también me apetece estar con Icía. Aunque como he dicho, estoy acojonado, porque, joder, en mi vida ha entrado en mis planes tener un hijo y así de repente dos, y una en plena adolescencia, que ha dicho que tiene una cita, y su madre se ha reído, pero a mí me preocupa con quien va a estar. Al pequeño, tengo siete meses para hacerme a la idea. Ya no me dan envidia Oscar y Sara, porque yo ahora también soy feliz, y creo que puedo hacer que todos lo seamos.

—Hola ¿cómo estáis? —las saludo al entrar. Le doy un beso a mi chica en esos labios calientes y “mi hija” que me mira, me atrevo y se lo doy en el pelo, me iré acercando con cautela.

—Bien, mañana me voy a casa —comenta Paula con una sonrisa.

—Bien, mañana te vienes a, mi casa —le advierto sonriendo también.

—No Mateo, nosotras tenemos nuestra casa, y estará todo desordenado, las ventanas sin terminar de limpiar y no quiero pensar que más.

—Entiendes por lo que os venís a mí casa. El médico te ha dicho que tienes que descansar, casi has perdido a “nuestro” bebé, y yo no quiero eso, sabes. —la miro con los brazos cruzados.

—En nada tú te vas a marchar al sitio ese, Canadá o al quinto Pino y qué hacemos nosotras en tú casa.

— ¡Como que te vas a dónde! —Pregunta mi hija con los ojos empañados. —no me fastidies que ahora que he encontrado a mi padre, tu pretendes huir al infierno.

—No me voy a ningún lado —le cojo la cara y la beso en los mofletes— he presentado la solicitud fuera de plazo y la han rechazado, me quedo en dónde estoy. ¿Tú quieres que me quede? —pregunto con miedo.

—Claro que quiero que te quedes, eres un poco cabroncete como profesor, pero ahora eres mi padre y no creo que puedas darme clase. —me mira con esa sonrisa descarada que me encanta.

—Pues haré lo posible por seguir machacándote, has visto el resultado final, no. —la miro con las manos en los bolsillos de mis pantalones. —y por mí, si quieres puedes decir que eres mi hija. Yo no pienso esconderme con tu madre, por lo tanto tú misma. —la miro con una sonrisa.

—Puf, iré con cautela, porque sabiendo lo que piensan de ti mis amigos, no sé hasta qué punto quiero que lo sepan. —habla casi en un susurro.

—Cuando quieras puedes subir una foto conmigo en esa cuenta de Instagram en la que tantos seguidores tienes gracias al modelo. —la observo como se pone roja como un tomate.

— ¿Desde cuándo sabes lo de la cuenta esa? —Pregunta con miedo.

—Casi desde el principio, pero tú te crees que yo soy gilipollas o qué pasa, escucho vuestras conversaciones y cada vez que subías una foto, quien iba a ser, más que tú, si era evidente, que el día que fuimos a surfear, solo estábamos tú y yo.

—Bueno, pues dame las gracias con todos los fallowers que tenemos, incluidas un montón de mujeres que como te ponen, Dios, que vergüenza, y ahora eres mi padre. Cuando me enteré estuve a punto de eliminarla, pero me dio pena y ahí estás, si quieres ponemos una de padre hija así los dos seremos famosos, pero, mejor otro día.

—Vale, esta vez no voy a denunciarte, haz lo que te dé la gana. Yo tengo que

convencer a tu madre de cosas. Te vas a marchar y dejarnos solos de una vez.  
—le digo en tono de guasa.

—Vaya padre, no empiezas muy bien que se diga. Y yo voto por ir a tu casa, al menos unos días.

—Si tenemos todo en la nuestra, y somos dos, que no soy yo sola, sabes Mateo. —protesta Paula.

—No voy a escucharte, vamos a ser una “familia” y vamos a estar juntos, puedes seguir pagando el alquiler si te da la gana, no me importa, pero no vamos a estar separados, de eso olvídate, me habéis dado puerta durante casi quince años y se ha acabado. Si cuando nazca el bebé necesitamos algo más grande lo miraremos. —las observo a ambas.

—Puf, espero acostumbrarme a convivir contigo, bueno ya lo hice con Alberto, y tú eres más enrollado. Pues vaya familia, seremos siete— Icí nos mira contando los dedos de su mano.

—De dónde sacas tú eso. —pregunta su madre.

—Nosotros tres, el bebé, y tres bichos que tienes en casa. Ah y dile a tu padre que no hace falta que me reclame judicialmente las pruebas de ADN cuando queráis voy a lo que sea.

—En serio tú crees que es necesario hacerse nada. Joder si eres clavadita a “tú padre”— la miro con una sonrisa.

—A mí me da igual, lo digo por si no se fían.

—Paula, yo no entiendo de embarazos y todo este rollo, de hecho estoy súper acojonado —lo digo por lo bajito— pero ¿podrás viajar en mes y medio, digo en avión?

—Imagino que sí, no me asustes.

—A dónde demonios vais a ir vosotros dos. Yo no he ido nunca en avión. —comenta Icí con pena.

—No vamos a ir a ningún sitio los dos, iremos los tres. Os lo cuento mañana, en mi casa. Y espero que no seas tan pedante y me dejes tiempo a solas con tu madre. —protesto elevando un poco la voz.

—No sé, me lo pensaré, pero quizás me compense.

—Creo que sí, será tu regalo de cumpleaños. Ahora lárgate a cuidar de mi perro y el gato. Dormirás en mi casa y ni se te ocurra llevar a ese chico con el que tienes la cita, quedas avisada.

—No voy a llevar a nadie, por quién me tomas. Dime lo que tiene que tomarse y ya está.

—Te he dejado preparada salsa boloñesa en la nevera, y en el armario en

donde se guarda el pan, hay empanada. Solo tienes que cocer los espaguetis. Sino, hay en la nevera en un bol. —le enseño unas fotos en el móvil.

—Tranquilo, vaya tiquis miquis, lo dejaré todo recogido. Sacaré a perrito a dar un paseo, y le daré lo que me has dicho. Si venís mañana ya no vuelvo, os dejo a vuestro rollo y voy a provechar a quedarme en tu casa, ¿puedo darme un baño en esa bañera de hidromasaje? —me mira con expectación y nos da un beso.

—Claro que puedes, mañana iremos a casa a recoger cosas que necesitéis. —les digo a ambas, y la chiquilla se marcha.

—Mateo, tú sabes en lo que te vas a meter— Paula protesta tapándose los ojos.

—No lo sé, pero lo quiero probar. Antes de todo esto estábamos bien, intentábamos estar juntos, y no nos iba tan mal. Por qué no seguir en dónde lo dejamos. No sabemos cómo va a funcionar lo de vivir juntos, pero hay que probarlo, quiero estar con mis hijos. Joder esto suena a algo fuerte. —le hablo con un poco de miedo.

— Es que es fuerte, tú no sabes lo que es compartir casa con dos mujeres, no estoy segura de que salga bien. —Paula mira al infinito.

—Eres de lo más pesimista, gracias por darme ánimos.

—Perdón, ven aquí. Al fin estamos solos.

Eso, al fin estamos solos. Continuamos hablando, y lo que está claro es que todos estamos muertos de miedo, aunque yo creo que para mis chicas, después de todo lo que han pasado, esto será pan comido.

Al llegar a casa al día siguiente, todo está en perfecto estado. Los animales vienen a recibirnos y creo que la alegría de perrito es enorme al ver a Paula, y la de Hércules igual, se acuesta a su lado en el sofá para que le dé una caricia. Icía se ha ofrecido voluntaria para sacar el perro cuando sea necesario y si puede llevarlo alguna vez con sus amigos, yo le digo que por supuesto siempre y cuando el animal no se lastime que aún está convaleciente.

—Ves que no he puesto fuego, está todo limpio y los animales parece que no se alegran mucho de verte. —comenta “mi hija” en tono de guasa.

—No me esperaba menos.

—Ahora vas a contarnos lo que dijiste ayer que me dejaste en ascuas. —vuelve al ataque sentándose como un indio.

—Eres curiosa con ganas. A ver, quiero que celebres tu cumpleaños, con tus amigos, y después haremos una fiesta familiar con “los abuelos”, tendremos que ir integrándonos en las dos partes. —les anuncio con un poco de miedo

mientras me miran.

—Por mí no hay problema. ¿Cuánta gente puedo invitar? —pregunta con cautela.

—Ves Mateo, esta es tu hija en estado puro. —me dice Paula entornando los ojos.

—Eso lo negociaremos, en tu clase hay gente que no me gusta mucho precisamente. —la miro fijamente.

—Bueno, lo que me faltaba, acaba de aparecer el capullo del profesor de matemáticas, qué vas, a revisar toda la lista. —protesta con ganas.

—Por supuesto, soy tu padre y debo de ejercer como tal.

—Es que si has venido a joderla, no sé si me interesa tener padre.

—Llegaremos a un acuerdo. —le digo con una sonrisa burlona.

—Espero que no seas un muermo de padre. —protesta de nuevo con los brazos cruzados.

—No me lo pongas difícil ya el primer día, a ver ¿quieres saber lo del regalo?

—Claro, cuéntamelo— en un ataque de efusividad, ha venido, se ha sentado en mis piernas y me ha hecho una coleta, aunque pronto ha reaccionado y se ha levantado a la velocidad de la luz. Pero me ha gustado lo que acaba de hacer de forma inconsciente.

—He sacado unas entradas para ir a un concierto. —les anuncio y me miran ambas con expectación.

—Pablo Alborán, Melendi, ya me valdrían. —comenta Paula.

—David Garrett, primera semana de septiembre en Milán.

—¡Qué has dicho! —Icía vuelve a sentarse en mi regazo mirándome fijamente.

—Eso, iremos una semana a Italia y al concierto de ese violinista que tanto nos gusta, a Milán, a que cumplas tu sueño. Eso es tu regalo de cumpleaños, aunque vayamos todos.

—Qué guay, en el fondo creo que puedes ser un gran padre. —me abraza con fuerza y yo me siento en la gloria.

—Paula, cariño, no dieces nada— la cojo de la mano, Icía ya se ha levantado.

—Qué voy a decir, eso es genial. —y se echa a llorar.

—Ven aquí, tú ahora tienes que descansar, y después ya veremos muchas cosas. He pedido pizza, no creo que nos apetezca cocinar a ninguno, mañana empezaremos de cero, porque mamá y bebé tienen que comer de forma sana, y

nosotros lo haremos.

*Dos meses más tarde.*

*Paula*

Sin duda es una pasada lo bien que nos estamos adaptando a la convivencia los tres, al principio era un poco caótico, aunque tanto Icía como Mateo siempre actuaron con mucha prudencia, como si uno tuviese miedo de meter la pata con el otro. Pero en nada fue como si hubiésemos sido una familia durante toda la vida.

El viaje a Italia, no podía ser mejor, ninguna de las dos estamos acostumbradas a salir mucho, pero él sí se nota que ha viajado lo suyo y sabe desenvolverse, hablar y comportarse. El concierto de David Garrett ha sido increíble ver como lo han vivido, en ese momento me han dejado constancia de que se quieren y ese vínculo ya nadie podrá nunca romperlo, pase lo que pase con nosotros. Hemos visitado las ciudades más importantes, hecho un montón de fotos y nos lo hemos pasado de lo mejor.

La que se ha armado cuando mis padres supieron quién era el padre de Icía. Se han quedado de lo más perplejos, hasta que mi madre empezó a atar cabos y se dio cuenta de quién era el chico de los tatuajes, que hace quince años tenía pinta de pardillo, cuando era aquel jovencito novio de su hija. Reencontrarse con esos viejos amigos de Ourense, les ha devuelto la vida, eso y verme feliz al fin. Ahora los padres de Mateo vienen a visitarnos al menos una vez al mes, o sino vamos nosotros, incluso Icía ha empezado una relación cordial con su abuelo, al que no deja ganar al dominó, y eso al viejo....., aunque para mi chico es una alegría, porque al fin ha llegado alguien capaz de hacer perder al cabeza de familia.

Otra grata sorpresa me llevé cuando fuimos de visita al pazo de su abuela. Impresionante, y me encontré con una colección de coches antiguos que Mateo guarda allí, y entre ellos se encontraba mi viejo auto, ese por el que tantas lágrimas derramé, que no iba a pasar la ITV y él se lo quedó, lo reparó y se lo guardó para darme una sorpresa, como una premonición. Este hombre no deja de darme alegrías.

—Cuánto me alegra ese baile de hormonas que tienes en tu cuerpo. —me dice Mateo dándome un beso en la barriga.

—Claro, porque me he vuelto una chica más caliente. —lo miro fijamente.

—Sí, y eso hace que mi polla salte solo con verte, sé que con tocarte un poco, estarás vibrando entre mis brazos. —ha subido sus manos a mis tetas

que han aumentado de tamaño considerablemente.

—Tu hija creo que está contenta con que le des clase de nuevo. —le digo dejándome hacer, tumbada en nuestra cama.

—Sí, pero no sé si voy a ser capaz de ser un hijo de puta como el curso pasado, la felicidad me ha jodido el carácter agrio que tenía para amargarlos a todos.

—Apáñatelas, a mí ahora solo me interesa que cumplas con lo que vas a empezar. —le digo tirando de él hacia mi boca.

—Cómo me gusta que digas eso— su respiración comienza a ser más fuerte.

Las bragas que hasta hace nada, aun llevaba puestas, han desaparecido como por arte de magia, al igual que toda la ropa de mi chico. Me encanta el tacto de su piel caliente, aunque él dice que yo ahora parezco un volcán, y yo creo que sí, me sobra todo. Menos él. Su mano se ha colado entre mis piernas, acariciando el interior de mis muslos, y sus dedos se cuelan en mi interior sin ningún problema, porque es que me toque, y la excitación se apodera de mi cuerpo. Mi mano también vuela a su erección, ese siempre es mi objetivo. Sin mucho trabajo está dura, muy dura, permitiendo que mis dedos la envuelvan y suban y bajen por toda su extensión recreándose en su capullo, lo que hace, que de su boca se escape un enorme suspiro de placer.

Parece que el chico tiene prisa, con una de sus piernas, separa las mías, apoya sus brazos a ambos lados de mi cabeza y comienza a penetrarme, llenándolo todo. A la vez que nos devoramos los labios con esos besos llenos de lengua y saliva, con algún que otro mordisquito. Me hace vibrar, me vuelve loca, porque por mucho que quiere controlarse con los movimientos que procuramos que no sean bruscos, debido a mi embarazo, creo que por veces se le va la cabeza y aunque normalmente empezamos haciendo el amor, terminamos follando como animales y disfrutando del sexo como nos gusta. Intento ser traviesa con él y mi musculatura vaginal hace de las suyas estrujándole la polla, sé que con eso suelo derribarlo, por lo tanto después de un saqueo en toda regla entrando y saliendo del paraíso y cuando ya me he corrido y he visto el séptimo cielo con un orgasmo que me ha dejado exhausta, pongo en práctica esto que sé que lo vuelve loco y termino con él. Antes nos controlábamos con los jadeos y demás muestras de placer, pero ahora si nuestra hija nos escucha nos da completamente igual. Lo importante es que nos lo pasemos muy bien.

—Te quiero Paula, eres lo mejor que me ha pasado en la vida.— susurra entre jadeos.

—Lo mismo te digo. Yo también te quiero, y quiero amanecer contigo todos los días.

Tal y como estamos, desnudos y relajados por lo que acabamos de hacer, él me abraza por la espalda y nos quedamos dormidos casi sin darnos cuenta.

FIN



## CHUS IGLESIAS

Chus Iglesias, nací en Silleda en 1969, actualmente vivo en A Estrada (Pontevedra), llevo muchos años casada y tengo dos hijos. La mayoría de mi familia, incluida yo, hemos sido emigrantes en Suiza, de ahí mi pasión por este país, el cual visito cada vez que tengo ocasión. Soy administrativo, siempre he trabajado de contable, en la actualidad lo compagino con el sector de los seguros. Este año iniciaré la aventura de mujer emprendedora, a ver lo que pasa. Los libros son mi gran pasión, desde pequeña me he leído todo lo que ha caído en mis manos. Tengo que darle las gracias a mi hermana por animarme a escribir. Haciendo esto, me he dado cuenta que si soy yo la que dejo volar mi imaginación, puedo llevar la historia por donde me gusta y contarla como me interesa. En Mayo del 2017 vio la luz **“Fuera de juego”** que fue mi primer libro, increíblemente ha tenido una acogida inesperada tanto a nivel local como en Amazon con la venta en digital, estando en el top cien durante semanas En Marzo de 2018 sale a la venta **“El imbécil de mi hermanastro”**, segundo libro de la saga y con un éxito similar al anterior. Ante la petición de las lectoras, en Marzo de 2019, sale a la venta **“Odio al profesor de matemáticas”**, tercer libro de la saga Amanecer Contigo, y en mi cabeza ya da vueltas como voy a empezar el siguiente.